

LA MISIÓN BARSAC

Julio Verne



Sí, una ciudad, una verdadera ciudad que no figuraba en ningún mapa y cuya existencia nadie sospechaba (...) Si el hipotético viajero hubiera preguntado entonces a uno de los habitantes el nombre de la ciudad, si éste hubiera consentido en responderle tal vez le habría dicho en inglés: *Blackland, is the name of this city...*

PRIMERA PARTE

A pesar de los años transcurridos, seguramente aún no se ha olvidado el audaz robo que, conocido como caso del Central Bank, ocupara tanto a la prensa y mereciera durante quince días el honor de sus primeras planas. Efectivamente, pocos delitos suscitaron tanto la curiosidad del público, pues no son demasiados los que han congregado en tal grado el atractivo del misterio y la envergadura de la fechoría, y cuya ejecución ha requerido una audacia tan increíble, una energía tan indómita.

Tal vez resulte interesante leer el relato, incompleto pero escrupulosamente verídico, de aquel suceso. Si el mismo no aclara absolutamente todos los puntos hasta ahora oscuros, por lo menos aportará nuevas precisiones y rectificaciones o coordinará las informaciones, a veces contradictorias, publicadas por los periódicos en su momento.

Como se sabe, el robo tuvo por escenario la Agencia DK del Central Bank, situada cerca de la Bolsa de Londres, en el cruce de Threadneedle Street y Old Broad Street, dirigida en aquel entonces por Mr. Lewis Robert Buxton, hijo del lord de ese apellido.

La agencia se compone esencialmente de un vasto ambiente dividido en dos partes desiguales por un largo mostrador de roble que se extiende paralelo a ambas calles, las que se cruzan en ángulo recto. Precisamente en la esquina se encuentra la entrada, una puerta de vidrio precedida por un cancel al mismo nivel de la acera. Al entrar se advierte, a la izquierda, detrás de una malla de fuerte enrejado, la caja, que comunica mediante una puerta igualmente enrejada con la oficina propiamente dicha donde están los empleados. A la derecha, el mostrador de roble termina en una puerta batiente que permite el paso desde la parte destinada al público a la reservada a los empleados y viceversa. Al fondo de este último sector se abre en primer término, cerca del mostrador, el despacho del jefe de la agencia, despacho que es un reducto sin otra salida y luego, siguiendo la pared perpendicular a Threadneedle Street, se encuentra un corredor que da acceso al vestíbulo común a todo el inmueble del que forma parte el local.

De un lado, ese vestíbulo pasa delante de la portería y lleva a Threadneedle Street. Por el otro, luego de acercarse a la gran escalera, conduce a una puerta de vidrio de dos hojas que oculta a la curiosidad del exterior la entrada a los sótanos y la escalera de servicio que queda frente a ella.

Ésos son los lugares donde se desarrollaron las principales peripecias del drama.

En el momento de comenzar, es decir a las cinco menos veinte exactamente, los cinco empleados de la agencia se ocupan de sus trabajos habituales. Dos están enfrascados en sus anotaciones. Los otros tres atienden a otros tantos clientes acodados al mostrador. Por su parte, el cajero, protegido tras el enrejado, cuenta el dinero que en ese día de liquidación alcanza al imponente total de setenta y dos mil setenta y nueve libras, dos chelines y cuatro peniques, o sea, un millón ochocientos dieciséis mil trescientos noventa y tres francos con ochenta centavos.

Como se ha dicho, el reloj de la agencia indica las cinco menos veinte minutos: la cortina metálica del frente pronto se bajará y poco después, terminada la jornada de trabajo, los empleados se dispersarán. El sordo rezongo de los vehículos y el ruido de la muchedumbre llegan desde afuera a través de las vidrieras oscurecidas por el crepúsculo de aquel último día de noviembre.

Es en ese momento cuando se abre la puerta y entra un hombre. Después de echar una rápida ojeada a la oficina, el recién llegado se vuelve a medias y dirigiéndose hacia afuera, sin duda a algún acompañante que ha quedado en la acera, hace un gesto con la mano derecha en la que el pulgar, el índice y el medio tiesos indican de manera inequívoca el número 3. Aunque hubieran sospechado algo, los empleados no habrían podido advertir aquel gesto que quedaba oculto por la puerta entreabierta, y si lo hubiesen visto evidentemente no habrían pensado en establecer ninguna relación entre el número de personas que estaban acodadas al mostrador y el del número trasmitido con los dedos.

Una vez pasado el mensaje, si es que se trataba de un mensaje, el hombre terminó de abrir la puerta, la cerró cuando estuvo adentro de la oficina y se colocó en posición de espera detrás de uno de los clientes, demostrando de este modo su intención de aguardar hasta que aquel cliente terminara y se retirara.

Uno de los empleados, que estaba desocupado, se levantó y dirigiéndose hacia él le preguntó:

—¿Qué desea, señor?...

—Gracias señor, esperaré —respondió el recién llegado, acompañando las palabras con un movimiento de la mano que daba a entender que deseaba ser atendido precisamente por el empleado cerca del cual se había detenido.

El empleado que amablemente lo había interpelado volvió a sentarse sin insistir y reanudó el trabajo, con la conciencia aplacada por aquella demostración de celo, aunque, en definitiva, satisfecho de que hubiera tenido resultados negativos. Así que el hombre permaneció esperando sin que nadie más le prestara atención.

Sin embargo, la singularidad de su aspecto hubiera justificado el más atento de los exámenes. Se trataba de un hombre joven y robusto, de elevada estatura, el cual, a juzgar por su contextura, debía tener una fuerza poco común. Una magnífica barba rubia encuadraba su rostro bronceado. En cuanto a su posición social, era imposible deducirla de su aspecto; un largo guardapolvo de seda cruda lo cubría hasta los pies.

Cuando el cliente, detrás del cual se había colocado, terminó lo que lo había llevado a la agencia, el hombre del guardapolvo ocupó su lugar y comunicó al representante del Central Bank las operaciones que deseaba realizar. Mientras tanto, la persona que había sido atendida llegaba a la puerta exterior y salía de la agencia.

Esa puerta se reabrió inmediatamente y dio paso a un segundo personaje tan singular como el primero, del que de algún modo parecía ser una copia. Misma estatura, misma robustez, misma barba rubia enmarcando un rostro sensiblemente cobrizo, mismo largo guardapolvo de seda cruda para disimular la otra ropa.

Con este último personaje ocurrió lo mismo que con su sosías. Como aquél, esperó pacientemente detrás de una de las dos personas acodadas al mostrador, cuando llegó su turno entabló conversación con el empleado que se había desocupado, mientras el cliente ganaba la calle.

Al igual que antes, la puerta volvió a abrirse de improviso. Un tercer individuo hizo su entrada y fue a ponerse en fila detrás del único de los tres clientes iniciales que aún permanecía en la agencia. Este último individuo era de estatura mediana, más bien bajo y rechoncho, de rostro también bronceado e igualmente ensombrecido por una barba negra, llevaba las vestimentas disimuladas por un sobretodo gris muy largo; este último personaje presentaba al mismo tiempo diferencias y analogías con los que antes se habían librado a manejos parecidos.

Finalmente, cuando la última de las tres personas que se encontraban desde un primer momento en la agencia terminó sus asuntos y abandonó el lugar, la puerta se reabrió de inmediato dando paso a dos hombres. Esos dos hombres, uno de los cuales parecía dotado de un vigor hercúleo, estaban vestidos con esos largos sacos-gabanes comúnmente llamados úlsters, prendas cuyo uso aún no justificaba el rigor de la estación, y al igual que los tres primeros una barba abundante adornaba su rostro bastante subido de tono.

Se introdujeron al local de modo extraño: el más alto entró primero y apenas lo hizo se detuvo en una posición tal que ocultaba a su compañero, quien, mientras tanto, fingiendo haberse enganchado en la cerradura, la hacía objeto de un misterioso trabajo. Por lo demás, esa actividad no duró más que un instante y pronto la puerta volvió a quedar cerrada. Pero, a partir de aquel momento si bien conservaba su pomo del lado de adentro, lo que permitía salir, en cambio el pomo del lado de afuera había desaparecido. En consecuencia, desde afuera nadie podía entrar a la oficina. Y en cuanto a la posibilidad de golpear en el vidrio para hacerse abrir, nadie lo hubiera intentado, ya que un anuncio había sido colgado en la puerta comunicando al público que la agencia quedaba irrevocablemente cerrada por el resto del día.

Los empleados no tenían ni la menor sospecha de que se los había aislado de aquel modo del resto del mundo. Por otra parte, si alguien se los hubiera dicho, habrían echado a reír. ¿Por qué preocuparse en plena ciudad, en el momento de mayor actividad de la jornada, cuando llegaba hasta ellos la intensa vida de la calle, de la que los separaba una delgada película de vidrio?

Los dos últimos empleados se adelantaron hasta los recién llegados en actitud amable, puesto que habían notado que el reloj marcaba casi las cinco. Esas molestas visitas serían breves, ya que tendrían derecho a expulsarlas en menos de cinco minutos. Uno de los tardíos clientes aceptaba los servicios que le eran ofrecidos, mientras que el otro, el más alto, los declinaba y pedía hablar con el director.

—Voy a ver si está —le respondieron.

El empleado desapareció por la puerta que estaba en el fondo de la parte de la oficina prohibida al público, pero volvió casi de inmediato.

—Si desea molestar... —le propuso abriendo la puertita batiente que estaba en el extremo del mostrador. El hombre del úlster aceptó la invitación y entró al despacho del director, mientras el empleado, cerrando la puerta tras de sí, volvía a su trabajo.

¿Qué pasó entre el jefe de la agencia y su visitante? Más tarde, el personal declaró ignorarlo, incluso ni siquiera habérselo preguntado, lo que debe ser considerado cierto. Ulteriormente, la investigación sobre este punto se vio reducida a hipótesis, y actualmente continúa en la mayor oscuridad la escena que se desarrolló entonces tras aquella puerta cerrada.

Al menos una sola cosa es cierta; no habían transcurrido dos minutos cuando la puerta volvió a abrirse y el hombre del úlster reapareció en el umbral.

De modo impersonal y sin dirigirse particularmente a ninguno de los empleados dijo:

—Por favor... el señor Director desearía hablar con el cajero.

—Bien señor —respondió un empleado que no estaba ocupado.

Volviéndose llamó:

—¡Store!

—¿Señor Barclay...?

—El jefe lo llama.

—Ya voy —respondió el cajero.

Con la puntualidad inherente a la gente de su profesión, arrojó un portafolio y tres bolsas que contenían en efectivo y valores la recaudación del día dentro de la caja fuerte, cuya pesada puerta golpeó con ruido sordo, luego bajó la ventanilla, salió de su despacho enrejado que cerró cuidadosamente tras él y se dirigió hacia el despacho del jefe, frente al cual esperaba el desconocido, quien rápidamente volvió a ingresar al recinto.

Al entrar al despacho. Store se sorprendió al comprobar que quien pretendidamente lo llamaba no se encontraba allí y que la pieza estaba vacía. Pero no tuvo tiempo de resolver aquel misterio. Atacado desde atrás, tomado por la garganta con una mano que parecía de acero, trató infructuosamente de debatirse, de gritar... Las mortíferas manos apretaron aún más hasta que se derrumbó sin aliento, desvanecido, sobre la alfombra.

Ningún ruido había delatado aquella hosca lucha. En la habitación grande, los empleados continuaban tranquilamente con el trabajo, cuatro de ellos formando otros tantos grupos con los clientes de los que se hallaban separados sólo por el mostrador y el quinto absorbido por cálculos que formaban parte de su responsabilidad.

El hombre del úlster se tomó el descanso de enjugarse la frente en la que aparecía un poco de transpiración y luego se inclinó sobre su víctima. En un abrir y cerrar de ojos el cajero quedó amordazado y atado.

Cuando terminó con esa tarea, entreabrió ligeramente la puerta y echó un vistazo a la oficina. Satisfecho con el resultado del examen, tosió discretamente, como si quisiera atraer la atención de los cuatro singulares clientes que aún estaban en la agencia, y cuando hubo logrado su objetivo abrió de golpe y de par en par la puerta que hasta entonces lo ocultaba.

Fue la señal —sin duda convenida de antemano— del comienzo de una escena literalmente fantástica. Mientras el hombre del úlster atravesaba de un salto la oficina y, cayendo como un rayo sobre el calculista solitario, lo estrangulaba implacablemente, los cuatro colegas de éste sufrían igual suerte.

El cliente más cercano al extremo del mostrador franqueó la puerta batiente y derribó al empleado que tenía enfrente. De los otros tres clientes, dos alargaron los brazos por encima del mostrador y sus manos se aferraron al cuello de los respectivos interlocutores, a los que golpearon ferozmente sobre el mostrador. En cuanto al último, el de estatura más pequeña, al no poder

aprehender frente a frente al empleado que tenía enfrente, de quien estaba separado por una distancia demasiado grande, saltó por encima del mostrador y tomó a su adversario por la garganta con una violencia duplicada por el impulso.

Ni un solo grito se había oído. El drama no había durado treinta segundos.

Cuando las víctimas estuvieron sin conocimiento, los estranguladores los dejaron definitivamente fuera de combate. El plan había sido estudiado minuciosamente. Nada falló. No hubo una sola vacilación. De todos los bolsillos aparecieron los accesorios necesarios. Aunque corrieran riesgo de perecer asfixiados, las bocas de los empleados fueron rellenas de algodón en rama y amordazadas. Todas las manos fueron puestas a la espalda y atadas, los pies igualmente ligados y los cuerpos rígidamente enlazados en un múltiple abrazo gracias a un fino cable de acero.

Todos terminaron los respectivos trabajos en el mismo momento. Con un simultáneo movimiento, los cinco asaltantes se incorporaron.

—¡La cortina! —ordenó el que había pedido ver al director de la agencia y que parecía mandar a los otros. Tres bandidos corrieron a accionar las manivelas de la cortina metálica. La malla comenzó a bajar, atenuando progresivamente el ruido que provenía del exterior.

Promediaba la operación cuando repentinamente comenzó a sonar la campana del teléfono.

—¡Alto! —exclamó el jefe de la banda.

Mientras la cortina detenía su descenso, se acercó al aparato y descolgó el receptor. Se entabló la siguiente conversación, de la que sólo la mitad llegaba a los cuatro estranguladores, ahora inactivos.

—¡Aló!

—Escucho.

—¿Es usted, Buxton?

—Sí.

—Es extraño. No reconozco su voz.

—Hay ruido en la línea.

—No aquí.

—De este lado sí. Yo tampoco reconozco su voz.

—Mr. Lasone.

—¡Ah, muy bien, muy bien!... ahora sí lo reconozco.

—Dígame, Buxton, ¿pasó ya el coche?

—Todavía no —aseguró el bandido tras una ligera vacilación.

—Cuando pase, dígame que vuelva a la agencia S. Acaban de telefonearme que han recibido un depósito importante después del cierre y de la partida de los otros fondos.

—¿Es una cifra importante?

—Bastante. Algo de veinte mil libras.

—¡Vaya!

—¿Le dará el recado?... ¿Puedo contar con usted?

—Cuenta conmigo.

—Buenas tardes, Buxton.

—Buenas tardes.

El extraño colgó el receptor y por un momento se quedó inmóvil y pensativo. De pronto tomó una decisión y reuniendo a los cómplices alrededor de sí les dijo en voz baja, mientras comenzaba a desvestirse febrilmente:

—Hay que apurarse compañeros. ¡Rápido... que me alcancen la ropa de ese hombre!

Con el dedo señalaba a Store, que continuaba sin sentido.

En un abrir y cerrar de ojos, éste fue despojado de la ropa, que comenzó a ponerse su agresor, a pesar de que ésta le fuera un poco chica. Luego de encontrar las llaves de la caja en uno de los bolsillos abrió de inmediato el despacho, luego el cofre fuerte, del que fueron sacados las bolsas de efectivo, el portafolio lleno de billetes y los fajos con valores.

Apenas estaba terminando cuando se oyó el ruido de un coche que se detenía al borde de la acera. Casi de inmediato golpearon en los vidrios de la puerta a medias cubierta por la cortina metálica.

—¡Atención! —exclamó el jefe de aquella banda de estranguladores acompañando sus palabras con expresivos gestos—. Abajo los abrigos, muestren los guardapolvos, a sus lugares y ojo... ¡No hay que fallar con el primero que entre!... ¡Y sin ruido!... Luego, cerrar la puerta... ¡Sólo me abrirán a mí!...

Cargado con el portafolio y varios paquetes con títulos, mientras hablaba se había ido acercando a la puerta; entretanto, ante una señal suya, tres cómplices se sentaban en el lugar que ocupaban habitualmente los empleados, quienes de un puntapié habían sido alojados bajo el mostrador, mientras el cuarto se apostaba cerca de la entrada. Fue él quien abrió aquella puerta con mano firme. El ruido de la calle pareció aumentar súbitamente.

Efectivamente, un coche del transporte de caudales se había detenido frente a la agencia. En el crepúsculo se veían brillar sus luces. El cochero, que se había quedado en su puesto, charlaba con un hombre parado al borde de la acera. Ese hombre era el recaudador del Central Bank quien unos momentos antes había golpeado a la puerta.

Sin apuro, evitando los transeúntes que en torrente ininterrumpido ocupaban la acera, el audaz bandido la atravesó y se acercó al coche.

—¡Salud! —dijo.

—¡Salud! —respondieron los dos hombres.

El conductor, al mirar a quien lo interpelaba, pareció asombrarse.

—¡Vaya, no es Store! —exclamó.

—Es su día franco. Lo reemplazo —explicó el falso cajero.

Luego, dirigiéndose al recaudador que estaba de pie ante él, le dijo:

—¡Eh!, ¿me da una mano, amigo?

—¿Para qué?

—Con una de nuestras bolsas. Se recibió mucho dinero hoy. Pesa mucho.

—Es que... —dijo el recaudador titubeando— me está prohibido abandonar el coche.

—¡Bah, es sólo un minuto!... Además te reemplazo yo. Uno de los empleados te ayudará mientras deposito el portafolios y los títulos.

El recaudador se alejó sin insistir más y franqueó la puerta, la que se cerró tras él.

—¡Ea, somos nosotros, compañero! —decía mientras tanto el reemplazante de Store al cochero—. Abre el coche.

—¡Ya va! —asintió el cochero.

La caja del coche no tenía ninguna salida por detrás ni lateral y su única abertura consistía en una puertita de dos hojas de hierro fundido, ubicada detrás del asiento del cochero. De esa manera los riesgos de robo se reducían al mínimo.

Para entrar al coche, era necesario pues hacer mover la banqueta cuya mitad había sido hecha móvil con ese objeto. Pero como sólo se trataba de ubicar algunos paquetes en uno de los depósitos laterales del coche, el conductor juzgó superfluo entregarse a ese trabajo y se limitó a empujar las puertas.

—Pásame el portafolios —dijo.

Luego de recibir lo que pedía, el cochero, tendido a medias sobre el asiento, introdujo medio cuerpo en el interior del coche usando las piernas como contrapeso en la parte de afuera. En esta posición no pudo ver al que creía su colega subir al estribo del coche, desde allí trepar hasta el asiento y luego colocarse de modo de separarlo de las riendas. Por encima del cochero tendido, como si sintiera curiosidad de ver lo que contenía la caja del coche, el falso cajero introdujo a su vez el torso y de pronto su brazo cayó violentamente en la sombra.

Si a alguno de los numerosos transeúntes que pasaban por la acera se le hubiera ocurrido mirar de cerca la escena, habría visto las piernas del cochero ponerse súbitamente rígidas mientras que el busto se doblegaba sobre el otro lado del asiento.

Rápidamente el hombre tomó por la cintura aquel cuerpo inerte y lo empujó en medio de las bolsas y de los paquetes depositados en el coche.

Esa serie de acciones, ejecutada con una precisión y una audacia maravillosas, no habían demandado más que algunos instantes. Los transeúntes continuaban circulando apaciblemente, sin la menor sospecha de los acontecimientos anormales que se sucedían tan cerca de ellos, en abigarrada muchedumbre.

El hombre se inclinó aún más en el coche, de modo de no ser enseguecido por las luces de la calle y miró dentro de la caja. En el piso, en medio de un charco de sangre que crecía a ojos vista, yacía el cochero con un cuchillo clavado en la base del cráneo, en ese relajamiento de la médula que ha recibido los nombres de bulbo, cerebelo, nudo vital... No se movía. La muerte había sido fulminante.

Temiendo que la sangre terminara por atravesar los listones del piso y cayera a la calle, el asesino movió el asiento, se introdujo totalmente en el coche y despojó al muerto de la camisa. Con ella taponó la terrible herida, luego retiró el cuchillo y limpiándolo cuidadosamente, al igual que sus enrojecidas manos, cerró las puertas de hierro fundido, seguro de que la sangre, si continuaba brotando, sería absorbida como esponja por el tejido de la prenda.

Después de tomar esa precaución, bajó del coche, atravesó la acera y golpeó de una manera particular a la puerta de la agencia, que le fue abierta de inmediato y vuelta a cerrar no menos rápidamente.

—¿El hombre?... —preguntó al entrar. Le señalaron el mostrador.

—Con los otros. Atado.

—¡Bien!... Sus ropas... ¡Rápido!

Mientras los demás se apresuraban a obedecerlo, él se sacaba la ropa del cajero Store y la cambiaba por la del recaudador.

—Dos hombres se quedarán aquí —ordenó mientras procedía a aquella transformación—. Los otros vendrán conmigo para limpiar el «carromato».

Sin esperar respuesta, reabrió la puerta, salió seguido por dos de sus acólitos, volvió a subir al pescante y se introdujo en la caja del coche, donde comenzó el pillaje.

Uno tras otro iba alcanzando los paquetes a sus cómplices, quienes los llevaban a la agencia. La puerta de ésta, que había quedado abierta de par en par, proyectaba un rectángulo de luz sobre la acera. Los transeúntes, que venían de la relativa oscuridad de la calle, a la que volvían de inmediato, atravesaban el rectángulo sin prestar atención a esa zona más iluminada. Nada les hubiera impedido entrar. Pero eso no se le ocurría a nadie y la muchedumbre pasaba indiferente frente a un manejo que no le concernía y que nada tenía de sospechoso.

En cinco minutos el coche estuvo vacío. Una vez cerrada la puerta de la agencia se procedió a la selección. Los valores, acciones u obligaciones fueron dejados de lado; el efectivo fue a otro lugar. Los primeros, implacablemente rechazados, sembraron el suelo. Con los billetes de banco se hicieron cinco partes y cada uno de ellos tomó una, con la que se acolchonó el pecho.

—¿Y las bolsas...? —preguntó uno de los bandidos.

—Llénense los bolsillos —respondió el jefe—. Lo que quede, al coche. Yo me encargo.

De inmediato se le obedeció.

—¡Un momento!... —exclamó—. Pongámonos de acuerdo ahora. Cuando haya salido, volverán aquí y terminarán de bajar la cortina metálica. A continuación —explicó señalando el corredor al que se accedía desde el fondo de la habitación— saldrán por allí. El último echará dos vueltas a la cerradura y tirará la llave en la alcantarilla. En el extremo está el vestíbulo y ustedes conocen los atrios.

Con el dedo, señaló el despacho del director.

—No olviden al buen hombre. ¿Saben lo que se ha convenido?...

—Sí, sí —le respondieron—. Quédate tranquilo.
 Al salir volvió a detenerse.
 —¡Diablos!... —exclamó—. Olvidaba lo principal... Debe de haber por aquí una lista de los otros.
 Le señalaron un afiche amarillo pegado del lado de adentro de la vidriera, que tenía esa información. La ojeó.
 —En cuanto a los abrigos —dijo luego de encontrar la dirección de la agencia S.— arrójenlos en un rincón. Para que los encuentren después. Lo esencial es que no los vean sobre vuestras espaldas. Vayan al lugar fijado... ¡En marcha!

El excedente de bolsas de oro y plata fue transportado en el coche.
 —¿Es todo?... —preguntó uno de los acarreadores.
 El jefe pensó un momento y luego, como asaltado por una súbita idea, dijo:
 —¡Caramba, claro que no! ¡Y mis avíos!

El otro corrió para volver con igual rapidez trayendo la ropa que había cambiado inicialmente con el cajero Store; el jefe se cambió y arrojó la de aquél al fondo del coche.
 —Esta vez, ¿está todo?... —preguntó nuevamente.
 —Sí. ¡Y no demore más! —le respondieron.
 Desapareció dentro de la agencia. La cortina metálica terminó de bajar.

Mientras tanto, el improvisado conductor tomaba las riendas y azuzaba a los caballos con un latigazo. El coche se sacudió, tomó Old Broad Street, dobló por Throgmorton Street, siguió por Lothburg Street, luego por Gresham Street, volvió a doblar en Aldergate Street y finalmente se detuvo frente a la agencia S., en el número 29 de la última calle mencionada. El falso conductor entró atrevidamente en el local y se dirigió hacia la caja.
 —¡Al parecer tiene algo para entregarme! —dijo.
 El cajero clavó la mirada en quien lo interpelaba.
 —¡Por supuesto que no! —reconoció el recaudador con una carcajada.
 —Me envían de Central.
 —No entiendo como Central —renegó el cajero fastidiado— envía así como así a gente que uno no conoce...
 —Es porque habitualmente no hago este recorrido. En la agencia B. me dijeron que pasara por aquí porque desde Central los habían llamado por teléfono para dejarme el mensaje. Parece que ustedes recibieron un importante depósito después del cierre.
 Al vuelo había encontrado aquella respuesta plausible, ya que la lista de agencias del Central Bank aún estaba fresca en su memoria.
 —Sí... —reconoció el cajero, sin dejar de mostrarse receloso—. Es lo mismo... me da fastidio no conocerlo.
 —¿Y eso qué tiene que ver? —replicó el otro fingiendo asombro.
 —¡Hay tantos ladrones!... Pero, adelante, hay modo de arreglar todo. Supongo que traerá con usted la credencial.

Si había algo que podía perturbar al bandido, era justo una pregunta así. ¿Cómo tener la «credencial»? Ni siquiera sabía lo que significaba eso. Sin embargo no demostró desconcierto. Cuando uno se libra a semejantes aventuras, es preciso tener cualidades especiales, y por encima de cualquier otra, una absoluta sangre fría. Esa cualidad la poseía en grado sumo el falso recaudador del Central Bank. A pesar de la conmoción que le causó la pregunta imprevista, no dejó traslucir en absoluto su zozobra y respondió con la mayor naturalidad:
 —¡Pardiez! Eso ni se pregunta.

Había razonado que muy probablemente esa «credencial», de la que se admitía como probable que la llevara encima, consistiría forzosamente en algún objeto material que los empleados del Central Bank acostumbraban llevar siempre. Buscando en el blusón del recaudador, que se había puesto, sin duda encontraría la famosa «credencial».
 —Voy a ver —agregó con voz tranquila, sentándose en un banco y vaciando los bolsillos.

De ellos salieron numerosos papeles, cartas, órdenes de servicio u otro tipo, todas ellas atadas por una faja y muy arrugadas como suele ocurrir con los papeles que pasan mucho tiempo en los bolsillos. Simulando la torpeza de los obreros, cuando con sus gruesos dedos, más apropiados para trabajos pesados, deben manejar papeles, los iba desplegando uno tras otro.

Al llegar al tercero descubrió un documento impreso, con los blancos llenados a mano, por cuyos términos el llamado Baudruc era designado como recaudador del Central Bank. Era evidentemente lo que buscaba y sin embargo la dificultad continuaba. El nombre escrito en el documento constituía tal vez el mayor peligro ya que ese Baudruc probablemente era bien conocido por el cajero de la agencia S., quien se asombraría al no tratar con él personalmente.

Sin perder en absoluto la sangre fría, el audaz bandido imaginó en el momento el subterfugio necesario. Aprovechando un momento de distracción del cajero, rompió en dos el documento oficial y dejó en su mano derecha la mitad inferior.
 —¡No es mi día de suerte!, —exclamó en tono humillado una vez que hubo llevado la operación a buen fin—. Aquí la tengo a mi credencial, pero sólo la mitad, no más.
 —¿La mitad?... —repitió el cajero.
 —Sí, estaba vieja y gastada de tanto andar y andar en el bolsillo.
 Se habrá partido en dos y sin darme cuenta habré dejado una mitad en casa.
 —¡Hum!... —exclamó el cajero.
 El recaudador pareció molestarse.
 —¡Y bueno, basta! —dijo encaminándose a la puerta—. Me dijeron que viniera a buscar su dinero; vine. ¿Usted no quiere dármelo? Guárdese. Arréglese después con Central. A mí, me importa un rábano.

La indiferencia que demostraba contribuyó más a su éxito que los mejores argumentos y mucho más efectiva aún fue la frase amenazadora que soltó mientras se alejaba; esa frase fue como un dardo en el blanco. ¡Nada de líos!: es el eterno objetivo de todos los empleados de la tierra.
 —¡Un momento!... —le gritó el cajero—. Muéstreme su «credencial».
 —¡Acá está! —respondió el recaudador presentando la mitad del documento donde no figuraba ningún nombre.

—Está la firma del jefe —comprobó el cajero con satisfacción.

Finalmente, decidiéndose, le dijo mientras le tendía un paquete sellado: —Aquí está el dinero. ¿Quisiera firmarme el recibo? Luego de poner un nombre cualquiera en la hoja que le habían presentado, el recaudador se alejó demostrando fastidio.

—¡Salud! —dijo en tono regañón, como alguien irritado por la suspicacia que acababa de despertar.

Apenas estuvo en la calle apresuró el paso hasta el coche, subió al pescante y desapareció en la noche.

De este modo fue llevado a cabo el robo que tuvo tanta repercusión.

Como se sabe fue descubierto aquella misma noche, seguramente poco antes de lo que sus autores habían calculado. Con la agencia cerrada con dos vueltas de cerrojo, con el personal reducido a la impotencia, con el conductor suprimido, legítimamente podían suponer que nadie notaría nada hasta la mañana siguiente. En ese momento, el muchacho que venía todos los días a hacer la limpieza, necesariamente daría la alarma; había grandes posibilidades de que la aventura permaneciera en secreto hasta entonces.

Pero en realidad las cosas ocurrieron de modo muy diferente. A las cinco y media, Mr. Lasone, el inspector de agencias que había telefoneado a eso de las cinco para advertir la llegada del coche de caudales, preocupado al no ver llegar a éste telefoneó de nuevo a la agencia DK. No recibió respuesta ya que los ladrones, luego de terminar el reparto del botín, sencillamente descolgaron el receptor con la intención de detener el sonido de la campanilla del teléfono, cuya persistencia habría podido despertar las sospechas de los vecinos. En el primer momento, el inspector no insistió y se contentó con protestar contra los empleados telefónicos.

Sin embargo, como el tiempo pasaba y el coche seguía sin llegar, hizo una segunda tentativa. Ésta resultó tan infructuosa como la segunda y esta vez le contestaron desde la central telefónica que la agencia DK no respondía a los llamados; fue entonces que el inspector decidió mandar un cadete para ver por qué estaba tan muda. Antes de las seis y media el muchacho estaba de regreso. A través de él se supo que la agencia se hallaba cerrada y parecía desierta.

Muy sorprendido de que Mr. Buxton hubiera terminado sus tareas tan temprano uno de esos días de fin de mes en los que el personal se ve obligado a veces a quedarse hasta las nueve, el inspector no pudo hacer otra cosa que esperar el coche recaudador con creciente impaciencia.

Aún lo esperaba a las siete y cuarto cuando le fue comunicada una grave novedad. El coche había sido encontrado detrás de Hyde Park, en una calle poco transitada de Kensington, Holland Street, por uno de los empleados de la agencia central que, luego de concluir la jornada de trabajo, volvía a su casa. El empleado, intrigado por encontrar un coche del Central Bank estacionado a una hora tan avanzada en aquella calle relativamente oscura y solitaria, subió al pescante, empujó las puertas de hierro fundido que no estaban cerradas y, a la luz de un fósforo, descubrió el cuerpo ya frío del conductor. Entonces volvió corriendo a la agencia central para dar la alarma.

De inmediato el teléfono comenzó a disparar llamadas en todas las direcciones. Antes de las ocho, un escuadrón de la policía rodeaba el coche abandonado, mientras que una multitud se congregaba frente a la agencia DK, donde otro escuadrón policial hacía abrir las puertas por un cerrajero llamado a ese efecto.

El lector sabe ya lo que habrían de encontrar.

De inmediato dio comienzo la investigación. Felizmente ninguno de los empleados de la agencia estaba muerto, aunque en verdad no sirvieron a la policía mucho más que si lo estuvieran. La mayoría, sofocados por las mordazas, con al boca llena de algodón y trapos que les habían introducido violentamente, yacía desvanecida cuando fue socorrida y sin duda habrían pasado a mejor vida si hubieran permanecido en esa situación hasta la mañana.

Cuando después de una hora de cuidados, recobraron la conciencia, sólo pudieron dar muy vagos detalles. Cinco hombres barbudos, unos cubiertos por largos guardapolvos, otros por esos sacos-gabanes de viaje vulgarmente llamados úlsters, los habían asaltado y derribado. No sabían nada más.

No había por qué dudar de su sinceridad. Desde el comienzo de la investigación, efectivamente se habían encontrado las cinco prendas en sitio bien evidente, como si los malhechores hubieran querido dar deliberadamente un rastro de su paso. Además, examinadas con la mayor atención por los más hábiles sabuesos de Scotland Yard, las prendas no revelaron nada concerniente a quienes las habían abandonado. Estaban hechas de tela común, que podía comprarse en cualquier tienda, lo que explicaba que las hubieran dejado en el lugar del crimen.

Todo eso no revelaba demasiado y el magistrado a cargo de la investigación debió renunciar a enterarse de más detalles. Infructuosamente, zarandéó a los testigos de un modo y otro. No variaron su testimonio inicial y fue imposible sacarles alguna otra cosa.

El último testigo en exponer fue el portero del inmueble. La cortina metálica estaba baja, por lo que los malhechores debían haber salido por el vestíbulo común a toda la casa. Por lo tanto el portero debía haberlos visto.

Éste sólo pudo confesar total ignorancia al respecto. Los apartamentos que debía vigilar eran demasiado numerosos como para que la vigilancia fuera realmente eficaz. Aquel día no había notado nada anormal. Si los ladrones habían pasado por delante de él, como efectivamente era de suponer, los había confundido con los empleados de la agencia. Acosado hasta sus últimos reductos, invitado a buscar en los meandros de su memoria, apenas si pudo citar los nombres de cuatro inquilinos que habían atravesado el vestíbulo aproximadamente a la hora del robo o poco después. Hechas las inmediatas verificaciones, aquellos cuatro inquilinos resultaron ser personas de una irreprochable honorabilidad y sencillamente habían regresado al inmueble a cenar.

El portero habló también de un joven carbonero que había llegado a eso de las siete y media, poco antes de la intervención de la policía, llevando una voluminosa bolsa, visita que le resultó extraña únicamente porque no es habitual la entrega de carbón a semejante hora. El carbonero había preguntado por un inquilino del quinto con tanta insistencia que el portero finalmente autorizó la entrega ordenándole que utilizara la escalera de servicio.

El muchacho había subido y un cuarto de hora después bajaba, siempre con la bolsa a la espalda. Interrogado por el portero, dijo que se había equivocado de dirección. Jadeando, como quien acaba de hacer cinco pisos con un pesado fardo sobre los

hombros ganó la calle y luego de depositar la bolsa en una carretilla que había estacionado al borde de la acera se marchó sin apuro.

—¿Sabe usted —preguntó el encargado de la investigación— para qué casa trabaja ese muchacho?

El portero respondió que lo ignoraba.

Dejando ese punto para una ulterior investigación, el juez interrogó al inquilino del quinto. Le fue confirmado que un hombre, que afirmaba tener que hacer una entrega de carbón, efectivamente había golpeado a la puerta de servicio a eso de las siete y media. Le abrió la criada, quien luego de asegurarle que se equivocaba, lo había visto retirarse sin insistir. Sin embargo existía una diferencia entre las diversas declaraciones relativas a este incidente; contrariamente a lo que decía el portero, la criada del quinto sostenía que el hombre no llevaba ninguna bolsa.

—Tal vez la había dejado para subir —explicó el magistrado.

Sin embargo esa explicación pareció insuficiente hasta que se descubrió en el corredor común de los sótanos el contenido de una bolsa de antracita que el portero afirmó que no se encontraba unas horas antes. Evidentemente, el misterioso carbonero había vaciado en aquel lugar la bolsa que llevaba. Pero entonces, ¿qué era lo que se había llevado ya que —el portero también demostraba mucha seguridad sobre este punto al retirarse, la bolsa parecía no estar ni menos llena ni ser menos pesada que a la llegada?

—Dejemos eso por el momento —concluyó el magistrado renunciando a resolver el insoluble problema—. Ese punto será aclarado mañana.

Por el momento tenía una pista que consideraba más seria y pensaba que no debía apartarse de ella.

Efectivamente no todo el personal de la agencia había sido encontrado. El personaje más importante, el director, faltaba. Mr. Lewis Robert Buxton había desaparecido. Los empleados no pudieron dar ninguna información al respecto. Todo lo que sabían era que poco antes de las cinco, un cliente, que había sido introducido al despacho del director, pocos minutos después había llamado al cajero Store, quien luego de dirigirse adonde lo llamaban no volvió a aparecer. Pocos momentos después se producía la agresión. En cuanto a Mr. Buxton, nadie había vuelto a verlo.

Se imponía una conclusión. Si estaba fuera de toda duda que la agencia había sido tomada por asalto por cinco bandidos más o menos disfrazados o maquillados, no era menos evidente que esos bandidos habían tenido un cómplice dentro del local y que este cómplice era su jefe.

Por eso, sin esperar los resultados de una investigación más profunda, inmediatamente fue librada una orden de captura contra Lewis Roben Buxton, jefe de la agencia DK del Central Bank, acusado de robo y complicidad de asesinato y fue por eso que sus datos y señales que, a diferencia de lo que ocurría con sus cómplices, eran bien conocidos fueron telegrafados a todas partes.

Como el culpable aún no había podido abandonar Inglaterra, sería aprehendido ya fuera en una ciudad del interior, ya fuera en un puerto, triunfo rápido del que a título la policía podría enorgullecerse.

Con esa agradable perspectiva, magistrado y detectives se fueron a sus respectivas camas.

No obstante, esa misma noche, a las dos de la mañana, cinco hombres, unos completamente afeitados, otros con un espeso bigote que les cruzaba la cara, bronceada, bajaban del expreso de Londres en Southampton, en forma individual, tal como habían subido. Después de entregar varios bultos y especialmente un baúl grande y muy pesado, se hicieron llevar en coche al dique flotante, en cuyo muelle esperaba un vapor de alrededor de dos mil toneladas que vomitaba una densa humareda por la chimenea.

Con la marea de las cuatro, es decir en el momento en que todo el mundo dormía en Southampton y cuando el crimen de Old Broad Street todavía era desconocido, el vapor desamarró del dique, salió del muelle y se hizo a la mar.

Nadie intentó detener su partida. ¿Y por qué se habría sospechado de aquella honesta embarcación, cargada de mercaderías extrañas pero honorables con destino a Cotonú, puerto de Dahomey?

El vapor se alejó entonces tranquilamente con sus mercaderías, sus cinco pasajeros, sus fardos y el gran baúl que uno de ellos, el más alto, había hecho depositar en su cabina, mientras la policía, interrumpiendo la investigación, buscaba en el sueño un bien ganado descanso.

Esa investigación fue reanudada al otro día y en los días siguientes, pero, como es bien sabido, no llegaría a ningún resultado. Pasaron los días y los cinco malhechores quedaron en la impunidad, y Lewis Roben Buxton continuó inhallable. Ninguna luz aclaró el impenetrable misterio. Ni siquiera se consiguió averiguar a qué carbonería pertenecía el muchacho que por un momento había acaparado la atención de la policía. El episodio fue rotulado como caso sin solución.

La solución del enigma aparecerá por primera vez, en forma entera y completa, en este relato. Corresponderá al lector decidir si era posible imaginar algo más inesperado y más extraño.

UN VIAJE DE ESTUDIO

Conakry, capital de la Guinea francesa y lugar de residencia del gobernador, es hoy en día una ciudad muy agradable cuyas calles, inteligentemente trazadas según el plan del gobernador Ballay, se cruzan en ángulo recto y por lo general son designadas al modo americano, con un simple número ordinal. Levantada en la isla de Tombo, está separada del continente por un estrecho canal franqueado por un puente por el que pasan caballeros, transeúntes, vehículos y también el ferrocarril que conduce hasta Kurussa, cerca de Nigeria. Es la estación más saludable del litoral. También los representantes de la raza blanca son más numerosos allí, en particular franceses e ingleses, estos últimos, nucleados especialmente en el barrio de Newton.

Pero en la época de los acontecimientos de este relato, Conakry todavía no había alcanzado ese grado de prosperidad y no era más que un pueblo grande. En aquella jornada del 27 de noviembre, la población estaba de fiesta. Obedeciendo a la invitación que el gobernador, el Sr. Henry Valdonne, había cursado mediante carteles, la población se dirigía hacia el mar dispuesta a recibir

calurosamente, así se les había pedido, a los notables viajeros que iban a bajar del *Touat*, un transatlántico de la compañía Frayssinet.

Los personajes que causaban, tanta conmoción en la ciudad de Conakry efectivamente eran importantes. En número de siete, integraban el alto personal de la comisión extraparlamentaria encargada por la administración central de efectuar un viaje de estudio por la región del Sudán, conocida bajo el nombre de cuenca del Níger. En verdad, no había sido de muy buen grado que el presidente del Consejo, el Sr. Grandchamp, y el Sr. Chazelle, Ministro de Colonias, habían reunido esa misión y decretado aquel viaje de estudio. De alguna manera habían sido obligados por la presión de la Cámara y por la necesidad de clausurar una justa oratoria que lindaba con el obstruccionismo.

Algunos meses antes, a propósito de un debate relativo a la región africana que la misión extraparlamentaria tenía orden de explorar, la Cámara se había dividido en dos fracciones numéricamente iguales acaudilladas por dos irreductibles líderes.

Uno de esos líderes se llamaba Barsac; el otro, Baudrières.

El primero, bastante corpulento, un poquitín ruidoso, llevaba desplegada una opulenta barba negra. Era un meridional de Provence, de palabra sonora, dotado sino de elocuencia, al menos de una cierta facundia; en resumidas cuentas se trataba de un muchachón alegre y simpático. El segundo representaba a un departamento del norte y, si se me permite esta atrevida expresión, lo representaba en longitud. Enjuto de cuerpo y de rostro, con un delgado bigote descendente que acentuaba sus muy delgados labios, anguloso y dogmático, formaba parte de la raza de los tristes. Mientras su colega se prodigaba generosamente, él vivía replegado en sí mismo, entregándose lo menos posible, con alma aherrojada como la caja fuerte de un avaro.

Ambos eran diputados desde hacía mucho tiempo y se habían especializado en los problemas coloniales de tal modo que se les consideraba como autoridades en la materia. Por lo tanto —y esta reflexión se impone— era realmente maravilloso que sus pacientes estudios los hubieran llevado a conclusiones tan opuestas. Aunque lo cierto es que raramente estaban de acuerdo. Cuando Barsac trataba un problema cualquiera, había diez posibilidades contra una de que Baudrières pidiera la palabra para sostener exactamente lo contrario, tanto es así que al anularse recíprocamente sus discursos, la Cámara se veía obligada a votar en el sentido indicado por el Ministerio.

Pero esa vez ni Barsac ni Baudrières habían querido ceder ni una sola pulgada y la discusión se había eternizado. Había comenzado a propósito de un proyecto de ley propuesto por el primero, proyecto tendiente a crear cinco bancas de diputados en Senegambia. Alta Guinea y la parte del Sudán francés situada al oeste del Níger, y a acordar el electorado e incluso la elegibilidad a la gente de color, sin distinción de razas. Tal como acostumbraba, de inmediato Baudrières se había alzado enérgicamente contra la tesis de Barsac y ambos irreconciliables adversarios se habían descerrajado una metralla de argumentos.

Uno, citando en su apoyo la opinión de un gran número de militares y civiles que habían recorrido esas regiones traficando, presentaba a los negros como poseedores de un grado muy avanzado de civilización. Agregó que significaba muy poco haber abolido la esclavitud si no se otorgaba a esas poblaciones conquistadas los mismos derechos que a sus conquistadores y al respecto, en una serie de alocuciones que la Cámara aplaudió ruidosamente, pronunció las grandes palabras libertad, igualdad y fraternidad.

Por el contrario, el otro sostuvo que los negros vegetaban todavía en la más vergonzosa barbarie y que era innecesario consultarlos del mismo modo que no se consulta un niño enfermo acerca del remedio que hay que administrarle. Agregó que de ningún modo aquél era un momento propicio para una experiencia tan peligrosa y que más bien convenía reforzar las fuerzas de ocupación ya que había indicios inquietantes que autorizaban a esperar próximas y temibles perturbaciones en esas comarcas. Invocó un número tan grande de opiniones militares como su opositor y concluyó preconizando una nueva intervención armada declarando con patriótica energía que el patrimonio conquistado con la sangre francesa era sagrado y debía seguir siendo intangible. También él fue aplaudido frenéticamente.

El Ministro de Colonias se vio en apuros para separar a aquellos apasionados oradores. Había algo de verdad en ambas tesis. Era cierto que las poblaciones negras asentadas en las márgenes del Níger y Senegambia parecían comenzar a adaptarse a la dominación francesa, que la instrucción había conseguido algún progreso en esas tribus anteriormente tan ignorantes, que la seguridad se encontraba en vías de rápida mejoría y, en suma, no era menos cierto que la situación tendía a modificarse en un sentido favorable. Había llegado la noticia sobre perturbaciones y razzias: se ignoraba la razón por la que los negros abandonaban aldeas enteras y también no estaba de más tomar nota, aunque sin exagerar, de los rumores bastante misteriosos y confusos que corrían por la selva, sobre ambas márgenes del Níger, que afirmaban que una potencia independiente estaba por consolidarse en un punto todavía desconocido del suelo africano.

Como cada uno de los oradores podía, en rigor, encontrar argumentos favorables a su causa en el discurso ministerial, ambos triunfaron por igual y la discusión prosiguió hasta que un exasperado diputado gritó en medio de la vociferación:

—Ya que no pueden entenderse, ¡que vayan hasta allá a ver!

El Sr. Chazelle respondió que aquellos parajes habían sido explorados tan a menudo que, por cierto, no se imponía la necesidad de descubrirlos una vez más, pero que estaba dispuesto sin embargo a acatar el punto de vista de la Cámara, si ésta estimaba que un viaje de estudio podría tener alguna utilidad y que estaría encantado, en ese caso, de asociarse a semejante empresa, siempre que se colocara la expedición bajo la dirección del integrante que la Cámara tuviera a bien designar.

La propuesta tuvo mucha aceptación. Se votó de inmediato y el Ministerio fue invitado a formar una misión que recorriera la región delimitada por el recodo del Níger y redactara un informe en vista del cual la Cámara legislaría ulteriormente.

No hubo tanto acuerdo cuando se trató de nombrar al diputado que sería jefe de la misión; por dos veces Barsac y Baudrières recogieron un número de sufragios matemáticamente igual.

Sin embargo había que terminar de una vez con aquel asunto.

—¡Pardiez!, ¡que los nombren a los dos! —gritó uno de esos bromistas que nunca faltan en una asamblea francesa. La idea fue recibida con entusiasmo por la Cámara, que sin duda veía así un modo de no volver a oír hablar de las colonias durante algunos meses, y en consecuencia Barsac y Baudrières fueron elegidos, disponiéndose que sólo la edad debía decidir cuál de los dos

tendría la preeminencia. Hechas las verificaciones, el privilegio correspondió a Barsac, quien resultó ser mayor por tres días. Baudrières debió resignarse a no ser más que su coadjutor, cosa que lo mortificó mucho.

A ese embrión de misión, el gobierno había agregado algunas personalidades, menos decorativas por cierto, pero tal vez mejor calificadas; así, al llegar a Conakry, la misión se componía de siete miembros en total, comprendidos los ya nombrados Barsac y Baudrières.

Entre los demás sobresalía el doctor Châtonnay, un gran médico y un médico grande, pues era muy sabio y levantaba a más de cinco pies y ocho pulgadas su alegre cara coronada por una crespa cabellera tan blanca como la nieve, a pesar de que aún no contaba con cincuenta años, cara cruzada, además, por un espeso bigote del mismo color. Aquel doctor Châtonnay era un excelente hombre, sensible y alegre, siempre riéndose por cualquier cosa con el ruido de un escape de vapor.

También era un notable el Sr. Isidore Tassin, corresponsal de la Sociedad de Geografía, un hombrecito seco y cortante, apasionado exclusivamente por la geografía.

En cuanto a los otros miembros de la misión, los señores Poncin, Quirieu y Heyrieux, los tres eran funcionarios de diversos ministerios, y no tenían demasiada relevancia. Sin ninguna particularidad notable, eran gente como todo el mundo.

Alrededor de ese nudo oficial gravitaba, muy oficiosamente, un octavo viajero. Éste, un rubio de aspecto enérgico decidido, tenía por nombre Amédée Florence y su oficio consistía en informar del mejor modo posible a *L'Expansion française*, del que era activo y despabilado reportero.

Ésos fueron los personajes que desembarcaron aquel 27 de noviembre del transatlántico *Touat* perteneciente a la compañía Frayssinet.

El acontecimiento inevitablemente tenía que provocar discursos. Apenas se entra a formar parte del personal administrativo o gubernamental ya no resulta suficiente, cuando ocurre un encuentro con colegas en misión, estrecharse la mano y saludarse; se considera indispensable intercambiar palabras históricas mientras que un auditorio, siempre divertido a pesar del acostumbramiento a la comicidad especial de esta formalidad, se agrupa en círculo alrededor de los oradores.

Fue en virtud de este protocolo que, en el mismo lugar del desembarco, el Sr. Valdonne, escoltado por sus principales funcionarios a quienes tuvo el cuidado de presentar, dio la solemne bienvenida a los notables visitantes que llegaban, sino del cielo, al menos de las lejanías del océano. Por otra parte, es preciso hacerle justicia y reconocer que fue breve y que su corto discurso obtuvo un merecido éxito.

Barsac, que en su calidad de jefe de la misión le respondió, habló en estos términos:

—Señor gobernador, señores —dijo en tono de reconocimiento y ¡del Mediodía! después de haber tosido para aclararse la voz—, mis colegas y yo nos sentimos profundamente emocionados por las palabras que acabamos de oír. La cordialidad de vuestro recibimiento nos resulta un augurio favorable en el momento en que comienza realmente una empresa cuyas dificultades, por lo demás, no exageramos. Sabemos que, bajo la generosa administración de la metrópolis, estas comarcas, antiguamente exploradas en medio de tantos peligros por los audaces pioneros de la patria, conocen finalmente la paz francesa, si se me permite emplear esa expresión pomposa tomada de nuestros ancestros, los romanos. Es por eso que aquí, en los umbrales de esta hermosa ciudad de Conakry, rodeado por las abigarradas filas de nuestros compatriotas, tenemos la sensación de no haber abandonado Francia. Y es por eso que al internarnos dentro de estas tierras tampoco la habremos abandonado, pues las laboriosas poblaciones de estas comarcas están formadas de ahora en adelante por ciudadanos de una Francia engrandecida y prolongada. Que aumente aún más, si ello fuera posible, el apego de esas poblaciones a la patria, su devoción a la República.

Como es habitual, el gobernador Valdonne dio la señal para el comienzo de los aplausos espontáneos mientras Barsac daba un paso hacia atrás, y Baudrières daba otro hacia adelante.

Al final de interminables conciliábulos en el despacho del ministro se había decidido que Baudrières sería no el subjefe, sino el jefe adjunto de la misión. Ahora —¡oh, misterioso poder de las palabras! ahora resultaba, al parecer, que si Barsac tomaba la palabra en una ceremonia oficial Baudrières debería hacer uso de ella inmediatamente después. Así había quedado resuelto el espinoso problema de los amores propios.

—Señor gobernador, señores —comenzó Baudrières, cortando en seco los aplausos con que se saludaba la perorata de su predecesor— me asocio plenamente a las elocuentes palabras de mi eminente colega y amigo. Tal como él lo ha dicho de modo inmejorable cada uno de nosotros se da cuenta exacta de las dificultades y peligros que implica nuestra exploración. Venceremos esas dificultades de la mejor manera posible. En cuanto a los peligros, no nos preocupan ya que entre ellos y nosotros se interpondrán las bayonetas francesas. Que me sea permitido entonces al pisar tierra africana, saludar cordialmente a la escolta que alejará de nosotros hasta la posibilidad de algún peligro. Y no os equivoquéis, señores, al saludar a esta restringida escolta, es al ejército —aunque, por otro, no aparezca completo en el humilde soldado que pasa—, es al ejército, digo, a quien dirijo mi saludo. Es, pues, el ejército, tan arraigado en el corazón de los franceses, quien participará en nuestros trabajos y, del mismo como tan a menudo lleva a cabo las hazañas gloriosas a que nos tiene acostumbrados, gracias a él, a partir de esta empresa oscura crecerá el prestigio de la patria y grandeza de la República.

Nuevamente estallaron los aplausos, exactamente tan y tan espontáneos como los primeros luego el se encaminó hacia la Residencia, donde iban a ser alojados los principales miembros de la misión durante los tres días destinados a completar los últimos detalles del programa de exploración.

El programa era vasto. La región afectada por el proyecto de la ley de Barsac sobrepasaba el millón quinientos mil kilómetros cuadrados. Más o menos tres veces la superficie de Francia. Como no era cuestión de visitar todos los puntos de esa enorme extensión, se había trazado un itinerario bastante caprichoso como para que la impresión recogida finalmente por los exploradores tuviera alguna posibilidad de conformarse a la verdad. Ese itinerario comprendía más de dos mil quinientos kilómetros para algunos miembros de la misión y tres mil quinientos para otros.

En efecto, la expedición debía abrirse en el camino, de modo de extender lo más posible el área de la investigación. Al salir de Conakry se iría primeramente hasta Kankan, pasando por Ussú, Timbo, importante centro del Futa-Djalon meridional, y Kurussa, puesto establecido sobre el Níger, a poca distancia de sus fuentes.

De Kankan se pasaría por Foraba, Forabakurú y Tiola, Uassulú y Kenedugú, hasta Sikasso, capital de este último país.

En Sikasso, a mil cien kilómetros del mar, la expedición se dividiría en dos. Una parte, bajo la dirección de Baudrières, volvería a bajar hacia el sur, se dirigiría hacia el país de Kong y llegaría a su capital, Sitardugú, a Niambuambo y diversas aglomeraciones urbanas más o menos importantes. Desde Kong se dispersaría por Baulé, para llegar finalmente a Grand-Bassam, en la Costa de Marfil. La otra parte de la expedición, con Barsac, continuaría, por el contrario, hacia el este, pasaría por Uagadugú y llegaría al Níger en Saye; luego, marchando paralelamente al río, atravesaría Mossi y finalmente pasando por el Gurma y el Borgú, llegaría a Cotonú, su punto final, en la costa de Dahomey.

Incluyendo los rodeos y las demoras inevitables, se esperaba que el viaje durara por lo menos ocho meses para la primera parte de la expedición y diez o doce meses para la segunda. Partiendo juntos el 1º de diciembre desde Conakry, no sería antes del 1º de agosto que Baudrières llegaría a Grand-Bassam y del 1º de octubre que Barsac llegaría a Cotonú.

Se trataba, pues, de un largo viaje. Y, sin embargo, el Sr. Isidore Tassin no podía jactarse de que le permitiera establecer alguna importante verdad geográfica ignorada hasta entonces. A decir verdad, incluso la presencia de un corresponsal de la Sociedad de Geografía era difícil de explicar, ya que la esperanza de descubrir la cuenca del Níger era tan poco realizable como descubrir a América. Pero el Sr. Tassin no era goloso. Como sabía que el globo había sido surcado en todas direcciones, se conformaba con poco.

Prudentemente limitaba así sus ambiciones. Desde hacía mucho tiempo el recodo del Níger había dejado de ser la comarca inaccesible y misteriosa que fuera durante tantos años. Desde que el doctor alemán Barth la atravesara en 1853 y 1854, una multitud de valientes la habían conquistado gradualmente. Así, en 1887, el capitán de navío Caron y la exploración a todas luces magnífica del capitán Binger; en 1889, el capitán de navío Jaime; en 1890, el doctor Crozat; en 1891, el capitán Monteil; en 1893 y 1894, las muertes gloriosas del teniente Aube y del coronel Bonnier y la toma de Tombuctú por el teniente Boiteux, pronto alcanzado por el comandante Joffre; ese mismo año, 1894, y en 1895 son el capitán Toutée y el teniente Targe; en 1896, el teniente de navío Hourst, y tantos otros hasta llegar a la campaña en cuyo transcurso, en 1898, el coronel Audéoud se apoderó de Kong y terminó con el dominio de Samory. Desde entonces el Sudán occidental deja de merecer el calificativo de salvaje; la administración sucede a la conquista, los puestos se multiplican asegurando de manera cada vez más sólida la benéfica dominación francesa.

En el momento en que la misión extraparlamentaria iba a internarse en aquellas regiones, la pacificación aún no se había completado, pero ya la seguridad era mayor y había razones para esperar que el viaje se desarrollaría, sino sin incidentes, al menos sin accidentes y que todo se reduciría a un viaje por poblaciones pacíficas que Barsac estimaba maduras como para disfrutar de los beneficios de la política electoral.

La partida había sido fijada para el 1º de diciembre.

El día antes, el 30 de noviembre, una cena oficial iba a reunir por última vez a los miembros de la misión en la mesa del gobernador. Al final de la cena se intercambiaron brindis, como es costumbre, en medio de los obligatorios acordes del himno nacional y se formularon los últimos votos por el éxito de la expedición y por la gloria de la República.

Aquel día, Barsac, cansado de deambular por Conakry bajo un sol de fuego, volvía a su habitación. Se abanicaba beatíficamente esperando que llegara la hora de ponerse el traje negro, al que ninguna temperatura dispensaría a un personaje oficial en ejercicio de su cargo, cuando el ordenanza de turno vino a avisarle que dos personas pedían ser recibidas.

—¿Quiénes son? —preguntó Barsac.

—Un tipo y su mujer —dijo.

—¿Colonos?...

—No creo, a juzgar por su aspecto —respondió el ordenanza—. El hombre es robusto, con un poco de césped en la pelada...

—¿La pelada?...

—Es calvo, ¡vaya! Lleva largas patillas y tiene ojos saltones.

—¿Qué imágenes que se gasta usted! —exclamó Barsac—. ¿Y la mujer?

—¿La mujer?..

—Sí. ¿Cómo es?... ¿Joven?

—Bastante.

—¿Linda?

—Sí, y muy bien vestida...

Barsac se atusó maquinalmente el bigote y dijo:

—Hágalos entrar.

Mientras daba la orden, sin reparar en lo que hacía echó una ojeada al espejo que reflejaba su corpulenta imagen. Si hubiera tenido necesidad de consultarlo, habría podido comprobar que el reloj de péndulo marcaba en aquel momento las seis. En virtud de la diferencia de longitudes, era precisamente en aquel momento que comenzaba el ataque a la agencia DK del Central Bank, que dio materia al primer capítulo de este relato.

Los visitantes, un hombre de unos cuarenta años acompañado de una joven de veinte a veinticinco años, fueron llevados a la habitación donde Barsac gustaba disfrutar los encantos del ocio antes de ir a afrontar las fatigas de una cena oficial.

El hombre era muy alto, en efecto. Un par de piernas interminables soportaba un busto relativamente exiguo que terminaba en un cuello largo y huesudo, el que servía de pedestal a una cabeza modelada con altura. Si los ojos no podían ser calificados de saltones, tal como lo había adelantado el ordenanza abusando de imágenes ultrajantes, no se podía negar que no fueran un tanto saltones, que la nariz no fuera grande ni que los labios no fueran anchos y lisos, ya que una implacable navaja había eliminado los bigotes. Por el contrario, cortas patillas del tipo que es clásico atribuir a los austríacos y una corona de cabello ensortijado rodeando la base del cráneo, que por lo demás era maravillosamente desnudo y lustroso, permitían afirmar que el ordenanza carecía de precisión en la elección de sus adjetivos. En justicia, se puede decir que el personaje era pelirrojo.

Por cierto que el retrato que hemos hecho dispensaría de decir que era feo, si no conviniera agregar a su fealdad el calificativo de simpática. Efectivamente, sus gruesos labios expresaban franqueza y en sus ojos resplandecía esa maliciosa bondad que nuestros padres designaban con el nombre encantador de bonhomía.

Luego venía la joven. Hay que reconocer que el ordenanza, al decretarla linda, esta vez no había exagerado en absoluto. Alta, delgada, de porte elegante, boca fresca y con hermosos dientes, la nariz delgada y derecha, ojos grandes y coronados por pestañas admirablemente dibujadas, abundante cabellera color negro tinta, rasgos de una impecable regularidad: era una perfecta belleza.

Luego de que Barsac les ofreciera asiento fue el hombre, como es habitual quien tomó la palabra.

—Espero que nos perdone, señor diputado, por venir a importunarlo así y, debido a la imposibilidad en que me encuentro de hacer otra cosa, nos excusará de que sea yo mismo quien le diga quiénes somos. Me llamo —permítame seguir con la costumbre y decir que lamento llamarme pues mi nombre es ridículo— Agénor de Saint-Bérain, soy propietario, soltero y ciudadano de la ciudad de Rennes.

Luego de soltar así su estado civil, Agénor de Saint-Bérain hizo una ligera pausa y luego, ayudándose con un gesto, presentó:

—La señorita Jane Mornas, mi tía.

—Su tía... —repitió Barsac.

—Sí. La señorita Mornas es tan tía mía como podría serlo de cualquier otra persona —afirmó Agénor de Saint-Bérain, mientras una alegre sonrisa se entreabría por los labios de la joven.

Fue como si saliera el sol. Su hermoso rostro, cuya expresión demasiado seria parecía hasta entonces tal vez el único defecto, dio la impresión de iluminarse.

—El señor de Saint-Bérain —explicó ella con un ligero acento inglés— aprecia esencialmente su condición de sobrino y no deja pasar ninguna ocasión para proclamar nuestro real grado de parentesco...

—Eso me rejuvenece —interrumpió el sobrino.

—Pero —continuó Jane Mornas—, una vez que ha logrado y que ha establecido su derecho legal consiente en invertir los roles y volver a ser el tío Agénor, lo que por convención familiar ha venido siendo desde mi nacimiento.

—Lo que está más en relación con mi edad —explicó el tío-sobrino—. Pero dejemos esto, y realizadas las presentaciones, permítame señor diputado llegar a lo que nos ha traído aquí. Como buen tío-sobrino me he dejado arrastrar por ella hasta estas lejanas comarcas. Nuestra intención no es permanecer en Conakry sino aventurarnos hacia el interior en procura de emociones y espectáculos nuevos. Nuestros preparativos han terminado y estábamos a punto de partir cuando nos enteramos de que una misión, bajo sus órdenes, iba a seguir una ruta análoga a la nuestra. Hice notar entonces a la señorita Mornas que por más tranquilo que fuera este país, me parecía preferible unimos a esa misión si queríamos ser bien recibidos. Por lo tanto venimos a pedirle autorización para hacer el camino junto a ustedes.

—En principio —respondió Barsac—, no veo inconvenientes para que nos acompañen, pero comprenderá que debo consultarlo con mis colegas.

—Es muy natural —aprobó Saint-Bérain.

—Tal vez —sugirió Barsac— temamos que la presencia de una mujer demore nuestra marcha y sea algo incompatible con la ejecución del programa que nos ha sido trazado... En ese caso...

—¡Que no se preocupen por eso! —protestó el tío Agénor—. La señorita Mornas es un verdadero muchacho. Ella misma le pide que la trate no como acompañante sino como compañero.

—¡Claro! —apoyó Jane Mornas—. Agregaré que incluso desde el punto de vista material no causaremos ninguna molestia. Tenemos caballos y hombres. No nos falta nada; tenemos hasta dos bambaras, dos ex tiradores senegaleses, que hemos contratado en calidad de guías e intérpretes. Ve como puede recibimos sin temor.

—En esas condiciones, en efecto... —reconoció Barsac—. En fin, esta misma noche hablaré con mis colegas y si coinciden conmigo queda todo resuelto. ¿A dónde podrá dirigirse una respuesta definitiva? —Mañana, durante la partida, pues de todos modos abandonaremos Conakry mañana mismo.

Así dispuestas las cosas, los visitantes se retiraron. En la cena del gobernador, Barsac transmitió efectivamente a sus colegas la solicitud que le habían formulado. Ésta recibió una acogida favorable. Únicamente Baudrières creyó oportuno formular sus reservas del caso. No era que se negara positivamente a aceptar el pedido de esa bonita compañera de ruta, de la que Barsac tomó la defensa tal vez con más ardor del que era estrictamente necesario, pero sentía una cierta vacilación. El incidente le parecía algo raro. ¿Era admisible que una joven se aventurara en semejante viaje? No, verdaderamente; el pretexto dado no era serio y había que pensar que el verdadero objetivo de la aventura había sido ocultado. Planteado así el caso, ¿no existía el derecho a temer que la solicitud encubriera alguna trampa? ¿Quién podía saber incluso si no tenía alguna relación con los misteriosos rumores de los que el ministro se había hecho eco discretamente en la Cámara?

Baudrières fue tranquilizado con sonrisas.

—No conozco ni al señor de Saint-Bérain ni a la señorita Mornas —declaró el Sr. Valdonne—, pero he notado que desde hace quince días se encuentran en Conakry.

—¡Como para no notarlos! —exclamó Barsac con convicción.

—Sí, la joven es muy hermosa —aprobó Valdonne—. Me han asegurado que vienen de Saint-Louis de Senegal, por el barco que contornea la costa y por más extraño que parezca parecen hacer un viaje de placer tal como se lo dijeron al Sr. Barsac. Por mi parte, no veo el menor inconveniente en satisfacerlos.

La opinión del gobernador prevaleció sin más oposición.

Fue así como la misión comandada por Barsac aumentó el número de integrantes llegando a un total de diez miembros, comprendido Amédée Florence, el reportero de *L'Expansion française*, aunque excluyendo al personal de servicio y a los militares que la escoltaban. Fue así, también, como el destino pudo favorecer a la mañana siguiente a Pierre Marcenay, capitán de infantería colonial y comandante de la escolta, permitiéndole anticiparse a Barsac en momentos en que éste se precipitaba todo lo

rápidamente que le era posible para llegar antes que el cuadragenario de abdomen ligeramente adiposo y ayudar a la señorita Mornas a subir a la silla.

—*Armis cedat insigne* —dijo Barsac, señalando con el dedo el lugar donde debía estar una ausente escarapela. También él había estudiado sus humanidades.

Pero era notorio que no estaba contento.

LORD BUXTON GLENOR

En momentos en que comenzaba este relato hacía muchos años que Lord Buxton había dejado de salir de su casa, hacía muchos años que la puerta del castillo de Glenor, donde vivía el lord, en el corazón de Inglaterra, cerca de la pequeña ciudad de Uttoxeter, no se abría ante ningún visitante, que las ventanas de sus habitaciones particulares permanecían obstinadamente cerradas. El enclaustramiento de lord Buxton era completo, absoluto, luego del drama que afectara el honor de la familia, ensuciara su nombre, quebrara su vida.

Sesenta años antes de los acontecimientos que acaban de ser relatados, lord Buxton, egresado de la Escuela Militar, entraba al gran mundo por la puerta grande, ya que tenía fortuna de sus antepasados, honor inmaculado y gloria.

En efecto, la historia de los Buxton se confunde con la propia historia de Inglaterra, en beneficio de la cual tan a menudo corrió la sangre de la familia. Ya en un tiempo en que la palabra patria aún no había adquirido el valor que sólo una larga vida nacional le confirió, el recuerdo de esa familia se había grabado en el corazón de los hombres, porque descendiendo de los conquistadores normandos los Buxton sólo habían vivido para la espada, y para la espada puesta al servicio de su país. Al cabo de los siglos ni un solo desfallecimiento había disminuido el resplandor de su nombre, jamás una mancha había salpicado su blasón.

Edward Alan Buxton era el digno descendiente de esa línea de valientes. Al igual que sus antepasados, no concebía otro objetivo de vida que el hosco culto del honor y el amor apasionado a la patria. Si el atavismo, la herencia o como quiera llamársele a ese misterioso fenómeno que hace que los hijos sean parecidos a los padres no hubieran bastado para sugerirle esos principios, la educación se los habría inculcado. La historia inglesa, plena de la gloria de sus antepasados, necesariamente le habría inspirado el deseo de proceder igual, sino mejor que ellos.

A los veintidós años había desposado a una joven perteneciente a una de las mejores familias de Inglaterra, de la que tuvo, luego de un año de matrimonio, una hija. Fue una decepción para Edward Buxton, quien esperaba impacientemente el nacimiento de un varón.

Lo esperó durante veinte años. Sólo después de ese largo intervalo lady Buxton, cuya salud había sido gravemente quebrantada por su primera maternidad, le dio el hijo tan deseado, quien recibió el nombre de George, mientras que casi al mismo tiempo su hija, recientemente casada con un francés, el señor de Saint-Bérain, daba a luz a un niño que fue llamado Agénor, el que cuarenta años después se presentaría al diputado Barsac del modo que el lector ya conoce.

Transcurrieron otros cinco años y lord Glenor tuvo un segundo hijo, Lewis Robert, a quien el destino, treinta y cinco años después, debía mezclar tan enojosamente en el drama del Central Bank mediante el que abriéramos este relato.

Esa gran felicidad, la de tener un, segundo hijo, es decir un segundo continuador del nombre, estuvo acompañada por la más terrible de las desgracias. El nacimiento del hijo costó la vida a la madre y lord Buxton vio desaparecer para siempre a aquella que por más de un cuarto de siglo había sido su compañera.

Aquel golpe tan fuerte conmocionó a lord Buxton. Deprimido, desanimado, renunció a toda ambición y aunque relativamente joven todavía abandonó la marina donde servía desde su egreso de la Escuela y en la que estaba a punto de lograr los más altos grados.

Luego de esa gran desgracia vivió replegado sobre sí mismo mucho tiempo; cuando el paso del tiempo atenuó su inmenso dolor, después de nueve años de soledad, trató de reconstruir su hogar deshecho casándose con la viuda de uno de sus compañeros de armas, Marguerite Ferney, quien aportó al matrimonio como toda dote un hijo, William, entonces de dieciséis años.

Pero la suerte había decidido que lord Glenor envejecería solo y que llegaría solo al término del viaje. Algunos años más tarde le nacería un cuarto hijo, una niña que recibió el nombre de Jane y entonces se encontró viudo por segunda vez.

Por entonces lord Glenor había sobrepasado la sesentena. A esa edad no podía pensar en rehacer su vida. Tan cruelmente, tan obstinadamente golpeado en sus más caros afectos, se consagró exclusivamente a sus deberes de padre. Aunque su primera hija, la señora de Saint-Bérain, había escapado mucho tiempo antes a su dirección, le quedaban aún cuatro hijos, el mayor de los cuales tenía apenas veinte años; era todo lo que le habían dejado las dos muertas, ya que en su corazón no diferenciaba a William Ferney de los dos muchachos y de la niña de su sangre.

Pero aún el destino no había agotado su rigor y lord Glenor debía conocer todavía dolores que frente a los que había conocido hasta entonces parecerían bien leves.

La envidia, una envidia exasperada, una envidia furiosa, devoraba el corazón de William Ferney. Había experimentado ese sentimiento tan despreciable desde el primer día en que junto a su madre entró al castillo de Glenor. De inmediato se había presentado a su espíritu la comparación, es decir, la suerte que esperaba a los dos hijos de Glenor y la que le esperaba a él. William Ferney, Desde ese momento abrigó un odio violento hacia George y hacia Lewis, los herederos de lord Buxton que algún día serían ricos mientras él continuaría siendo el pobre descendiente desheredado de Marguerite Ferney.

Su odio creció aún más cuando nació Jane, su hermanastra de sangre, quien también participaría algún día de esa fortuna de la que él estaría excluido o de la que por caridad recibiría una ínfima parte. El odio llegó al paroxismo cuando murió su madre, desapareciendo así el único ser que podía encontrar un atajo para llegar a ese corazón ulcerado.

Nada lo aplacó, ni la fraterna amistad de los dos hijos de lord Buxton ni la paterna solicitud de éste. Día a día, el envidioso se fue apartando cada vez más y cada vez más se fue construyendo una vida personal cuyo misterio fue revelado solamente por los sucesivos escándalos. Se supo que William Ferney se había vinculado con los jóvenes más degenerados y que había elegido por amigos y compañeros de disipación a la parte menos recomendable de la población de Londres.

Los rumores de sus excesos llegaron a oídos de lord Buxton, quien se agotó inútilmente en amonestaciones. Pronto fueron deudas, las cuales saldó de inmediato en homenaje a la muerte, pero a las que su deber le impuso poner un pronto fin.

Así reducido a su escasa renta, William Ferney no varió en nada su modo de vida. Se intentaba saber cómo se procuraba los ingresos necesarios cuando fue presentada en el castillo de Glenor una letra de cambio por un valor considerable y en la que figuraba la firma, hábilmente imitada, de lord Buxton.

Este pagó sin decir nada, pero incapaz de vivir en compañía de un falsificador, hizo comparecer ante él al culpable y lo expulsó de su presencia garantizándole no obstante una amplia pensión.

William Ferney escuchó con su habitual tono de bellaquería los reproches y consejos; luego, sin decir una sola palabra e incluso sin tocar la primera mensualidad de la pensión, abandonó el castillo de Glenor y desapareció.

Qué había sido de él, lo ignoraba lord Buxton al comienzo de este relato. Nunca más había oído hablar de él y poco a poco, con el transcurso de los años, aquel recuerdo penoso se había atenuado.

Felizmente sus hijos legítimos le daban tantas satisfacciones cuantos disgustos le había dado el hijastro. Al tiempo que éste último partía para no volver, el mayor, George, continuaba la gloriosa tradición de su familia, salía primero en la Escuela de Ascott y se enrolaba en el ejército en procura de aventuras coloniales. Para disgusto de lord Buxton, su segundo hijo, Lewis, mostraba inclinaciones menos belicosas, pero en todos los demás aspectos era acreedor a su afecto. Era un muchacho grave, metódico, uno de esos caracteres que ofrecen la seguridad de que se puede contar con ellos.

Durante los años que siguieron a la partida de William, mientras se borraba gradualmente el recuerdo del tráfuga, la vida de los dos jóvenes se desarrolló siguiendo una curva regular y lógica. En Lewis se afirmaba la vocación por los negocios. Entraba al Central Bank, donde era altamente apreciado y remontaba los grados jerárquicos de aquel establecimiento colosal; era pronóstico generalizado que un día llegaría a ser el gran patrón del banco, mientras tanto, George, pasando de una colonia a otra, se había convertido en una especie de héroe e iba conquistando sus grados a punta de espada.

Lord Buxton pensaba entonces que había concluido su suerte adversa y llegado a la vejez no se le presentaban más que felices perspectivas cuando una desgracia más terrible que ninguna de las que había experimentado vino a desmoronarlo. Esta vez no fue solamente en el corazón donde lo alcanzó, sino también en el honor, en aquel puro honor de los Glenor cuyo nombre iba a resultar manchado para siempre por la más abominable de las traiciones.

Tal vez, a pesar del tiempo transcurrido, perdure aún el recuerdo de aquel drama terrible, del que fue triste protagonista el hijo mayor de lord Glenor.

En situación de disponibilidad militar, George Buxton estaba entonces al servicio de una gran compañía de exploración. Hacía dos años que surcaba por orden de esa compañía, al frente de tropas semirregulares reunidas por la compañía, el territorio de los achantis cuando de golpe se supo que convirtiéndose en jefe de una banda, se había declarado en abierta rebelión contra su país. En aquel momento la noticia llegó con la violencia de un rayo. Se supieron detalles de la rebelión y de su implacable castigo. Se supo al mismo tiempo la traición del capitán Buxton y sus hombres, transformados en aventureros, y sus pillajes, sus desmanes, los actos de crueldad a los que se habían librado y la represión que había seguido a aquel crimen.

Los periódicos contaron el drama que se había desarrollado entonces. Dieron cuenta de sus peripecias. Mostraron la banda de rebeldes perseguidos sin tregua y desmigajándose gradualmente ante los soldados enviados contra ella. Contaron como el capitán Buxton, arrinconado con algunos de sus hombres en los territorios comprendidos en la zona que entonces era de influencia francesa, había sido finalmente alcanzado cerca de la aldea de Kubo, al pie de los montes Hombori, y muerto a la primera descarga. No hubo tribu donde no se supiera acerca de la muerte del comandante de la tropa regular inglesa, derribado por las fiebres mientras se dirigía a la costa una vez concluido su triste deber, la masacre del jefe insurrecto y de la mayor parte de los cómplices, la dispersión de los demás y el aniquilamiento en el hueco mismo de la abominable y quimérica empresa. Si bien el castigo había costado caro, al menos había sido completo y rápido.

Todavía se recuerda la emoción que embargó a toda Inglaterra cuando se supo acerca de esta sorprendente aventura. Luego la emoción se aplacó y la mortaja del olvido cayó lentamente sobre los muertos.

Cercano en ese entonces a sus setenta y cinco años lord Glenor recibió el golpe como a veces reciben los árboles muy grandes a los rayos. Suele suceder que el fluido los alcanza en la copa, les devora el corazón hasta las raíces, luego se pierde en la tierra, dejando tras sí un gigante de corteza, erguido, sin signos aparentes de la devastación interna, pero en realidad vacío, al que el primer viento fuerte va a derribar.

Así sucedió con el viejo marino. Golpeado simultáneamente en su amor apasionado por el hijo y en su honor, más apreciado aún, no se doblegó ante el impacto y apenas la palidez del rostro dejó entrever el dolor. Sin formular una sola pregunta, sin pronunciar una sola palabra acerca del intolerable tema, se encerró en una altanera soledad y en el orgullo del silencio.

Fue a partir de aquel día que dejó de vérselo, como era costumbre, hacer su paseo cotidiano. Fue a partir de aquel día que permaneció enclaustrado, casi inmóvil, mudo, solo, en su casa cerrada a todos, incluso a sus más queridos amigos.

¿Solo? No del todo. Tres seres aún estaban junto a él, encontrando en la veneración que les inspiraba el valor de soportar aquella existencia terrible con una estatua viviente, con un espectro cuya persona física había conservado todo el vigor del hombre hecho, pero que voluntariamente había madurado en un silencio eterno.

Se trataba de su segundo hijo, Lewis Robert Buxton, quien ninguna semana dejó de venir a pasar en Glenor el día libre que le dejaban sus funciones en el Central Bank. Se trataba de su nieto, Agénor de Saint-Bérain, quien trataba de alegrar con su sonriente bonhomía aquel lúgubre recinto, parecido a un claustro.

Desde la inconcebible traición de George Buxton, Agénor de Saint-Bérain había ido pareciéndosele rasgo por rasgo, como si lo hubiera dibujado un lápiz poco favorecedor, a su persona física, pero en lo moral era por aquella época un excelente muchacho, servicial cortés de corazón sensible y de una lealtad a toda prueba.

Tres características particulares lo distinguían del resto de los humanos: una distracción llevada hasta lo inverosímil, una pasión desordenada —y por otra parte desdichada— por la pesca con caña y, por encima de todo, una hosca aversión hacia el sexo femenino.

Poseedor de una linda fortuna heredada de sus padres, ambos muertos, y en consecuencia independiente, había abandonado Francia apenas se enteró del drama de su abuelo, y se había instalado en una *villa* cercana al castillo de Glenor donde, por otra parte, pasaba la mayor parte del tiempo.

Por su *villa* pasaba un curso de agua en el que Agénor hundía sus líneas con un ardor tan intenso cuanto inexplicable. ¿Por qué poner tanta pasión en ese ejercicio, en verdad, ya que mientras lo practicaba regularmente pensaba en otra cosa y así todos los pescados del mundo bien podrían «picar» sin que él notara siquiera el bailoteo de la boyas? Y aunque a lo sumo un bagre, un albur o una vieja de agua, más obstinado aún que su distracción viniera a aferrarse al anzuelo, ¿para qué habría servido si el sensible Agénor sin ninguna duda se habría apresurado a echar nuevamente el animalito al agua, tal vez luego de pedirle disculpas?

Ya lo hemos dicho: era un buen muchacho. ¡Y qué solterón empedernido! A quien quisiera oírlo le confiaba su desprecio por las mujeres, adjudicándoles todos los defectos, todos los vicios.

«Engañadoras, pérfidas, mentirosas, derrochonas», proclamaba habitualmente, sin perjuicio de, otros calificativos insultantes que nunca le escaseaban.

Cuando le aconsejaban casarse decía:

—¡Yo! ¡Unirme a uno de esos seres infieles y veleidosos!... y si insistían:

—Sólo creeré en el amor de una mujer —declaraba seriamente— cuando la haya visto morir de desesperación sobre mi tumba.

Como esa condición era irrealizable, se podía apostar que Agénor seguiría siendo soltero.

El alejamiento que manifestaba hacia el bello sexo admitía, sin embargo, una excepción. La privilegiada era Jane Buxton, la última de las hijas de lord Glenor, la tía de Agénor en consecuencia, pero una tía entre quince y veinte años más joven que él, una tía a la que había conocido cuando era pequeña, cuyos primeros pasos guiara y de la que se había instituido en protector cuando el desdichado lord se alejara del mundo. Le demostraba una ternura verdaderamente paternal, un profundo afecto, sentimientos a los que la joven, por otra parte, correspondía. En principio el mentor era él, pero en los hechos aquel mentor hacia todo lo que su discípula quería. Nunca se separaban. Salían juntos, corrían por el bosque a pie o a caballo, remaban, cazaban, practicaban todos los deportes, lo que autorizaba al viejo sobrino a decir de su joven tía, criada como un muchacho: «Ya verán que terminaré por hacer un hombre de ella».

Jane Buxton era la tercera persona que prodigaba cuidados al viejo lord, cuya triste vejez rodeaba con una solicitud casi maternal. Habría dado la vida por verlo sonreír. Y la idea de traer un poco de felicidad al alma llagada de su padre, esa idea no la abandonaba nunca. Era el único objetivo de todos sus pensamientos, de todos sus actos.

En la época del drama en que su hermano había encontrado la muerte, ella había presenciado como su padre lloraba más por su nombre manchado, por su honor ultrajado, que por el fin miserable de su hijo alcanzado por un justo castigo. Por su parte, ella no había llorado.

No porque fuera insensible a la pérdida de un hermano al que quería tiernamente y a la mancha con que un tal crimen ensuciaba el honor de la familia. Pero al mismo tiempo que el dolor, más fuerte aun que el dolor, su corazón había experimentado la rebelión. ¡Por qué Lewis y su padre creían tan fácilmente en la vergüenza de George! Sin control, sin investigación personal, aceptaban como hechos demostrados las acusaciones que les llegaban de las lejanías de ultramar. ¿Qué importaban los informes oficiales? Contra esos informes, contra la propia evidencia protestaba el pasado de George. Que ese hermano mayor tan recto, tan bueno, tan puro, con una vida que era un testimonio de heroísmo y lealtad, ¡que ese hermano fuera un traidor era imposible! Mientras todos renegaban del pobre muerto, ella, al menos, honraría su memoria y su fe no palidecería jamás.

El tiempo no hizo más que fortalecer esa primera impresión de Jane Buxton. A medida que pasaban los días se volvió más ardiente la convicción de la inocencia de su hermano aunque no podía convalidarla con ninguna prueba. Finalmente llegó el momento —esto fue varios años después del drama— en que se atrevió a romper por primera vez el silencio absoluto que, por acuerdo tácito, mantenían todos los habitantes del castillo sobre la tragedia de Kubo.

—¿Tío?... —dijo aquel día a modo de interpelación a Agénor de Saint-Bérain.

Aunque por supuesto en realidad era su sobrino, se habían puesto de acuerdo para cambiar los papeles en la práctica para devolverles un poco más de correspondencia con las edades. Era por eso que habitualmente Agénor llamaba sobrina a Jane, mientras que ésta le discierne el título de tío. Siempre era así.

Excepto en un caso, es verdad.

Si ocurría, por gran casualidad, que ese convencional tío daba justos motivos de queja a su seudosobrina, o se oponía a su voluntad o a uno de sus caprichos, esta última reivindicaba de inmediato el rango al que tenía derecho y hacia saber a su sobrino que debería demostrar respeto hacia un ascendiente. Sabedor de que las cosas empeorarían si continuaba en su actitud, el «sobrino» se apresuraba a echar marcha atrás para aplacar a su venerable tía. De esta dualidad de requerimientos contradictorios a veces resultaban diálogos bastante sabrosos.

—¿Tío?... —llamó, pues, Jane aquel día.

—¿Querida?... —respondió Agénor, que estaba absorto en la lectura de un raro volumen consagrado al arte de la pesca con caña. —Desearía hablarle de George.

Sorprendido, Agénor abandonó el libro.

—¿De George?... —repitió algo perturbado—. ¿De qué George?

—De mi hermano George —precisó Jane tranquilamente.

Agénor se había puesto completamente pálido.

—Pero sabes bien —objetó con voz temblorosa— que ese tema está prohibido, que ese nombre no debe ser pronunciado aquí. Jane rechazó la objeción con un movimiento de cabeza. —No importa —dijo tranquilamente—. Hábleme de George, tío.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Todo. La historia completa. Todo.

—¡Nunca!

Jane frunció las cejas.

—¡Sobrino!... —exclamó en tono amenazador. No fue necesario más.

—Bien, bien... —farfulló Agénor, poniéndose a contar la triste historia que le era requerida.

La contó de cabo a rabo, sin omitir nada. Jane la escuchó en silencio y cuando el tío terminó no le hizo ninguna pregunta. Agénor creyó haber terminado y dejó escapar un suspiro de alivio.

Se equivocaba. Algunos días después Jane volvía a la carga.

—¿Tío?... —le interpeló nuevamente.

—¿Querida?... —volvió a replicar Agénor.

—¿Y si George no fuera culpable?...

Agénor creyó haber oído mal.

—¿No fuera culpable?... —repitió—. ¡Vaya!, mi querida niña, no hay ninguna duda al respecto. La traición y la muerte de George son hechos históricos, con abundantes pruebas.

—¿Cuáles? —preguntó Jane.

Agénor recomenzó su relato. Citó artículos periodísticos, informes oficiales contra los que nadie había protestado. Finalmente invocó la ausencia del culpable, lo que significaba una sólida prueba de la realidad de su muerte.

—De su muerte, sea —objetó Jane—, ¿pero también de su traición?

—Una es consecuencia de la otra —replicó Agénor confundido ante tanta obstinación.

La obstinación de la joven era, sin embargo, más grande de lo que él suponía. A partir de aquel día volvió sobre el penoso tema acosando a Agénor con renovadas preguntas que denotaban que conservaba intacta la fe en la inocencia de su hermano.

Sin embargo, sobre este punto Agénor era irreductible. Como respuesta a las mejores argumentaciones de la muchacha, se limitaba a inclinar la cabeza con melancolía, como queriendo evitar una discusión inútil y Jane sentía bien que su opinión no se había modificado. Las cosas siguieron así hasta el día en que decidió hacer pesar su autoridad.

—¿Tío?... —volvió a decir aquel día.

—¿Querida?... —respondió como de costumbre Agénor.

—He pensado mucho, tío, y mi opinión es que decididamente George es inocente del horrible crimen del que lo acusan.

—Sin embargo, querida... —comenzó Agénor.

—No hay sin embargo —lo cortó Jane perentoriamente—. George es inocente, tío.

—Sin embargo...

Jane se irguió respirando frenéticamente.

—Le digo, sobrino —dijo en tono seco—, que mi hermano George es inocente.

Agénor se desmoronó en su asiento.

—Lo es, tía —reconoció humildemente.

Desde entonces, la inocencia de George fue un hecho y Agénor de Saint-Bérain no se permitió contradecirla más. Además, las afirmaciones de Jane no dejaban de producir alguna influencia en su ánimo. Si bien era cierto que aún no tenía la hermosa certeza de ella acerca de la inocencia del capitán rebelde, al menos su convicción sobre la realidad del crimen había sido algo socavada.

En los años siguientes los pensamientos de Jane continuaron evolucionando en el sentido de esa ardiente fe, más sentimental que razonada. Haber ganado un partidario a la causa que sostenía, por cierto que ya era algo, aunque no demasiado. ¿De qué servía proclamar la inocencia de su hermano si no estaba en condiciones de probarla? Y ¿cómo reunir esas pruebas? A fuerza de soñar con eso, finalmente creyó haber conseguido el medio.

—Está claro, ¿no es cierto? —le dijo un día a Agénor— que George es inocente del crimen de que le acusa.

—Sí, mi querida —respondió Agénor, quien, por otra parte, no se sentía muy seguro de lo contrario.

—Era demasiado inteligente como para cometer una idiotez así —continuó Jane—. Amaba demasiado a su país como para traicionarlo.

—Es evidente.

—Vivíamos muy cerca uno del otro. Conocía sus pensamientos como si fueran los míos. No tenía otro culto que el del honor, otro amor que no fuera el destinado a nuestro padre, otra ambición que no fuera la gloria de su patria. ¿Cree usted que podría habérsele ocurrido el proyecto de traicionar, de perder el honor en una empresa de filibustero, cubriendo así de vergüenza a sí mismo y a su familia? ¡Dígame, Agénor! ¿Cree usted eso?

—¡Yo!... Pero yo no creo nada, tía —protestó Agénor, quien consideró prudente adoptar aquel calificativo antes de que lo obligaran a usarlo.

—¡Se me queda ahí, mirándome con sus grandes ojos redondos como si nunca me hubiera visto! Sin embargo usted sabe muy bien que un designio tan abominable nunca pudo ser engendrado por su cerebro. ¡Si lo sabe, dígallo!

—Lo digo, tía, lo digo.

—¿No es una desgracia? En cuanto a los que inventaron esa leyenda, ¡son unos miserables!

—¡Unos bandidos!..

—¡Habría que mandarlos a la cárcel!

—¡O colgarlos!...

—Junto a los periodistas que difundieron esas noticias mentirosas causando así nuestra desesperación y nuestra vergüenza.

—Sí, ¡a todos los periodistas!... ¡Que los cuelguen!... ¡Que los fusilen!..

—¿Se ha convencido finalmente?

—¡Totalmente!

—Sin embargo, me gustaría que tuviera una opinión distinta de la mía sobre este tema.

—¡De ningún modo!

—¡En buena hora!... Usted me conoce bien y sabe que si no fuera así lo expulsaría de mi presencia y no volvería a verlo en toda mi vida.

—¡El cielo no lo quiera! —exclamó el pobre Agénor, totalmente estremecido ante una amenaza de ese calibre.

Jane hizo una pausa y miró de reojo a su víctima. Sin duda juzgó que estaba a punto, pues aplacó su estallido, cuya sincera violencia había sido menor que el cálculo que lo presidió, y continuó en tono más dulce:

—No basta con que usted y yo estemos convencidos de la inocencia de George. Estará de acuerdo conmigo, querido tío, en que es necesario conseguir las pruebas de su inocencia.

Al oír eso, el rostro de Agénor se iluminó. Decididamente la tempestad había pasado.

—Es evidente —dijo mientras dejaba escapar un suspiro de alivio.

—Sin eso, por más que nos subamos a los techos a gritar que George no es culpable, nadie lo creerá.

—Es muy cierto, mi pobre querida.

—Cuando mi propio padre (¡su padre!) toma como verdades comprobadas ciertos rumores cuyo origen se ignora, cuando se muere de pena y de vergüenza ante nuestros ojos sin haber verificado esas habladurías abominables, cuando, al oír acusar a su hijo, no sale a gritar: «¡Mienten! ¡George es incapaz de semejante crimen!», ¿cómo podremos nosotros convencer a los extraños sin mostrarles pruebas irrefutables de la inocencia de mi hermano?

—Resulta claro como la luz —aprobó Agénor rascándose el mentón—, y bien... ¿dónde encontrar esas pruebas?...

—No aquí, por supuesto...

Jane hizo una pausa y luego agregó a media voz:

—En otro lugar, tal vez.

—¿En otro lugar?... ¿Dónde, mi querida niña?

—Donde ocurrió el drama. En Kubo.

—¡En Kubo!...

—Sí, en Kubo. Ante todo allí se podría encontrar la huella de George, ya que fue ahí donde murió, según se dice, y si está, se podría ver de qué modo murió. A continuación habría que buscar y encontrar sobrevivientes del drama. La tropa que George comandaba era numerosa. Es imposible que todos hayan desaparecido. Sería necesario interrogar a esos testigos y a través de ellos podría conocerse la verdad.

A medida que iba hablando, el rostro de Jane se fue iluminando. El entusiasmo contenido le hacía temblar la voz.

—Tienes razón, niñita —exclamó Agénor cayendo ingenuamente en la trampa.

Jane continuó testarudamente.

—Pues bien —dijo—, ya que tengo razón, es preciso que vayamos.

—¿A dónde? —preguntó Agénor azorado.

—A Kubo... por supuesto, tío.

—¡A Kubo!... ¿Y a quién diablos quieres mandar a Kubo?

Jane anudó los brazos alrededor del cuello de Agénor.

—A usted, tío —susurró con voz dulcísima.

—¡A mí!...

Agénor se soltó del abrazo. Ahora sí que estaba enojado en serio.

—¡Estás loca!... —protestó fingiendo alejarse.

—No tan loca —replicó Jane cerrándole el paso—. ¿Podría decirme, si es tan amable, por qué no iría usted a Kubo? ¿No le encantan los viajes?

—Me resultan execrables. Tomar un tren a una hora fija es algo que está por encima de mis fuerzas.

—¿Y la pesca también le resulta execrable? ¿No es cierto?

—¿La pesca?... No veo qué tiene que ver...

—¿Qué diría usted de una fritura de pescado sacada del Níger? ¡Eso por cierto que no es algo trivial! ¡En el Níger, donde los bagres son tan grandes como los cazones y las morrajas parecen atunes! ¿No lo tentaría algo así?...

—No digo que no... Sin embargo...

—Mientras pesca podría hacer la investigación, interrogar a los indígenas...

—¿En qué idioma? —la interrumpió burlonamente Agénor—. No estoy enterado de que esos negros de por ahí hablen inglés.

—Por eso será mejor —dijo Jane sin aspecto de haber entendido— interrogarlos en bambara.

—¿En bambara?... ¿Y acaso yo sé bambara?

—Ya lo va a aprender.

—¿A mi edad?

—Yo, que soy su tía, pude aprenderlo.

—¡Tú!... ¿Tú hablas bambara?...

—Claro. Quiere escuchar: *Dji lokho a bé na*.

—¿Qué es esa jerigonza?

—Quiere decir: «Tengo sed». Y: *L du, nono i mita*.

—Confieso que... nono... mita...

—Eso significa: «Ven, beberás leche»... Y: *Kukho bé na, Kunú uarara uté a man dumuni*. No se esfuerce. Traducción: «Tengo mucha hambre, no he comido desde anoche».

—¿Y habría que aprender eso?...
—Eso y algunas otras cosas, y hay que apurarse pues se aproxima el día de la partida.
—¿Cómo el día de la partida?... Pero, ¡yo no voy!... ¡Vaya cosas que se te ocurren!... No, no, no me veo tallando una cerbatana con tus salvajes.

Jane pareció renunciar a convencerlo.

—Entonces iré sola —dijo con tristeza.

—¡Sola!... —tartamudeó Agénor azorado—. Entonces tú quieres ir...

—¿A Kubo? Claro.

—¡A mil quinientos kilómetros de la costa!

—A mil ochocientos, tío.

—¡Afrontar los más grandes peligros!... Y todo eso, ¡sola!...

—Es preciso que sea así ya que usted no quiere acompañarme

—replicó Jane con sequedad.

—¡Es una locura!, ¡una aberración mental!, ¡el *delirium tremens*!

—exclamó Agénor que no encontró otro modo de salir de aquel atoladero que huir dando un portazo.

Al día siguiente, cuando quiso ver a Jane, ésta le mandó decir que no recibía y lo mismo ocurrió los días siguientes. Agénor no tenía mucha resistencia para aquel juego. En cuatro días debió arriar el pabellón.

Además, como cada vez que su joven tía deseaba algo, en este caso también gradualmente llegó a tener la misma opinión que ella. En un principio consideró que aquel viaje era insensato, pero al día siguiente estimó que era rigurosamente posible, al tercer día que era bastante factible y al cuarto día que resultaba extremadamente fácil.

Fue por eso que antes de que transcurrieran cuatro veces veinticuatro horas, hacía pública retracción, confesaba su error y se declaraba dispuesto a partir.

Jane tuvo la generosidad de no ser rencorosa.

—Ante todo aprenda la lengua del país —le dijo mientras le besaba ambas mejillas.

Desde este momento se vio constantemente a Agénor peleando con la gramática bambara.

No obstante, antes de ponerse en camino. Jane debía procurarse el consentimiento de su padre. Ese consentimiento lo obtuvo de modo mucho más fácil de lo previsto. Apenas le participó, sin entrar en detalles, su intención de realizar un viaje, el padre asintió con un gesto para volver a caer de inmediato en su lánguida tristeza. ¿La había escuchado? Evidentemente todo lo de esta tierra había dejado de interesarle.

Solucionado ese requisito. Jane y Agénor comenzaron los preparativos de la expedición. En ese momento aún ignoraban el apoyo que les iba a brindar la misión Barsac. Procedieron entonces como si debieran hacer solos y con sus únicos recursos aquella loca trayectoria de entre tres y cuatro mil kilómetros.

Desde hacía varios años, Jane venía estudiando cuidadosamente la geografía de las regiones que tendría que recorrer. Las obras de Flatters, del doctor Barth, del capitán Binger y del coronel Monteil la habían informado con exactitud sobre esa región, y sus habitantes. Había aprendido así que si intentaba una exploración a mano armada, es decir, rodeándose de una imponente tropa de trescientos o cuatrocientos voluntarios, a los que tendría que armar, alimentar y pagar, en primer lugar se vería obligada a realizar gastos considerables y luego chocaría con las poblaciones guerreras que se opondrían por la fuerza a una incursión armada en sus tierras. En ese caso, se vería obligada a pelear para alcanzar su objetivo, admitiendo que pudiera lograrlo.

El capitán Binger declara que si los indígenas lo desean pueden impedir que una expedición avance, ya sea atacándola, ya sea haciendo el vacío delante de ella y obligándola así a retroceder a causa de la falta de víveres.

Muy impresionada por esa observación, Jane había decidido intentar una exploración pacífica. Pocas armas visibles, algunos hombres leales y seguros y el nervio de la guerra representado en este caso no solamente por el dinero sino también por regalos destinados a los jefes tribales y a sus administrados.

Después de ordenar la confección de ropa de tela para la estación seca y de gruesa lana para la estación de las lluvias. Jane y Agénor la dispusieron en livianos baúles, cuyo número redujeron a lo estrictamente necesario. Luego hicieron empacar los regalos destinados a los nativos: malos fusiles fuera de uso, telas estampadas, vistosas, pañuelos de seda y algodón, perlas de fantasía, agujas, alfileres, artículos de mercería, galones, botones, lápices. etc., en suma la pacotillería de un bazar.

También llevaban una pequeña farmacia, armas, largavistas, brújulas, lona para tiendas, algunos libros, vocabularios de las lenguas regionales, los más recientes mapas, una batería de cocina, diversos utensilios de toilettes, té, víveres, en una palabra, un verdadero cargamento elegido razonablemente, objetos indispensables para una larga estadía en la selva, lejos de todo centro de reaprovisionamiento.

Finalmente, un estuche metálico que resplandecía al sol, contenía una selección de cañas de pesca, líneas y anzuelos, en cantidad suficiente como para proveer a una media docena de pescadores. Ése era el equipaje particular de Agénor.

La tía y el sobrino, o el tío y la sobrina —como se prefiera— habían convenido dirigirse a Liverpool desde donde se embarcarían en una nave de la White Star Line, *The Ceres*, hacia la costa africana. Su primera intención consistía en salir hacia la Gambia inglesa. Pero, luego de enterarse en una escala en Saint-Louis de que una misión francesa era esperada en Conakry y que debía seguir un itinerario análogo al de ellos, resolvieron unirse a los compatriotas de Saint-Bérain.

Hacia fines de setiembre despacharon desde Liverpool sus numerosos bultos de equipaje y el 2 de octubre almorzaron por última vez frente a frente en el gran comedor del castillo de Glenor (hay que recordar que lord Buxton ya no salía de su dormitorio). Esa última comida fue silenciosa y triste. Por mayor que fuera la grandeza de la tarea que se había impuesto, Jane Buxton no podía dejar de pensar que tal vez no volvería a ver aquel castillo, cuna de su infancia, y que cuando volviera, si es que volvía algún día, su viejo padre tal vez ya no estaría allí para tenderle los brazos.

Y, sin embargo, era sobre todo por él que emprendía aquella aventura llena de peligros y de fatigas. Era para devolver un poco de alegría a aquella alma desolada que iba a esforzarse por rehabilitar el nombre, por borrar el fango que había salpicado el blasón.

Llegada la hora de la partida, Jane pidió permiso a su padre para despedirse. Ingresó, al igual que Agénor, al dormitorio del viejo. Éste estaba sentado cerca de una alta ventana que daba al campo. Su mirada fija parecía perdida en la lejanía como si esperara ver aparecer a alguien. ¿A quién? ¿A George, su hijo, a George, el traidor?

Al oír entrar a su hija, volvió dulcemente la cabeza y su mirada apagada se iluminó. Pero sólo fue un resplandor. Los párpados volvieron a caer; el rostro adquirió su habitual impasibilidad.

—Adiós padre —dijo Jane conteniendo las lágrimas.

Lord Glenor no respondió. Incorporándose en el sillón, tendió las manos hacia la muchacha y atrayéndola dulcemente contra el pecho la besó en la frente.

Temiendo estallar en sollozos, Jane se arrancó del abrazo y salió corriendo.

El viejo tomó entonces la mano del señor de Saint-Bérain, la apretó con fuerza y, como para pedirle su protección, señaló con un gesto la puerta por la que Jane acababa de desaparecer.

—Cuenta conmigo —balbuceó Agénor.

De inmediato lord Buxton retornó la posición inicial y su mirada nuevamente se perdió en el campo, mientras Saint-Bérain se retiraba muy emocionado.

Un coche esperaba a los viajeros en el patio del castillo para llevarlos a la estación de Uttoxeter, distante unas dos millas.

—¿A dónde vamos? —preguntó al subir el incorregible Agénor quien, todavía emocionado por la visita que acababa de hacer, ya ni sabía porqué se iban de Glenor.

Jane se limitó a encogerse de hombros. Partieron. Pero apenas habían marchado quinientos metros, el señor de Saint-Bérain repentinamente manifestó una agitación extraordinaria. No podía hablar, se sofocaba.

—¡Mis líneas!... ¡Mis líneas!... —exclamó al fin con voz desgarradora.

Hubo que volver al castillo a buscar las famosas líneas que el distraído había olvidado y de ese modo se perdieron un buen cuarto de hora. Cuando llegaron a la estación, el expreso ya estaba frente al andén. Los viajeros apenas tuvieron tiempo de subir, lo que hizo decir a Agénor, no sin cierta vanidad:

—Es exactamente la segunda vez en mi vida que no pierdo un tren.

Jane no pudo dejar de sonreír a través de las lágrimas, que ahora dejaba correr libremente.

Así comenzaba ese viaje que depararía a los dos exploradores sorpresas que estaban muy lejos de sospechar. ¿Lo habría emprendido Jane si hubiera sabido lo que iba a ocurrir durante su ausencia? ¿Habría abandonado a su desdichado padre si hubiera podido sospechar que un nuevo golpe le estaba destinado al anciano mientras arriesgaba la vida para salvarlo de la desesperación?

Pero nada podía hacer prever a Jane la tragedia que debía desarrollarse en las oficinas del Central Bank, como así tampoco la infamante acusación de que iba a ser objeto su hermano Lewis, así que creyendo servir a su padre lo abandonó en el preciso momento en que su ayuda le hubiera sido más necesaria.

Traída por un criado demasiado diligente, la noticia de la desaparición de Lewis Robert Buxton le llegó a lord Glenor en la mañana siguiente al hecho de Old Broad Street, es decir el 1º de diciembre. El impacto tuvo la brutalidad de un mazazo. Aquel descendiente intachable de una larga serie de héroes, aquel hosco servidor del culto al honor, se enteró en un momento que de sus dos hijos, uno era traidor y el otro ladrón.

El desdichado viejo exhaló un gemido sofocado, se llevó las manos a la garganta y cayó al piso como un fardo.

Se le prestaron los auxilios del caso. Lo levantaron. Le prodigaron cuidados hasta que volvió a abrir los ojos. La mirada de aquellos ojos sería a partir de entonces la única señal de que la vida todavía no había abandonado el viejo cuerpo martirizado. Si vivía, su cuerpo, atacado por la parálisis, estaba condenado a una eterna inmovilidad. Pero sin duda aquel estado no era suficiente como para agotar la crueldad de su destino. En aquel cuerpo para siempre inmóvil, el cerebro continuaba lúcido. ¡Insensible, mudo, inerte, lord Buxton pensaba!

A causa de la diferencia de longitudes, el momento en que su padre se desplomaba inanimado fue el mismo en que Jane Buxton, ayudada por el capitán Marcenay, ponía el pie en el estribo y franqueando el puente que une a Conakry con el continente comenzaba realmente el viaje y daba los primeros pasos en las tinieblas de la misteriosa África.

UN ARTÍCULO DE *L'EXPANSION FRANÇAISE*

El 1º de enero los lectores de *L'Expansion française* pudieron saborear en primicia el siguiente artículo cuyo título se destacaba en gran tipografía y que era debido a la pluma a veces fantaseadora —¡Bienvenida la mentira que viene de lejos!— de un hábil reportero, Amédée Florence, a quien el lector seguramente disculpará el estilo en ocasiones familiar:

LA MISIÓN BARSAC

(Despacho de nuestro enviado especial)

La misión se pone en marcha - Partimos -
La coz del burro - Una comida negra
¿Has visto la luna? - Demasiadas lombrices -
Una elegante - Nueva recluta

En la selva, 1º de diciembre. —Como les decía en mi último despacho, la misión Barsac debía ponerse en marcha hoy, 1º de diciembre, a las seis de la mañana. A la hora indicada estábamos todos listos, incluidos los dos voluntarios que han venido a unirse a los ocho miembros oficiales y oficiosos ya conocidos. A nadie se le ha ocurrido quejarse de esa compañía. Uno de esos voluntarios es una encantadora joven, una francesa criada en Inglaterra, de donde ha traído un ligero acento muy agradable, Jane Mornas, tal es su nombre. El otro voluntario, su tío —a menos que sea su sobrino, pues aún no ha podido desentrañar sus lazos de parentesco— se llama Agénor de Saint-Bérain. Es de origen francés y sus distracciones, ya legendarias en Conakry, nos permiten esperar algunos buenos momentos.

La señorita Mornas y el señor de Saint-Bérain se encuentran en viaje de placer. Faltaría a todas las reglas de la galantería si no agregara: de placer para nosotros también. Han traído con ellos algunos criados negros, ex tiradores senegaleses, que debían servirles de guía ya que no de intérpretes puesto que nuestros dos *globe-trotters* hablan con suficiencia el bambara y diversos dialectos del país que vamos a atravesar. La señorita Mornas, en particular, tiene un modo de abordarlo a uno con un *Ini-tié* (buen día) que... ¡No le diré más que esto!

El señor Barsac ha conseguido memorizar la expresión y la repite con cualquier pretexto, pero en su boca no tiene el mismo encanto.

Entonces, esa mañana del 1º de diciembre, a las cinco y media, nos encontrábamos reunidos en la plaza principal de Conakry, frente a la Residencia.

Como les he explicado antes, el señor Barsac deseaba hacer una expedición pacífica hasta el extremo de que fuera integrada exclusivamente por civiles. Igualmente optimista que en su banca de la Cámara, pensaba que no tendría más que presentarse en las poblaciones con un ramo de olivo en la mano y, mientras caminaba a orillas del Níger, dar un saludable paseo desde Conakry a Cotonú. Ésa era también la idea de la señorita Mornas, quien temía asustar a los indígenas con un despliegue de fuerza demasiado grande.

Pero el partido Barsac-Mornas chocó contra la oposición del partido Baudrières. El jefe adjunto de la misión —uno que no sabe sonreír— realizó un sombrío cuadro de los peligros que íbamos a correr, habló de la dignidad de una misión dirigida por dos representantes del pueblo francés, del prestigio que le conferiría una escolta de soldados regulares y —cosa que nos asombró— contó con el apoyo del gobernador Valdonne.

Sin discutir que la penetración francesa no hubiera pacificado en gran medida el país negro, el gobernador repitió lo que el ministro de Colonias, el señor Chazelle, ya había adelantado en la Cámara. El señor Valdonne nos dijo que hechos bastante misteriosos, o al menos inexplicados, autorizaban a temer que estuviera siendo preparado un alzamiento. Parecería que desde hace unos diez años e incluso hasta hace poco, en la región del Níger, desde Sey hasta Djenné, aldeas enteras fueron abandonadas súbitamente y sus habitantes desaparecieron, mientras que otras poblaciones fueron saqueadas e incendiadas no se sabe por quién. En suma, se trataba de rumores que tendían a hacer pensar que algo —nadie sabía demasiado bien qué— se estaría preparando en la sombra.

La más elemental prudencia obligaba entonces a la misión a hacerse escoltar por una tropa armada. Prevalció esa opinión para gran satisfacción del señor Baudrières y el señor Barsac debió resignarse a aceptar la protección del capitán Marcenay y de sus doscientos caballeros.

A las seis todo estaba listo. El convoy se forma bajo la dirección de un negro que ya ha hecho varias veces el viaje de Conakry a Sikasso, el que va a servirnos de guía. Se llama Moriliré. Es un hombre alto de treinta años, ex *dugukussadigui* (oficial) de Samory. Va vestido con un pantalón de guinea y con una vieja y grasienta casaca de la infantería colonial a la que le han arrancado los galones. Lleva los pies descalzos pero, por el contrario, su cabeza está cubierta por un casco de tela antiguamente blanca, adornado por un soberbio plumerín tricolor. En cuanto al atributo de sus funciones, es un garrote sólido que le servirá para hacerse entender mejor por los cargadores y los encargados de los burros.

Inmediatamente después de él se coloca la señorita Mornas, flanqueada por el señor Barsac y el capitán Marcenay, y, ¡vaya, vaya!, ninguno de los dos parece haber resultado insensible a la belleza de la joven. Apostamos que a lo largo del trayecto van a ocurrir conflictos galantes. Ustedes, lectores, pueden estar seguros de que los mantendré al corriente de las peripecias de este match.

El señor Baudrières sigue a ese primer grupo a un cuerpo (¿he dicho que íbamos todos a caballo?) y su severa mirada parece desaprobarnos al colega por mostrar tan visiblemente cuán de su gusto es nuestra amable acompañante. Miro de reojo a nuestro jefe adjunto. ¡Qué delgado, y frío, y triste!... ¡Ah, no, diablos, no tiene sonrisa!

Tres pasos detrás del honorable diputado del Norte, vienen los señores Heyrieux, Poncin y Quirieu, luego el doctor Châtonnay y el geógrafo, el señor Tassin, quienes discuten —¡ya!— acerca de etnografía.

El convoy propiamente dicho marchará a continuación. Está compuesto por cincuenta burros a cargo de veinticinco negros, de cincuenta cargadores, diez de los cuales pertenecen en realidad a la señorita Mornas y al señor de Saint-Bérain. A los flancos van los caballeros del capitán Marcenay. En cuanto a un servidor, él se reserva el privilegio de caracolear a lo largo de la columna y de ir de un lado a otro. Tchumuki y Tongané, los dos servidores de la señorita Mornas, forman la retaguardia.

A las seis en punto se da la señal de partida. La columna se mueve. En ese momento es izada la bandera tricolor en la Residencia —perdón, usemos el color local— en la casa del gobernador, quien en uniforme de gala, como lo prescriben las circunstancias, nos dirige un último saludo desde lo alto del balcón. Los clarines y tambores de la sección de infantería colonial destacada en Conakry también nos saludan. Nos sacamos los sombreros. El momento es un poco solemne y —ríanse si quieren— confieso que tengo los ojos húmedos.

¿Por qué esa solemnidad debía ser alterada por un incidente ridículo?

¿Saint-Bérain? ¿Dónde está Saint-Bérain? Nos hemos olvidado de Saint-Bérain. Se le busca, se lo llama. El eco resuena en los alrededores con su nombre. Es inútil. Saint-Bérain no responde. Se empieza con alguna desgracia. Sin embargo, la señorita Mornas no parece preocupada por lo que nos tranquilizamos. No, la señorita Mornas no está preocupada. ¡Está furiosa!

—Traeré al señor de Saint-Bérain en tres minutos —dijo con los dientes apretados.

Chasqué los dedos. Antes, sin embargo, tuvo tiempo de volverse hacia mí y decirme: «¿Señor Florence?...» con un tonito de ruego que entendí perfectamente. Por eso también chasqué los dedos y la seguí.

Con pocas zancadas estuvimos en la costa —sin duda sabrán ustedes que Conakry está en una isla— y allí ¿qué es lo que veo?...

Al señor de Saint-Bérain. Sí, señoras y señores, al señor de Saint-Bérain en persona, como ustedes o yo.

¿Qué podía estar haciendo?... Para saberlo nos demoraremos un momento.

El señor de Saint-Bérain se encuentra confortablemente sentado sobre la arena de la orilla sin el menor aspecto de sospechar que está haciendo esperar a una misión oficial. Charla amistosamente con un negro que le enseña anzuelos probablemente de una forma desconocida en Europa, y al respecto le da verborrágicas explicaciones. Luego ambos se incorporan y se dirigen hacia una canoa medio hundida en la arena, en la que el negro se embarca. ¡Dios me perdone! ¿No parece acaso que el señor de Saint-Bérain también tiene aspecto de querer embarcarse?... No tiene tiempo.

—¡Sobrino! —llama de pronto la señorita Mornas con voz severa. (Decididamente es su sobrino.)

Esa sola palabra bastó. El señor de Saint-Bérain se vuelve y ve a su tía, ya que de tía se trata. Hay que suponer que esa visión le refresca la memoria, pues entonces comienza a prorrumpir exclamaciones desesperadas, alza los brazos al cielo, arroja a su amigo negro un puñado de monedas, se apodera de un montón de anzuelos que rápidamente guarda en el bolsillo y corre hacia nosotros a toda velocidad.

Resulta tan cómico que no podemos contener la risa. Por ese medio, la señorita Mornas descubre una doble hilera de dientes resplandecientes. Resplandecientes: sostengo el adjetivo.

Nos volvemos y el señor de Saint-Bérain trota junto a nuestros caballos. Pero la señorita Mornas siente piedad de aquel pobre hombre y haciendo que su cabalgadura vaya al paso le dice con ternura:

—No corra así, tío. Va a transpirar a mares.

(¿Entonces es su tío?... ¡Oh, Dios!...)

Alcanzamos al convoy donde somos recibidos con sonrisas irónicas. El señor de Saint-Bérain no se inmuta por tan poco. Sólo parece sorprendido de encontrar tanta gente en el lugar.

—¿Me he retrasado? —pregunta con inocencia.

Entonces toda la columna se echa a reír y el señor de Saint-Bérain no tiene más remedio que hacerle coro. Me resulta simpático ese episodio.

Pero aún no habíamos partido. En el instante en que el señor de Saint-Bérain se inclinaba para verificar —un buen jinete no podía dejar de hacerlo— la cincha de su silla, la mala suene quiso que la caja de las líneas, que llevaba en bandolera golpeará el flanco de uno de los burros. El animal era sensible. Le soltó una coz al infortunado Saint-Bérain que lo hizo rodar por el polvo.

En seguida acudieron a auxiliarlo. Pero nuestro excéntrico ya estaba en pie.

—Eso mucho bueno... Señor tener mucha suerte —le dijo Tongané—. Si abeja picar o caballo dar patada, gran viaje ser mucho bueno. Luego de cepillarse enérgicamente y palmearse para sacudir el polvo, el señor de Saint-Bérain sin responderle, saltó a la silla y finalmente el convoy pudo moverse.

Mientras tanto el sol había salido y los primeros rayos iluminaban alegremente nuestro camino.

El que seguíamos, luego de franquear el puente que une Conakry al continente, era bastante bueno. Se trataba de un verdadero camino de unos cinco a seis metros de ancho, por el que un coche habría podido pasar fácilmente; por él seguimos hasta Timbo, es decir durante casi cuatrocientos kilómetros. O sea que hasta Timbo al menos, no tenemos que temer ninguna dificultad material.

Por otra parte hace buen tiempo, la temperatura es agradable —apenas 17° a la sombra— y no tenemos que preocuparnos por las terribles lluvias de los trópicos, ya que la época ha pasado.

¡Adelante, lo mejor en el mejor de los mundos!

Hacia las diez pasamos por un puente sobre un curso de agua que, según el señor Tassin, era un afluente del Manea o del Morébayah, si es que no se trataba de alguno de esos dos ríos propiamente dichos. Aún ahora seguimos con una cruel incertidumbre al respecto.

Además, atravesar ríos es moneda corriente en los viajes por esa parte de África. No hay día, por así decirlo, que no haya que atravesar uno o varios. Que quede en claro desde ahora; ya que mis artículos no son un curso de geografía, no hablaré más de este ejercicio a menos que por una circunstancia u otra la travesía salga de lo común.

En las inmediaciones de Conakry, el camino sigue una línea casi recta en una región poco accidentada. A ambos lados se encuentran tierras bastante bien cultivadas. Campos de maíz o de mijo y algunos bosques de árboles: algodonereros, bananos, papayos. Se encuentran escasos caseríos absolutamente insignificantes, a los que el señor Tassin atribuye con seguridad nombres que creo son pura fantasía. Pero para nosotros es lo mismo que si fueran auténticos.

Hacia las diez el calor empezó a apretar y el capitán Marcenay ordenó hacer alto. Habíamos recorrido unos veinte kilómetros desde Conakry, lo que era un buen promedio. Íbamos a almorzar y descansar para luego, después de una nueva colación, hacia las cinco de la tarde, volver a marchar hasta las nueve de la noche, cuando acamparíamos.

Como ese programa deberá ser el de todos los días, no volveré a mencionarlo. Que quede bien en claro que mi intención no es la de aburrirlos a ustedes lectores, con los detalles insignificantes del camino. Veo las cosas desde mayor altura y no registraré en mi cuaderno más que los hechos notables por cualquier circunstancia. Dicho esto, prosigamos.

El lugar del descanso fue felizmente elegido por el capitán Marcenay. Nos instalamos a la sombra de un bosquecito que nos protegió bien contra el ardor del sol. Mientras los soldados se dispersan, nosotros —entiendo por nosotros a los miembros de la misión, a la señorita Mornas, al capitán, al señor de Saint-Bérain y a un servidor—, nosotros, decía, nos asentamos en un bonito claro. Le ofrezco un almohadón a nuestra compañera, pero el capitán y el señor Barsac se me adelantaron y cada uno de ellos le trajo una sillita plegable. Confusión. La señorita Mornas no sabe cuál elegir. Ya el capitán y el jefe de la misión empiezan a mirarse de reojo. La señorita Mornas los pone de acuerdo sentándose en el suelo, sobre mi almohadón. Sus dos cortejantes me miran con malos ojos.

El señor Baudrières se sienta aparte sobre un montoncito de hierba, en medio de un grupo al que he bautizado como los «neutros». Se trata de los delegados de los distintos ministerios más o menos competentes, los señores Heyrieux, Quirieu y Poncin.

Este último, el más notable de los tres, no ha dejado de tomar notas desde la partida. No sé qué serán estas notas. Si fuera menos «oficial», me atrevería a insinuar que realiza a maravillas el tipo del señor Prudhomme, pero su enormidad hace que pese enorme buey sobre mi lengua, como diría el viejo Homero. ¡Qué frente! Con una frente así se es asombrosamente inteligente o prodigiosamente tonto. No hay punto medio. ¿En cuál de esas dos categorías hay que colocar al señor Poncin? Ya lo sabré.

El doctor Châtonnay y el señor Tassin, que comparamos con esos pájaros que se llaman inseparables, van a instalarse bajo una higuera. Despliegan mapas en el suelo. ¡Espero, por su propio beneficio, que no sea lo único que coman!

Moriliré, que decididamente es un muchacho desenvuelto, hace traer al centro de nuestro grupo una mesa, luego un banco, sobre el que me instalo, reservando un lugar para el señor de Saint-Bérain.

El señor de Saint-Bérain no está a la vista. Aunque en realidad, el señor de Saint-Bérain nunca está a la vista.

Moriliré prepara un horno de campaña. Ayudado por Tchumuki y Tongané, va a cocinar para nosotros pues se decidió que se recurriría lo menos posible a las conservas y a las provisiones traídas de Europa a los efectos de reservarlas para los casos, que esperamos sean escasos, en que la región no nos provea de víveres en cantidad suficiente.

Moriliré compró carne en Conakry. Nos la muestra:

—Yo hacer un buen guisado con *sadé* (cordero), tierno como bebito —dijo.

¡Tierno como bebito! Esa comparación nos produce un escalofrío. ¿Significará que Moriliré ha probado la carne humana? Se lo preguntamos. Nos responde hipócritamente que él personalmente nunca la ha probado, pero que ha oído alabar su exquisito sabor. ¡Hum!...

Nuestra primera comida no recuerda en nada a las del *Café Anglais*, pero es no menos excelente. Se puede juzgar: cuartitos de cordero asado con pasta de mijo y salsa de manteca de karité, ensalada de corazones de *rôniers*, pastel de maíz, higos, bananas y cocos. Como bebida, agua pura de una fuente que corría a nuestros pies y, para quienes lo desean, vino de palma.

Esos manjares diversos fueron precedidos por un *hors-d'oeuvre* que nuestros *maîtres* no tenían previsto. Pero no nos adelantemos, como suele decirse en las novelas bien armadas.

Mientras Moriliré y sus dos ayudantes nos preparaban la comida anunciada, el doctor Châtonnay, que se había acercado, nos da al respecto explicaciones que calificaría de técnicas.

—Del cordero no vaya hablar —dijo—, ya que ustedes saben sobre el tema tanto como yo. El mijo, que va a ser su acompañamiento, es un cereal análogo al trigo. Mezclado con manteca de *karité* o *cé*, pues el árbol que lo produce lleva esos dos nombres, constituye una salsa bastante pasable, siempre y cuando la manteca esté en buen estado. Esta manteca es extraída del fruto del árbol, una especie de nuez o castaña. Se la obtiene por una serie de maceraciones y fusiones, y finalmente se la depura haciéndola derretir por última vez y arrojándole algunas gotas de agua fría mientras está hirviendo. De ese modo se convierte en un producto muy apreciable.

—Usted lo sabe todo, doctor —dijo admirada la señorita Mornas.

—No señorita, pero he leído mucho y fundamentalmente la obra notable del capitán Binger. Es también él quien me permitirá enterados sobre lo que es la ensalada de *rônier*. Estos *rôniers* se dividen en machos y hembras. Los machos no producen frutos, pero proporcionan una madera extraordinariamente densa, que tiene la ventaja de no podrirse en el agua y de ser invulnerable por las termitas. El *rônier* hembra produce frutos de gusto agradable. Su hoja se presta a diversos usos: techado de casas, fabricación de abanicos, manteles, cuerdas. Puede llegar a usársela incluso como papel para escribir. ¡Eso es lo que llamo un vegetal útil!... En lo que tiene que ver con la ensalada, proviene del corazón de un *rônier* joven, en la flor de la edad...

Lo interrumpo:

—¡Pero, doctor, le doy mi palabra de que eso es una elegía! El doctor tuvo la bondad de sonreír. Continuó:

—El final de mi discurso será menos poético, ya que a veces se colocan esos corazones en vinagre y con ellos se hacen... pepinillos.

Mientras el doctor se encontraba en aquel punto de sus explicaciones científicas, nuestra atención fue reclamada por unos gritos que provenían del bosque. De inmediato reconocimos la voz que los lanzaba.

Apuesto a que si hago a los lectores esta sencilla pregunta: «¿A quién pertenecía esa voz de inmediato me responderán a coro: «¡Caramba, al señor de Saint-Bérain!»

Ustedes, lectores, no se equivocan. Claro que era el señor de Saint-Bérain quien pedía socorro. Me apresuré en acudir en su ayuda seguido por el capitán Marcenay y el señor Barsac. Lo encontramos en un pantano, hundido hasta el vientre.

—¿Cómo se cayó en ese pantano? —le pregunté una vez que lo retiramos de su difícil situación.

—Me resbalé —respondió salpicándome— mientras estaba pescando.

—¿Con línea?

—Ni se lo imagina. Con la mano, querido amigo.

—¿Con la mano?

El señor de Saint-Bérain nos mostró el casco colonial envuelto en su chaqueta.

—Espere —dijo sin darme más explicaciones—. Hay que desenrollar la chaqueta con cuidado, si no se van a escapar.

—¿Quiénes?

—Las ranas.

Mientras nosotros platicábamos, el señor de Saint-Bérain pescaba ranas. ¡Qué manía!

—Lo felicito —aprobó el señor Barsac—. Las ranas son suculentas... Pero escuche el croar de las que ha pescado. Evidentemente no quieren ser comidas.

—¡A menos que griten pidiendo un rey! —aventuré yo.

No era muy bueno, lo reconozco. Pero en la selva...

Luego de esas palabras volvimos al campamento. Saint-Bérain se cambió de ropa y Moriliré cocinó el producto de su pesca. Como la mesa estaba servida comimos con el apetito de gente que ha hecho veinte kilómetros a caballo a modo de aperitivo.

La señorita Mornas presidía la mesa; eso casi ni necesita ser dicho. Ella es verdaderamente deliciosa. (Creo que ya lo he dicho, pero no bastaría con decirlo todas las veces.) Sencilla, bien educada, delicadamente amuchachada, rápidamente nos hizo sentir cómodos.

—Mi tío... (entonces decididamente es su tío. ¿Se ha visto bien? ¿Se ha oído?), mi tío —decía— me ha criado como a un muchacho y ha hecho de mí un hombre. Les ruego que olviden mi sexo y que me consideren como un compañero más.

Lo que no le impidió dirigir, mientras decía eso, al capitán Marcenay una de esas semisonrisas que muestran con la claridad del sol que en los muchachos de esa especie la coquetería jamás pierde sus derechos.

Tomamos el café. A continuación, tendidos blandamente en las largas hierbas bajo la sombra de las palmeras, nos entregamos a la dulzura de la siesta.

Como ya he dicho, la partida estaba fijada para las cinco; pero cuando hubo que recomponer el convoy hubo una sorpresa.

Llegado el momento fue inútil que Moriliré ordenara a sus hombres que se prepararan. Ante nuestro gran asombro se negaron a hacerlo, gritando todos a la vez que no veían la luna, que no partirían hasta que no vieran la luna.

Estábamos azorados, pero el sabio señor Tassin nos reveló aquel misterio.

—Sé de qué se trata —nos explicó—. Todos los exploradores lo han contado en sus relatos. Cuando la luna es reciente, y la de ahora no tiene más que dos días, los negros acostumbran decir: «Es mal signo. Nadie ha visto la luna todavía. El camino no nos dará nada bueno.»

—¡Ioo, Ioo! (¡Sí, sí!) —apoyaron ruidosamente los encargados de los burros y los cargadores reunidos alrededor de nosotros y a los que Moriliré había traducido las palabras del doctor geógrafo. ¡Karo! ¡Karo! (¡La luna, la luna!)

Nos convencimos que si el satélite continuaba negándose a aparecer, aquellos cabezas duras continuarían negándose a partir. Sin embargo, todavía estaba claro y el cielo cubierto.

De hecho, los morenos se obstinaron y tal vez todavía estaríamos en aquel lugar si poco antes de las seis, el pálido creciente de la luna finalmente no se hubiera mostrado entre dos nubes. Los negros soltaron gritos de alegría.

—*Allah ma tula kendé* —decían mientras se golpeaban la frente con la mano derecha—, *Karo kutayé* (Dios me ha dado la salud; veo la luna nueva).

De inmediato la columna se puso en marcha sin otros inconvenientes. Sólo que se habían perdido dos horas y la etapa de la tarde fue acortada en igual lapso.

Hacia las nueve nos detenemos en plena selva y se levantan las tiendas. Sin embargo la región no está del todo desierta. A la derecha del sendero hay una casa indígena abandonada y a nuestra izquierda se distingue otra que sí parece habitada.

El capitán Marcenay inspecciona la primera y considerándola suficientemente habitable le propone a la señorita Mornas que instale allí su domicilio por la noche. Ésta acepta y desaparece en el interior de aquel inesperado hotel.

No habían pasado diez minutos desde que nos dejara, cuando la oímos llamarnos a gritos. Acudimos y la encontramos de pie frente a la casa, cuyo suelo señalaba con gesto de asco.

—¿Qué es eso? —nos preguntó.

Eso eran incontables gusanos blancos. Salían de la tierra y se arrastraban por la superficie en cantidad tan prodigiosa que el suelo parecía ondular.

—Imagínense, señores —dijo la señorita Mornas—, el miedo que habré sentido al experimentar el frío contacto de los gusanos en mi cara, en mis manos. Tenía por todas partes, ¡hasta en los bolsillos! Seguro que si me sacudo siguen cayendo de mi ropa. ¡Puaj, qué asquerosos animales!

El señor de Saint-Bérain, que mientras tanto llegaba, sin esfuerzo encontró la explicación.

—Pero —exclamó despejándose el rostro— ¡sí son lombrices!

Y, en efecto, eran lombrices, ya que de eso el señor de Saint-Bérain sabía mucho. Pronto se agachó para llevarse una buena provisión.

—Tú no necesitar —le dijo Tongané—. Haber muchas en el camino.

Ellas crecer por todos lados. No haber modo de reventarlas.

¡Vaya si nos esperan unas noches hermosas! Y los nativos ¿cómo se las arreglan con esas legiones de gusanos? Sin duda expresé mi pensamiento en voz alta.

—Ellos comer, señor —dijo Tongané—. ¡Ricas!

Careciendo de los gustos sencillos de los habitantes de esas comarcas, la señorita Mornas fue a instalarse bajo una de las tiendas, cuando Moriliré vino a decirle que una joven negra, criada de un cultivador del mismo color, ausente por el momento, le ofrecía hospitalidad en una casa muy limpia y amoblada —cosa increíble— con una auténtica cucheta a la europea.

—Tú dar dinero —agregó el guía—. Ser bueno.

La señorita Mornas aceptó la hospitalidad que le ofrecían y la acompañamos profesionalmente a su nueva morada. La criada nos esperaba. Estaba de pie cerca de uno de esos karités de los que ya he hablado. Era una muchachita de mediana estatura, de unos quince años. No era del todo fea. Como no tiene más vestimenta que una sencilla hoja que evidentemente no proviene del Louvre ni del Bon-Marché, «sino tal vez de la Primavera» como sugiere Saint-Bérain, se parece a una bonita estatua de mármol negro.

Por el momento la estatua está muy ocupada recogiendo algo en el follaje del karité.

—Recoge larvas que luego vaciará, secará y con las que, ¡no se asombren!, preparará salsas —nos enseña el doctor Châtonnay, evidentemente muy especializado en cocina negra—. Esas larvas se llaman *cétombo*. Son las únicas comestibles. Y, según parece, tienen un gusto agradable.

—Ser cierto —confirma Moriliré—. ¡Ricas!

Al vemos, la negra viene hacia nosotros.

—Yo —le dice a la señorita Mornas en un francés casi correcto para nuestro gran asombro—, yo educada en escuela francesa y haber servido en casa de mujer blanca, casada con oficial, yo regresar a la aldea y caer prisionera en la gran batalla. Saber hacer la cama como blancos. Tú contenta.

Mientras hablaba tomó gentilmente de la mano a la señorita Mornas y la llevó al interior de la casa. Nosotros nos retiramos, felices por el confort obtenido por nuestra compañera. Pero la hora del sueño aún no había llegado ni para ella ni para nosotros.

En efecto, treinta minutos habían pasado apenas cuando la señorita Mornas nos llamó nuevamente. Acudimos de inmediato y a la luz de las antorchas descubrimos un espectáculo inesperado.

Cerca del umbral de la casa, estaba tendida en el suelo la criadita negra. Su espalda estaba totalmente cruzada por rayas rojas. La desdichada sangraba tanto que partía el alma verla. Frente a ella, y cubriéndola con su cuerpo, la señorita Mornas —realmente es soberbia cuando está encolerizada— mantenía a raya a un horrible negro que, a cinco pasos de ella, hacía espantosas muecas sosteniendo aún en la mano un garrote manchado de sangre. Pedimos explicaciones.

—Figúrense —nos dijo la señorita Mornas— que acababa de acostarme. Malik —la negrita se llama Malik; lindo nombre, ¿no es cierto?, que además hace pensar en Bretagne—, Malik, pues, me abanicaba y yo comenzaba a adormecerme. Entonces, vuelve de improviso este bruto, que es su amo. Al verme se pone furioso, arrastra a la pobre niña y se pone a molerla a palos para enseñarle que no debe llevar a una blanca a su casa.

—¡Lindos modales! —murmuró a través de sus delgados labios el jovial señor Baudrières.

Tiene razón el jovial señor Baudrières. Pero se equivoca cuando, abusando de la situación, adopta pose de orador y lanza esta sorprendente denostación:

—¡Ahí tienen, señores, éstas son las poblaciones bárbaras que ustedes quieren convertir en pacíficos electores!

Evidentemente creía encontrarse en la Cámara. El señor Barsac se estremeció como si lo hubiera picado un insecto. Se acomodó y replicó secamente:

—¡Como si no se hubiera visto nunca a un francés moler a palos a su mujer!

Tampoco dejaba de tener razón el señor Barsac. ¿Estaremos por asistir a un torneo de elocuencia? No. Como el señor Baudrières no respondió, el señor Barsac se volvió hacia el negro del garrote.

—La pequeña te va a dejar —le dijo—. La llevaremos con nosotros. El negro protestó. La negra era su esclava. La había pagado. ¿Íbamos a perder el tiempo explicándole que la esclavitud había sido abolida de territorio francés? No lo entendería, por cierto. No es en un solo día que las leyes cambian las costumbres. El señor Barsac encontró algo mejor:

—Te compro tu esclava —le dijo—. ¿Cuánto?

¡Bravo señor Barsac! ¡Ésa fue una muy buena idea! El negro vio la ocasión de hacer un negocio provechoso y se serenó. Pidió un burro, un fusil y cincuenta francos.

—¡Cincuenta garrotazos, eso es lo que mereces! —respondió el capitán.

Hubo negociaciones. Finalmente nuestro bribón cedió su criada a cambio de un viejo fusil a piedra y un corte de tela de veinticinco francos. Realmente era un regalo.

Mientras se celebraba la discusión, la señorita Mornas había levantado a Malik y le había curado sus heridas con manteca de karité. Cuando se cerró el trato, la llevó hasta nuestro campamento, la vistió con una blusa blanca y luego, dándole unas monedas, le dijo:

Ahora ya no eres más esclava. Te doy la libertad.

Pero Malik estalla en sollozos. Está sola en la tierra y no quiere abandonar a «la Blanca tan buena». Dice que la servirá hasta la muerte y que le será fiel. Lloro, suplica.

—¿Por qué no conservas a la muchacha? —intervino Saint-Bérain. Por cierto que te será útil. Te prestará esos mil servicios que una mujer, aunque sea hombre, siempre necesita.

La señorita Mornas accedió sin disgusto ya que era eso justamente lo que deseaba. Sin saber como testimoniar su gratitud a Saint-Bérain, que había intercedido por ella le saltó al cuello y lo besó en ambas mejillas. Al día siguiente Saint-Bérain me confesó que nunca nada le había resultado tan desagradable.

Es inútil decir que la señorita Mornas no creyó del caso probar por tercera vez la hospitalidad indígena. Le levantaron una tienda donde nada más vino a perturbar su sueño.

Tal fue nuestra primera jornada. Sin duda las siguientes se le parecerán mucho. Por lo tanto no las contaré en detalle y, salvo indicación en contrario, estas palabras estarán siempre sobreentendidas: *Ab una disce omnes*.

AMÉDÉE FLORENCE

SEGUNDO ARTÍCULO DEL SEÑOR AMÉDÉE FLORENCE

El segundo artículo del señor Amedée Florence fue publicado en *L'Expansion Française* del 18 de enero. Más abajo se encontrará su reproducción *in extenso*

LA MISIÓN BARSAC

(Despacho de nuestro enviado especial)

*Los días transcurren - Mi huésped - ¡Ballet!
Soy indiscreto - Pesca milagrosa del señor de
Saint-Béraill - Boronya - En mi honor-
¡Timbo!, cuarenta y ocho horas de diversión -
Dauhériko - La vida en rosa en el país negro -
¿El señor Barsac tenía razón? - Estoy perplejo.*

Dauhériko, 16 de diciembre. —Luego de mi último despacho escrito en plena selva durante la noche de nuestra partida a la temblorosa luz de una lámpara, el viaje continuó sin novedad y en consecuencia no hay nada que contar.

El 2 de diciembre levantamos campamento a las cinco de la mañana y nuestra columna, aumentada en una unidad —¿me atreveré a usar el término media unidad, ya que una blanca vale por dos negras?—, se puso en marcha.

Se procedió a descargar un burro y repartir su carga sobre los otros para adjudicárselo a Malik. Como niña que es, la negrita parece haber olvidado sus pasadas desdichas. No hace más que reír. ¡Dichoso temperamento!

Luego seguimos siempre por el camino, que continúa siendo bueno y fácil, y a no ser por el color de las poblaciones que nos rodean y la pobreza del paisaje, podríamos imaginar que no habíamos salido de Francia.

El paisaje no es lindo. Atravesamos una comarca llana, o al menos débilmente surcada por elevaciones, a veces con mediocres alturas sobre nuestro horizonte norte y hasta donde alcanza la vista no se distingue más que esa vegetación achaparrada, mezcla de malezas y gramíneas de hasta dos o tres metros que recibe el nombre genérico de maleza. De lejos en lejos aparecen manojos de árboles enfermizos a causa de los periódicos incendios que devastan esas sabanas durante la estación seca y a veces hasta campos cultivados, los *lugans*, según la expresión indígena, en cuyas inmediaciones por lo general hay árboles bastante hermosos. Ese paisaje quiere significar que nos acercamos a alguna aldea.

Las aldeas tienen nombres absurdos: Fongumbi, Manfurú, Kafú, Uossú, etc., por no seguir. ¿Por qué no pueden llamarse Neuilly o Levallois como todo el mundo?

De esos nombres, uno nos divirtió. Esa importante villa, ubicada en la frontera inglesa de Sierra Leona, y que estábamos abandonando, muy lejos a nuestra derecha, se llama Tassin. Nuestro eminente geógrafo debió haberse sentido mediocrementemente orgulloso al descubrir un homónimo a ciento treinta kilómetros de Conakry.

Con respecto a los nativos, nos miraban pasar con simpatía y tienen aspecto verdaderamente inofensivo. No creo que tengan la inteligencia de un Victor Hugo o de un Pasteur, pero como la inteligencia no es, según lo ha probado una larga experiencia, una condición del electorado, podría ser que el señor Barsac estuviera en lo cierto.

Casi ni es necesario decir que el jefe de la misión entra en las aldeas más miserables y cambia palabras con sus habitantes. Detrás de él el señor Baudrières no deja de hacer su contrainvestigación.

El señor Barsac y el señor Baudrières sacan, como es de suponer, conclusiones diametralmente opuestas de lo que oyen y de lo que ven, aunque siempre vuelven igualmente encantados. Así todos están contentos. Es perfecto.

Además atravesamos o seguimos el curso de ríos: Forécariah, Mellancorée, Scarie, Kaba, Diégunko, etc., y pasamos de un valle a otro sin darnos demasiada cuenta. Todo esto por cierto que no tiene un interés palpitante.

Por más que consulto mis notas, no veo nada como para confiarle a la historia contemporánea hasta el 6 de diciembre, fecha en la que el señor de Saint-Bérain, que está en vías de convertirse en mi amigo Saint-Bérain, se creyó en la obligación de imaginar un incidente para mi placer y, así lo espero, también para el de ustedes.

Aquella noche acampamos en las cercanías de una aldea, algo menos insignificante que las precedentes, cuyo nombre era Ualia. Llegado el momento entro a mi tienda con el legítimo designio de buscar el sueño. Allí me encuentro con un Saint-Bérain desnudo, sin la camisa y apenas con el calzoncillo. Su ropa está tirada un poco por todas partes. La cama está hecha. En principio resulta evidente que Saint-Bérain tiene la intención de acostarse en mi tienda. Me detengo en el umbral y contemplo a mi inesperado huésped en el ejercicio de sus funciones.

Saint-Bérain no parece sorprendido de verme. Por otra parte.

Saint-Bérain nunca parece sorprendido. Está muy atareado, se agita, huronea por todas partes, hasta en mi cofrecillo, que ha abierto y cuyo contenido ha volcado en el suelo. Pero no descubre lo que desea, lo que lo pone furioso. Se vuelve hacia mí y, sin demostrar sorpresa, me dice con la mayor convicción:

—Detesto a la gente distraída. Es odiosa. Le doy la razón sin discutir.

—¡Odiosa!... ¿Pero, qué le pasa Saint-Bérain?...

—¡Figúrese! —me responde—, no puedo encontrar mi pijama...

Apostaría que ese animal de Tchumuki lo dejó olvidado en el último sitio donde acampamos. ¡Qué divertido!

Le sugiero:

—A menos que esté en su cofrecillo...

—En mi...

—Claro, en el suyo, porque éste, mi querido amigo, al igual que esta hospitalaria tienda y este virginal lecho son los míos.

Saint-Bérain paseó una mirada extraviada por los objetos que yo había mencionado. De pronto, cobró conciencia de su error, recogió apresuradamente la ropa desparramada y salió de la tienda como si lo estuviera persiguiendo una horda de caníbales. Por mi parte, me tiré sobre el lecho.

¡Qué ser más delicioso!

Al día siguiente, el 7 de diciembre, acabábamos de sentarnos a la mesa, luego de la etapa matutina, cuando notamos que algunos negros parecían espiarnos. El capitán Marcenay ordenó a sus hombres que los echaran. Se fueron, pero pronto reaparecieron.

—Expulsen al nativo y volverá al galope —se creyó en la obligación de asegurar el doctor Châtonnay, quien tiene la manía de citar en cualquier circunstancia, y sobre todo sin ninguna relación con ella, versos que por lo general no tienen ni ton ni son. Pero cada uno tiene sus propias manías.

Moriliré fue enviado a hacer un reconocimiento de la situación y al volver nos informó que aquellos negros, unos diez, eran comerciantes y algo así como brujos, que no tenían ninguna intención hostil hacia nosotros y que unos solamente querían vendernos sus productos y los otros divertimos.

—Guarden la vajilla de plata —recomendó el señor Barsac sonriendo— y háganlos pasar al comedor.

Se hizo venir, pues, a los negros, los más feos y sórdidos que se pueda imaginar tanto unos como otros. Entre ellos había *nunús*, artesanos de treinta y seis oficios, fabricantes de alfarería, bisutería, cestería, objetos de madera o hierro, *diulas* o *marrabas*, que venden armas, telas y sobre todo cocos de *kola*, de los que hicimos una amplia provisión. Son conocidas las propiedades excitantes de este fruto al que el doctor Châtonnay llama «alimento de ahorro». Nos alegramos mucho de poder conseguir una gran cantidad de ellos a cambio de un poco de sal. En las regiones por las que vamos pasando la sal es escasa; no tiene precio, por así decirlo. Su valor irá aumentando a medida que nos alejemos de la costa. Por eso llevamos varias bolsas.

Llamamos a los brujos y se les ordenó que cantaran la más hermosa canción que supieran en honor a nuestra agradecida compañera.

Eran dos los juglares de aquel país negro. El primero llevaba la guitarra en la mano. ¡Qué guitarra!... Los lectores deben imaginarse una calabaza atravesada por tres láminas de bambú, cada una de ellas provista de una cuerda de tripa. Ese instrumento es llamado *dianné*. El segundo juglar, un viejo cuyos ojos padecían de oftalmía, como suele ocurrir con frecuencia aquí, iba provisto de una especie de flauta llamada *fabrésaro*. Se trata de una simple caña que en cada extremo tiene adaptada una pequeña calabaza.

Comenzó el concierto. El segundo juglar, que sólo iba vestido con un *bila*, especie de cinturón de unos tres dedos de ancho que le cubría la entrepierna, se puso a bailar mientras su compañero, más decentemente cubierto por una de esas largas blusas, por otra parte llena de repugnante suciedad, llamadas *doroké*, se sentaba en el suelo, rasgueaba su guitarra y lanzaba gritos guturales que tenían la pretensión, al menos así lo supongo, de ser un canto dirigido al sol, a la luna, a las estrellas y a la señorita Mornas.

Las contorsiones de uno, los aullidos del otro y los extraños sonidos que los dos virtuosos extraían de sus instrumentos tuvieron la virtud de excitar a nuestros cuidadores de burros. Se olvidaron del mijo, del arroz y del maíz y organizaron un infrecuente ballet.

Arrastrados por su ejemplo, nos apoderamos de las cacerolas y calderos y empezamos a golpearlos con cucharas y tenedores; el señor de Saint-Bérain rompió un plato con cuyos trozos fabricó una especie de castañuelas y se entregó a un descabellado fandango en compañía de un servidor; el señor Barsac —¿debo confesarlo?—, el propio señor Barsac, perdiendo toda contención, se fabricó un turbante con un mantel y mientras el señor Baudrières, honorable diputado del Norte, se cubre el rostro, el honorable diputado del Midi ejecuta los pasos de una fantasía ultrameridional.

No hay broma que no tenga fin. Después de cinco minutos de aquella algarabía nos detuvimos exhaustos. La señorita Mornas lloraba de risa.

Fue la noche de aquel mismo día cuando el suscrito, Amédée Florence, cometió la falta consignada al comienzo de este artículo. En realidad se trata de una falta en la que soy contumaz, ya que la indiscreción es el encantador pecado de los reporteros.

Decía entonces que la casualidad había determinado que aquella noche mi tienda estuviera muy cerca de la de la señorita Mornas; estaba por acostarme cuando oigo hablar en lo de mi vecina. En lugar de taparme las orejas me puse a escuchar. En eso consistió mi falta.

La señorita Mornas charlaba con su criado, Tongané, quien le respondía en un inglés extremadamente fantástico, que traduzco en correcto francés para la comprensión de los lectores. Sin duda, la conversación ya llevaba bastante tiempo. La señorita Mornas interrogaba a Tongané acerca de su vida. En momentos en que comencé a aguzar el oído, le preguntaba:

—¿Cómo es que un achanti, como tú...

¡Vaya!, Tongané no es un bambara. Ni lo sospechaba.

—...se convirtió en un tirador senegalés? Me lo dijiste cuando te tomé a mi servicio, pero ya no lo recuerdo.

Sea idea mía o no, me parece que la señorita Mornas no es sincera. Tongané responde:

—Fue después del caso Buxton...

¿Buxton?... Ese nombre me recuerda algo. ¿Pero qué?... Mientras escucho busco en mi memoria.

—...estaba comprometido para participar en la expedición —continúa Tongané—, cuando llegaron los ingleses y dispararon sobre nosotros.

—¿Sabes por qué dispararon? —preguntó la señorita Mornas.

—Porque el capitán Buxton se había rebelado y saqueaba y masacraba todo a su paso.

—¿Era cierto eso?

—Muy cierto. Incendiaban las aldeas. Mataban a los pobres negros, a las mujeres, a los niños...

—¿Y era el capitán Buxton quien ordenaba esas atrocidades? —insistió la señorita Mornas, cuya voz me pareció algo alterada.

—No —responde Tongané—. A él no se le veía nunca. Jamás salió de la tienda desde que llegó el otro Blanco. Era ese Blanco quien nos daba órdenes en nombre del capitán.

—¿Permaneció mucho tiempo con ustedes aquel otro Blanco?

—Mucho tiempo. Cinco o seis meses. Tal vez más.

—¿Dónde lo encontraron?

—En la selva.

—¿Y el capitán Buxton lo recibió sin dificultad?

—Nunca se separaban, hasta el día en que el capitán ya no salió de su tienda.

—¿Fue sin duda a partir de ese momento cuando comenzaron las crueldades?

Tongané vaciló.

—No lo sé —confesó.

—¿Recuerdas el nombre de aquel Blanco? —preguntó la señorita Mornas.

En aquel momento un ruido afuera cubrió la voz de Tongané. Ignoro lo que respondió. Bueno, después de todo me da lo mismo. Sea lo que fuere, esa historia no es de actualidad, así que no me interesa demasiado.

La señorita Mornas continuó:

—Después que los ingleses tiraron contra ustedes, ¿qué fue de ti?

—Se lo dije en Dakar, donde usted me contrató —respondió Tongané—. Yo y muchos otros tuvimos miedo y huimos hacia la selva. Después volví pero ya no había nadie en aquel lugar donde se había luchado. Sólo había muertos. Enterré a algunos, a los que eran mis amigos y también al jefe, al capitán Buxton...

En ese momento oí una exclamación sofocada.

—Después de eso —continuó Tongané— vagué de aldea en aldea y llegué hasta el Níger. Lo remonté en una piragua que había robado y finalmente llegué a Tombuctú, justo cuando los franceses entraban a la ciudad. Había empleado casi cinco años en hacer el viaje. En Tombuctú conseguí empleo como tirador y cuando terminé volví a Senegal donde usted me encontró.

Luego de un momento de silencio, la señorita Mornas pregunta:

—¿Entonces el capitán Buxton estaba muerto?

—Sí, ama.

—¿Sabes dónde está la tumba?

Tongané sonrió.

—Por supuesto —dijo—. Podría ir con los ojos cerrados.

Otro silencio, luego oí:

—Buenas noches, Tongané.

—Buenas noches, ama —respondió el negro saliendo de la tienda; luego se alejó.

La señorita Mornas va a acostarse y yo hago otro tanto sin remolonear más. Apenas apagué la lámpara, acudieron mis recuerdos.

¿Buxton?... ¡Caramba!, vaya si me acuerdo. ¿Dónde tenía la cabeza? ¡Qué admirable reportaje me perdí aquel día!

En aquella época tan alejada yo trabajaba en el Diderot —y pido excusas por estos recuerdos personales— y le había propuesto a mi director ir a reportear al capitán sublevado en el teatro mismo de sus crímenes. Durante varios meses se estuvo oponiendo a causa de los gastos que mi idea implicaba. ¿Qué se le va a hacer? No todos tienen el sentido de la actualidad. Cuando finalmente accedió, ya era demasiado tarde. En Bordeaux, mientras me embarcaba, me enteré de que el capitán Buxton había muerto.

Ahora todo eso es historia vieja y tal vez me pregunten por qué les he contado esa conversación que sorprendí entre la señorita Mornas y Tongané. En realidad ni siquiera yo mismo lo sé.

El 8 de diciembre vuelvo a encontrar en mi cuaderno el nombre de Saint-Bérain. Esta vez se trata de una fruslería, pero esa fruslería nos divirtió mucho. Tal vez a ustedes les ocurra lo mismo.

Hacia dos horas que marchábamos en nuestra etapa de la mañana cuando de pronto Saint-Bérain comienza a soltar gritos inarticulados y a zarandearse sobre el caballo del modo más hilarante. Ya comenzábamos a reír, confiados. Pero Saint-Bérain no se reía. Con mucha dificultad desmonta y se lleva la mano a esa parte de su humanidad que se usa para sentarse, sin dejar de hacer contorsiones inexplicables. Nos arremolinamos a su alrededor, tratamos de informarnos, ¿qué le ha pasado?...

¡Los anzuelos!... —murmura Saint-Bérain con voz desfalleciente. ¿Los anzuelos?... Eso no nos dice nada. Sólo después de solucionado el entuerto nos fue revelado el sentido de aquella expresión. Tal vez aún se recuerde que en momentos de abandonar Conakry, Saint-Bérain, llamado por orden de su tía —o su sobrina—, se apresuró a acudir, llenando a dos manos los bolsillos con los anzuelos que acababa de comprar. Naturalmente que no había vuelto a pensar en ellos. Eran los antedichos anzuelos que ahora se vengaban por la molesta posición soportada. A consecuencia de un mal movimiento, se habían interpuesto entre la silla y el jinete y tres de ellos se habían clavado sólidamente en la piel del propietario.

Fue necesaria la intervención del doctor Châtonnay para librar a Saint-Bérain. Tres incisiones del bisturí fueron suficientes, operación que el doctor no se privó de salpicar con sus comentarios. ¡Reía que era un placer!

—Se puede decir que usted «picó» —exclamó con convicción mientras procedía al examen del campo operatorio.

—¡Ay!... —fue toda la respuesta de Saint-Bérain, al ser librado del primer anzuelo.

—Que es una hermosa pesca no hay duda —proclamó el doctor cuando sacó el segundo.

—¡Ay!... —volvió a exclamar Saint-Bérain sin más trámite.

—Puede jactarse de haber conseguido un hermoso ejemplar en el día de hoy —cumplimentó el excelente doctor.

—¡Ay!... —suspiró una tercera vez Saint-Bérain.

La operación había concluido. No hubo más que vendar al herido, quien de inmediato montó a caballo donde, por tres días, adoptaría posturas muy curiosas.

El 12 de diciembre llegamos a Boronya. Boronya sería una aldea como las otras si no tuviera la ventaja de tener un jefe particularmente amable. Ese jefe, que es muy joven ya que no tiene más de diecisiete o dieciocho años, gesticula mucho y azota a los curiosos que se nos acercan demasiado. Se echa ante nosotros con una mano en el corazón y nos hace mil propuestas de amistad que agradecemos ofreciéndole sal, pólvora y dos navajas. Al ver todos esos tesoros baila de alegría.

Para agradecernos da la orden de construir fuera de la aldea chozas en las que podamos acostarnos. Cuando tomo posesión de la mía, veo a los *nunús* muy atareados aplanando el suelo, al que recubren de bosta de vaca seca. Les pregunto a qué se debe el lujo de esa alfombra; me responden que es para impedir que las lombrices salgan de la tierra. Les agradezco la atención y les recompenso con un puñado de cauries*. Se sienten tan encantados que se apuran a escupir en las paredes y en alisar los escupitajos

* Caurie: moneda indígena, seiscientas de las cuales tienen un valor de cinco francos.

con las palmas de las manos. Saint-Bérain, que debe compartir mi choza y que por casualidad se encuentra allí, me dice que lo que están haciendo es en mi honor. ¡Muchas gracias!

El 13 de diciembre, de mañana, llegamos a Timbo sin ningún otro incidente. Esta aldea, la más importante de las que hemos visitado, se encuentra rodeada de un *tata*, es decir, de una pared de adobe de espesor variable según las zonas, detrás de la que se levanta un andamiaje de madera que sirve como sendero para los vigilantes.

En realidad, el *tata* de Timbo contiene tres aldeas, separadas unas de otras por vastas superficies cultivadas o boscosas, donde los animales domésticos holgazanean en libertad. En cada una de esas aldeas hay un pequeño mercado cotidiano y en la más grande se celebra una feria semanal.

Una choza de cada cuatro está deshabitada. Cada una de las vacías está llena de inmundicias y basura diversa, así también como las calles. Está fuera de toda duda que este país carece de barrenderos. Y además de sucio es pobre. Hemos visto niños, la mayoría de una delgadez esquelética, buscando alimento en el estiércol. En cuanto a las mujeres, son de una fealdad repugnante.

Eso, por lo demás, no les impide ser coquetas. Como era día de feria, las más ricas del lugar se habían emperifollado. Como «traje de vestir» llevan un paño azul a rayas blancas, el busto envuelto en un trozo de indiana blanca o de tafetán de colores chillones, las orejas, cargadas de pesados aros de metal sostenidos por cadenitas de plata entrecruzadas en la parte posterior de la cabeza, y en los cuellos, muñecas o tobillos brazaletes o collares de coral, perlas de fantasía.

Casi todas llevan peinados en forma de casco. Algunas tienen los parietales afeitados y una hilera de pelo adornado con cuentas de vidrio que le recorre la parte superior de la cabeza. Otras están completamente afeitadas. Las más elegantes se hacen una cabeza de payaso: cima puntiaguda y dos largas colas laterales. De acuerdo con la manera de arreglarse el cabello, según dicen, es posible saber a qué raza pertenecen, peuhls, mandés, bambaras, etc. Pero ése no es mi fuerte y abrevio los detalles etnográficos, sobre los que el señor Tassin se extenderá, cuando regrese, en un libro que al menos estará seriamente documentado.

Los hombres van vestidos con bragas, camisas blancas o trozos de tela. Adornan el cabello con los más diversos bonetes, luego capillos hasta llegar al sombrero de paja, pasando por el gorro adornado de hojalatería o rombos de tela de color. Para saludar se golpean el muslo con la palma de la mano durante cinco largos minutos repitiendo la palabra *dagaré* que como *Ini-tié* significa Buen día o si no *Ini-Su-Khu-ma*, que quiere decir lo mismo pero con mayor precisión.

Nos dirigimos a la gran feria donde encontramos reunida a toda la aristocracia de Timbo. Los vendedores están instalados desde las ocho de la mañana en dos hileras de chozas o sentados bajo esteras sostenidas por cuatro palos, pero la gente distinguida sólo llega a las once.

Se vende un poco de todo: mijo, arroz, manteca de karité a cincuenta centavos de franco el kilo, sal a razón de 77,50 francos la bolsa, bueyes, cabras, carneros, pollos a 3,30 francos la unidad, lo que no es regalado, fusiles de chispa, cocos de kola, tabaco, *koyos* o tela para taparrabos, *niomis*, o sea galletas de harina de mijo o maíz fritas, telas varias: guineas, indianas, sombreros, turbantes, hilo, agujas, alfileres, pólvora, piedras para fusil, etc., y finalmente, bien exhibidos sobre pieles secas, pequeños montoncitos de carne podrida con un olor *sui generis* para los *gourmets*.

Timbo es, como ya lo he dicho, el primer centro urbano de cierta importancia por el que pasamos. En él nos quedamos dos días, el 13 y el 14 de diciembre. No es que nos sintamos cansados, pero los animales y los cargadores, esos otros animales en suma, manifiestan una lasitud perfectamente legítima.

Durante esas cuarenta y ocho horas, tanto unos como otros hemos hecho numerosos paseos por el *tata*. Consigno más abajo lo esencial de las observaciones que realicé. No esperen de mí muy amplias descripciones que pueden encontrar sin dificultad en los tratados especializados. Mi papel consiste en ser el historiógrafo de la misión Barsac y ese papel me agrada. Clío me inspira y no tengo alma de geógrafo. Que esto quede en claro de una vez por todas.

Al día siguiente de nuestra llegada, es decir el 14, estuvimos muy preocupados por nuestro guía. Durante todo el día se le buscó infructuosamente. Moriliré había desaparecido.

Tranquilícense. El 15 de diciembre, en el momento de la partida, estaba en su puesto y cuando nos despertamos ya había distribuido una cantidad suficiente de bastonazos como para que los encargados de los burros no pusieran en duda la realidad de su presencia. Interrogado por el señor Barsac, Moriliré sostuvo obstinadamente que no había abandonado el lugar durante todo el día. Como en suma no teníamos ninguna certeza acerca de lo que decía y como, por otra parte, la cosa no tenía importancia ya que después de todo Moriliré tenía todo el derecho de tirarse una cana al aire, no se insistió y el asunto quedó terminado allí mismo.

Dejamos Timbo el 15 de diciembre a la hora habitual y el viaje prosiguió durante toda la jornada sin dificultad y en el horario prefijado. Es de hacer notar, sin embargo, que los pies de nuestros caballos ya no pisan el camino que nos había traído hasta aquí. Más allá de Timbo, el camino se transforma progresivamente en un simple sendero. Es entonces a partir de Timbo que nos convertimos en verdaderos exploradores.

Otro cambio: el paisaje se vuelve accidentado ahora. No hay más que cuestras y bajadas. A la salida misma de Timbo tuvimos que subir una colina bastante alta, que enseguida volvimos a bajar. A la colina la siguió una llanura, luego una nueva cuestra y así hasta la aldea de Dauhérikó, en cuyas inmediaciones debimos detenemos para pasar la noche.

Tanto la gente como los animales estaban bien descansados, el tren de marcha es más rápido que el habitual y no eran las seis de la tarde cuando llegamos a la aldea.

Nos recibieron con las más amistosas demostraciones. El jefe se adelantó y nos ofreció regalos. El señor Barsac le agradeció. Gritos de bienvenida le respondieron.

—No me resultan menos calurosos que los de Aix, cuando paso por allí —dijo Barsac con satisfacción—. Estaba seguro: sólo basta con hablarles.

Parece que tiene razón, por más que el señor Baudrières meneaba la cabeza en tono escéptico.

Sin embargo el jefe de la aldea continuaba con sus amabilidades.

Ofrecía albergarnos en los mejores lugares de la aldea y le rogaba a nuestra compañera que aceptase la hospitalidad de su propia vivienda. Esa calurosa acogida nos llegaba al corazón y la continuación de nuestro viaje se nos aparecía color de rosa cuando Malik, acercándose a la señorita Mornas, le dijo rápidamente en voz baja:

—Tú no ir ama. Si hacerlo, morir.

La señorita Mornas miró estupefacta a la negrita. Va de sí que yo también oí la advertencia, como es deber de un reportero que se respete. También la oyó el capitán Marcenay, por más que ese no fuera su oficio. En principio pareció sorprenderse. Luego, después de pensarlo brevemente, se decidió.

Se libró de las importunas demostraciones del jefe y ordenó que instalaran el campamento. Lo escuché y deduje que estaríamos bien protegidos.

Esas precauciones me dan que pensar. El capitán, que tiene mucha experiencia en el país negro, ¿cree entonces en el peligro señalado por Malik?

¿Entonces?... Entonces me hago esta pregunta antes de dormir: ¿Quién tiene razón, el señor Barsac o el señor Baudrières? Tal vez mañana lo sepa.

Mientras espero, me siento perplejo.

AMÉDÉE FLORENCE

TERCER ARTÍCULO DEL SEÑOR AMÉDÉE FLORENCE

El tercer artículo del enviado especial a la misión Barsac fue publicado el 5 de febrero por *L'Expansion française*. Por razones que no se demorará en conocer fue el último que el diario recibió de parte de su hábil reportero. Como consecuencia, los lectores de *L'Expansion française* debieron pasar largos meses antes de conocer la solución del enigma que planteaba el señor Amédée en las últimas líneas de su artículo, enigma al que este relato dará la completa solución.

LA MISIÓN BARSAC

(Despacho de nuestro enviado especial)

Lo que temía Malik - El dung-kono -
Seamos amigos, Cinna - El «cara tapada» -
El bautismo del señor Aliboron - ¡Paciencia! -
Kankan - Un brujo - Razonemos -
Ruido en la noche.

Kankan, 24 de diciembre. —Llegamos aquí ayer de mañana y nos iremos mañana de mañana, día de Navidad.

¡Navidad!... Mis pensamientos vuelan hacia la patria, de la que estamos tan lejos. (Seiscientos kilómetros desde Conakry, según el infalible señor Tassin.) Recuerdo, con una voluptuosidad que no creía posible, las llanuras cubiertas de nieve y, por primera vez en muchos años, siento un violento deseo de poner mis zapatos en la chimenea, lo que probaría, al menos, que tengo una.

Pero no nos entenezcamos y volvamos al punto en que habíamos quedado junto a los fastos de la misión Barsac.

Les había contado en mi artículo anterior que en el momento en que el jefe y los habitantes de Dauhérikó nos invitaban a aceptar la hospitalidad de sus casas, Malik le había dicho a la señorita Mornas:

—¡No ir! ¡Le va la vida en ello!

Ante esa advertencia, oída por el capitán, éste decidió que acampáramos fuera de la aldea, en el sitio donde nos habíamos detenido por primera vez. Después de hablar con Malik, el capitán Marcenay se hizo cargo de la situación y exhortó a los indígenas a alejarse. Lo hicieron, pero sin dejar de protestar y argüir sobre sus buenas intenciones hacia nosotros, pero el capitán no se dejó influir y los invitó con firmeza a que volvieran a la aldea y les ordenó que no se acercaran a menos de quinientos metros de nuestro campamento. Pronto se verá que esas precauciones no eran inútiles.

El señor Baudrières, fiel amigo de la prudencia, aprobó en un todo la decisión adoptada por más que no conociera la razón. Por el contrario, el señor Barsac, que ya se veía llevado triunfalmente bajo arcos de follaje adornados con cintas tricolores, no pudo ocultar su contrariedad.

Apenas los indígenas se retiraron, se acercó al capitán Marcenay, que se encontraba a dos pasos de mí —lo que me permitió no perderme nada de la escena— y le preguntó en un tono seco en el que vibraba la cólera:

—¿Quién es el que manda aquí, capitán?

—Usted, señor diputado —dijo el oficial, fría pero cortésmente.

—En ese caso, ¿por qué ordenó acampar sin consultarme en vez de hospedarnos en las viviendas de los habitantes y por qué expulsó a esos buenos negros, que tenían las mejores intenciones hacia nosotros?

El capitán se tomó su tiempo, como se dice en el teatro, y respondió con calma:

—Señor diputado, si en su calidad de jefe de la misión usted elige el itinerario y dispone la marcha a su gusto, yo también tengo un deber que cumplir, el de proteger a todos. Es cierto que debí prevenirlo y hacerle conocer los motivos de mi conducta, pero ante todo quise proceder con la mayor rapidez del caso. Le ruego, pues, que me disculpe por haber descuidado esa...

Hasta aquí todo muy bien. El capitán Marcenay se disculpó por su falta y el señor Barsac puede darse por satisfecho. Desdichadamente —y es posible que una rivalidad de otro orden no sea ajena al asunto— el capitán está nervioso, aunque trata de dominarse, y va a soltar una palabra torpe que encenderá la mecha del polvorín.

—...por haber descuidado esa formalidad —concluyó.

—¡Forma-lidad!... —repitió el señor Barsac congestionado.

El señor Barsac es del Midi y la gente de allí tiene la fama de que por las venas les corre mercurio. Presiento que van a dar comienzo las tonterías. El señor Barsac continúa, encrespado:

—Y al menos ¿ahora se dignará a participarme esos motivos, que deben ser muy poderosos para que lo hayan conmovido hasta ese punto?

Lo que decía: las cosas empiezan a ponerse mal. Ahora es el turno del capitán de sentirse ofendido. Replica en tono seco:

—Me enteré de que se tramaba un complot contra nosotros.

—¡Un complot!... —exclamó irónicamente el señor Barsac—. ¡Esos buenos negros!... ¡A treinta y cinco kilómetros de Timbo!... ¡En verdad!... ¿y quién le reveló ese... complot?

Hay que oír cómo pronuncia la palabra complot el señor Barsac.

Hincha los carrillos, da vuelta los ojos. ¡Dios, qué marsellés resulta en este momento!

—Malik —respondió el capitán lacónicamente. Barsac se echó a reír. ¡Y de qué modo!

—Malik... ¡Esa esclavita que pagué a veinticinco centavos!...

El señor Barsac exagera. Ante todo, Malik no es una esclava, ya que no existe la esclavitud en territorio francés. Un diputado debería saber eso. Y, además, Malik es una mujer muy cara. Fueron unos buenos veinticinco francos lo que costó, además de un viejo fusil y un corte de tela. Sin embargo, el señor Barsac continúa:

—...¡veinticinco centavos!... Toda una autoridad, en efecto, y entonces comprendo que usted haya sentido miedo...

El capitán acusó el golpe. Al oír la palabra miedo hizo una mueca.

Se dominó, pero era evidente que en su fuero interno estaba furioso.

—Me permitirá que no comparta sus temores —prosiguió a pesar de todo Barsac, alterándose cada vez más—. Por mi parte, creo ser un héroe. Iré a la aldea a dormir y así conquistaré esa comodidad para mí solo.

Y llegamos al momento de las verdaderas tonterías. Lo había previsto.

—No se lo aconsejo —replicó el capitán de mala gana—. Ignoro si Malik se ha equivocado o no, pero ante la duda opto por lo que indica la prudencia. Soy responsable de su seguridad, ya se lo he dicho. Al respecto mis órdenes son precisas y no dejaré de cumplirlas aunque sea a pesar de usted mismo.

—¡A pesar de mí!...

—Si usted intenta infringir las órdenes del comandante militar y si abandona el campamento, lamentaré tener que mantenerlo en su tienda con una buena guardia. Y ahora, a sus órdenes, señor diputado. Debo vigilar la instalación del campamento y no tengo tiempo para seguir discutiendo más. Tengo el honor de saludarlo.

Llegado a ese punto, el capitán se llevó la mano al quiepo, dio una media vuelta de las más reglamentarias y se alejó dejando al diputado del Midi a un paso de un ataque de apoplejía. Por otra parte, para ser franco, yo no me sentía mucho mejor.

La rabia del señor Barsac era tanto más grande cuanto que esa escena transcurría en presencia de la señorita Mornas. Ya iba a lanzarse en persecución del capitán con la evidente intención de promover una querrela que podría tener un desenlace trágico, cuando nuestra amable compañera lo detiene:

—Quédese donde está, señor Barsac —le dice—. El capitán ha estado mal, es cierto, en no avisarle, pero le ha pedido disculpas y a su vez usted lo ha ofendido. Además, protegiéndolo a pesar de usted mismo, sólo cumple con su deber, a riesgo de atraerse el enojo de usted y perjudicar así su ascenso. Si usted fuera un poco generoso, debería agradecerse.

—¡Es demasiado!

—Por qué no se tranquiliza, se lo ruego, y escúcheme. Acabo de hablar con Malik. Fue ella quien dio la alerta al señor Marcenay y le informó acerca del complot que se preparaba contra nosotros. ¿Ha oído hablar del *dung-kono*?

El señor Barsac movió negativamente la cabeza. Había —digamos— dejado de echar espuma, pero todavía seguía enojado.

—Yo sí —interrumpió el doctor Châtonnay, que se había acercado—. Es un veneno mortal que tiene la particularidad de matar a sus víctimas ocho días después de ingerido. ¿Sabe usted cómo se obtiene? Es bastante curioso.

El señor Barsac parecía no oír. El volcán aún humeaba. La señorita Mornas respondió por él.

—No, doctor.

—Voy a tratar de explicárselo —dijo el doctor Châtonnay no sin una cierta vacilación—, aunque es un poco delicado... En fin, ¡adelante!...

Sepa, pues, que para fabricar el *dung-kono*, se toma un tallo de mijo joven (*sarrio*, en idioma negro) y se lo introduce en el intestino de un cadáver. Veinte días después se lo retira, se le deja secar y se lo muele. El polvo así obtenido se pone en la leche, en una salsa, en el vino o en cualquier otra bebida, y como no tiene ningún gusto, uno lo ingiere sin darse cuenta. Ocho días más tarde la víctima comienza a hincharse. El abdomen sobre todo se hincha de una manera increíble. La muerte llega al cabo de veinticuatro horas y no hay nada, ni un contraveneno ni un remedio, nada que pueda torcer ese destino funesto que

¡Si no es digno de Atrée, digno es de Thyeste!

Bueno, vaya, otro verso. Veo que rima, pero, ¿con qué?

—Ése era el complot tramado por los habitantes de la aldea —dijo a su vez la señorita Mornas—. Al llegar aquí, Malik oyó al jefe de Dauhérikó hablar con otros jefes de los alrededores. Dolo Sarron, que es el nombre del jefe que nos recibió, debía ofrecernos una recepción amistosa, un recibimiento muy cordial e invitarnos a unos a su casa y a otros a la de sus cómplices. Allí

nos habrían ofrecido algunas comidas o algunas bebidas del país que no hubiéramos podido rechazar. Mientras tanto, también harían beber a los soldados. Mañana hubiéramos partido sin haber advertido nada y algunos días después habríamos comenzado a sentir los primeros síntomas del veneno. Por supuesto que todos los negros de los alrededores estarían esperando ese momento y cuando nuestro convoy se desorganizara, habrían saqueado nuestro equipaje, habrían llevado a nuestros cargadores y encargados de los burros como esclavos, se habrían apoderado de nuestros caballos y burros. Malik desbarató ese complot al avisar al capitán Marcenay, y el resto usted ya lo conoce.

Comprenderán la conmoción que nos causó enterarnos del complot. El señor Barsac se siente francamente consternado.

—Ejem, ya se lo había advertido —dice el señor Baudrières con aspecto triunfante—. ¡Allí tienen a las poblaciones civilizadas! ¡Unos bribones redomados!

—No puedo creerlo —gimió el señor Barsac—. Me siento aterrado, literalmente aterrado. ¡Ese Dolo Sarron con su aspecto bonachón! ¡Ah, pero vamos a ver quién ríe mejor!... ¡Mañana haré prender fuego a esa aldea y en cuanto al miserable de Dolo Sarron...!

—Piénselo un poco más, señor Barsac —sugirió la señorita Mornas—. Piense que aún nos quedan por recorrer centenares de kilómetros. La prudencia...

El señor Baudrières la interrumpe y pregunta:

—¿Es necesario que nos sigamos obstinando en este viaje? La pregunta planteada es esta: «¿Las poblaciones de la cuenca del Níger son o no lo suficientemente civilizadas como para que les sean acordados derechos políticos?» Me parece que ya conocemos la respuesta. La experiencia de estos pocos días y especialmente la de esta noche, debe bastarnos.

Atacado de ese modo, el señor Barsac se reacomoda. Se yergue, habla, pero la señorita Mornas se le adelanta.

—El señor Baudrières no es demasiado exigente —dice la mujer—. Del mismo modo que aquel inglés que creía que todos los franceses son pelirrojos porque había encontrado a uno con cabello de ese color al desembarcar en Calais, usted juzga a todo un pueblo a partir del ejemplo de algunos malhechores. ¡Como si no se cometieran crímenes en Europa!...

El señor Barsac la apoya calurosamente. Pero no puede contenerse y toma la palabra.

—¡Exactamente! ¡exactamente! —exclama—. Pero hay, señores, otra cara del problema. ¿Sería admisible que representantes de la República apenas llegados al umbral de una vasta empresa se dejen...

Evidentemente, el señor Barsac sabe hablar.

—...se dejen desanimar en los primeros pasos como si fueran niños atemorizados? No, señores, quienes tienen el honor de llevar la bandera de Francia deben tener un sólido sentido común y un coraje indoblegable. Así considerarán juiciosamente la gravedad de los peligros que pueden correr y los afrontarán sin palidecer. Estos pioneros de la civilización...

¡Santo cielo... un discurso!... ¡Tenemos para rato!

—...estos pioneros de la civilización deben, sobre todo, demostrar circunspección y no apresurarse a emitir un juicio global sobre una inmensa región basándose en un único hecho, cuya veracidad incluso no ha sido demostrada. Tal como lo ha dicho inmejorablemente la oradora que me ha precedido...

La oradora que lo ha precedido es sencillamente la señorita Mornas. La oradora que lo ha precedido sonríe y para cortar aquel torrente de elocuencia se apura a aplaudir sonoramente. Todos seguimos su ejemplo, excepción hecha del señor Baudrières, aunque esto casi ni precisa decirse.

—La empresa ha sido entendida —dice la señorita Mornas— y el viaje continúa. Vuelvo a repetir que la prudencia nos aconseja evitar toda efusión de sangre que pudiera acarrear represalias. Si somos sensatos, tendremos como objetivo principal marchar tranquilamente. Al menos, ésa es la opinión del señor Marcenay.

—¡Oh, entonces, si ésa es la opinión del señor Marcenay...! —apoya irónicamente el señor Barsac.

—No adopte un tono irónico, señor Barsac —replica la señorita Mornas—. Haría mejor en ir a buscar al capitán, a quien rezongó hace un rato y estrecharle la mano. En definitiva, tal vez le debamos la vida.

El señor Barsac es de sangre caliente, pero es un valiente y excelente hombre. Vaciló lo justo como para justipreciar el sacrificio, luego se dirigió hacia el capitán Marcenay que acababa de organizar la vigilancia del campamento.

—Capitán, un par de palabras —le dijo.

—A sus órdenes, señor diputado —respondió el oficial cuadrándose.

—Capitán —continuó el señor Barsac—, hace un rato ambos nos equivocamos, tal vez yo más que usted. Le ruego que me disculpe. ¿Quisiera hacerme el honor de estrecharme la mano?

Eso fue dicho con mucha dignidad y no hubo nada de humillante, puedo asegurarlo. El señor Marcenay se sintió emocionado.

—¡Ah, señor diputado —dijo—, esto es demasiado! ¡Ya me había olvidado de todo!...

Se estrecharon la mano y creo que hasta nuevo aviso serán los mejores amigos del mundo.

Una vez que el incidente Barsac-Marcenay terminó a satisfacción de todos, cada uno de nosotros se retiró al lugar que le había sido asignado. Iba pues a acostarme cuando me di cuenta de que, según ya era costumbre, el señor de Saint-Bérain no estaba. ¿Habría salido del campamento a pesar de la orden de no abandonarlo?

Sin avisar a los demás compañeros de viaje me puse a buscarlo. Tuve la suerte de encontrar en seguida a su criado. Tongané, quien me dijo:

—¿Tú querer ver señó Agénor? Venir sin hacer ruido. Nosotros verlo sin que él darse cuenta. Él ser muy divertido.

Tongané me llevó hasta un pequeño curso de agua, más allá de la línea de centinelas, y allí vi, oculto tras un boabab, a Saint-Bérain. Parecía estar muy ocupado y tenía en las manos un animal que yo no conseguía distinguir muy bien.

—Tener un *ntori* —me dijo Tongané.

Un *ntori* es un sapo.

Saint-Bérain abrió muy grande la boca del animal y le introdujo en el cuerpo un hilo de acero afilado en ambas extremidades. En el medio tenía atado un lazo resistente, cuyo segundo extremo también tenía Saint-Bérain.

Lo más curioso fue que durante toda aquella operación Saint-Bérain no dejó ni un momento de lanzar suspiros que partían el alma. Parecía sufrir cruelmente; por mi parte no entendía absolutamente nada. Más tarde pude develar el enigma: sufría realmente, pero sólo por tener que infligir al desdichado *ntori* un tratamiento tan bárbaro. Mientras iba cediendo ante la pasión por la pesca, su sensibilidad protestaba.

Después de dejar al sapo en el pasto de la orilla, se escondió detrás de un árbol con un garrote en la mano y se puso a esperar. Nosotros hicimos otro tanto.

No tuvimos que aguardar demasiado. Casi en seguida apareció un extraño animal, una especie de enorme lagarto.

—Tú ver —me dijo Tongané— haber hermoso cara tapada.

¿Cara tapada?... Al día siguiente el doctor me informó que ése era el modo como se designaba a una variedad de iguanas.

El cara tapada, entonces, se tragó el sapo y luego quiso volver al agua. Al sentirse retenido por el lazo comenzó a debatirse y las puntas de acero se le clavaron en la carne. Estaba atrapado. Saint-Bérain comenzó a atraer el animal hacia sí y levantó el garrote...

Pero, ¿qué sucede entonces? El garrote cae sin fuerza mientras Saint-Bérain deja escapar un verdadero gemido... Una vez, dos veces, tres veces el garrote se levanta amenazador; Una vez, dos veces, tres veces vuelve a caer inofensivamente, acompañado por un prolongado suspiro.

A Tongané se le acaba la paciencia. Salta fuera de nuestro escondite y es él quien con un vigoroso golpe pone fin a aquella incertidumbre de su amo y a los días del cara tapada, que nunca había merecido tanto aquel nombre. Saint-Bérain deja escapar otro suspiro más, esta vez de satisfacción. A todo esto, Tongané ya se ha apoderado de la iguana.

—Mañana haber cara tapada para comer. Yo cocinarlo. Ser mucho bueno.

Fue «mucho bueno».

El 16 de diciembre, al amanecer, nos pusimos en marcha.

Rodeamos la aldea, en la que se veían pocos habitantes. Aquel viejo infiel de Dolo Sarron nos miró pasar y me pareció que nos dirigía un gesto amenazador.

A un kilómetro de allí atravesamos un bosque de karités, de ntabas y de bans, según nos informó el doctor Châtonnay.

—El ntaba —nos dijo— es un ficus de grandes dimensiones. Sus hojas, de unos veinticinco a treinta centímetros de ancho, se utilizan, para proteger los campamentos. Sus frutos, que maduran en junio, encierran tres o cuatro habichuelas bañadas por un jugo muy azucarado. Son muy apreciadas por los indígenas. Nosotros, los europeos, preferimos el fruto del saba, que se parece a nuestra cereza. En cuanto al ban, cuyo fruto, como pueden verlo, se parece a nuestra piña, es una gran palmera. Sus ramas se emplean para construir los techos de las chozas, cestos para el transporte de equipaje, como ésos que tenemos en nuestro convoy. Con las hojas se fabrican sombreros, alfombras, bolsas. Finalmente, las ramas secas y resquebrajadas pueden ser excelentes antorchas, y, por otra parte, es con antorchas con lo que nos iluminamos.

Poco antes de las nueve, un río en el que, como de costumbre, había hipopótamos y caimanes se interpuso en nuestro camino. Fue preciso encontrar un vado. Hago notar que era la primera vez que nos encontrábamos en esa situación. Hasta ahora o bien habíamos encontrado puentes o bien las aguas eran tan bajas que nuestras monturas podían franquearlas sin dificultad. Ahora era diferente; teníamos ante nosotros un verdadero río.

Felizmente su nivel era menor de lo que habíamos temido. El agua llegó hasta la cincha de los caballos y la travesía se cumplió sin dificultad.

Pero para los burros fue otra historia. Cuando aquellos animales, por otra parte muy cargados, llegaron al medio del río, se detuvieron como de común acuerdo. Sus cuidadores trataron infructuosamente de hacerlos marchar. Los animales se mostraron tan insensibles a los gritos como a los golpes.

—¡Ah ya saber! —dijo uno de los encargados—. Ellos querer bautismo.

—¡Sí, sí! —repitieron sus pares—. Ellos esperar bautismo. Entonces cada uno se agachó, tomó un poco de agua en el cuenco de las manos y la volcó sobre la cabeza de los animales a su cuidado, mientras pronunciaban palabras ininteligibles.

—Se trata —explicó el señor Tassin— de una costumbre inmemorial en estos países. En el primer vado que se atraviesa hay que bautizar a los burros: es la regla. Verán como ahora, que se han cumplido los ritos, volverán a caminar sin dificultad.

Pero no fue tan así.

En aquel momento la temperatura eran de casi treinta grados a la sombra. Los burros, que probablemente habían encontrado agradable el fresco del agua, sin duda pensaron que un buen baño les resultaría más agradable aún. Luego de dos o tres divertidas pedorreras, se zambulleron alegremente en el río revolcándose con tanto entusiasmo que las mal atadas cargas que llevaban sobre el lomo comenzaron a flotar a la deriva. Fue necesario rescatadas. Sus custodios se aplicaron a la tarea con la sabia lentitud que los caracteriza, de modo que sin los soldados del capitán Marcenay habríamos perdido la mitad de nuestras provisiones, de nuestros regalos, de la mercadería que llevábamos para trueque, lo que hubiera significado una irreparable desgracia.

Como el señor Barsac exhalaba su impaciencia y mal humor en términos violentos y apostrofaba con epítetos provenzales, pero injuriosos, a los flemáticos cuidadores de los asnos, Moriliré se le acercó:

—*Mani Tinguí* (comandante) —le dijo suavemente—, tú no gritar.

—¡Que no me enoje!... ¡Esos animales me van a hacer perder cien mil francos de mercaderías!

—No bueno —continuó el guía—. Tú mucha paciencia. Si carga caer, indígenas pelear, tú no gritar. Después, mucho bueno.

Por más exacto que sea, tal vez lo que les cuente no les resulte entretenido. Si es así nada puedo hacer. Al embarcarme para acompañar a la misión Barsac, esperaba realizar un reportaje apasionante y pensaba enviar informes cargados de fabulosas aventuras. Esperaba encontrar misteriosas sombras agitando entre la espesura, pero resulta que esas sombras no son más que la selva y hasta el momento no nos hemos encontrado con ninguna dificultad natural. En cuanto a animales, sólo hemos visto hipopótamos y numerosos caimanes, por cierto, y también manadas de antílopes y de tanto en tanto algún elefante. Con respecto a los negros sedientos de sangre que íbamos a encontrar, sólo hemos visto amigos, excepción hecha del viejo bandido de Dolo Sarron. Es un viaje muy monótono.

Al abandonar Dauhérikó, de triste memoria, en primer término franqueamos una colina y luego volvimos a bajar en dirección a Bagareya, en el valle del Tinkisso. A falta de acontecimiento más palpitante, señalo que Tchumuki abandonó la retaguardia y ahora marcha en compañía de Moriliré. ¿Acaso riñeron con Tongané? Tchumuki y Moriliré se la pasan charlando y parecen los mejores amigos del mundo. Y bueno; ¡tanto mejor!

Tongané, por su parte, no tiene aspecto de extrañar mucho a su compañero. En la parte de atrás del convoy, conversa con la pequeña Malik y la conversación parece muy animada. ¿Un idilio, tal vez?...

A partir de Bagareya nos encontramos nuevamente en la selva, que ahora va siendo cada vez más seca a medida que nos alejamos de la estación de las lluvias; también volvemos otra vez a la llanura, que no abandonamos, hasta Kankan es decir, adonde llegamos ayer, 23 de diciembre, y desde donde escribo este artículo.

En la jornada del 22, atravesamos el Djoliba en Kurussa, río que el señor Tassin afirma que no es otro que el Níger, pero en Kankan nos encontramos con otro río igualmente caudaloso que se dirige hacia el citado en primer lugar al que alcanza, al parecer, a unos ochenta kilómetros al norte. ¿Por qué ese río al que llaman Milo no podría ser el verdadero y auténtico Níger? El señor Tassin, no sin una expresión bastante despectiva, me dice que de ningún modo lo es, pero no me dice por qué. No tiene mayor importancia.

¿Y los incidentes?, me preguntarán ustedes. ¿Cómo, durante esas nueve jornadas, no les ocurrió nada?

¡Nada!, o al menos ¡tan poco!

Por más que miro con lupa mi cuaderno de notas, no encuentro más que dos hechos que en rigor merecen ser relatados. El primero es casi imperceptible. En cuanto al otro... ¡Oh, Dios, acerca del otro no sé bien qué pensar!

Veamos antes el breve relato del primero.

Tres días antes de haber salido de Dauhérikó, avanzábamos sin fatigarnos en medio de lugares bastante bien cultivados, seña de que nos aproximábamos a alguna aldea, cuando algunos indígenas que se cruzaron con nosotros de pronto evidenciaron manifiesto aspecto de sentir miedo y se fueron corriendo.

—¡Marfa! ¡Marfa! —gritaban mientras huían a todo lo que les daban las piernas.

Marfa significa fusil en lengua bambara. Tanto menos entendieron el sentido de aquellas exclamaciones, cuanto que el capitán Marcenay había decidido que sus hombres disimularan las armas en estuches de cuero crudo que no tenían para nada la forma de su contenido a los efectos de no asustar a los negros. No había pues en el convoy ningún fusil que hubieran podido ver los negros. ¿Cómo se explicaba entonces su terror?

Nos lo preguntábamos infructuosamente cuando oímos un ruido metálico seguido de un grito de indignación del señor de Saint-Bérain.

—¡Los muy bribones! —gritaba furioso—. Están tirando piedras a mi caja de pesca. La han dejado toda abollada. ¡Esperen, esperen un poco, miserables!...

Fue difícilísimo impedirle que saliera en persecución de sus agresores y aun así fue necesaria la intervención de la señorita Mornas. Al ver el hermoso estuche niquelado brillar al sol, los negros lo habían confundido con el caño de un fusil. De ahí el miedo.

Para evitar que volvieran a repetirse equívocos parecidos, que podrían acarrear enojosas consecuencias, el señor Barsac rogó al señor Saint-Bérain que colocara su material demasiado brillante dentro del equipaje, a lomo de burro. Pero no hubo modo de hacer entrar en razón al obstinado pescador, que declaró que por nada del mundo se desprendería de sus líneas. Todo lo que se consiguió fue que envolviera el estuche niquelado en un trozo de tela, de modo que ocultara su brillo.

Todo un tipo, mi amigo Saint-Bérain.

El otro hecho ocurrió en Kankan, adonde llegamos en la mañana del 23, con doce horas de retraso según nuestros cálculos debido a una nueva fuga de Moriliré. El 22, en momentos de ponerse en marcha para proceder a la segunda etapa de la jornada, fue imposible encontrar a Moriliré. Se lo buscó por todas partes sin resultado y no tuvimos más remedio que resignarnos a esperarlo.

El día siguiente, a primera hora, nuestro guía se encontraba en su lugar, preparando la partida como si nada hubiera ocurrido. Esta vez era imposible que negara su ausencia. Así que Moriliré no perdió tiempo en inútiles negativas. Explicó que había debido regresar al campamento anterior donde olvidara los mapas del capitán Marcenay. Este último lo zurró con todas las de la ley y de ese modo el incidente quedó cerrado.

Ni siquiera hubiera hablado de él de no haber sido porque Saint-Bérain, con su habitual fantasía, comenzó a magnificarlo y a desnaturalizarlo.

Atacado por el insomnio, al parecer había asistido aquella noche al regreso de nuestro guía. Entonces, con gran misterio, se dirigió hacia el capitán Marcenay para decidir que Moriliré había regresado no del oeste, de donde veníamos, sino del este, es decir del lado de Kankan, hacia donde nos dirigíamos, por lo que no podía haber ido a buscar allí un objeto olvidado, y que, por lo tanto, había mentido.

Si hubiera provenido de otra fuente, una información de esa naturaleza tal vez habría merecido consideración, pero viniendo de Saint-Bérain... Saint-Bérain es tan distraído que puede llegar hasta a confundir el norte.

Volvamos a lo nuestro. Les contaba que el otro incidente había tenido por escenario a Kankan. Mientras la señorita Mornas, el señor Barsac, Saint-Bérain y yo deambulábamos por la aldea bajo la conducción de Tchumuki y Moriliré...

Pero advierto que no he sido todo lo claro que el incidente requiere, así que conviene que tomemos los hechos desde un poco más atrás.

Es preciso que sepan que los días anteriores, Moriliré no había dejado de importunarnos a uno tras otro ponderándonos los méritos de un cierto brujo, con más precisión de un *kéniélala* (el que predice el futuro) domiciliado en Kankan. Según Moriliré, ese *kéniélala* poseía una sorprendente «capacidad de predecir el futuro» y varias veces insistió para que lo comprobáramos personalmente. Inútil decir que sin consultarnos, unánimemente lo mandamos a paseo. No hemos venido al corazón de África para consultar sonámbulos más o menos extralúcidos.

Pero mientras paseábamos por Kankan, conducidos por Moriliré y Tchumuki, ambos se detuvieron a pocos pasos de una choza que no ofrecía ninguna particularidad. Por una casualidad que estoy seguro que los dos se encargaron de que sobreviniera, al parecer estamos precisamente frente a la vivienda del famoso *kéniélala*, que tanto había elogiado. Nuevamente nos aconsejan que lo visitemos. Nuevamente nos negamos. Pero no se dan por vencidos e imperturbablemente recomienzan a elogiar al venerable brujo.

¿Qué puede importarle a Moriliré y a su compañero que vayamos a casa de su *kéniélala*? ¿Las costumbres del país habrán llegado a tal punto de civilización que nuestros dos mozos perciban una comisión sobre los ingresos de su fenómeno y por lo tanto tengan interés en conseguirle clientes, tal como hacen los gondoleros de Venecia en beneficio de los fabricantes de cristalería y de encajes? Esto daría la razón al señor Barsac.

Los dos compañeros no se desaniman. Insisten de tal modo que terminamos por ceder aunque más no fuera para conservar las buenas relaciones. Después de todo, podemos hacerles el gusto y si se ganan algunas monedas tanto mejor para ellos.

Entramos en una choza de suciedad abominable y adonde sólo llega una luz muy atenuada. El *kéniélala* se encuentra de pie en medio de la pieza. Después de golpearse durante cinco minutos sobre los muslos mientras nos dice *Ini-tili*, lo que quiere decir «Buen mediodía» —efectivamente es esa hora—, se acucilla sobre una alfombra y nos invita a imitarlo.

Comienza por hacer un montón de arena muy fina delante de él al que de un golpe barre en abanico con ayuda de una pequeña escoba. En seguida nos pide una docena de cocos de kola, la mitad rojos y la mitad blancos, los que rápidamente esconde bajo la arena mientras masculla palabras incomprensibles y luego, colocando los frutos sobre la arena de acuerdo con diversas figuras, círculos, cuadrados, rombos, rectángulos, triángulos, etc., hace signos extraños encima de ellos, como bendiciéndolos. Finalmente los recoge como si fueran objetos preciosos y extiende su mano sucia en la que depositamos el precio de la consulta. No tenemos más que preguntarle. Está inspirado. Hablará. De uno por vez le vamos haciendo algunas preguntas que escucha en silencio. Nos anuncia que dará todas las respuestas a la vez. Cuando terminemos de hablar, retoma la palabra con gran volubilidad, muy animadamente, como quien sabe de antemano lo que va a hacer. Nada alegres las predicciones de nuestro mago. Si le creyéramos —lo que afortunadamente no ocurre habríamos salido de su oficina llenos de inquietud y preocupación.

Comienza conmigo, quien he preguntado por la suerte reservada a lo que me es más caro en el mundo, es decir, los artículos que les envío.

—Pronto —me dice en una jerigonza que traduzco a un lenguaje comprensible— nadie más tendrá noticias tuyas.

¡Con que eso es lo que me espera! Pero hay que recordar que el brujo dijo «pronto»; así que pude estar tranquilo sobre la suerte del presente despacho.

El *kéniélala* prosigue con Saint-Bérain.

—Recibirás —le predice— una herida que te impedirá sentarte. Pienso en los anzuelos. Está un poco atrasado el viejo farsante. Se extravía en un pasado, al que sin duda Moriliré y Tchumuki habrán disipado algunas tinieblas. Ahora es el turno de la señorita Mornas.

—Serás alcanzada en el corazón —dice el *kéniélala*.

¡Eh, eh!, ¡no hay que ser tan bruto! Noten que fue muy impreciso. ¿La herida que recibirá será física o espiritual? Personalmente, me inclino por la segunda hipótesis y sospecho que nuestros dos guías puedan haberse entregado a algunas habladurías. La señorita Mornas seguramente interpretó la profecía como yo, pues se ruborizó. Apuesto que pensó en el capitán Marcenay.

Pero nuestro mago guardó silencio y miró al señor Barsac con tono amenazador. Está claro que hemos llegado al momento de la predicción más importante. Vaticina:

—Más allá de Sikasso veo Blancos. A todos ustedes les espera la esclavitud o la muerte.

Verdaderamente amable nuestro amigo.

—¡Blancos!... —repite la señorita Mornas—. Querrá decir: Negros.

—Dije Blancos —afirmó solemnemente el *kéniélala* que remeda la inspiración del modo más divertido—. No vayan más allá de Sikasso. De lo contrario la esclavitud o la muerte.

Por supuesto que tomamos la advertencia con todo el humor del caso. ¿A quién haría creer ese vaticinador de la buena fortuna que pudiera existir en territorio francés una tropa de blancos lo suficientemente numerosa como para poner en peligro una columna tan importante como la nuestra? De noche, durante la cena, nos divertimos con esa historia, incluido el temeroso señor Baudrières, luego de lo cual todos la olvidamos.

Menos yo, quien al acostarme volví a pensar en ella. Pensé muy seriamente en ella y finalmente llegué a conclusiones que... que... bueno, juzguen por ustedes mismos.

Ante todo planteemos los términos del problema. Existen dos hechos y medio. El medio hecho consiste en la ausencia de Moriliré en Timbo y luego de la última parada, antes de Kankan. Los dos hechos son el intento de envenenamiento con *dung-kono* y la siniestra predicción del brujo negro. Establecidos de ese modo los hechos, razonemos. Primer hecho. ¿Es creíble que el jefe de una ínfima aldea haya concebido el insensato proyecto de atacar una región de Senegambia ocupada por nuestras tropas desde hace tiempo, a treinta y cinco kilómetros de Timbo, donde se encuentra una importante guarnición francesa? No, no es posible creerlo. Por el contrario, es inadmisiblemente, absolutamente inadmisiblemente. Segundo hecho. ¿Es posible que un negro viejo, estúpido e ignorante tenga el poder de leer el futuro? No, no tiene ese poder, es absolutamente imposible.

Por otra parte, el incidente del *dung-kono* es igualmente incierto, ya que he comprobado que semejante proyecto nunca pudo ser concebido, de modo que se las arreglaron para hacernos creer que era cierto. Y así mismo es cierto que el *kéniélala*, dejado a su albedrío, habría hablado al azar diciéndonos algo completamente diferente, pero no dijo algo completamente diferente sino que se obstinó en predecirnos esclavitud o la muerte más allá de Sikasso.

Una única conclusión se impone: quisieron asustarnos. ¿Quién? ¿Por qué?, me preguntarán.

¿Quién?; no lo sé.

¿Por qué?; con el objeto de hacernos renunciar a nuestro viaje.

A alguien molestamos y ese alguien no quiere que vayamos más allá del Sikasso.

En cuanto al medio hecho de Moriliré, no significa nada o, si Saint-Bérain no fue tan distraído como de costumbre, Moriliré es cómplice de quienes intentan detener nuestra marcha. Su insistencia en llevarnos a casa del *kéniélala* ya lo hace sospechoso y hay que creer que por lo menos fue pagado a esos efectos. Habría que elucidar este punto.

Tales son mis conclusiones. El futuro me dirá si son fundadas o no.

Quien viva, verá.

AMÉDÉE FLORENCE

En la selva a una jornada de marcha de Kankan, 26 de diciembre. —Agrego el siguiente post-scriptum a mi despacho de anteayer, el que Tchumuki se encargará de hacerles llegar.

Lo que nos sucedió esta noche es extraordinario. Lo consigno incluso sin tratar de explicarlo.

Abandonamos Kankan ayer a la mañana, 25 de diciembre, y luego de dos duras etapas de una treintena de kilómetros en total acampamos al atardecer. La región es poco poblada. La última aldea por la que pasamos, Diangana, está casi a veinte kilómetros a nuestras espaldas y cincuenta kilómetros nos separan de la próxima, Sikoro.

A la hora de costumbre todo el campamento dormía. En medio de la noche fuimos despertados repentinamente por un ruido extraño, que nadie pudo explicar de modo plausible. Era como un ronquido colosal, parecido al de una máquina de vapor o, más exactamente, al zumbido de insectos, pero de insectos gigantes, de insectos que deberían tener el tamaño de elefantes. Según los informes de los centinelas, aquel insólito ruido comenzó a oírse desde el oeste. Al comienzo era muy débil, pero fue aumentando en intensidad. En el momento en que salíamos de nuestras tiendas alcanzó el maximum. Lo más extraño era que provenía de arriba, del aire, del cielo. La causa que lo producía estaba exactamente encima de nosotros. Pero, ¿qué era?

Abrimos los ojos cuanto pudimos. Imposible ver nada. Gruesas nubes cubrían la luna y la noche era oscura como la tinta.

Mientras nos afanábamos inútilmente en escudriñar las tinieblas, el ronquido se fue alejando hacia el este, disminuyendo hasta apagarse. Pero antes de que se apagara completamente, percibimos otro que avanzaba desde el oeste. Al igual que el primero, ese ronquido fue creciendo, alcanzó su maximum, disminuyendo y cesó alejándose hacia el este.

El campamento se aterrorizó. Todos los negros se tiraron al suelo y pusieron la cara contra la tierra. Los europeos, por su parte, se apretujaron contra el capitán Marcenay. Entre ellos distinguí a Tchumuki y a Tongané, a quienes a fuerza de vivir entre los blancos han adoptado algo de su firmeza. Por el contrario, no pude divisar a Moriliré. Sin duda se encontraba con el pecho contra el suelo junto a la gente de su color.

Cinco veces nació, creció y se apagó el terrible ronquido. Luego la noche recobró la calma habitual y terminó tranquilamente.

Al día siguiente fue todo un trabajo rehacer la columna. Los negros tenían miedo y se negaban a partir. Finalmente, el capitán Marcenay consiguió hacerlos entrar en razón. Les mostró el sol que se levantaba en un cielo sin nubes. Evidentemente nada anormal pasaba en el cielo en aquel momento.

Al final partimos con tres horas de retraso. El fenómeno de la noche fue, por supuesto, objeto de todas las conversaciones, pero nadie consiguió explicarlo. No obstante, poco a poco se empezó a hablar de otras cosas cuando a unos kilómetros del campamento que acabábamos de abandonar, el capitán Marcenay, que marchaba al frente, comprobó que el suelo estaba surcado por huellas de ruedas de una longitud de cincuenta metros y orientadas de oeste a este. Esas huellas, de una profundidad de diez centímetros del lado oeste se borraban insensiblemente del lado este. Alcanzaban a la cifra de diez, reunidas en cinco grupos de a dos.

¿Tienen alguna relación con el fenómeno de esta noche? En principio la tentación lleva a decir: no.

Y, sin embargo, está esa dirección común de oeste a este; están también esos números coincidentes: cinco grupos de huellas, cinco ronquidos sucesivos...

¿Entonces?...

Entonces, no sé.

AMÉDÉE FLORENCE

EN SIKASSO

La misión Barsac llegó a Sikasso el 12 de enero. Había recorrido en menos de seis semanas, a un promedio de veinticinco kilómetros por día, los mil cien kilómetros que separan a la costa de esta vieja capital del Kénédu, en consecuencia última fortaleza de Samory.

Al dejar de recibir *L'Expansion française*, como ya se ha dicho, los artículos de Amédée Florence luego del último que éste enviara al día siguiente de su partida de Kankan, se carece a partir de esa fecha de información concerniente a la misión; faltaba el importante cuaderno en el que el hábil reportero consignaba día a día sus anotaciones y observaciones. El autor de este relato tiene ante los ojos ese cuaderno y llegado el caso no dejará de recurrir generosamente al mismo.

Desde Kankan a Sikasso el viaje parece haber sido monótono y sin interés. A no ser algunas bromas sobre las distracciones de Saint-Bérain y el relato minucioso de los pequeños incidentes cotidianos, incidentes de los que demasiados ejemplos conoce ya al lector, como para que sea útil citar otros, Amédée Florence se limita a describir el camino, llano hasta Tiola, muy accidentado a partir de ese caserío y a constatar brevemente que Tchumuki, siempre rehuendo la compañía de Tongané, parece relacionarse cada vez más con el guía de vanguardia, Moriliré. Pero no hace ninguna reflexión al respecto y verdaderamente no había motivo ya que el estado de las relaciones entre esos tres negros no era de una gravedad tal como para requerir su atención.

Del silencio de Amédée Florence cabe deducir que no pasó nada más de importancia. En consecuencia, tal como era de esperar, ninguna de las predicciones del *kéniélala* había tenido el menor asomo siquiera de ejecución: Amédée Florence continuaba redactando sus artículos y entregándolos a Tchumuki, que garantizaba su segura llegada a Europa y si, por una razón u otra, esa promesa no se cumplía, el reportero lo ignoraba; Saint-Bérain continuaba siendo capaz de cabalgar en su caballo y Jane Mornas —le dejaremos el seudónimo que ella mismo eligió— no recibió ninguna herida en el corazón, al menos ninguna herida visible. En cuanto a alguna herida de carácter espiritual, parecería deducirse, por el contrario, de algunas palabras escritas por Amédée Florence, que el periodista consideraba la tercera predicción como de más cercana realización que las otras, a condición que se la tomara en sentido figurado. En efecto, consagra un par de líneas, por otra parte aprobadoras y simpáticas, a la amistad cada vez más estrecha de Jane Mornas y del capitán Marcenay y a la creciente satisfacción que ambos jóvenes parecían experimentar al encontrarse juntos.

En lo concerniente a la cuarta predicción, la más seria y la más siniestra, nada, absolutamente nada indica que algún hecho la hubiera confirmado. La misión no estaba destruida ni reducida a la esclavitud; avanzaba tranquilamente bajo la custodia de los doscientos sables del capitán Marcenay, los animales se encontraban en buen estado al igual que el equipaje que sólo había resultado mojado ligeramente al atravesar los ríos.

Por más exacto que hubiera parecido en su momento, el razonamiento construido por Amédée Florence al final del artículo fechado en Kankan, no fue confirmado sin embargo por los acontecimientos ulteriores. Nadie se había arriesgado a llevar a cabo un atentado real o simulado contra la columna y no había aparecido ningún otro *kéniélala* que nuevamente formulara amenazadoras profecías. Si el cálculo de Amédée Florence había resultado exacto, si en alguna parte existía un ser que hubiera concebido el absurdo proyecto de asustar a la misión hasta el extremo de hacerla volver sobre sus pasos, todo llevaba a pensar que éste había renunciado a su empresa.

Además, al llegar a Sikasso, el propio Amédée Florence, ya no tenía una opinión demasiado clara sobre el asunto. Los hechos que habían motivado sus reflexiones: tentativa más o menos verdadera de envenenamiento y sombrías predicciones del brujo negro, al hacerse viejas habían ido perdiendo valor. Aunque aún no hubieran llegado a Sikasso, y por más que el peligro anunciado debiera comenzar solamente más allá de ese punto, de día resultaba tranquilizador pensar en la insensatez de que esos inofensivos negros, con los que se cruzaban de tanto en tanto, se arriesgaran a atacar a una importante tropa de soldados regulares. Semejante aventura no registraba antecedentes, máximo sin un tirano, como Samory, que obligara por la fuerza a esas pueriles poblaciones a convertirse en guerreros.

Sin embargo, Amédée Florence se tranquilizaba quizá demasiado, al basar su seguridad únicamente en los hombres del capitán Marcenay, ya que precisamente en Sikasso, esa fuerza armada iba a ser reducida a la mitad.

No debe olvidarse que era en Sikasso donde la misión Barsac debía dividirse en dos partes. Mientras que una primera fracción, dirigida por el propio Barsac personalmente, iba a trasponer el Níger, pasando por Uaga-dugú, capital de Mossi, para volver al océano por Borgú y Dahomey, la segunda parte, bajo la dirección de Baudrières, bajaría de inmediato hacia el sur y se dirigiría casi en línea recta por el Grand-Bassam. Por supuesto, como cada una de esas partes de la misión tenía derecho a igual protección, en consecuencia la escolta tendría que reducirse a un centenar de hombres para cada una.

En el momento en que la expedición, aún entera, llegaba a Sikasso, no hacía mucho tiempo que aquella fortaleza de Samoy, tomada por asalto por el coronel Audéoud en los primeros meses de 1898, pertenecía a Francia. En los alrededores, la región aún sufría pillajes incesantes que eran infligidos por ese siniestro traficante de esclavos de nombre pomposo, Almany, condecorado por nosotros mismos, no se sabe bien por qué. Por todas partes no había más que aldeas incendiadas o arrasadas y la miseria era horrible.

En cuanto a la ciudad propiamente dicha —si es lícito aplicar esa palabra a un conglomerado urbano negro—, se encontraba casi en el mismo estado en que la había encontrado en coronel Audéoud. Era —lo sigue siendo— un simple agrupamiento de varias aldeas diferentes, separadas por campos de cultivo y reunidas por la habitual empalizada de los conglomerados de estas comarcas, un *tata*, que, en Sikasso, no mide menos de seis metros de altura y ocho metros de ancho en la base.

En el interior de ese *tata*, la administración francesa, por más que se había apurado, además de los más urgentes trabajos de limpieza, hasta aquel momento no había levantado más que las construcciones necesarias para el alojamiento de las tropas que formaban la guarnición.

Esa guarnición comprendía por aquella época tres compañías, una de infantería colonial y dos de tiradores senegaleses, estos últimos al mando de oficiales y suboficiales franceses. Puede suponerse qué alegría causó en aquellos jóvenes, tanto tiempo alejados de sus iguales, la llegada de la misión Barsac. Esa alegría alcanzó el máximo grado con la presencia, al frente de la escolta, del capitán Marcenay, quien se encontró en aquel lejano puesto con varios de sus mejores camaradas, y se convirtió en delirio cuando se supo que una mujer blanca formaba parte de la expedición. Se preparó una entrada solemne a aquellos visitantes notables. Banderas flameando, clarines, tambores, arcos de triunfo de flores, aclamaciones de los negros hábilmente ubicados; no faltó nada, ni siquiera un discurso de Barsac.

De noche, los oficiales ofrecieron un agasajo magnífico en el que no dejó de reinar la más franca alegría. Jane Mornas presidió la celebración. Es de imaginar el éxito que consiguió. La rodeaban, todos se afanaban alrededor de ella. Toda aquella ardiente juventud habría combatido alegremente por los hermosos ojos de aquella blanca que venía a traerles un rayo de sol a su exilio.

Pero Jane Mornas no se dejó embriagar por el éxito. Entre todos aquellos homenajes, fueron los del capitán Marcenay, quien no se mostró avaro en prodigarlos, los que encontraron con mayor facilidad el camino de su corazón.

Sin darse cuenta, manifestó esa preferencia con tal inocencia, que pronto todos la advirtieron. De inmediato, como buenos franceses que eran, los camaradas de Marcenay tuvieron la delicadeza de poner progresivamente en sordina a su entusiasmo y, uno tras otro, dirigieron al dichoso capitán discretas felicitaciones, que éste protestó vanamente merecer.

Marcenay meneaba la cabeza, negaba, aseguraba que no entendía lo que querían decirle. Muy al contrario, entendía muy bien y nadaba en plena felicidad. Todos los sueños le eran permitidos ya que los sentimientos de Jane Mornas eran tan evidentes que él era el único en no advertirlos.

Fue de ese modo cómo el amor que sentían uno al otro, Jane Mornas y Marcenay, les fue revelado.

Al día siguiente se comenzó a estudiar el modo en que la misión sería dividida y pronto surgieron dificultades imprevistas.

Para los europeos todo fue muy sencillo. Con Baudrières se agruparon los señores Heyrieux y Quirieu, según sus instrucciones, y el señor Tassin, según sus preferencias personales. A Barsac se le unieron el señor Poncin y el doctor Châtonnay. También Amédée Florence se unió a este último grupo, cuyo itinerario más extenso era susceptible, en consecuencia, de dar un más amplio material a su trabajo.

En cuanto al capitán Marcenay, tenía órdenes de afectar a la escolta de Baudrières a cien de sus mejores hombres bajo el mando de un teniente destacado a la guarnición de Sikasso y de unirse personalmente a la fracción de Barsac con los restantes cien hombres. Decidido esto conforme a la más estricta obediencia de las órdenes superiores, el capitán no dejó de sentirse muy preocupado porque se preguntaba no sin cierta angustia qué partido irían a adoptar Jane Mornas y Saint-Bérain.

¡Qué suspiro de alivio escapó de su pecho cuando oyó a la joven decir que acompañaría al señor Barsac! Pero qué otro suspiro, éste de decepción, sucedió al primero cuando Jane agregó que ella y Saint-Bérain sólo permanecerían pocos días en compañía del honorable diputado del Midi ya que era intención de ambos abandonarlo al cabo de algunas etapas a los efectos de continuar su exploración personal más al norte.

Entre los oficiales se produjo una corriente de consternación y alarma. Ninguno de ellos dejó de censurar a la joven por haber concebido un proyecto tan imprudente. ¿Sola, sin escolta, pretendía arriesgarse en regiones casi completamente desconocidas, a las cuales nunca habían ingresado las armas francesas? Le advirtieron que un viaje así era irrealizable, que arriesgaba la vida o que, por menos, los jefes de las aldeas se opondrían a su paso.

Nada la hizo apartarse de su decisión; Jane Mornas permaneció inmovible y nadie, ni siquiera el capitán Marcenay, tuvo la menor influencia sobre ella.

—Pierden el tiempo —dijo sonriendo—. Sólo conseguirán a lo sumo asustar a mi tío, al que ya se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Yo!... —protestó Agénor, sorprendido.

—Sí, usted —insistió Jane Mornas—. Es evidente que se muere de miedo. ¿Va a dejarse influir por todos estos profetas de calamidades?

—¡Yo!... —repitió el pobre Saint-Bérain.

—¿Por qué tener miedo? —preguntó Jane con soberbia—. Estaré junto a usted, sobrino.

—¡Pero si yo no tengo miedo! —protestó Saint-Bérain furioso al sentirse el punto de concentración de todas las miradas.

Jane Mornas se volvió hacia sus contradictores.

—Por mí parte —dijo—, salí de Europa con la idea de atravesar el Hombori y llegar al Níger en el centro de su curva, a Gao.

—¿Y los tuaregs auelimiden, que en esa región ocupan los dos márgenes del Níger?

—No me importan los tuaregs —replicó Jane Mornas—, pasará a pesar de ellos.

—Pero, ¿por qué Gao y no otro punto cualquiera? ¿Qué poderoso motivo tiene para ir hasta allí si es que su viaje es de placer y entonces tanto da ir acá como allá?

—Un capricho —respondió Jane Mornas.

Los oficiales sintieron que ésa era una respuesta de tipo arrogante y, según ellos, muy francesa, por lo fue muy aplaudida.

—Efectivamente, se trata de un motivo poderoso —proclamó el comandante Vergèze—. El capricho de una mujer bonita es la *ultima ratio* y no seremos nosotros quienes la contradigamos.

Una vez concluida la división del personal dirigente, tanto oficial como oficioso, sólo quedaba por repartir equitativamente el personal subalterno, lo que parecía fácil.

Ante todo los diez burros, los cinco encargados de llevarlos y los diez cargadores que pertenecían a Jane Mornas y a Saint-Bérain seguirían naturalmente con quienes los habían contratado. En cuanto a los otros cargadores y cuidadores de burros y animales, se hicieron dos grupos desiguales, otorgándose el más numeroso a la misión que debía efectuar el recorrido más largo, es decir a la de Barsac, a quien le sería igualmente asignada la ayuda del guía Moriliré. No hubo mayor dificultad en ponerse de acuerdo sobre estos diversos puntos.

Pero los inconvenientes comenzaron cuando se trató de realizar esta combinación.

Al ser informado al respecto, Moriliré opuso un categórico rechazo a la ubicación que se le había asignado y ningún argumento consiguió hacerlo entrar en razón. Según él, su contrato terminaba en Sikasso y nada en el mundo lo haría ir más lejos. Fue vana toda insistencia. En vano se emplearon todos los medios, incluso la intimidación, y todo lo que se consiguió fue que acompañara a la misión Baudrières. En cuanto a marchar hacia el este con Barsac, fue imposible convencerlo.

Apenas solucionado este punto, surgieron dificultades análogas con los encargados de los burros y los cargadores. A excepción de los contratados directamente por Jane Mornas y su sobrino, los demás se negaron unánimemente a seguir más allá de Sikasso. Ruegos, promesas, amenazas, todo fue inútil. Se chocaba contra una muralla y hubo que renunciar a convencerlos.

Fue necesario buscar un nuevo guía y otros servidores. No fue difícil reunir la mayor parte de estos últimos, pero transcurrieron varios días antes de encontrar un indígena que inspirara la confianza suficiente. Finalmente se le halló. Era un negro de entre treinta y cinco y cuarenta años, llamado Bala Konéré, originario de Niélé, conglomerado de Follona, situado en el itinerario de Baudrières, quien conocía varios puntos en el Mossi. El tal Bala Konéré fue contratado.

Y de pronto, brusca transformación de Moriliré. Éste, que había asistido con indiferencia, incluso con algo de socarronería, a las búsquedas al principio infructuosas de sus jefes, cambió de actitud de golpe apenas las búsquedas comenzaron a ser coronadas por el éxito. Fue a ver a Barsac, con toda humildad le pidió perdón por su obstinación, que atribuyó al miedo, y se ofreció a conducir la misión hasta Uagadugú e incluso hasta Dahomey, tal como se había comprometido al principio. Al mismo tiempo desapareció toda resistencia por parte de los iniciales cuidadores de burros y cargadores quienes se declararon listos a seguir a su *mantoba* (guía) adonde éste quisiera llevarlos, con la única condición de que el guía fuera Moriliré.

Esta súbita unanimidad era la evidencia que probaba que el tal Moriliré debía ser considerado como el único responsable de aquella inesperada huelga y por un momento prevaleció la idea de prescindir de su demorado ofrecimiento. Sin embargo, era tan importante asegurarse la colaboración de personal experimentado y de un guía nacido en las mismas regiones por las que deberían pasar, que finalmente triunfó la tesis de cerrar los ojos a lo pasado.

Se decidió que Bala Konéré fuera adjudicado a Baudrières junto a una pequeña parte del personal inicial al que se unirían algunos de los nuevos contratados, mientras que Barsac conservaría a Moriliré y la mayor parte de los cargadores y cuidadores de burros que estaban desde el comienzo de la misión.

Todos esos problemas y cambios insumieron un tiempo considerable. Barsac y Baudrières entraron juntos a Sikasso el 12 de enero y fue recién el 21 que dejaron, en forma separada, el lugar.

Aquella mañana, desde el amanecer, las compañías retomaron nuevamente las armas y se alinearon bajo el mando de sus oficiales preparados como para un desfile; nuevamente las banderas flamearon al viento, nuevamente los clarines desparramaron sus sonos en el aire y la misión Barsac en primer término y luego la misión Baudrières desfilaron entre una doble fila de soldados.

Luego la tropa, moviéndose tras ellas, los acompañó hasta la empalizada.

En la parte externa del *tata* tuvo lugar la despedida. Los oficiales de la guarnición se expresaron unos a otros votos por un feliz viaje y no sin profunda emoción Barsac y Baudrières se estrecharon la mano.

Mientras las tropas volvían a sus puestos, los dos convoyes se movieron poniéndose en marcha, cada uno en su dirección. Baudrières, quienes lo acompañaban y sus cien hombres de escolta se alejaron en dirección al sur. Barsac, el señor Poncin, el doctor Châtonnay, Amédée Florence, Jane Mornas y Saint-Bérain, igualmente flanqueados por cien jinetes comandados por el capitán Marcenay, torcieron a la izquierda y desaparecieron en dirección al este.

Sin embargo a esas dos columnas casi idénticas les estaban reservados destinos muy diferentes. Si la primera no debía encontrar en su camino ningún verdadero peligro, ni siquiera ninguna dificultad seria, no iba a ocurrir lo mismo con la segunda. Mientras que Baudrières, luego de concluir tranquilamente su misión, reuniría sin mayor trabajo los elementos de juicio que se había comprometido a someter a la consideración de la Cámara llegando finalmente a Grand-Bassan casi en el plazo previsto, en cambio estaba escrito que Barsac y sus amigos se verían envueltos en la más terrible aventura, la más extraordinaria que pueda imaginarse. Así lo había decidido el destino.

Es por eso que, dejando de lado los incidentes mediocres que jalonaron la tranquila marcha de Baudrières, este relato se concentrará desde ahora exclusivamente en esa fracción de la misión que se aleja hacia el este y que, bajo la dirección del guía Moriliré, se hunde cada vez más en las profundidades del continente negro.

MORILIRÉ

(Cuaderno de notas de Amédée Florence)

22 de enero. — Hace sólo dos días que dejamos Sikasso y ya tengo la impresión de que algo no marcha bien. No es más que la impresión, vuelvo a repetirlo, pero me parece que el ánimo de nuestros servidores no es tan bueno como antes, que los encargados de los burros, por ejemplo, ponen menos empeño —si es que esto es posible— en apurar el paso de los animales, que los cargadores se cansan más rápidamente y reclaman descansos más frecuentes. Tal vez todo eso no sea más que el producto de mi imaginación y quizás esté influido por las predicciones del *kéniélala* de Kankan. No es imposible que esas predicciones, que casi había olvidado, hayan recobrado un cierto valor después de abandonar Sikasso, cuando la escolta fue reducida a la mitad.

¿Tendré miedo? ¡Claro que no! O, mejor dicho, si tengo miedo es porque pienso en la posibilidad de que ese imbécil *kéniélala*, en vez de repetir torpemente su lección, hubiera poseído realmente el don de ver en el futuro. ¿Qué es lo que reclamo? Aventuras, aventuras y más aventuras a las que pueda transformar en buenos artículos, tal como lo impone el oficio. Y aventuras, de las buenas, todavía estoy esperando.

23 de enero. — Sigo creyendo que avanzamos como un convoy de tortugas. Es cierto que las características del terreno no se prestan a una marcha rápida. Todo son subidas y bajadas. Pero a pesar de todo, la mala voluntad de nuestros negros me parece evidente.

24 de enero. — ¿Qué decía? Esta noche llegamos a Kafélé. Empleamos cuatro días en recorrer unos cincuenta kilómetros. Doce kilómetros por día no están mal... ¡como record!

31 de enero. — Pues bien: ¡batimos ese record! Empleamos seis días para hacer otros cincuenta kilómetros: en total, ¡cien kilómetros en diez días! Henos aquí en una pequeña localidad de veraneo llamada Kokoro. Les ruego me crean que no alquilaría aquí una *villa* para pasar el verano a orillas del mar. ¡Qué agujero!

Después de dejar atrás hace tres días una aldea llamada Ngana —¿de dónde sacan esos nombres?— franqueamos una última cuesta bastante empinada y luego bajamos definitivamente al valle, donde seguimos por el momento. Montañas al oeste, el norte y el sur. Frente a nosotros, al este la llanura.

Para colmo de las desgracias deberemos quedarnos durante un cierto tiempo en Kokoro. No es que estemos prisioneros. Por el contrario, el jefe de la aldea, un tal Pintié-Ba, es nuestro amigo íntimo. Pero... Pero pienso que es un axioma literario comenzar por lo más aburrido. Descargo pues, a título de memorandum, algunas notas etnográficas antes de continuar mi historia.

En Kokoro comienza el país de los bobos. Si el nombre resulta algo ridículo, los habitantes no lo son menos. De puro brutos que son.

Algunas pinceladas sobre esos brutos.

Los hombres, por lo general de bastante buena complexión, están absolutamente desnudos. Los viejos llevan entre las piernas un trozo de tela llamado *bila*. Las mujeres viejas reemplazan el *bila* por un ramo de hojas en la parte inferior de la espalda: es más coqueto. Algunos jóvenes, los que están en el último grito de la moda, han adoptado el *bila* adornándolo en la parte posterior con una cola de algodón terminada en una pequeña borla. ¡Es el colmo del género! Agreguen a esa sencilla vestimenta un collar de tres hileras de conchillas, jarreteras, una hoja de palma alrededor de los tobillos, aros de hierro en las orejas y un hueso en forma de flecha o un trozo de caña atravesándoles la nariz, y tendrán el prototipo de la elegancia entre los bobos.

En cuanto a las mujeres, son odiosas con sus senos demasiado largos sobre piernas demasiado cortas, con el vientre demasiado prominente y puntiagudo a la altura del ombligo, con el abultado labio inferior atravesado por un huesito y un rollo de hojas del espesor de una vela. ¡Hay que ver eso!

En cuanto a las armas: zagayas y algunos fusiles a chispa. Otros tienen una especie de latiguillo al que cuelgan cierto tipo de amuletos.

Esos mozos no son demasiado exigentes en lo que a alimentación se refiere. Comen sin ninguna repugnancia verdadera carroña en estado de putrefacción. ¡Puaj! Y su mentalidad está en correspondencia. Si no que se juzgue por el modo en que entramos en relación con ellos.

Esta ingeniosa transición me lleva con toda naturalidad a retomar el hilo de mi historia.

La escena transcurre en Kokoro, ayer 30 de enero. Es de noche. En momentos en que nos acercábamos a la aldea nos encontramos con una aullante muchedumbre de negros —a la luz de las antorchas contamos no menos de ochocientos— que no parecía animada de intenciones conciliadoras. Era la primera vez que teníamos una recepción de este tipo. De modo que nos detuvimos algo sorprendidos.

Sorprendidos pero no preocupados. Por más que todos aquellos bribones blandieran las armas, resultaba claro que con una sola descarga los barreríamos a todos sin mayor dificultad. El capitán Marcenay da una orden. Sus hombres echan mano a los fusiles, cuyas fundas comienzan a desabrochar. No obstante, aún no los sacan. El capitán vacila. Disparar sobre el prójimo es siempre algo grave, incluso si el prójimo es un bobo. Hasta ahora la pólvora ha permanecido muda y no sería conveniente hacerla hablar.

Las cosas están en ese punto cuando el caballo de Saint-Bérain, asustado por los clamores, hace una cabriola espectacular. Sin el sostén de la silla, Saint-Bérain ejecuta una pirueta magistral y va a caer en medio de los negros.

Éstos dan aullidos feroces y se precipitan sobre nuestro desdichado amigo cuando...

...cuando la señorita Mornas lanza su caballo a todo galope hacia los negros. De inmediato la atención deja de concentrarse en Saint-Bérain. La valerosa amazona es rodeada. Veinte azagayas se dirigen hacia ella...

—¡Manto! —les grita a sus agresores—. *Nté a bé suba* (¡Silencio! Soy una hechicera.)

Mientras habla, saca de la silla una linterna eléctrica de bolsillo que por fortuna llevaba consigo y la enciende, luego la apaga, y así varias veces alternativamente para demostrarles que dispone del fuego y del relámpago.

Ante aquella visión, los aullidos se aplacan y alrededor de ella se va formando un círculo respetuoso, del que se destaca el ya nombrado Pintié-Ba. Inevitablemente va a pronunciar un discurso. Es la enfermedad de todos los gobernantes de la tierra. Pero la señorita Mornas le impone silencio. Ante todo corre en auxilio de Saint-Bérain, quien desde el momento de la caída no volvió a moverse y que, por lo tanto, debe encontrarse herido.

El doctor Châtonnay, quien penetra al interior del círculo de negros con la misma tranquilidad con que podría franquear el umbral de la casa de un cliente, se encarga de comprobar que efectivamente Saint-Bérain se encuentra herido. Incluso está cubierto de sangre. Cayó tan desafortunadamente que un sílex puntiagudo le produjo una larga incisión poco más abajo de los riñones.

En ese momento pienso que se ha cumplido una de las predicciones del *kéniélala*. Todo llega. Esto me da mejor espíritu para esperar las otras, pero siento que se me hielan los huesos cuando pienso en el destino de mis artículos.

Mientras tanto, el doctor Châtonnay lava la herida.

Toma la caja de instrumental y cura al herido, mientras los negros lo contemplan con profunda estupefacción.

En tanto esta operación prosigue, la señorita Mornas, que no ha desmontado, concede autorización a Pintié-Ba para que hable. Éste se acerca y le pregunta en bambara o en una jerigonza semejante, porque el *tubab* (el *tubab* es Saint-Bérain) los atacó con un fusil. La señorita Mornas niega que eso haya sucedido. El jefe insiste y señala el estuche metálico que Saint-Bérain lleva en bandolera. Se le explica la verdad. Todo resulta inútil. Para convencerlo es preciso sacar la cubierta, abrir el estuche, que brilla a la luz de las antorchas, y mostrar las líneas que contiene.

Ante aquella visión, los ojos de Pintié-Ba brillan de codicia. Las manos se le van hacia aquel objeto brillante. Como un niño malcriado, lo pide, lo exige. Saint-Bérain se niega indignado.

La señorita Mornas, que desearía consolidar la paz reciente, insiste infructuosamente. Finalmente, se enoja.

—¡Sobrino!... —dice severamente, apuntando nuevamente la linterna en dirección del recalcitrante pescador.

Saint-Bérain cede de inmediato y le entrega el estuche con líneas a Pintié-Ba, quien atribuye su triunfo al poder mágico de la linterna y a la influencia de la hechicera.

Cuando aquel imbécil se encuentra en posesión del tesoro, es el delirio. Baila endiabladamente en una sola pierna y luego, ante una señal suya, desaparecen todas las armas y Pintié-Ba se adelanta hacia nosotros.

Pronuncia un discurso mediante el que nos invita, al parecer, a circular por la aldea tanto como queramos y ordena, para el día siguiente, un tam-tam en nuestro honor.

Vista la actitud pacífica de los bobos, el capitán Marcenay no ve ningún inconveniente para que no aceptemos la invitación. Al día siguiente, es decir hoy, visitamos a nuestros nuevos amigos, mientras que la escolta y el personal negro aguardan fuera del *tata*.

¡Ah, queridos lectores, qué embeleco! Sobre gustos no hay nada escrito, es cierto, pero en lo que a mi respecta, prefiero los Campos Elíseos.

Fuimos directamente al «palacio» del *dugutigui*, se trata de un conglomerado de chozas situado en el medio de la aldea, cerca del montón central de inmundicias, lo que, por cierto, lo perfuma de un modo especial. Por el lado de afuera, esas chozas, construidas de adobe, están revocadas con ceniza. ¡Pero es la parte de adentro lo que hay que ver! El patio es un establo que sirve de alojamiento a bueyes y carneros. Alrededor de él, se encuentran las habitaciones. Para llegar a ese patio hay que bajar. ¡Más vale no intentarlo! Se respira un olor abominable que hace arder la garganta y, además, hay que pelear con las cabras, gallinas y otros animales de corral que se pasean en total libertad.

Luego de la descripción del «palacio» es fácil imaginar lo que pueden ser las viviendas de los ciudadanos vulgares. Son antros en los que proliferan ratas, lagartijas, ciempiés, cucarachas, en medio de inmundicias de todo tipo, de las que se desprende un olor fétido.

¡Encantadora estaba!

En el «palacio» tuvo lugar la recepción oficial. Consistió en hacer regalos a Pintié-Ba, chucherías sin valor, pedazos de tela, candados sin llave, viejas pistolas a chispa, hilo y agujas.

Literalmente encandilado con aquellos magníficos regalos, el *dugutigui* dio la señal para el comienzo del tam-tam.

Al comienzo los músicos recorren la aldea tocando el *bodoto*, trompeta hecha en cuerno de antílope, el *burón*, otra trompeta hecha en colmillo de elefante, el *tabala*, que traducido significa tambor. Dos hombres cargan ese *tabala*, sobre el cual un tercero golpea con toda fuerza mediante una maza cuyo nombre es *tabala kalama*. Al respecto, el capitán Binger observa atinadamente que *kalama* tiene todo el aspecto de provenir de *calamus* y que, en consecuencia, *tabala kalama* significaría pluma para escribir en el tambor.

Ante el sonido de los diferentes instrumentos, los bobos se reúnen en la plaza y la fiesta da comienzo.

Una especie de polichinela sudanés, el *mokha missi ku* hace su entrada y baila sin dejar de hacer muecas y contorsiones. Va vestido con una especie de malla de tela roja y tiene un bonete adornado con colas de vaca, del que cae un trozo de tela que le cubre la cara. Lleva a la espalda una bolsa llena de ruidosos trozos de metal y cada uno de sus movimientos hace sonar unas pulseras y cascabeles atados a sus muñecas y tobillos. Con las largas colas de vaca, cosquillea agradablemente el rostro de los asistentes.

Cuando termina estos ejercicios que parecen divertir mucho a Pintié-Ba y a sus administrados, ante una señal de aquél, estos últimos se ponen a rugir como animales feroces, lo que equivale, me imagino, a aplausos unánimes.

Cuando se restablece el silencio, Pintié-Ba se hace traer una sombrilla adornada con conchillas y amuletos, no porque la necesite, sino porque un *dugutigui* no es nada si no tiene, ampliamente abierta sobre la cabeza, la sombrilla, símbolo del poder.

De inmediato los bailes recomienzan. Hombres, mujeres, niños, forman el círculo, los brujos golpean sobre los *tabala* y dos bailarinas acuden desde extremos opuestos de la plaza. Después de tres rápidas piruetas, se lanzan una contra otra, no de frente sino, al contrario, dándose la espalda y chocándose lo más fuerte posible.

A esas dos «bailarinas» siguieron otras dos y finalmente todos los asistentes se entregaron, en medio de salvajes gritos, a una especie de descabellada cuadrilla, frente a la que nuestro jaleo parece muy tierno y modesto.

El baile termina con una procesión. Los bobos desfilan frente a Pintié-Ba cantando en coro acompañado por el ensordecedor ruido de los *tabala*, de las trompetas y de las flautas de caña, cuyos sonidos estridentes desgarran los oídos.

Finalmente llega la hora de comer y entonces comienza una escena que es una verdadera carnicería, una orgía de sangre. Se trae a la plaza una docena de carneros muertos en las chozas. Los indígenas tienden de un árbol a otro largas cuerdas delimitando así una especie de cuadrado, en medio del que las mujeres amontonan leña seca. Luego, armados con cuchillos, los negros despedazan los animales y los cortan en tiras que las mujeres cuelgan en las cuerdas, en tanto se enciende el fuego. Cuando Pintié-Ba estima que la cocción ha sido suficiente, hace una señal y todos los negros se abalanzan sobre los trozos de carne, los toman con las manos y comienzan a desgarrarlos con los dientes. Nada les resulta repugnante. El espectáculo es horrible.

—¡Son caníbales! —exclama la señorita Mornas completamente pálida.

—¡Pues sí! —responde el doctor Châtonnay—. Mi querida niña, si comer es el único placer de estos pobres seres es porque perpetuamente sufren de un único mal: el hambre.

Asqueados, no tardamos en volver a nuestras tiendas, mientras que para los negros la fiesta se prolongaba hasta muy tarde. Duró toda la noche, tal como lo demostraron las vociferaciones que llegaron hasta nosotros.

2 de febrero. — Continuamos en Kokoro, donde nos retiene la herida de Saint-Bérain. El tío-sobrino (voy a llamarlo de ese modo definitivamente) no podría montar a caballo.

3 de febrero. — Siempre en Kokoro. ¡Es encantador!

4 de febrero, 6 de la mañana: — ¡Finalmente partimos!

Mismo día, al anochecer. — Falsa alarma. Todavía estamos en Kokoro.

Sin embargo, esta mañana recibimos la despedida de nuestros amigos, los bobos. (Se tienen los amigos que se puede.) Toda la aldea estaba de pie; encabezada por el *dugutigui*, y aquello fue una letanía de deseos. «Que N'yalla (Dios) los devuelva con buena salud». «Que permita que tengan una buena marcha». «Que les dé buenos caballos». Al oír este último deseo Saint-Bérain, cuya herida aún estaba demasiado sensible, hizo una mueca. Nos libramos de todas aquellas demostraciones y la columna se movió. Se movió, pero no avanzó. Ahora es peor que antes de llegar a Kokoro. La mala voluntad rompe los ojos. A cada momento se detiene un cargador, hay que esperar, la carga de un burro se desata y cae, hay que volverla a su lugar. A las diez, hora del primer descanso, no habíamos recorrido seis kilómetros.

Admiro la paciencia del capitán Marcenay. Ni una sola vez demostró haber perdido su perfecta calma. Nada lo incomoda, nada lo cansa. Lucha con una tranquila y fría energía contra ese obstruccionismo.

Pero cuando volvíamos a marchar para emprender la etapa de la tarde fue otro cantar. Moriliré dice que se ha equivocado. Se consulta a los dos guías de la señorita Mornas. Tchumuki sostiene lo mismo que Moriliré. Tongané, por el contrario, afirma que estamos en el buen camino. ¡Vaya si estamos bien informados! ¿A cuál de ellos creer?

Después de muchas vacilaciones, se toma la opinión de la mayoría y se procede a dar marcha atrás. Entonces es una maravilla ver a qué velocidad marchamos. Los negros ya no están cansados, las cargas de los burros parecen haberse consolidado solas. En una hora recorremos la distancia que nos demandó cuatro en sentido contrario y antes de la noche nos instalamos en el mismo campamento que habíamos dejado en la mañana, muy cerca de Kokoro.

6 de febrero. — Ayer, 5 de febrero, partimos sin demasiados tropiezos y, cosa admirable, por el mismo camino al que habíamos renunciado al atardecer. En efecto, al levantarse, Moriliré nos dice que después de pensarlo llegó a la conclusión que fue en la tarde y no en la mañana cuando se equivocó. Nuevamente Tchumuki lo apoya. Me siento inclinado a pensar que esos dos morenos están de acuerdo para vender nuestras cabezas.

Nada de particular en ese día, salvo la mala voluntad a la que empezamos a acostumbrarnos, pero hoy hubo dos incidentes graves.

Durante la etapa de la mañana, de pronto cayó un burro. Cuando se quiso volver a ponerlo de pie se comprobó que estaba muerto. Por supuesto que la muerte puede ser atribuida a causas naturales. Sin embargo, debo confesar que en este momento pienso en el *dung-kono* o en alguna de esas porquerías de este país.

Nadie dice nada. Se reparte la carga del burro difunto sobre sus congéneres y continuamos la marcha.

En el momento de partir para la etapa de la tarde, segundo incidente. Se comprueba la falta de un cargador. ¿Qué ha pasado con él? Misterio. El capitán Marcenay se muerde el bigote y advierte que está preocupado. Si los negros nos abandonan, estamos listos. No hay nada más contagioso que el microbio de la desertión. También advierte que a partir de ese momento la vigilancia se hace más intensa. Ahora estamos obligados a avanzar como en un desfile y los jinetes de la escolta ya no permiten ninguna fantasía individualista. Personalmente esa disciplina rigurosa me molesta; sin embargo, la apruebo.

Al detenemos en la noche, otra sorpresa. Se descubre que varios negros están borrachos. ¿Quién les dio de beber?

El capitán organiza la custodia del campamento del modo más meticuloso. Luego va a buscar al señor Barsac, con quien me encuentro precisamente, y lo informa de la situación que se ha ido agravando desde nuestra salida de Sikasso. Sucesivamente se van incorporando el doctor Châtonnay, el señor Poncin, la señorita Mornas y luego Saint-Bérain así que celebramos, en suma, un verdadero consejo de guerra.

En pocas palabras el capitán Marcenay expone los hechos, de los que responsabiliza a Moriliré. Propone que interroguemos al guía infiel y que, de ser necesario, actuemos por la fuerza. Cada negro sería acompañado individualmente por un tirador, quien lo obligaría a caminar aunque fuera amenazándolo de muerte.

El señor Barsac no opina igual y Saint-Bérain tampoco. Interrogar a Moriliré sería ponerlo sobre aviso, demostrarle que ha sido desenmascarado. Por otra parte, no tenemos ninguna prueba en contra de él, incluso ignoramos cuál es el objetivo por el que nos estaría traicionando. Moriliré no tendría más que negar y no podríamos responderle nada. Con respecto a los negros, ¿de qué modo se podría obligarlos? ¿Qué haríamos si se echan al suelo, si tan sólo nos oponen la fuerza de la inercia? Fusilarlos sería un mal modo de asegurarnos sus servicios.

Finalmente se concluyó que lo mejor era guardar silencio, ser cada vez más firme, armarse de una paciencia invencible y, sobre todo, vigilar cuidadosamente a Moriliré.

Todo está muy bien, pero se me ocurre una reflexión: ¿por qué obstinarse en este viaje? La misión tenía por objeto comprobar la mentalidad de los negros de la cuenca del Níger y su grado de civilización. Pues bien, ya conocemos su mentalidad. Estoy de acuerdo en que las poblaciones comprendidas entre la costa y Kankan, incluso hasta Tiola o si se quiere hasta Sikasso, son lo suficientemente civilizadas como para ser dignas de que se les acuerden algunos derechos políticos y esto a pesar de que no era mi opinión inicial al respecto. Pero, ¿y después de Sikasso?... Supongo que no será a esos salvajes que nos rodean, a esos bobos tan cercanos al animal antes que al hombre, a quien se piensa en convertir en electores. Entonces, ¿para qué obstinarse? ¿No es evidente que cuanto más se avance hacia el este, es decir cuando más nos alejemos del mar, menos contacto habrán tenido los aborígenes con los europeos y, en consecuencia, su barniz de civilización (?) no será cada vez más delgado?

Me parece que esas verdades rompen los ojos y me asombra que mis compañeros de viaje no las vean. Bueno, tal vez las ven, pero quizá tengan sus razones para cerrar los ojos. Examinemos esto.

Primo: el capitán Marcenay. Para él, el problema no existe. El capitán no tiene que discutir: él obedece. Además, tampoco creo que el problema se le plantearía incluso si no tuviera órdenes que obedecer, mientras la señorita Mornas siguiera adelante. La simpatía que se tienen ha avanzado mucho más rápido que nosotros desde Sikasso. Nos encontramos frente a una pasión oficial confesada por ambas partes y que debe terminar lógicamente en matrimonio; todo ha llegado a un grado tal que el propio Barsac ha depuesto sus veleidades de conquistador para volver a ser tan solo el excelente hombre que en realidad es. Así que dejemos de lado al capitán.

Secundo: el señor Poncin. El señor Poncin es también un subordinado y, también él, debe obedecer. En cuanto a lo que piensa en su fuero interno, ¿quién podría decirlo? El señor Poncin hace anotaciones de la mañana al anochecer, pero es de un laconismo que envidiaría el propio Hermes. Apostaría a que desde que salimos no ha pronunciado diez palabras. Mi opinión personal es que todo esto le importa un bledo. Así que dejemos de lado al señor Poncin también.

Tertio: Saint-Bérain. ¡Oh, éste es un caso diferente! Saint-Bérain sólo ve a través de los ojos de su tía-sobrina; sólo existe a través de ella. Por otra parte, Saint-Bérain es tan distraído que tal vez todavía no se haya enterado de que se encuentra en África. Así que dejemos de lado al número tres.

Quarto: la señorita Mornas. Conocemos el motivo de su viaje. Nos lo dijo: un capricho. Este motivo debería bastar incluso si la delicadeza no nos prohibiera tratar de saber si en realidad no existe otro.

Quinto: yo. Este número cinco es el único cuya conducta es perfectamente lógica. ¿Cuál es la razón por la que estoy aquí? Los artículos. Entonces, cuantos más embrollos se presenten, más artículos escribiré y más satisfecho me sentiré. En consecuencia, es perfectamente lógico que ni piense en volver atrás. Así que tampoco pensemos en mí.

Queda el señor Barsac. Él no debe obediencia a nadie, no está enamorado de nadie, debe darse cuenta de que estamos en África, es demasiado serio como para ceder a un capricho y no tiene que escribir artículos. ¿Entonces?...

El problema me atormenta tanto que no puedo dejar de plantearle la pregunta a él mismo. El señor Barsac me mira, baja la cabeza y me responde con un gesto que no significa nada. Es todo lo que logro sacarle. Como se ve, está acostumbrado a los *interviews*.

7 de febrero. — Hay novedades; la noche fue muy agitada. Consecuencia: no partimos a la hora habitual y hoy no haremos más que una etapa, la de la tarde.

Relatemos los hechos en orden cronológico. Forzosamente se llegará a la conclusión de que a veces la distracción puede tener buenos efectos.

Se había decidido ayer que no se le diría nada a Moriliré y que tan sólo se le vigilaría más estrechamente. En ese sentido, y con el fin de tener al sujeto al alcance de la vista en todo momento y no confiar nuestros temores a los hombres de la escolta, habíamos convenido realizar la vigilancia nosotros mismos. Como somos seis, comprendida la señorita Mornas, en la que se puede confiar como si fuera un hombre, no era demasiado trabajo.

De acuerdo con ese programa se dividió la noche, desde las nueve hasta las cinco, en seis fracciones sensiblemente iguales y luego echamos esas fracciones a la suerte. La sacamos de la urna en el siguiente orden: la señorita Mornas, el señor Barsac, el capitán Marcenay, yo, Saint-Bérain y el señor Poncin. Tal fue la decisión del destino.

Mi turno llegó a la una de la mañana y reemplacé al capitán Marcenay. Éste me dijo que todo marchaba sin novedades y me señaló el sitio, no lejano a nosotros, donde Moriliré dormía envuelto en su *doroké*. La luna, que precisamente era llena, permite distinguir el rostro del bribón, haciendo resaltar la blancura de su vestimenta.

No ocurrió nada anormal durante mi turno, a no ser que, a eso de la una y media, creí oír aquel mismo ronquido que tanto nos intrigó la noche después de nuestra primera jornada en Kankan. El ruido parecía venir del este, pero esta vez es tan lejano, tan débil, tan inapresable que todavía no estoy muy seguro de haberlo oído realmente.

A las dos y cuarto paso la posta a Saint-Bérain y voy a acostarme. No puedo dormir. Tal vez a falta de costumbre, el sueño interrumpido no quiere volver. Después de perseguirlo durante media hora renuncio y me levanto con la intención de terminar la noche al aire libre.

En ese momento vuelvo a oír —de un modo tan débil que puedo atribuido a una segunda ilusión— el mismo ruido que un rato antes me había llamado la atención. Esta vez hubiera jurado que lo había oído. Agucé el oído al máximo...

Nada o por lo menos tan poco. Un silbido que decrece, decrece y muere gradual, insensiblemente en dirección al este. Tengo que resignarme a permanecer en la duda. Decido ir a donde estaba Saint-Bérain, que está cumpliendo su guardia.

¡Sorpresa! —de hecho que me resulta toda una sorpresa—, Saint-Bérain no está en su lugar. Apuesto a que el incorregible distraído olvidó la consigna y se está ocupando de alguna otra cosa. Mientras Moriliré no haya aprovechado cumplidamente nuestra cortesía.

Voy a comprobarlo. No, Moriliré no se ha ido. Sigue en su lugar, duerme pacíficamente, tendido en el suelo. Distingo su rostro negro y su *doroké* blanco intensamente iluminado por la luna.

Tranquilizado, me pongo a buscar a Saint-Bérain con la intención de pasarle una seria reprimenda. Sé más o menos donde encontrarlo, pues advertí que no lejos del campamento corre un río. Hacia allí me encamino y, de acuerdo con mis previsiones, distingo una sombra en medio de la corriente. ¿Cómo es posible que el obstinado pescador pueda estar a esa distancia de la costa? ¿Acaso tiene el poder de caminar sobre las aguas?

Como me lo informó durante la mañana, hábilmente Saint-Bérain improvisó con tres troncos una balsa lo suficientemente grande como para transportarlo; con la ayuda de una rama larga a modo de pértiga se ha impulsado algunos metros río adentro. Allí se «estacionó» mediante una gran piedra que hace las veces de ancla y que es atraída a la balsa mediante una cuerda de fibra. La fabricación de ese material no le insumió más de media hora de trabajo. Es muy ingeniosa. Pero por ahora no es lo que me preocupa. Me acerco a la orilla y lo llamo con voz asordada:

—¿Saint-Bérain?...

—Presente —me responde la sombra sobre las aguas.

Continuó:

—¿Qué hace ahí Saint-Bérain?

Oigo una risita y luego la sombra responde:

—Me parece soñar. ¿Pescar furtivamente?... ¿En Sudán?... No sé que aquí la pesca esté reglamentada.

—¿Pescaba furtivamente? —repito—. ¿Qué me dice?...

—Bueno, no se puede negar —me responde Saint-Bérain— que estoy pescando de noche con red. Eso está totalmente prohibido.

Esa idea lo divierte mucho. El muy bruto se ríe.

—¿Y Moriliré?... —pregunto exasperado.

En medio de la noche se oye una maldición que mi pluma se niega a transcribir, luego la sombra se pone en movimiento y Saint-Bérain, como un ladrón, mojado hasta las rodillas, salta a la costa. Está como enloquecido, pero es un poco tarde.

—¡Moriliré!... —responde con voz estrangularada.

—Sí, Moriliré —le digo—. ¿Qué ha hecho, desdichado?

Aquí se oye una nueva maldición y Saint-Bérain emprende carrera hacia su puesto, que no debió haber abandonado.

Felizmente Moriliré sigue durmiendo. Incluso podría afirmar que no ha hecho un solo movimiento desde que relevé al capitán Marcenay. Es lo que Saint-Bérain puede comprobar.

—¡Qué susto me dio usted! —suspiró.

En ese momento oímos un ruido bastante violento del lado del río, en el lugar que acabábamos de dejar. Daba la impresión de que un hombre se estuviera ahogando. Corremos. En efecto, Saint-Bérain y yo distinguimos, más allá de la balsa improvisada, una cosa negra que se debatía.

—Es un negro —dice Saint-Bérain.

Sube a la balsa y desprende al negro de la red; al llegar a la costa me explica:

—El moreno cayó en la red que se me había olvidado (Naturalmente, mi buen Saint-Bérain.) Pero, ¿qué diablos hacía este negro ahí?

Nos inclinamos sobre el pobre diablo que, por otra parte, respiraba con la suficiente fuerza como para que no nos preocupáramos por él y de pronto un mismo grito escapó de nuestras gargantas:

—¡Moriliré!...

Efectivamente, se trataba de Moriliré, completamente desnudo, mojado de la cabeza a los pies, medio sofocado por la zambullida. Estaba claro que el guía había abandonado el campamento, que había atravesado el río a nado, que se había entregado a un paseito por el campo y que al volver se había enredado en la red providencialmente olvidada por Saint-Bérain. Sin nuestro precioso distraído, la fuga del traidor tal vez nos hubiera pasado desapercibida.

De pronto se me ocurrió una idea: ¿y el otro Moriliré, el que dormía tan profundamente bajo el claro de luna? Corro hacia donde se encontraba aquel obstinado dormilón, lo sacudo... ¡Bien debí haberlo supuesto!; me quedé con el *doroké* en la mano. El rostro negro no era más que un pedazo de madera coronado por el casco y el plumón con los que el ex tirador adorna sus bellezas naturales.

Esta vez el bribón había sido atrapado *in fraganti*. Ahora tendría que explicamos su conducta. Me vuelvo hasta donde estaba Saint-Bérain con el prisionero. Este último parecía volver penosamente a la vida. Digo parecía porque de golpe salta astutamente sobre sus pies y se lanza hacia el río con la evidente intención de tomar un nuevo baño. Moriliré no contó con su huésped. La mano de Saint-Bérain se abate sobre la muñeca del fugitivo, quien hace vanos esfuerzos por librarse. Sinceramente, creo que Saint-Bérain es menos seductor que Apolo de Belvedere pero, en cambio, es fuerte como un Hércules. Debe tener una capacidad de prensión terrible en las manos a juzgar por las contorsiones y las muecas del negro. En menos de un minuto, vencido, Moriliré cae de rodillas y pide clemencia. Al mismo tiempo, algo cae de su mano inerte.

Me agacho y recojo el objeto. Desdichadamente nos confiamos demasiado. Con un esfuerzo desesperado, Moriliré se desprende, se arroja sobre mí y, con la mano libre, se apodera de dicho objeto, el que desaparece en su boca.

Tercera maldición de Saint-Bérain. Tomo por la garganta al cautivo, al que mi compañero le aferra el otro brazo. Estrangulado, Moriliré debe devolver. Pero sólo devuelve a medias. Con sus dientes de acero, el negro corta en dos el objeto sospechoso y una de las partes cae a las profundidades del estómago.

Miro mi triunfo. Se trata de una hojita de papel en la que hay algo escrito.

—Sujete bien a este canalla —le digo a Saint-Bérain.

Saint-Bérain me tranquiliza y corro a buscar al capitán Marcenay. La primera preocupación de éste consiste en depositar, convenientemente atado, a Moriliré en una tienda, a cuyo alrededor destaca a cuatro hombres provistos de severas órdenes. Como el capitán es un arabista distinguido, no tendría dificultad en leer la hojita si la escritura fuera más clara y si el documento estuviera intacto. Sin embargo, la escritura es muy imperfecta y, como ya lo he dicho, no teníamos más que una parte del texto. En su estado actual no es más que un jeroglífico al que la insuficiente luz de la lámpara no permite descifrar. Hay que esperar el día.

Cuando llega el día, pensamos que nos vamos a tomar un trabajo inútil. Todo lleva a pensar que Moriliré, no pudiendo engañarnos más, querrá por lo menos granjearse nuestra indulgencia, confesará su falta y, en consecuencia, él mismo nos proporcionará la traducción completa del documento.

Nos dirigimos hacia la tienda que le sirve de prisión y entramos... Estupefactos, nos detenemos en el umbral: las cuerdas que ataban al prisionero están en el suelo. La tienda está vacía.

POR ORDEN SUPERIOR

(Cuaderno de notas de Amédée Florence)

El mismo día. — Debí interrumpir mi anotación porque el capitán Marcenay me llamó para mostrarme la traducción del trozo de documento arrebatado al apetito de Moriliré. Retorno el relato cronológico de los sucesos.

Decía que encontramos la tienda vacía. Ni rastros de Moriliré. De él sólo quedaba en el suelo la soga con que lo habíamos atado. Muy irritado, el capitán Marcenay interroga a los hombres de custodia. Pero los pobres diablos están tan asombrados como él. Afirman que no abandonaron su puesto y que no oyeron ningún ruido sospechoso. Es como para no entender nada.

Entramos a la tienda y sólo entonces notamos que en su parte superior tiene un agujero lo suficientemente grande como para dejar pasar a un hombre y encima del agujero se ve una gruesa rama de *bombax*. Entonces todo se explica. Mal atado, Moriliré consiguió soltarse y trepando por el puntal central recobró la libertad por el aire.

¿Vale la pena perseguirlo? ¿Para qué? El fugitivo tiene ya una hora de ventaja y, además, cómo encontrar a un hombre en medio de la espesura de la selva. Habría sido necesario contar con perros.

Concordantes sobre este punto, nos resignamos a lo inevitable. El capitán hace desmontar la tienda que tan mal ha servido para alojar a Moriliré, despide a los cuatro tiradores ordenándoles bajo pena de un severo castigo el más absoluto silencio sobre lo que han visto y desaparece en su tienda para concentrarse en el misterioso documento. Por mi parte, me aplico a la redacción de mis notas. Mientras tanto, Saint-Bérain pondrá a nuestros compañeros al tanto de lo ocurrido, si es que no lo olvida.

Una hora después, el capitán Marcenay me manda buscar, como ya lo dicho. Lo encuentro en la tienda del señor Barsac, donde están reunidos todos los europeos. Los rostros revelan el más natural asombro. ¿Cómo se explica la traición de Moriliré? ¿Actuará a cuenta de terceros, de los que, por mi parte, vengo sospechando desde hace mucho? Tal vez en pocos minutos lo sepamos.

—La escritura árabe —nos explica el capitán Marcenay— va de derecha a izquierda, pero basta con leerla en transparencia, volviendo hacia uno el papel, para conseguir que aparezca en el sentido que nos es habitual. Entonces se consigue esto.

Nos entrega un papel, calcado del que arrebatamos a Moriliré, y, en consecuencia, con una desgarradura irregular, en el que leo las siguientes palabras que transcribo en caracteres latinos:

*Mansa aman gnigni tubabul
Mémou nimbé mando kafa
batak manaéta sofa
A okata. Batú
i sa ka folo. Mansa a bé.*

¡Si fuera yo quien debiera descifrar ese galimatías!... El papel pasa de mano en mano. La señorita Mornas y Saint-Bérain parecen entender algo. Admiro la vastedad de sus conocimientos. En cuanto a los señores Barsac y Poncin., saben tanto como yo.

—Las últimas palabras de la primera y la segunda línea están incompletas —nos dice el capitán Marcenay—. Una debe ser leída como *tubabulengo* que quiere decir «europeos», literalmente europeos rojos, y la otra como *kafama*, que significa, «todavía». He aquí la traducción del documento «El amo (o el rey) no quiere que los europeos... Puesto que aún continúan avanzando... carta traerá soldados... Ordenará. Obedece... has comenzado. El amo (o el rey) es...»

Nuestros rostros expresan desilusión. No es demasiado claro. Sin embargo, el capitán Marcenay continúa con su demostración.

—El primer fragmento de la frase se comprende fácilmente. En algún lugar hay un amo o un rey que no quiere que hagamos talo cual cosa. ¿Qué? El segundo fragmento nos lo dice. No quiere que nos adentremos en el país negro. Por alguna razón, probablemente lo molestamos. Ese segundo fragmento comenzaba sin duda el enunciado de un plan que no conoceremos. Las dos líneas siguientes son menos límpidas. «Una carta que traerá soldados», eso no quiere decir gran cosa; la cuarta no es más que una orden a Moriliré e ignoramos quién es ése que ordenará. En cuanto a las últimas palabras, no tienen ningún sentido, para nosotros al menos.

Nos miramos con contrariedad. ¡Eso era todo lo que habíamos avanzado! El señor Barsac toma la palabra y resume la situación:

—De lo que hemos observado hasta aquí, comprendidos los sucesos de hoy, se puede concluir: *Primo*, que nuestro guía nos traicionaba a cuenta de un tercero, quien, por razones desconocidas, se opone a nuestro paso. *Secundo*, que ese desconocido dispone de un cierto poder, ya que consiguió colocar en Conakry un guía elegido por él. *Tertio*, que ese poder no es muy grande ya que hasta ahora sólo ha recurrido a medios infantiles para lograr sus fines.

Hago una objeción.

—Perdón; el misterioso desconocido ha hecho, en el mismo sentido, tentativas de otro orden.

Y comunico al honorable auditorio mis reflexiones concernientes al envenenamiento con el *dung-kono* y las predicciones del *kéniélala*. Recibo elogios por mi perspicacia.

—Las ingeniosas deducciones del señor Florence —agrega el señor Barsac— no hacen más que confirmar las mías. Sin embargo, sigo creyendo que nuestro adversario, sea quien sea, no es de temer; de lo contrario habría empleado medios más eficaces y más serios contra nosotros.

El señor Barsac tiene razón. Es la sabiduría, Sophia, la gran Sophia de los griegos, la que habla por su boca. Continúa:

—Mi opinión es que aun tomando muy en serio este asunto, no conviene exagerar su magnitud. Lo que quiere decir: seamos prudentes, pero no nos dejemos perturbar.

Todos estamos de acuerdo con él, lo que no me asombra ya que conozco los móviles secretos de cada uno. Lo que me asombra, por ejemplo, es la obstinación del señor Barsac. ¿Por qué no aprovecha esta ocasión para interrumpir un viaje cuya inutilidad está fuera de toda discusión?

Sea lo que sea, nos vemos obligados a conseguir nuevos guías.

La señorita Mornas propone a los suyos, los que conocen, o al menos deberían conocer, el país, ya que por esa razón los contrató. Para zanjar la cuestión se hace comparecer a Tchumuki y a Tongané.

La actitud del primero no me gusta. Responde que podemos contar con él, pero parece molesto, incómodo, y mientras habla no consigo atrapar su mirada escurridiza. Para mí es evidente que huele a mentira. Me parece que no vale más que Moriliré.

Tongané, por el contrario, es más firme. Sostiene que conoce perfectamente el país y que nos llevará adonde queramos. Afirma igualmente que hará entrar en razón a los cargadores y cuidadores de burros. Ese muchacho me causa una buena impresión. Su voz es franca, mira de frente. Decido que a partir de ese momento confiaré en Tongané y desconfiaré de Tchumuki.

Los dos nuevos guías van a conversar con el personal negro. Según la versión oficial, le comunican que Moriliré fue devorado por un caimán y que a partir de aquel momento serán ellos los encargados de dar las órdenes. Nadie dice nada. Después de la siesta nos ponemos en marcha.

9 de febrero. — Moriliré ya no está al frente, pero la situación sigue siendo la misma. Con Tchumuki y Tongané no avanzamos más rápidamente que con su predecesor.

Los dos guías pelean constantemente sobre la dirección que debemos tomar. Nunca se ponen de acuerdo y sus querellas son interminables. Por mi parte, sistemáticamente opino como Tongané, aunque más no sea porque él es quien grita más fuerte, pero la experiencia me viene dando la razón. Si por casualidad la mayoría decide en favor de la opinión de Tchumuki, las informaciones que recogemos en la primera aldea a la que llegamos invariablemente demuestran que nos equivocamos. Entonces hay que desandar el camino, a veces a través de terrenos casi impracticables, para encontrar la dirección correcta, de la que nos habíamos apartado.

Otras veces la discusión entre los dos negros se prolonga tanto que llega la canícula y hay que detenerse en el sitio donde sobreviene la discusión.

En esas condiciones es imposible avanzar con rapidez. Así, en dos días y medio hemos hecho apenas unos treinta kilómetros. Es lamentable.

Continuamos siempre por el valle al que entramos después de Kokoro. Se ha ampliado más aún y ahora sólo tenemos elevaciones a nuestra derecha, es decir, al sur.

En consecuencia el camino es uno de los más difíciles y si no fuera por los eternos cruces de ríos, raramente sobre puentes de madera rotos en sus tres cuartas partes, más a menudo por vados no siempre vadeables, donde los caimanes no escasean precisamente, no nos veríamos enfrentados a ninguna dificultad natural.

11 de febrero. — Temprano en la mañana, nos encontramos en medio de campos cultivados lo que indica la cercanía de alguna aldea. Esos campos estarían en muy buen estado si una gran parte de ellos no hubieran sido devastados por las termitas, que son terribles destructoras.

Esos insectos construyen termiteros en forma de hongos, a veces de la altura de un hombre, que evacúan al comienzo del invierno convirtiéndose en hormigas aladas. En ese entonces las aldeas se infestan de estos insectos. Pero el hombre no deja pasar ocasión para distraerse un poco. La aparición de las hormigas aladas es la señal para que den comienzo fiestas y orgías sin término. Se encienden fuegos por todas partes, adonde las hormigas acuden y se queman las alas. Las mujeres y niños las recogen y las fríen en manteca de cé. Pero no sólo se trata de comer sino también de beber... Por eso cuando cae la noche todo el mundo está borracho.

Hacia las ocho distinguimos lo que nos habían anunciado los cultivos. Se llama Bama. Al acercamos, nos encontramos con una procesión *du* que recorría los *lugans* para ahuyentar a los malos espíritus e implorar la lluvia. Los *du* son individuos vestidos con blusones sobre los que han cosido trozos de cáñamo y fibras de palmera. Llevan la cabeza completamente cubierta por un bonete de cáñamo con dos agujeros para los ojos y coronado por una cimera de madera roja o por el pico de un ave de presa. Avanzan bailando, seguidos por mirones y niños a los que no tienen miramientos en aporrear con sus bastones sagrados. Cuando pasan delante de una choza, los atiborran de *dolo* (cerveza de mijo) y de vino de palma. Casi ni es preciso decir que luego de una hora de paseo se caen de borrachos.

Media hora después llegamos a Bama. Con tono hipócrita, Tchumuki le informa entonces al capitán Marcenay que los negros están demasiado cansados, que se niegan a emprender otra etapa y que piden quedarse en Bama toda la jornada. El capitán no quiere dar un traspie y, a pesar de las señas de reprobación que Tongané multiplica a espaldas de su compañero, adopta un aspecto sorprendido y responde que el pedido es inútil porque ya estaba decidido que aquel día se haría un largo descanso. Tchumuki se retira completamente desconcertado, mientras Tongané alza los brazos y trasmite su indignación a Malik.

Aprovechamos esa imprevista detención para visitar la aldea, lo que bien valió la pena ya que es muy diferente de lo que hemos visto hasta ahora. Para entrar, nos hacen subir al techo de una choza y desde allí, de techo en techo, nos llevan hasta la morada del *dugutigui*.

El *dugutigui* es un viejo de grandes bigotes y parece un ex suboficial de tiradores. Fuma una larga pipa de cobre, cuyo fuego es avivado por un horrible negrito.

Nos recibe con mucha cordialidad y nos ofrece dolo. Para no demostrar falta de cortesía le hacemos algunos regalitos que lo colman de alegría y una vez cumplidos estos ritos paseamos como simples turistas.

En la plaza, un barbero opera al aire libre. Cerca de él, chicos, pedicuras y manicuras roen, con la ayuda de viejas tijeras, uñas de pies y de manos. Cuatro monedas por cabeza es el precio de sus servicios, pero deben devolver a los clientes los fragmentos de uñas, quienes se apresuran a enterrados piadosamente en agujeritos. Por más que traté de indagar, por medio de Saint-Bérain, quien puede hacerse entender más a menos, me fue imposible averiguar las razones de esa extraña costumbre.

A pocos pasos, un médico trataba a un enfermo según las prescripciones del Codex negro. De lejos presenciamos la «consulta».

El enfermo es un hombre demacrado, de ojos hundidos, agobiado por los temblores de la fiebre. El médico lo hace tenderse en el suelo, en medio de un círculo de curiosos, y luego, blanqueándolo la cara con ceniza —aquí el color blanco es «fetiche»—, coloca junto a él una estatuilla groseramente tallada en madera, la imagen de un dios favorable. De inmediato lleva a cabo alrededor del paciente una frenética danza acompañada de gritos salvajes. Finalmente se hace indicar la parte enferma, la masajea suavemente y, de pronto, con un aullido de alegría, finge retirar un fragmento de hueso que había mantenido oculto en la mano. El enfermo se levanta y se va, declarándose curado, en una nueva prueba de la verdad del apotegma: sólo la fe puede curar.

¿Acaso la de nuestro enfermo no era suficiente? Es posible suponerlo, pues la mejoría que él mismo confesó fue de corta duración. Esa noche misma vino al campamento a visitarnos. Enterado por algunos de nuestros negros de que llevábamos un médico *tubab*, venía a implorar la ayuda del brujo blanco, ya que el brujo negro sólo había conseguido aliviado.

Después de un somero examen, el doctor Châtonnay sencillamente le administró una dosis de quinina. El cliente no fue avaro en *barka* (gracias), pero mientras se alejaba meneó la cabeza en tono escéptico, como alguien que no confía demasiado en un remedio cuya eficacia no es reforzada mediante algún encantamiento o sortilegio.

12 de febrero. — Hoy es «lo mismo» que ayer como dicen los hombres de la escolta. Pero es peor. Sólo haremos una etapa. Y mañana nada.

Esta mañana, la partida fue buena. Cuando nuestra columna se ponía en movimiento, vimos que el enfermo de anoche venía hasta nosotros. Había mejorado de tal modo que quería agradecer una vez más a su salvador. El doctor le entregó algunos paquetes de quinina y le indicó el modo en que debía emplearla.

Todo marcha bien en esta primera etapa. El paso es rápido. Ningún tropiezo, ninguna queja por parte de los negros. Es demasiado hermoso.

Al detenemos, y mientras nos instalamos, Tchumuki aborda al capitán Marcenay y le hace un planteamiento similar al de la víspera. El capitán responde que Tchurnuki tiene toda la razón, que no nos pondremos en marcha nuevamente, ni en la tarde ni en todo el día de mañana, pero que a continuación, luego de ese prolongado descanso, no nos detendremos antes de recorrer un mínimo de veinte kilómetros.

El capitán dijo esto en voz alta, de modo que todos pudieran oír sus palabras. Ahora los negros saben que se va a inaugurar un nuevo modo de marchar más rápidamente. El tono firme del capitán probablemente los ha impresionado. No dicen nada, se dan aires de importancia e intercambian miradas de soslayo.

Mismo día, once de la noche. — Esta historia comienza a irritarme.

Esta tarde, poco antes de las seis, es decir en pleno día, oímos de pronto el mismo ronquido, o zumbido, que por primera vez llegó a nuestro oídos cerca de Kankan y, en lo que me es personal, también la noche del incidente con Moriliré.

Otra vez, aquel ruido singular nos llega desde el este. Es muy débil, pero de todos modos lo suficientemente perceptible como para que no lo podamos atribuir a un error de nuestros sentidos. Ahora no soy el único en oírlo. Todo el campamento levanta la cabeza y los negros comienzan a manifestar síntomas de terror.

Como ya he dicho, era de día y, sin embargo, no conseguíamos ver nada. Miráramos adonde miráramos, el cielo estaba vacío. Es cierto que una colina bastante alta limita la visión del lado este, precisamente. Corro para llegar hasta su cumbre.

Mientras la subo a toda la velocidad que me permiten las piernas, el extraño ruido crece poco a poco, luego cesa súbitamente y cuando llego al punto culminante el silencio es total.

Pero si bien no puedo oír nada, en cambio ahora puedo ver. Ante mí se extiende la llanura; hasta donde alcanza la vista no se ve más que ese bosque de gramíneas desmesuradas que constituye la selva. Toda esa extensión está desierta, infructuosamente aguzo la mirada, en vano escudriño el horizonte. No veo nada.

Quedo de centinela hasta que cae la noche. Poco a poco las tinieblas van cubriendo la llanura, puesto que la luna ha entrado en cuarto creciente y en consecuencia tarda en aparecer. Es inútil que me obstine en permanecer en mi puesto. Decido bajar.

Pero apenas llego a la mitad de mi descenso cuando el ruido vuelve a oírse. Palabra que es como para enloquecer. Vuelve a comenzar del mismo modo en que cesó: bruscamente; luego decrece poco a poco, como si se alejara hacia el este. En pocos minutos más vuelve a reinar el silencio. Termino mi descenso meditabundo y voy a mi tienda donde escribo rápidamente estas anotaciones.

13 de febrero. — Hoy descanso. Cada uno se ocupa de lo suyo. El señor Barsac se pasea de un lado a otro. Parece inquieto.

El señor Poncin realiza anotaciones en un gran cuaderno; sin duda esas notas tendrán que ver con sus funciones. A juzgar por los movimientos del lápiz, da la impresión de que está realizando cálculos. ¿Qué cálculos? Se lo preguntaría, pero, ¿me responderá? Dicho sea entre nosotros, temo que sea mudo.

Saint-Bérain... ¡Bien! ¿dónde está Saint-Bérain?... Presumo que estará en alguna parte molestando a los peces. El capitán Marcenay charla con la señorita Mornas. No los molestemos.

En el otro extremo del campamento, Tongané hace compañía a Malik. Ellos tampoco tienen aspecto de que el tiempo se les haga interminable.

El personal negro duerme por un lado y otro y la escolta, a excepción de los centinelas, hace otro tanto.

Por mi parte, paso buena parte de la jornada terminando un artículo y para ello empleo las notas de los días anteriores.

Una vez que termino y firmo el artículo, llamo a Tchumuki, asignado al servicio de correos. Tchumuki no responde. Le pido a un tirador que lo vaya a buscar. Media hora más tarde regresa el tirador para informarme que no lo pudo encontrar. Salgo yo a buscarlo; pero tampoco puedo encontrarlo. Tchumuki se ha vuelto invisible, por lo que debo renunciar al envío de mi artículo.

14 de febrero. — Esta mañana, algo teatral.

A eso de las ocho, pues habíamos destinado parte de la mañana en buscar inútilmente a Tchumuki, nos disponíamos a partir contra nuestra voluntad cuando hacia el oeste, es decir del lado de Bama, donde habíamos estado hacia dos días, vemos aparecer a lo lejos una tropa numerosa. El capitán Marcenay, que la había visto antes que yo, dio las órdenes pertinentes. En un abrir y cerrar de ojos nuestra escolta toma posición de combate.

Esas precauciones son inútiles. No demoramos en reconocer uniformes franceses, o la menos los que se usan en el país, y cuando el pelotón desconocido se acerca comprobamos que se compone de veinte soldados regulares de raza negra, todos montados y provistos del fusil reglamentario, y de tres europeos, igualmente a caballo, dos suboficiales y un teniente, que lleva el distintivo de la infantería colonial.

Uno de nuestros sargentos es destacado para que vaya a recibir a los visitantes, quienes, por su parte, hacen adelantar a uno de los suyos. Los dos portavoces intercambian algunas palabras y luego el pelotón, que se había detenido mientras transcurría la conversación, reanuda la marcha en nuestra dirección.

Entra a nuestro campamento, todos los fusiles a la espalda, y el teniente que la comanda aborda al capitán Marcenay. El siguiente diálogo llega a nuestros oídos:

—¿El capitán Marcenay?

—Soy yo, teniente.

—Teniente Lacour, del 72º de infantería colonial, al comando actualmente de un destacamento a caballo de voluntarios sudaneses. Vengo de Bamako, mi capitán, y desde Sikasso, donde no lo ubiqué por pocos días, lo vengo siguiendo.

—¿Con qué objetivo?

—Este pliego lo enterará, mi capitán.

El capitán Marcenay toma la carta que le entregan. Mientras la lee, compruebo que su rostro manifiesta tanta sorpresa como disgusto. —Está bien, teniente —le dice—. Permítame poner al corriente al señor Barsac y a sus acompañantes. En seguida estoy con usted.

El teniente hace una reverencia. El capitán da una orden a sus hombres y luego se acerca a nuestro grupo.

—Tengo que comunicarle una sorprendente noticia, señor diputado —le dice al señor Barsac—. Es preciso que lo abandone.

—¡Abandonarnos!...

En honor a la verdad, debo confesar que esa expresión escapó de labios de la señorita Mornas. La miro. Está pálida y se muerde los labios. Si no conociera su carácter, diría que está a punto de llorar. Todos los demás estamos azorados, excepto el señor Barsac, que está encolerizado.

—¿Qué significa eso, capitán? —le pregunta.

—Significa, señor diputado, que recibo la orden formal de dirigirme a Tombuctú.

—¡Es increíble! —exclama el señor Barsac, que parece muy ofendido.

—Pero es así —replica el capitán—. Lea esto.

Extiende al señor Barsac la carta que le ha entregado el teniente. El jefe de la misión la ojea con múltiples manifestaciones de indignación, luego de lo cual nos la muestra y nos pide que seamos testigos de la desconsideración con que se lo trata.

Me las ingenio para ser el último en ver la carta, a los efectos de poder copiarla rápidamente.

Éste es el texto:

REPÚBLICA FRANCESA
Gobierno general de Senegal
Círculo de Bamako
El coronel

Se ordena al capitán Pierre Marcenay y a su destacamento dirigirse a marchas forzadas a Ségú-Sikoro y desde allí a través del Níger; hasta Tombuctú, donde se pondrá a las órdenes del coronel que comanda la plaza. Los caballos del destacamento del capitán Marcenay serán dejados en posta en Ségú-Sikoro.

El teniente Lacour; del 72º regimiento de infantería colonial, a las órdenes de un destacamento montado de veinte voluntarios sudaneses, llevará la presente orden al capitán Marcenay hasta Sikasso y se pondrá a disposición del señor diputado Barsac, jefe de la misión extraparlamentaria a la desembocadura del Níger (primera sección), a la que escoltará hasta su punto de llegada.

El coronel comandante del círculo de Bamako

SAINT-AUBAN

Mientras la copio febrilmente, el señor Barsac continúa demostrando su mal humor.

—¡Es incalificable! —dice—. ¡Damos veinte hombres de escolta!... ¡y precisamente en el momento en que nos enfrentamos a las peores dificultades!... ¡Ah, pero esto no quedará así!... Apenas regrese a París, veremos si la Cámara aprueba que se trate a uno de sus integrantes de este modo.

—Mientras tanto hay que obedecer —dice el capitán Marcenay, que ni siquiera intenta disimular la tristeza. El señor Barsac se lleva al capitán aparte, pero tengo oído de reportero así que puedo oír bastante bien la conversación.

—Capitán, ¿y si la orden no fuera auténtica?... —sugiere el señor Barsac a media voz.

El capitán se estremece.

—¡Si no fuera auténtica!... —repite—. Ni lo piense, señor diputado.

Desgraciadamente no hay ninguna duda. La carta tiene todos los sellos oficiales. Además, he servido bajo las órdenes del coronel Saint-Auban y conozco perfectamente su firma.

El mal humor pretexta muchas cosas. Sin embargo, me parece que el señor Barsac va demasiado lejos. Felizmente el teniente Lacour no oyó nada. No se habría sentido halagado. El señor Barsac no encuentra nada que responder y guarda silencio.

—¿Me permitiría, señor diputado, presentarle al teniente Lacour —dice el capitán— y despedirme inmediatamente después?

El señor Barsac asiente y las presentaciones quedan hechas.

—¿Conoce usted, teniente —pregunta el señor Barsac— las razones que han motivado la orden de la que ha sido portador?

—Ciertamente, señor diputado —responde el teniente— los tuaregs auelimmiden están en efervescencia y amenazan nuestras líneas. De ahí la necesidad de reforzar la guarnición de Tombuctú. El coronel ha echado mano a todos los hombres de que disponía.

—¿Y nosotros?... —objeta el jefe de la misión—. ¿Es prudente reducir nuestra escolta a veinte hombres?

El teniente Lacour sonríe.

—Eso no es ningún inconveniente —asegura—. Esta región está completamente tranquila.

—Sin embargo —objeta el señor Barsac— ¿no se decía que las inmediaciones del Níger eran el escenario de los más inquietantes acontecimientos? El propio Ministro de Colonias elevó estos hechos a la Cámara y el presidente de Conakry nos los confirmó.

—Eso era cierto hace un tiempo —responde el teniente Lacour quien continúa sonriendo—, pero ahora ya no lo es. Es una vieja historia.

—Sin embargo, nosotros mismos hemos podido comprobar... —insiste el señor Barsac, quien pone al corriente de nuestras aventuras al teniente.

Éste parece no preocuparse.

—Observe —dice— que el desconocido que parece preocuparlo más de lo razonable es, en suma, un personaje de muy poca magnitud. ¿Cómo es posible que, si, según su suposición, pretende obstaculizarle el camino no ha imaginado algo distinto para detenerlo?... No es muy serio, señor diputado.

Como reconoce en esas palabras sus propias conclusiones, el señor Barsac no encuentra nada que replicar. El capitán Marcenay se acerca.

—Señor diputado, permítame despedirme de usted —dice.

—¡Cómo!, ¡tan pronto! —exclama el señor Barsac.

—Es preciso —responde el capitán—. Mis órdenes son formales. Debo llegar a Ségú-Sikoro y a Tombuctú sin perder un solo minuto.

—Está bien, capitán —concede Barsac tendiéndole la mano y en un tono de voz en el que la emoción se sobrepone a la cólera—, y tenga la seguridad de que con usted van nuestros deseos. Ninguno olvidará estos pocos días que pasamos juntos, y estoy seguro de ser el portavoz de todos al expresarle nuestro reconocimiento por su protección y su abnegación sin desfallecimientos.

—Gracias, señor diputado —dice el capitán, también él profundamente emocionado.

Se despide de cada uno de nosotros terminando —casi ni necesita decirse— por la señorita Mornas. Como supondrán, guiño un ojo. Pero mi curiosidad es meramente profesional. Todo ocurre dentro de la mayor sencillez.

—Hasta la vista, señorita —dice el capitán.

—Hasta la vista, capitán —responde la señorita Mornas. Nada más. No obstante, para todos los que compartimos el secreto, esas pobres palabras tienen un valor que habitualmente no se les da. Todos comprendemos que equivalen a una doble y formal promesa.

Y es así como lo entiende el capitán porque su rostro se distiende. Toma la mano que le tiende la señorita Mornas, en la que deposita respetuosamente un beso, se aleja, monta a caballo y se pone al frente de su destacamento, que mientras tanto había formado.

Nos dirige un último saludo y luego alza el sable. Los cien hombres se ponen en movimiento y parten al galope. No sin cierta preocupación, los seguimos con la mirada. En pocos minutos se pierden de vista.

Henos aquí a solas con el teniente Lacour, sus dos suboficiales y sus veinte hombres cuya existencia ni siquiera sospechábamos hace apenas una hora. La aventura ha transcurrido tan rápidamente que aún no acabamos de entender lo sucedido. Ahora es preciso recobrar la calma.

Recobro la mía con bastante rapidez y miro a nuestros nuevos custodios a los efectos de reconocerlos. Entonces ocurre algo curioso. Ante mi primera ojeada, siento un leve estremecimiento —no desagradable a fe mía— pues de pronto tengo la clara sensación de que no se parecen en absoluto a gente con la que me gustaría encontrarme en algún bosque.

LA NUEVA ESCOLTA

(Cuaderno de notas de Amédée Florence)

Mismo día, de tarde. — No, no me gustaría encontrarme con ellos en un bosque y, sin embargo, aquí estoy, con ellos, en plena selva, lo que es infinitamente peor. La situación se presenta a mis ojos como llena de encanto. Tener conciencia de que se corre peligro, un verdadero peligro, y no saber en qué consiste, aguzar la inteligencia para adivinar lo que nos ocultan, disponer la vista y el oído para evitar el golpe que se presiente, sin saber de dónde vendrá, realmente no hay nada más «excitante». Es durante estas horas que vivimos realmente de una manera intensa y todas estas sensaciones suplantando encantadoramente el placer de un café a la crema en la terraza del *Napolitain*.

Bueno, como de costumbre, es posible que se me vaya la mano. Al mostrarme bandidos en los que sin duda no eran más que vulgares tiradores muy del montón, ¿mi imaginación no me estaría jugando una mala pasada? Y la carta, la carta auténtica del coronel Saint-Auban, ¿acaso no es para tenerla en cuenta?

Sea lo que fuere. La carta del coronel Saint-Auban me molesta, de acuerdo, pero nada puede atenuar la impresión que me causa nuestra nueva escolta y su comandante. Y ante todo: ¿ese oficial, esos suboficiales, esos soldados, son verdaderos «militares»? Con los negros no es posible saberlo. Los negros se parecen todos. En cuanto al oficial estaría tentado a responder que sí. Por el contrario, la respuesta sería dubitativa en lo que tiene que ver con los dos sargentos. ¿Tiradores, éstos? ¡A otro con esa historia! No hay necesidad de ser frenologista, fisonomista, ni ninguno de esos sabios que terminan en ista para poder leer lo que expresan esos rostros: la inquietud del animal acosado, el gusto por los placeres groseros, la impulsividad sin freno, violencia y crueldad. Un retrato encantador.

Lo que me impresionó ante todo no fue más que un pequeño detalle, pero ese detalle abrió el grifo de mis conjeturas. ¿No es extraño que esos hombres, comprendidos los suboficiales, estén cubiertos de polvo como es natural en gente que corre tras nosotros desde hace quince días mientras que el jefe está fresco y limpio como si recién saliera del baño? Pues está fresco hasta un extremo inverosímil. Ropa limpia, calzado brillante, bigote engominado: es un verdadero dandy. ¿Y su porte? Parece como si el teniente Lacour fuera a pasar revista de las tropas. De la cabeza a los pies está impecable. Nada le falta, ni siquiera un botón, ni un hilo; hasta el pantalón tiene la raya como si recién saliera del planchado. No es muy a menudo que puede admirarse tanta

elegancia en la selva. Ese uniforme proclama a gritos a quienquiera oírlo que nunca fue usado hasta ahora, que es totalmente nuevo y quien lo usa, en su afán de parecer un oficial, no parece haber reparado en los límites de la verosimilitud.

Para estar tan elegante mientras sus subordinados están tan polvorientos es preciso que el teniente Lacour no haya estado persiguiéndonos junto a ellos.

Por el contrario, los dos sargentos están abundantemente sucios y, si no tienen la elegancia exagerada de su jefe, en mi opinión pecan por el exceso opuesto. Sus uniformes parecen provenir de un basural. Están hechos jirones. Los pantalones son mucho más cortos de lo necesario y están largamente remendados; ningún número ni señal indica el regimiento a que pertenecen. Casi me niego a creer que se atienda tan mal a soldados franceses, por más que estén enrolados a corto plazo. Otra observación más difícil de probar: me parece que los propietarios de esos viejos uniformes no están acostumbrados a usarlos. Aunque no pueda explicar muy bien la razón, no tienen aspecto de estar cómodos dentro de su vestimenta.

Ésa es la lista completa de mis observaciones. Tal vez se piense que es bastante débil y que me equivoco en grande al dejarme influir por particularidades insignificantes que quizá tenga la explicación más sencilla del mundo. No lo niego, pues yo mismo no estoy lejos de ver las cosas de ese modo. Al intentar precisar las razones de mi desconfianza, a los efectos de pasarlas a este cuaderno, soy el primero en notar su debilidad. Pero también es posible que esa desconfianza sea sobre todo instintiva, y eso no puedo transmitirlo con palabras.

Sea lo que fuere, no tengo nada que agregar a lo precedente. En cuanto a la disciplina, nada nuevo que decir. Incluso me parece que ahora será más estricta. Los centinelas están en su puesto y se relevan regularmente. El aspecto general es perfecto, demasiado perfecto tal vez.

La escolta se divide claramente en tres grupos que no alternan de ningún modo con el resto del convoy. El primero comprende a los veinte tiradores sudaneses. A no ser en las horas de guardia, no se separan jamás y, cosa increíble tratándose de negros, apenas hablan. Toman la comida en silencio o duermen. Ni se les oye. Obedecen a señas dadas. Con los dedos o mediante la mirada de los suboficiales, a quienes parecen temer mucho. En suma, da la impresión de que esos veinte negros están muy tristes y que tienen miedo.

El segundo grupo reúne a los suboficiales. Éstos conversan pero solamente entre ellos y siempre a media voz. A pesar de mi oído de reportero, hasta ahora no he podido captar más que algunas pocas palabras sin importancia de su conversación.

El tercer grupo está compuesto única y exclusivamente por el teniente Lacour. Este teniente Lacour es un hombre de escasa estatura que me da la impresión de ser un señor nada cómodo. Tiene ojos color azul pálido, una mirada acerada como suele decirse, una mirada que no expresa una benevolencia universal precisamente. No muy conversador y hosco, además. En toda la tarde sólo lo vi salir de su tienda dos veces, y eso únicamente para inspeccionar a sus hombres. No es una operación muy entretenida que digamos. Al ver a su jefe, los tiradores se ponen de pie y se cuadran. Rígido como un poste, el teniente pasa frente a ellos mientras su helada mirada los recorre de la cabeza a los pies, luego vuelve a desaparecer en la tienda sin dirigir la palabra a nadie. Suponiendo lo mejor, me atrevería a decir que ese elegante oficial no se convertirá en un compañero encantador. En toda la jornada no he visto a la señorita Mornas. Ni tampoco a Tchumuki, lo que significa que sigo guardando mi artículo en el bolsillo.

15 de febrero. — Esta mañana al despertarme, advierto que no hay ningún preparativo para la partida. Voy a informarme con Tongané quien me comunica que no nos moveremos en todo el día. Después del descanso de ayer, ese alto me parece extraño.

La casualidad hace que me cruce con el teniente Lacour, siempre tan rígido y tan impecablemente elegante. Lo abordo y le pregunto la razón de esa detención suplementaria.

—Orden del señor Barsac —me responde lacónicamente.

Cuatro palabras apenas, a las que le sigue el saludo militar y gira sobre sus talones. El teniente Lacour no es precisamente lo que se llama un conversador brillante.

¿Por qué el jefe de la misión nos hace marcar el paso de ese modo? ¿Renunciará a proseguir el viaje con esta escolta reducida en cuatro quintas partes? Todo esto me intriga. Me preocupa también ya que una decisión de esa naturaleza pondría punto final a un reportaje que presiento está a punto de ser sensacional.

A eso de las diez veo al señor Barsac. Se pasea a grandes zancadas, las manos en la espalda, la mirada clavada en el suelo y no parece estar de buen humor. Tal vez no sea el momento adecuado para preguntarle cuáles son sus proyectos. Esta consideración no me detiene, pero arriesgo mi reportaje.

El señor Barsac no se enoja. Se detiene y me mira un largo rato en silencio. Finalmente me dice:

—Hace unos días, señor Florence, usted me formuló la misma pregunta. Entonces no le respondí. Hoy le responderé que no sé qué respuesta darle.

—¿Eso significa, entonces, que aún no ha tomado ninguna decisión, señor diputado?

—Ninguna. Reflexiono, vacilo, sopeso los pro y los contra... Nuevo silencio; luego:

—Pero vayamos a los hechos —dice el señor Barsac—, ¿por qué no examinar el problema juntos? Usted es un hombre práctico y con mucho sentido común. (Muchas gracias señor Barsac.) Usted me dará su opinión.

Le hago una reverencia.

—A sus órdenes, señor diputado.

—Examinemos ante todo —continúa el señor Barsac— si este viaje puede ser continuado sin incurrir en imprudencia; en otros términos, si es posible.

—Tal vez valiera más —sugiero— examinar ante todo si es útil.

—Por supuesto —replica el señor Barsac—, su utilidad está fuera de toda duda.

Si existe alguien asombrado, ése soy yo. No obstante, el señor Barsac prosigue.

—Entonces la pregunta es: ¿es realizable este viaje? Ése es el problema. Hasta ayer ni siquiera se me planteaba, pues hasta aquí no nos había ocurrido ningún incidente verdaderamente serio. Ésa es su opinión, ¿no es cierto?

—Completamente.

—El primer incidente de real gravedad es el inopinado cambio de nuestra escolta y su reducción a veinte hombres. ¿Veinte hombres son capaces de garantizar nuestra seguridad en medio de esta población negra? Eso es lo que me pregunto.

—Planteado así —digo—, la pregunta sólo admite una respuesta afirmativa. Me parece evidente que veinte hombres son ampliamente suficientes si nos encontramos ante adversarios negros. Otros exploradores han hecho viajes más largos que el nuestro con una escolta menor o incluso sin ninguna escolta. Pero...

—Sé lo que va a decir —me interrumpe el señor Barsac—. Va a hablar del misterioso desconocido que parece descontento de vernos en este país. No oculté mi punto de vista respecto a eso y todos estuvieron de acuerdo con mi opinión. Nada nuevo ocurrió después. Entonces pienso que es inútil volver sobre el tema.

—Le ruego me perdone, señor diputado —replico—, pero creo que por el contrario han ocurrido novedades al respecto.

—¡Bah! —exclama el señor Barsac sorprendido—. En ese caso serán novedades que me habrán sido ocultadas. Explíquese.

Puesto de ese modo contra la pared, no dejo de sentirme bastante confundido. Las observaciones que me parecían tan importantes y sus consecuencias, que creía producto de una sólida deducción, mientras las examinaba en mi fuero interno, ahora que debo expresarlas en voz alta me parecen mucho más insignificantes y más arbitrarias que en el momento en que debía precisarlas por escrito. Sin embargo, como fui yo mismo quien puse el dedo en la llaga, ahora era mi obligación salir adelante.

Salgo adelante. Comunico al señor Barsac mis observaciones sobre nuestra escolta y sobre el oficial que la comanda y, a modo de conclusión, formulo tímidamente la hipótesis que si esas personas no son verdaderos soldados, bien podrían ser agentes a sueldo del desconocido enemigo que hasta este momento no hemos querido tomar muy a la tremenda.

Al oír esos dislates el señor Barsac se echa a reír.

—¡Es una novela! —exclama—. Me parece, señor Florence, que usted tiene una imaginación muy fértil. Le será muy útil si decide dedicarse al teatro, pero le aconsejo que desconfíe de ella en la vida real.

—Sin embargo... —comienzo a decir, algo mortificado.

—No hay sin embargo, sólo existen los hechos. La orden escrita ante todo...

—Puede ser falsa.

—No —replica el señor Barsac— ya que el capitán Marcenay consideró que era legítima y la obedeció sin vacilar.

—Pudo haber sido robada...

—¡Otra vez lo novelesco! Le ruego que me explique cómo sería posible sustituir a la verdadera escolta. Según esa hipótesis habría sido necesario tener lista una tropa lo suficientemente numerosa para, en primer lugar, destruir a los soldados auténticos, hasta el último ¡ójame bien!, y en segundo término para estar en concordancia con la orden de la que se apoderarían, sustituyendo así un falso destacamento absolutamente auténtico, y eso con mucha antelación en un momento en que nadie podía saber cómo estaría compuesta la nueva escolta ni si esa escolta iba a ser enviada por el coronel Saint-Auban. Como ninguno de los hombres del teniente Lacour está herido, esa tropa debería haber sido muy numerosa, pues espero que convendrá conmigo en que los verdaderos soldados no se habrán dejado masacrar sin defenderse. ¿Pretende usted que la presencia de una banda tan importante no habría sido notada, que los ecos de semejante combate no habrían llegado a nosotros teniendo en cuenta que las noticias se propagan en la selva de aldea en aldea con la misma rapidez del telégrafo? A imposibilidades de ese tipo se enfrenta uno cuando deja que la imaginación corra sin freno.

El señor Barsac tiene razón. La orden no ha sido robada. Continúa:

—En cuanto a la impresión que le causan los hombres y su jefe, ¿en qué se apoya? ¿En qué son diferentes esos tiradores a cualquier otro tirador negro?

Aceptando la invitación, los miro y me veo obligado a reconocer que el señor Barsac tiene razón otra vez. ¿Dónde tenía la mente ayer? Me dejé suggestionar. Esos negros son iguales a todos los negros.

El señor Barsac tiene conciencia de la ventaja que me va sacando. Continúa con mayor seguridad (y Dios es testigo de que no es de seguridad precisamente de lo que carece):

—Continuemos con los suboficiales. ¿Qué de particular encontró en ellos? Es cierto que son muy sucios, pero no más que algunos sargentos del capitán Marcenay. En campaña no se puede ser muy puntilloso acerca del capítulo uniformes.

Eso es oro en polvo. Tímidamente deslizo:

—Sin embargo, el teniente Lacour...

—¡Oh!, es extraordinariamente correcto. —exclama el señor Barsac sonriendo—. Evidentemente es un hombre que cuida mucho su persona y muy cuidadoso en el aseo personal. No es un delito.

No, claro que no es un delito. Hago un último esfuerzo e insinúo:

—De todos modos es extraño que tenga un uniforme tan nuevo.

—Porque el otro lo lleva en su equipaje —explica el señor Barsac que tiene una respuesta para todo—. Como estaba lleno de polvo, el señor Lacour quiso engalanarse para presentarse ante mí.

El señor Barsac parece considerar como muy natural esa preocupación. Después de todo tal vez sea yo quien no advierto completamente la importancia del jefe de la misión.

—Por otra parte, conversé largamente con el teniente Lacour en la tarde de ayer...

(Mientras yo escribía mis notas probablemente.)

...Es un hombre encantador, a pesar de su exagerado gusto por la elegancia; en eso estoy de acuerdo con usted. Educado, bien criado, deferente, incluso respetuoso...

Al llegar aquí, el señor Barsac saca pecho.

—...incluso respetuoso... he encontrado en él una relación muy agradable y a un subordinado muy obediente.

—Por su parte —pregunto—, ¿el teniente Lacour no ve ningún inconveniente en proseguir en viaje en estas condiciones?

—Ninguno.

—Sin embargo usted duda, señor diputado.

—Ya no dudo más —declara el señor Barsac que se ha ido convenciendo a sí mismo mientras hablaba—. Partiremos mañana.

—¿Incluso sin examinar la utilidad del viaje —pregunto— luego de haber establecido la posibilidad?

La discreta ironía de la pregunta le pasa desapercibida.

—¿Para qué? —responde el señor Barsac—. Este viaje no es solamente útil también es necesario.

—¿Necesario? —repito, sin entender. Inesperadamente, y de buen humor, el señor Barsac me toma del brazo con toda familiaridad y en tono confidencial me explica:

—Dicho sea entre nosotros, mi querido, debo confesarle que desde hace ya un tiempo los negros con que nos vamos encontrando están lejos de ser lo suficientemente civilizados como para que se los pueda convertir en electores. Si me apura un poco, también le confesaría que sé que no tenemos ninguna posibilidad de tener mejor suerte al respecto mientras más nos alejemos de la costa. Pero lo que le digo a usted no lo diré en la tribuna de la Cámara. Entonces, si terminamos el viaje, las cosas sucederán del siguiente modo. Baudrières y yo elevaremos informes cuyas conclusiones serán diametralmente opuestas. Esos informes serán enviados a una comisión. Allí o nos hacemos algunas mutuas concesiones y se concederá la condición de electores a algunos negros de la costa, lo que significaría una victoria en mi activo, o no nos haremos ninguna concesión y el caso será enterrado. Al cabo de ocho días nadie pensará más en el asunto y nadie sabrá si los hechos me dieron la razón o no. En ambos casos nada se opondrá a que Baudrières o yo, según sople el viento, consigamos un día u otro la cartera de Colonias. Si, por el contrario, vuelvo sin haber cumplido mi misión hasta el final, eso significaría proclamar yo mismo que fracasé, mis enemigos gritarán hasta desgañitarse que no soy más que una vieja chocha y así quedaría definitivamente enterrado.

El señor Barsac hace una pequeña pausa y luego concluye con este profundo pensamiento:

—Nunca olvide esta verdad, señor Florence: un político puede equivocarse. Eso no tiene ninguna importancia. Si reconoce su error, entonces está perdido.

Saboreo la máxima y me voy contento. Efectivamente me siento muy contento pues ahora conozco las motivaciones de cada uno.

Al dejar al señor Barsac me encuentro con el cuaderno del señor Poncin el que por casualidad ha olvidado sobre un mapa desplegable. Mis instintos de periodista triunfan sobre mi buena educación y deliberadamente abro el cuaderno. Hace mucho tiempo que me intriga. Hace mucho tiempo que me vengo preguntando qué será lo que nuestro silencioso compañero anota de la mañana a la noche. Finalmente voy a averiguarlo.

¡Vaya, mi curiosidad es castigada! Sólo me encuentro con un erizamiento de cifras y de letras, todo embrollado a *piacere* y absolutamente incomprensible. No hay más que «p. j. 0,009». «p. k. c. 135,08», «M 76,18N» y todo así.

¡Otro misterio más! ¿Por qué esa escritura secreta?

¿El señor Poncin tendrá algo que ocultar? ¿También él será un traidor?

Es como para volverse loco. Pero igual habrá que vigilarlo. ¡Vaya, qué idea sospechar de ese buen hombre! Le acuerdo demasiada importancia pues puedo decir con propiedad, a juzgar por el cuaderno que lleva el señor Poncin, que ése no es su fuerte. Pero, se es periodista o no se lo es.

Por cualquier cosa, copio algunos ejemplos de esos jeroglíficos, eligiéndolos completamente al azar. Consigo lo siguiente:

5 D. V.t. H 3306. M. 472,28. F. 1895. P. v. 1895:7 = 270,71. K. c. 122 P. k. c. 3306:122 = 27,09 P. t. 27,09 X 54,600 = 1.479.114.

16. F. V. t. 81. H. 12.085. M. 149,19. F. 6654 P. v. 6654:81 = 82,15. K. c. 1401. P. K. c. 12.085 : 1401 = 8,62. P. t. 8,62 X 54600 = 470.652.

Devuelvo el cuaderno a su lugar y huyo con mi botín. Tal vez pueda servir. Nunca se sabe.

De tarde, paseo. Me hago acompañar por Tongané, quien toma el caballo de Tchumuki, un animal mejor que el suyo. Al trotcito, salimos a la llanura. Al cabo de cinco minutos, Tongané, quien no puede contener la lengua, me dice como un ex abrupto:

—Ser bueno que Tchumuki irse. Tchumuki negro sucio. El traicionar.

¡Vaya! ¡Cómo es eso! ¿Tchumuki también nos traicionaba? Me doy cuenta de que es la oportunidad para informarme. Me hago el asombrado.

—Moriliré querrás decir.

—Moriliré no bueno —dice enérgicamente Tongané—. Pero Tchumuki lo mismo que Moriliré. Él decir a los negros: «No ser bueno marchar.» Darles mucha *dolo tubab* (aguardiente), mucho dinero, mucho oro.

¿Oro en manos de Moriliré y Tchumuki? Es inverosímil.

—¿Querrás decir que les daba algunas monedas a los negros para quedar bien ante ellos?

—No monedas —insiste Tongané—. Mucho oro.

Y agrega este detalle que me sacude:

—Mucho oro *english*.

—¿Conoces el oro inglés, Tongané?

—No —me responde el negro—. Yo achanti. Yo conocer *livchterlignes*.

Me doy cuenta que con esa palabra singular, Tongané se refiere a su manera a las libras esterlinas. La palabra es cómica. He probado la ortografía fonética para transcribirla, pero en boca de Tongané suena mejor. Sin embargo, en ese momento no siento ganas de reírme. Oro —¡oro inglés!— en manos de Tchumuki y de Moriliré... No entiendo. Por supuesto, no lo demuestro y finjo no prestar ninguna importancia a la información.

—Eres un buen muchacho. Tongané —le digo a mi compañero—, y ya que conoces tan bien las *livchterlignes*, toma esta moneda de oro con la efigie de la República Francesa.

—¡Buena República! —grita en un arranque de alegría, haciéndola saltar en la mano, atrapándola al vuelo y haciéndola desaparecer en uno de los bolsillos de la silla.

De pronto el rostro del negro expresa asombro y de la cavidad en que ha introducido la mano retira un grueso rollo de papel, objeto poco corriente entre los negros. Lanzo un grito y arranco el rollo de manos de Tongané; reconozco perfectamente ese rollo.

¡Mis artículos! ¡Son mis artículos! ¡Mis artículos tan notables que habían quedado en la silla de ese bribón de Tchumuki! Los verifico. ¡Vaya, están todos, a partir del quinto inclusive! ¡Con cuánta severidad deben estar juzgándome en *L'Expansion française*! ¡Estoy deshonrado, perdida para siempre mi reputación!

Mientras desanudo esos tristes pensamientos continuamos alejándonos al trotecito. Debemos de estar a unos seis kilómetros del campamento; de pronto me detengo repentinamente. Acabo de descubrir algo curioso.

Casi al borde del camino hay un espacio de seis a siete metros de ancho, de unos cincuenta de largo aproximadamente, trazado en medio de la selva. En ese espacio la vegetación más alta aparece inclinada, aplastada, incluso muchos tallos están limpiamente cortados tal como podría hacerlo una gigantesca hoz. Pero lo que atrajo sobre todo mi atención en ese sector limpiado de aquel modo tan extraño fueron dos nítidas huellas paralelas, parecidas a las que habíamos descubierto cerca de Kai1kan, es decir, de una profundidad de ocho a diez centímetros en uno de los extremos e insensiblemente desdibujadas en el otro extremo. Esta vez el lado profundo se hallaba hacia el este.

A pesar de mí mismo no puedo dejar de establecer una relación entre este par de huellas y el zumbido que oímos la otra noche. También en Kankan habíamos oído ese extraño zumbido antes de descubrir en el suelo esas inexplicables huellas.

¿Qué relación hay entre esos dos fenómenos —zumbido, par de huellas— y el *kéniélala* de Kankan? No veo ninguna conexión. Sin embargo, la relación debe existir ya que mientras examino esos enigmáticos surcos, mi subconsciente evoca la vil imagen del brujo negro. Y de pronto se me revela la evidencia de que, de las cuatro predicciones, de aquel farsante, a continuación de las dos primeras, la tercera acaba de cumplirse.

Entonces, a solas con mi compañero negro en aquella inmensidad desierta, un estremecimiento —el segundo contando el de ayer— me recorre el cuerpo de la nuca hasta los talones y por un momento, mientras pienso en el misterio que me rodea, siento miedo.

Es lo ideal, sobre todo en las circunstancias en las que nos encontramos. Desdichadamente eso no dura, pues no estoy muy bien organizado para ser un buen receptor del miedo. Mi punto débil es la curiosidad. Por eso, mientras regresamos, examino escrupulosamente y hasta la saciedad los irritantes problemas que se me plantean y me obstino en encontrarles la solución. Este ejercicio me absorbe de tal modo que pierdo de vista todo lo que me rodea.

Al llegar al campamento me estremezco. Sin preámbulos Tongané me dice:

—*Tulatigui* (teniente) no bueno. Sucia cabeza de mono.

Respondo casi sin pensar en lo que digo, cosa que se convierte en excusa:

—¿Decías?...

17 de febrero. — Etapa intensa hoy y mucho más intensa fue la de ayer. Cincuenta kilómetros en estos dos días. Tchumuki no ha reaparecido —¡el muy canalla!—. Y se nota. Bajo la exclusiva dirección de Tongané, nuestros cuidadores de burros y los cargadores hacen maravillas y caminan con el mayor entusiasmo de que son capaces.

Debo confesar que durante estos dos días los temores que había concebido se han atenuado. La escolta ha cumplido correctamente con su tarea, cosa que, por otra parte, no es muy difícil. Los veinte hombres, formados en dos filas, flanquean el convoy, del mismo modo que lo flanqueaban los hombres del capitán Marcenay. Sólo corresponde hacer notar que no intercambian bromas de dudoso gusto con el personal negro, bromas en las que eran pródigos sus predecesores. Pero, en suma, eso sólo hace honor a su disciplina.

Los dos suboficiales por lo general permanecen en la retaguardia, cuando no se pasean a lo largo de ambas filas. No hablan a nadie, excepto a sus hombres, a los que dirigen de tanto en tanto ordenes que de inmediato son ejecutadas. Hay que reconocer que si bien nuestra escolta es poco numerosa, en cambio está férreamente comandada.

El teniente Lacour se mantiene al frente, casi en el mismo lugar que ocupaba el capitán Marcenay, junto al señor Barsac. Observo que la señorita Mornas ha retrocedido algunos puestos. Ahora se encuentra con Saint-Bérain, detrás del doctor Châtonnay y del señor Poncin. La señorita Mornas tiene aspecto de no apreciar demasiado la compañía del teniente.

Sobre éste no hay nada que decir. Si bien habla poco, en cambio actúa. Es evidente que su actitud enérgica no es ajena al muy satisfactorio resultado de estas dos jornadas de marcha.

No, no se puede decir nada de él. «Y, sin embargo...»

Debo de tener una idea fija. El misterio que siento flotar alrededor de nosotros, los extraños hechos que pude comprobar, sin duda me han perturbado el cerebro y soy proclive, demasiado proclive sin duda, a ver traición en todas partes.

Sea lo que fuere, he aquí lo que motiva «mi sin embargo...»

Ocurrió esta mañana, a eso de las nueve. Atravesábamos entonces un pequeño caserío completamente desierto cuando oímos salir gemidos de una choza. Por orden del señor Barsac, el convoy se detiene y el doctor Châtonnay, acompañado por el teniente Lacour y dos tiradores, entra a la choza de la que salían los quejidos. Por supuesto que la prensa, es decir yo, entra con ellos.

Un triste espectáculo golpea nuestras miradas. Hay dos muertos y un herido. Lo horrible es que los dos cadáveres —el de un hombre y el de una mujer— están abominablemente mutilados. ¿Quién mató e hirió a esa pobre gente? ¿A quién pueden atribuirse esas atroces mutilaciones?

El doctor Châtonnay se ocupa ante todo del herido. Como dentro de la choza hay demasiada oscuridad, los tiradores lo sacan afuera. Es un negro bastante viejo. Fue alcanzado en el hombro y la herida es terrible. Los huesos de la clavícula están a la vista. Me pregunto qué arma pudo causar semejante devastación.

El doctor limpia la herida y extrae de ella múltiples fragmentos de plomo. A continuación une la carne, la cose y venda la herida cuidadosamente con vendas que le va pasando el teniente Lacour. Mientras dura la operación, el paciente no cesa de gemir de modo lamentable. Cuando el vendaje termina parece sentir menos dolor.

El doctor se muestra preocupado. Entra por segunda vez a la choza, examina ambos cadáveres y al salir se le ve más preocupado todavía. Se acerca al herido a quien interroga con la ayuda de Tongané.

Del relato del pobre negro resulta que seis días antes, o sea el 11, esto es tres días antes del cambio de escolta, el caserío fue atacado por una tropa de negros comandada por dos blancos. Los habitantes escaparon a la selva, excepción hecha del hombre y la mujer cuyos cadáveres encontramos, los que no tuvieron tiempo de buscar protección en la espesura. El herido estaba con ambos. Desafortunadamente, mientras huía una bala lo alcanzó en el hombro. Tuvo, sin embargo, la fuerza suficiente como para ocultarse en la selva y así pudo escapar a los agresores. Cuando éstos se alejaron, sus compañeros lo llevaron a la aldea, pero nuevamente todos escaparon al ver llegar otra tropa, precisamente por donde se había retirado la anterior.

Tal es el relato que, por cierto, no deja de inquietarnos. En efecto, no nos resulta agradable enterarnos de que una banda de malhechores asuela el país. Incluso fue una verdadera suerte que no nos encontráramos con ella ya que, según el herido, se dirigía hacia nuestro encuentro.

Mientras tanto, el pobre diablo expresa de modo conmovedor su reconocimiento al doctor Châtonnay; de pronto calla mientras sus ojos evidencian un profundo terror ante algo, o alguien, que está detrás de nosotros. Nos volvemos y nos encontramos cara a cara con uno de los dos suboficiales de la escolta. Fue él quien causó tanto espanto al negro.

El suboficial por su parte, parece no inmutarse. Se inmuta, en cambio, cuando la helada mirada del teniente Lacour se posa sobre él, una mirada en la que se lee en dosis iguales el reproche y la amenaza. Sorprendo de pasada esa mirada y no consigo explicármela. Entonces el sargento se toca la cabeza, como diciéndonos que el herido delira, y va a reunirse con sus hombres.

Nos volvemos hacia nuestro paciente. Pero el encanto se ha roto.

Nos mira con terror y resulta imposible sacarle una palabra más. Entonces se le devuelve a la choza y continuamos la marcha, al menos bastante tranquilos acerca de su suerte ya que el doctor Châtonnay sostiene que se curará.

No sé en qué están pensando mis compañeros. Por mi parte mientras camino mastico este nuevo problema planteado a mi sagacidad: ¿por qué el viejo manifestó semejante terror? Ante el teniente Lacour no manifestó ninguna emoción en particular; el terror fue causado, sin ninguna duda, por uno de nuestros sargentos.

Para variar, ninguna solución al problema. Todos esos enigmas insolubles que el azar nos plantea terminan por convertirse en algo irritante.

Esta noche, bastante tarde, levantamos las tiendas cerca de otra pequeña aldea de nombre Kadú. Nos sentimos muy tristes de llegar a ese lugar, pues es en Kadú donde la señorita Mornas y Saint-Bérain nos dejarán. Mientras nosotros prosigamos en línea recta hacia Uagadugú y el Níger, ellos remontarán hacia el norte, con Gao y el mismo Níger como objetivos.

Es innecesario decir que hemos hecho todo lo posible para convencerlos que renuncien a ese descabellado proyecto. Como puede suponerse, nuestros esfuerzos han sido inútiles. Me atrevo a aventurar que la futura media naranja del capitán Marcenay no será muy fácil de manejar. Cuando se le pone algo en la cabeza a la señorita Mornas, ni el mismo diablo la haría echarse atrás.

Como medida desesperada, se pidió la ayuda del teniente Lacour rogándole que por su parte también mostrara a nuestra compañera el tipo de locura que estaba a punto de hacer. Estoy convencido de que su alegato habría resultado inútil, pero no llegó a tomarse esa molestia. El teniente Lacour no dijo una sola palabra. Hizo un gesto evasivo y sonrió con una sonrisa que no sabría decir por qué me resultó extraña.

Como decía, hicimos alto cerca de Kadú. Cuando me disponía a retirarme a mi tienda, el doctor Châtonnay me retiene. Me dice:

—Algo que quiero comunicarle, señor Florence, es que las balas que alcanzaron a los negros de esta mañana eran balas explosivas.

Y se aleja, sin esperar respuesta.

¡Bueno, otro misterio más! ¡Balas explosivas ahora! ¿Quién puede usar semejantes armas? Incluso, ¿cómo es posible que ese tipo de armas haya llegado hasta estas comarcas?

Dos preguntas más para agregar a mi colección, que se enriquece incesantemente. Por el contrario, mi colección de respuestas no aumenta.

18 de febrero. — Última noticia de la jornada, sin comentarios: nuestra escolta ha partido. Digo bien: ha partido. Insisto porque puede resultar increíble, por eso lo repito: la escolta ha partido. Al despertarnos hace tres o cuatro horas que han partido y no volvemos a verlos. Se evaporó, se volatilizó durante la noche y, con ella, todos los cargadores y todos los encargados de los burros; sin excepción.

¿Se ha entendido? El teniente Lacour, sus dos sargentos y sus veinte hombres no han ido a hacer un poco de footing matutino para regresar a la hora del almuerzo. Se han ido. Se-han-i-do-de-fi-ni-ti-va-men-te.

Henos aquí, solos en la selva, con nuestros caballos, nuestras armas personales, treinta y seis burros, víveres para cinco días y Tongané.

¡Ah, y yo que quería aventuras!...

¿QUÉ HACER?

Cuando los integrantes de la misión Barsac, que habían llegado en la víspera a Kadú, comprobaron al despertarse, el 18 de febrero, la desaparición de la escolta y del personal negro quedaron estupefactos. La doble defección, y en particular la de la escolta, era tan extraordinaria que se hubieran negado durante largo tiempo a creerla definitiva si de inmediato la evidencia no les hubiera probado que soldados y servidores se habían ido sin intención de regresar.

Fue Amédée Florence, el primero en abandonar la tienda, quien dio la alarma a sus compañeros. Todos, incluida Malik que había pasado la noche en la tienda de Jane Mornas, se reunieron en un abrir y cerrar de ojos. Corno suele suceder en estos casos, la

discusión comenzó siendo bastante confusa. Más que reflexiones lo que se oía eran exclamaciones. Antes de intentar la organización del futuro, se comenzaba por asombrarse del presente.

Mientras discutían de ese modo, se oyó un gemido proveniente de la maleza cercana, lo que les probó que no estaban solos como suponían. Saint-Bérain, Amédée Florence y el doctor Châtonnay corrieron hacia el sitio de donde parecía provenir el gemido y hallaron a Tongané atado, amordazado y, lo que es más, con una larga herida en el flanco izquierdo.

Después de desatarlo, reanimarlo y venderlo procedieron a interrogarlo. A medias en su jerigonza habitual y en bambara, que en este caso tradujo Jane Mornas, Tongané contó lo que sabía acerca de los sucesos de la noche.

La desertión se había llevado a cabo entre la una y las dos de la mañana. En ese momento, despertado por extraños ruidos que los europeos no habían oído desde sus tiendas, Tongané se llevó la sorpresa de ver a los veinte tiradores montados a caballo, ya a cierta distancia del campamento, mientras el personal negro, dirigido por el teniente Lacour y los dos sargentos, se movía y parecía realizar una tarea que las tinieblas de la noche impedían precisar con claridad. Intrigado, pero sin desconfiar, Tongané se levantó y con ánimo de enterarse de lo que ocurría se dirigió hacia los cargadores y los cuidadores de los animales. No pudo alcanzarlos. A mitad de camino, dos hombres se arrojaron sobre él y uno de ellos lo tomó de la garganta impidiéndole gritar. En un instante se vio atado, amordazado, tirado al suelo. Antes de caer pudo ver, sin embargo, que los negros, cargadores y cuidadores, estaban cargando numerosos bultos cuidadosamente elegidos entre todos los demás. Tongané había sido reducido y ya sus agresores se alejaban cuando fueron abordados por una tercera persona. El recién llegado, que no era otro que el teniente Lacour, preguntó brevemente:

—¿Está listo?

—Sí —respondió uno de los agresores, en el que Tongané reconoció a uno de los sargentos.

Hubo un silencio. Tongané sintió que alguien se inclinaba sobre él. Su cuerpo fue recorrido, palpado por un par de manos.

—¡Pero, es increíble, están locos! —agregó el teniente—. Se van dejando tras ustedes a alguien que tal vez ha visto demasiado. Robert, un bayonetazo a este gusano, por favor.

La orden fue ejecutada de inmediato, pero Tongané consiguió felizmente realizar un movimiento y el arma, en vez de alcanzarlo en pleno pecho, resbaló a lo largo de las costillas provocándole un tajo más impresionante que grave. A causa de la oscuridad, el teniente y sus acólitos se equivocaron ya que el astuto guía tuvo la precaución de lanzar un suspiro como si se despidiera de su alma y de inmediato contuvo la respiración. La sangre que empapaba la bayoneta había contribuido a completar el error de los asesinos.

—¿Listo? —repitió la voz del teniente Lacour una vez que la operación fue realizada.

—Listo —respondió el hombre que había herido a Tongané y a quien su jefe llamaba con el nombre de Robert.

Entonces los tres hombres se fueron y Tongané no pudo oír nada más. Por otra parte, poco después perdió el conocimiento tanto por la mordaza, que lo sofocaba, como a causa de la pérdida de sangre. No sabía nada más. Pero era suficiente como para demostrar que se trataba no de una ausencia momentánea de la escolta sino de algo definitivo, premeditado y preparado con mucha antelación.

Establecido esto, todos se miraron estupefactos y consternados.

La primera palabra que rompió el silencio salió de boca de Amédée

Florence, para quien reclamaré una vez más la indulgencia del lector.

—¡La hicieron redonda! —exclamó el reportero, quien, en suma, no hacía más que expresar el pensamiento general en la forma más familiar posible.

Esas palabras produjeron una especie de distensión y así fue posible comenzar a tomar las medidas que la situación exigía. Ante todo, era conveniente realizar un inventario. Luego de la correspondiente verificación se estableció que aún contaban con siete fusiles, seis de los cuales eran de caza, y una decena de revólveres, abundante munición para esas armas, siete caballos, treinta y seis burros, alrededor de ciento cincuenta kilos de mercaderías diversas y víveres para cuatro días. Los medios de defensa y de transporte no eran insuficientes. Con respecto a los víveres no había porque preocuparse pues sería fácil procurárselos en las aldeas, tal como se había hecho hasta ahora. Además, los seis europeos tenían excelentes fusiles y era de esperar que con ellos la caza podría abastecerlos. En consecuencia se llegó a la conclusión de que por más que ignoraran cuál sería el obstáculo que los detendría finalmente, desde el punto de vista material, al menos, no se enfrentarían con dificultades insuperables.

De todos modos, les convenían deshacerse de los burros, los que a falta de cuidadores experimentados hubieran significado un serio impedimento. Hecho esto, sería necesario establecer un plan de acción. Si la decisión implicaba la determinación de que el viaje debiera tener aún una cierta duración, se trataría de contratar cinco o seis cargadores que se encargaran de las mercaderías, las que progresivamente, y según las necesidades, irían siendo cambiadas en las aldeas por los víveres indispensables para la subsistencia de los exploradores. En caso contrario, se liquidarían inmediatamente esas mercaderías a cualquier precio, lo que haría superfluo los cargadores y, en consecuencia, posibilitaría una marcha más rápida.

Jane Mornas y Saint-Bérain, que eran los únicos capaces de hacerse entender por los nativos, se pusieron de inmediato en comunicación con los habitantes de Kadú. Tuvieron un excelente recibimiento en la aldea y unos pocos regalos les procuraron las simpatías del *dugutigui*, quien los ayudó todo lo que pudo. Gracias a su intervención fue posible vender los burros tanto en Kadú como en las aldeas vecinas a un precio medio de diez mil cauries (alrededor de treinta francos), lo que hizo más de trescientos cincuenta mil cauries en total. Nada más que con esa suma, la existencia de los miembros de la misión y el pago de los cinco cargadores habrían resultado asegurados por veinte días aproximadamente.

Por otra parte, el *dugutigui* se declaró listo a proporcionarnos cinco cargadores, o más si era necesario.

Todas esas negociaciones insumieron varios días. Los arreglos terminaron la noche del 22 de febrero. No fue tiempo perdido ya que Tongané no habría podido ponerse en marcha antes; pero en esa fecha, 22 de febrero, su herida, que era superficial, estaba en vías de cicatrización y nada más se oponía a nuestra partida.

Así, en la mañana del 23, se dispusieron seis sillas plegables en círculo en medio del cual se abrieron los mapas y, con Tongané y Malik formando parte también del auditorio, comenzó la discusión bajo la presidencia de Barsac.

—Queda abierta la sesión —dijo maquinalmente éste, como hombre acostumbrado al protocolo de la Cámara—. ¿Alguien pide la palabra?

Sonreímos discretamente. Como buen ironista que es, Amédée Florence respondió con toda firmeza:

—Hablares después de usted, señor presidente.

—Como gusten —asintió Barsac para nada sorprendido del título que le adjudicaban—. Ante todo precisemos la situación. Hemos sido abandonados por la escolta, pero estamos bien provistos de armas y objetos para intercambio en pleno Sudán, a gran distancia de la costa...

Ante estas palabras, el señor Poncin sacó del bolsillo su gran cuaderno, se calzó los anteojos sobre la nariz y él, que nunca hablaba, dijo:

—Exactamente a mil cuatrocientos ocho kilómetros quinientos ochenta y tres metros y diecisiete centímetros, incluyendo rodeos, y contando a partir del poste central de mi tienda.

—Semejante precisión es inútil, señor Poncin —observó Barsac—. Basta con decir que estamos aproximadamente mil cuatrocientos kilómetros de Conakry. Como usted no ignora, nuestra intención era ir mucho lejos todavía, pero ante la nueva situación tal vez convenga una nueva solución. A mi entender debemos intentar llegar si no lo más rápidamente posible, al menos con la mayor seguridad a un conglomerado donde haya un puesto militar francés. Allí opinaremos y examinaremos con toda tranquilidad qué debemos hacer.

La aprobación fue unánime.

—El examen del mapa —continuó Barsac— nos indica que debemos tratar de llegar al Níger, a cualquier parte de su curso. ¿No sería posible ir hasta Saye por Uagadugú y Nadiango? Después de la toma de Tombuctú, las posiciones francesas no han dejado de avanzar hacia el río. Confieso que ignoro si ya han llegado a Saye, pero es posible, incluso diría que probable. En el caso de que lográramos una ulterior escolta, esta combinación tendría la ventaja de respetar el programa que me fue trazado.

—Pero tendría el inconveniente, señor presidente —exclamó con impetuosidad el señor Poncin mientras trazaba brillantemente cifras en el cuaderno—, de imponemos un recorrido de ochocientos kilómetros. He comprobado que nuestros pasos miden setenta y dos centímetros, promedio. Ochocientos kilómetros suman entonces un millón ciento once mil ciento once pasos y fracción. Despreciemos la fracción. Por hora hacemos, término medio, cinco mil cuarenta y tres pasos y fracción. Despreciemos la fracción. Pero también están las detenciones que siempre ocurren, que por hora, según he comprobado, dan un promedio de dieciocho minutos y cuatro segundos. Sobran dos mil quinientos veinte segundos, es decir, tres mil seiscientos pasos y una décima. Ese recorrido de ochocientos kilómetros exigirá entonces un millón ciento once mil ciento once pasos divididos por tres mil seiscientos y una décima, esto es trescientas ocho horas y veintidós mil ochocientos dos, treinta y seis milésimas de hora. Esto significa en total un millón ciento once mil seiscientos ochenta segundos y fracción. Despreciemos la fracción. Y bien, nosotros avanzamos efectivamente, cifra promedio, cinco horas cuarenta y cinco minutos y doce segundos por día, excluyendo las detenciones, esto es, veinte mil setecientos doce segundos. Para salvar esos ochocientos kilómetros serán necesarios entonces un millón ciento once mil seiscientos ochenta segundos divididos entre veinte mil setecientos doce, lo que nos da cincuenta y tres días y trece millones novecientos ochenta mil setecientos doce milésimas de día. Para apreciar el valor de esta última fracción, hay que reducirla a su vez a horas, minutos y segundos. Entonces se llega a...

—¡Oh, oh, ooh! —exclamó *in crescendo* Amédée Florence a punto de ser víctima de un ataque de nervios—, ¿no puede decir usted sencillamente que necesitaremos cincuenta y tres días a razón de quince kilómetros por día y tan sólo cuarenta si hacemos veinte kilómetros diarios? Pero, ¿a dónde quiere ir a parar con esos terribles cálculos?

—A lo siguiente —respondió con tono sorprendido el señor Poncin haciendo desaparecer su imponente cuaderno—: que valdría más llegar al Níger por Djenné. Así se reduciría a la mitad la distancia, es decir en unos cuatrocientos kilómetros.

—Mejor sería —objetó Amédée Florence trazando con el dedo sobre el mapa el itinerario que preconizaba— alcanzar el Níger en Ségú-Sikoro, después de pasar por Bama, Quattara, Djitamana, etc. El trayecto sería de alrededor de quinientos kilómetros pero, además que de este modo seguiríamos el mismo itinerario que el capitán Marcenay, ganaríamos esos cien kilómetros suplementarios ya que no tendríamos que remontar el río desde Djenné hasta Ségú. Además esta última población es relativamente importante y seguramente encontraremos ayuda.

—Muy bien razonado —aprobó el doctor Châtonnay—. Sin embargo hay una solución que me parece mejor aún. Se trata de volver pacientemente sobre nuestros pasos, sino hasta al mar, al menos hasta Sikasso, de donde estamos a unos doscientos kilómetros, y donde encontraremos a nuestros compatriotas que tan cordialmente nos recibieran. Allí decidiremos si conviene ir a Bamako o si es preferible, como sostiene el señor Amédée Florence y como lo creo yo también, llegar hasta Ségú-Sikoro.

—El doctor tiene razón —apoyó Florence—. Es la solución más razonable.

Luego de que cada uno expusiera su opinión, la discusión se detuvo por un momento.

—Es posible, señor Florence —agregó Barsac después de un momento de reflexión y con la intención de dar a los compañeros una idea halagadora de su heroísmo que el doctor y usted tengan razón. Sin embargo, les ruego que adviertan que el regreso a Sikasso significa un abandono, por lo menos momentáneo, de la misión que acepté. Entonces, señores, como hombre que ante todo tiene un deber que cumplir...

—Comprendemos sus escrúpulos, señor Barsac —lo interrumpió Florence presintiendo un largo discurso—, pero hay casos en los que el deber consiste en la prudencia.

—Precisamente, lo que falta determinar —replicó Barsac— es si nos encontramos en uno de esos casos. Es cierto que nuestra escolta nos abandonó, pero no veo qué peligros nos amenazan. En suma, los únicos que hemos corrido hasta aquí provienen de un adversario hipotético, probable, lo admito, pero no importante ya que su entidad sólo puede sernos demostrada por los intentos que realiza contra nosotros. Consideremos entonces esos intentos en si mismos y veremos que son bien atenuados. ¿Qué otras cosas que intentar creamos algunas dificultades han hecho contra nosotros? Según el señor Florence ante todo habrían intentado atemorizarnos; admito también que nuestro desconocido enemigo suscitó más tarde dificultades entre el personal en Sikasso y que más adelante se las arregló de modo de reemplazar, mediante un procedimiento que desconozco, la verdadera escolta por una

falsa. Pero les ruego que mediten que al actuar de ese modo demostró hacerlo con una gran moderación. Esa falsa escolta en vez de limitarse a desertar bien podía habernos masacrado a todos. No lo hizo. Al contrario, tuvieron la deferencia de dejarnos vivos, armas, municiones, cabalgaduras y cierta cantidad de mercaderías. No son procedimientos muy terribles que digamos.

—¿Y Tongané? —objetó amablemente el doctor Châtonnay.

—Tongané es un negro —replicó Barsac—, y para mucha gente la vida de un negro carece de valor.

—El señor Barsac tiene razón —intervino Florence—. Es cierto, los procedimientos empleados contra nosotros hasta ahora revelan una verdadera moderación y resulta evidente que hasta este momento nadie ha querido atentar contra nuestras vidas. Digo: hasta ahora, ya que nuestro desconocido adversario bien podría recurrir a un sistema ofensivo mucho más eficaz si persistiéramos en continuar en una dirección que le molesta. En ese caso, la herida de Tongané bastaría para demostrarnos que aquellos a quienes molestamos siempre tienen el puño dispuesto.

—Exacto —aprobó el doctor.

La aprobación del doctor Châtonnay fue seguida por un silencio que se prolongó por algunos minutos, tiempo que Barsac aprovechó para meditar profundamente. Por cierto que las deducciones de Amédée Florence eran correctas y evidentemente el honorable diputado del Midi no iba a comprometer su preciosa existencia con el único fin de evitar las críticas que lo esperarían en París si regresaba sin haber completado totalmente la misión. ¿Acaso le resultaría imposible contestar a las críticas que le formularan?

—Después de meditarlo en profundidad —dijo, con la intención de probar con sus interlocutores el efecto de los argumentos que más adelante emplearía ante sus colegas de la Cámara— me adhiero a la propuesta del señor Amédée Florence y más particularmente bajo la forma que le ha dado nuestro honorable colega, el doctor Châtonnay. Voto entonces por el regreso a Sikasso, con Ségú-Sikoro como objetivo final. Aunque señores si...

A esta altura, Amédée Florence, presintiendo el discurso que se avecinaba, dejó de escuchar al orador y se puso a pensar en otra cosa.

—Aunque, señores, si alguien se sintiera autorizado a censurarme por interrumpir este viaje considerando que no era absolutamente necesario hacerlo, le respondería que la responsabilidad de esta interrupción incumbe al gobierno, cuyo deber era asegurar una protección eficaz a nuestra misión. En consecuencia, si necesidades superiores lo obligaban a cambiar nuestra escolta debía tomar todas las medidas del caso para que una tropa de aventureros no pudiera reemplazar al verdadero destacamento que nos había sido destinado o si tal reemplazo no fue ordenado debió elegir al jefe a quien confiaba nuestra seguridad con el suficiente tacto como para que éste no fuera accesible a los requerimientos cuyo origen no nos corresponde averiguar. La investigación que parece imponerse, la investigación, señores, nos dirá...

—Perdón, señor presidente —interrumpió Amédée Florence—, si tuviera la amabilidad de permitirme...

El reportero había sugerido desde el comienzo la alternativa más razonable que su sentido práctico le impuso de inmediato. Pero su iniciativa dejó de interesarle apenas supo que iba a ser adoptada. Pocos momentos después incluso no habría sido preciso insistir mucho para que proclamara su disgusto por la interrupción del viaje justamente en momentos en que prometía volverse interesante.

Estaba dando vueltas a esas ideas cuando, por casualidad, su mirada se detuvo en Jane Mornas y Saint-Bérain. Fue entonces cuando interrumpió a Barsac sin demasiada vacilación ya que no lo estaba escuchando, como ya se ha dicho.

—Si tuviera la amabilidad de permitirme, señor presidente —dijo—, le recordaría que tomamos una decisión sin requerir la opinión de la señorita Mornas y del señor Saint-Bérain, quienes, me imagino, también deberían tener voz en este capítulo.

La observación era fundada. Desde que se iniciara la discusión, Jane Mornas y Saint-Bérain habían escuchado en silencio, sin abrir la boca.

—El señor Florence tiene razón —reconoció Barsac dirigiéndose a Jane Mornas—. Entonces, si deseara, señorita, hacemos conocer su opinión...

—Le agradezco que desee consultarme, señor Barsac —respondió tranquilamente Jane Mornas—, pero no debemos participar en una discusión que no nos concierne.

—¿Que no les concierne?... ¿Por qué, señorita? Me parece que estamos todos en el mismo barco.

—De ningún modo, señor —replicó Jane Mornas—. Si como consecuencia de las circunstancias usted renuncia al fin que se había propuesto, el nuestro, en cambio, no ha variado. No quisimos separarnos de usted en el momento en que enfrentaba el mayor número de dificultades, pero siempre hemos tenido la intención de proseguir nuestro viaje de acuerdo con el itinerario que nos hemos trazado.

—¿Entonces insiste en ir hasta Gao?

—Más que nunca.

—¿Sola? ¿Sin escolta?

—En realidad, nunca pensamos llegar de otro modo.

—¿Sin cargadores?

—Contrataremos otros. Y si eso no es posible, nos los arreglaremos.

—¿A pesar de esa hostilidad cuyo origen ignoramos, pero cuya existencia es indiscutible?

—A pesar de esa hostilidad que, por otra parte, me parece dirigida más contra usted que contra nosotros.

—¿Cómo saberlo, ya que el camino nos es común? En todo caso temo que nuestro adversario se encarnice contra ustedes si continúan solos en dirección al Níger.

—Si es así, desafiaremos a ese adversario desconocido.

—¡Pero es una locura! —exclamó Barsac—. Aunque debamos recurrir a la fuerza, señorita, no la dejaremos cometer semejante imprudencia que sólo obedece a la satisfacción de lo que usted mismo llama un capricho.

Jane Mornas vaciló un momento y luego dijo tristemente:

—Desgraciadamente no se trata de un capricho, como le he venido diciendo.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó Barsac sorprendido. Jane Mornas volvió a dudar. Después de un corto silencio dijo gravemente:

—De un deber.

Barsac, el doctor Châtonnay y Amédée Florence miraron a Jane Mornas, éste último con interés, los dos primeros con asombro. El doctor y el diputado se preguntaban qué era lo que entendía la joven por deber y qué deber tan imperioso podía arrastrarla hasta el punto más extremo de la curva del Níger. El periodista, quien por temperamento desde el comienzo había atribuido a sus compañeros motivos particulares para realizar aquel viaje, sólo experimentaba una gran satisfacción ante la idea de que ahora iba a conocer uno de los motivos hasta entonces desconocido.

—Perdónenme, señores, por haberlos engañado...

—¿Engañado?... —repitió Barsac con creciente asombro.

—Sí, los he engañado. Si bien el señor de Saint-Bérain les ha dado su verdadero nombre y si bien es tan francés como cualquier de ustedes, por mi parte yo me he presentado con un nombre falso y con una nacionalidad que tampoco es la mía. Soy inglesa y me llamo Jane Buxton. Soy la hija de lord Buxton, hermana del capitán George Buxton y es más allá de Kubo donde descansan los restos de mi desdichado hermano. Es hasta allí donde me es preciso ir, pues solamente a partir de allí podré emprender la tarea que me he propuesto.

A continuación. Jane Buxton —de ahora en adelante le será devuelto su nombre— contó el drama de Kubo, la infamante acusación hecha contra George Buxton, la muerte de éste y la vergüenza y desesperación de lord Glenor. Confesó asimismo el sagrado objetivo que se había trazado: rehabilitar a su hermano, limpiar la mancha inferida a su honorable nombre y devolver la paz al anciano cuya vida se apagaba en la triste soledad del castillo de Uttoxeter.

Una intensa emoción se apoderó de sus interlocutores. Admiraban a aquella joven que por razones tan nobles se había atrevido a afrontar tantas fatigas y peligros.

—Miss Buxton —dijo Amédée Florence, no sin cierta dureza, cuando la joven dejó de hablar—. Permítame que le haga un reproche.

—¿Un reproche?... ¿A mí?... —se asombró Jane, quien luego del relato esperaba un efecto totalmente contrario.

—¡Sí, un reproche, y muy serio!... ¡Qué extraña y poco halagadora opinión tiene usted, miss Buxton, de los franceses en general y de Amédée Florence en particular!

—¿Qué quiere decir usted, señor Florence? —balbuceó Jane Buxton, muy confundida.

—¡Pues, vaya —exclamó el reportero en tono indignado—, así que había creído que Amédée Florence iba a permitir así como así que fuera a darse un paseito por Kubo sin él!

—¡Oh, señor Florence...! —protestó Jane emocionada y empezando a entender.

—¡Muy bonito!... —continuó Amédée Florence simulando estar muy indignado—. ¡Pero qué egoísmo!...

—No veo por qué... —trató de interrumpirlo Jane sonriendo.

—Le ruego que me deje hablar —la cortó Florence con autoridad—. ¿Ha olvidado que soy periodista, más precisamente reportero, y que da la casualidad que tengo un director? ¿Sabe usted lo que me diría mi director si se enterara que dejé escapar un reportaje tan sensacional sobre el caso Buxton? Pues bien, me diría: «Mí pequeño Florence, no eres más que un burro». Y a continuación me acompañaría hasta la puerta de calle. Y vaya si me interesa conservar el puesto. Por lo tanto iré con usted.

—¡Oh, señor Florence!... —repitió Jane profundamente emocionada.

El reportero la miraba de frente.

—Voy con usted, miss Buxton —afirmó enfáticamente—. Y no pierda el tiempo tratando de convencerme de lo contrario, pues soy tan obstinado como usted.

Jane tendió la mano al valiente y animoso muchacho.

—Acepto, señor Florence —le dijo mientras dos gruesas lágrimas caían de sus ojos.

—¿Y a mí, miss Buxton, no me aceptaría también? —preguntó repentinamente la gruesa voz del doctor Châtonnay.

—¿Usted, doctor?...

—Claro, yo. Una expedición así no puede prescindir de los servicios de un médico. Ya que usted va a hacerse cortar en pedacitos, no estaría del todo mal que yo estuviera cerca para volverlos a su lugar.

—¡Oh, doctor!... —volvió a repetir Jane quien comenzaba a no poder controlar el llanto.

Pero esa carga emocional llegó al clímax cuando oyó a Barsac decir con voz en la que asomaba el enojo:

—¡Bueno! ¿Y yo?... ¿Cuento tan poco en este grupo que nadie piensa siquiera en consultar mi opinión?

Barsac estaba realmente furioso. También él había pensado de inmediato en unirse a Jane Buxton. Así podría matar dos pájaros de un solo tiro ya que el itinerario de la joven era análogo al suyo y ahora la imprudencia aparecía justificada por una finalidad cuya nobleza apreciaba. Además, ¿era posible que cuatro hombres, cuatro franceses, abandonaran fríamente a aquella joven en plena selva dejándola que afrontara sola una aventura tan peligrosa? Florence y el doctor Châtonnay se le habían anticipado en el gesto de efectismo teatral y eso era siempre algo muy desagradable para el diputado.

—No me refiero al señor Florence —continuó aparentemente acentuando aún más su verdadero malhumor—, el señor Florence es libre. Pero usted, doctor, usted forma parte de la misión que supongo que aún comando. ¿Planea usted desertar para que su jefe sea abandonado así por el último de los soldados?

—Le aseguro señor Barsac... —balbuceó el doctor, que ni siquiera había pensado en aquel aspecto del problema.

—Si no es esa su intención, señor, ¿acaso piensa que yo también iré a Kubo? ¿Pero, acaso es usted quien fija y decide nuestro itinerario? ¿O tal vez, al tornar semejante iniciativa, desea danne una lección? —Créame señor Barsac... —trató de argüir el pobre doctor.

—No, no le permito —replicó Barsac, cuya voz iba elevándose gradualmente—. Y sepa bien esto, que yo, como jefe responsable de la misión al Níger, no apruebo sus proyectos. Por el contrario, considerando que el único guía que nos queda fue contratado por miss Buxton y que está a su exclusiva disposición, considerando que no podemos hacer entender por los

indígenas sin la ayuda de miss Buxton y del señor de Saint-Bérain, quienes son los únicos de nosotros que hablan en bambara, quiero, entiendo, ORDENO...

Barsac, cuya voz había cobrado una sonoridad impresionante, hizo una calculada pausa, y luego, en tono más sencillo, concluyó:

—...que nos dirijamos todos al Níger pasando por Kubo.

—Pero, ¿cómo, señor Barsac?... —balbuceó Jane que temía haber oído mal.

—Será como he dicho, miss Buxton —la cortó Barsac—. Tendrá que resignarse a soportarnos a todos hasta el final.

—¡Oh, señor Barsac!... —murmuró por última vez Jane Buxton, antes de echarse a llorar.

No era la única que tenía los ojos húmedos. La emoción se había generalizado. Sin embargo, los hombres trataban de disimularla aunque no podían evitar que se tradujera mediante una especie de enervamiento y un torrente de palabras inútiles. Se cruzaba este tipo de réplicas:

—Es un viaje de lo más sencillo —proclamaba Florence—, ya que tenemos víveres.

—Para cinco días —decía el doctor Châtonnay con la misma convicción con que podría haber dicho seis meses.

—Para cuatro solamente —rectificó Barsac—, pero ya compraremos más.

—Por otra parte, está la caza —sugería el doctor.

—Y la pesca —agregaba Saint-Bérain.

—Y las frutas, de las que algo entiendo —afirmaba el doctor.

—Yo saber de legumbres: papas, batatas —susurró Tongané.

—Yo hacer manteca de *cé* —ofrecía Malik.

—¡Hip!, ¡hip!, ¡hip! ¡Hurra! —gritaba Amédée Florence—. Estamos en Capua, en la tierra de Canaan, en el paraíso terrestre.

—Saldremos mañana —concluyó Barsac—. Prepararemos la partida sin perder tiempo.

Algo digno de notar es que durante toda esta escena, el señor Poncin no abrió la boca. Apenas se decidió que todos irían a Kubo, el señor Poncin sacó su cuaderno al que a partir de aquel momento cubrió de innumerables cálculos.

—Todo está muy bien —dijo a modo de respuesta a las últimas palabras de Barsac—. No impide, sin embargo, que el camino hacia Kubo, comparado con el de Ségú-Sikoro, representa un aumento de cuatrocientos kilómetros. Como cada paso nuestro tiene, según ya hemos dicho, sesenta y dos centímetros, el total hace quinientos cincuenta y cinco mil quinientos cincuenta y cinco pasos, más una fracción. Despreciamos la fracción. Como ya he dicho, por hora hacemos tres mil seiscientos pasos y 1ma décima y como por día caminamos cinco horas y, cuarenta y cinco minutos y dieciocho segundos, entonces...

Pero nadie escuchaba al señor Poncin. Barsac, el doctor Châtonnay, Amédée Florence, Jane Buxton, y Saint-Bérain, ya estaban trabajando activamente en la preparación de la partida del día siguiente. El señor Poncin clamaba en el desierto.

UNA TUMBA, OSAMENTA

Acompañados por seis cargadores provistos por el *dugutigui* de Kadú, los restos de la misión Barsac abandonan aquella aldea en la mañana del 24 de febrero. A pesar de lo perturbadores que habían sido los acontecimientos que la desorganizaron, la partida transcurrió en un clima alegre. A excepción del señor Poncin, cuyos sentimientos íntimos continuaban siendo impenetrables, los demás se encontraban agradablemente sobreexcitados ante la perspectiva de realizar una acción generosa, y de algún modo hasta heroica, y se felicitaban recíprocamente por la decisión tomada. Además aún no todo estaba perdido. Los seis europeos, al igual que Tongané quien llevaba a Malik agrupa, seguían conservando sus monturas y no les faltaban ni armas, ni víveres, ni mercaderías para trueque. Por otra parte la región parecía tranquila y bien se podía esperar que el desconocido adversario, contra quien habían chocado involuntariamente hasta entonces, pondría fin a sus persecuciones ya que la misión era incapaz de preocupar a nadie. En principio, pues, nada se oponía a que legaran a Kubo sin tener que afrontar dificultades verdaderamente serias.

Nada tampoco se oponía a que llegaran rápidamente a destino, ya que ahora no serían demorados por una tropa numerosa de burros entre los que necesariamente siempre hay algunos recalcitrantes. Además, para activar la marcha, se habían impuesto pesados sacrificios. Habían dejado al *dugutigui* de Kadú, a título de remuneración por sus buenos oficios, parte de la pacotilla, calculando que lo que conservaban les permitiera llegar con facilidad hasta Gao. Sacrificio más doloroso aún fue a desprenderse de todas las tiendas, excepto una que fue conservada para uso exclusivo de Jane Buxton, a pesar de que ésta se opusiera vigorosamente a la idea. En cuanto a los hombres, se alojarían en las aldeas o dormirían al aire libre. Durante la estación seca y en un viaje tan corto, no sería un gran inconveniente. En suma sólo se trataba de un trayecto de unos quinientos kilómetros, es decir, unos quince a veinte días de marcha. Según los cálculos, deberían llegar a Kubo entre el 10 y el 15 de marzo.

El comienzo del viaje transcurrió bajo esos favorables auspicios.

Los cargadores, nuevos, frescos y llenos de entusiasmo, mantenían un sostenido ritmo de marcha y así fue posible franquear en sólo cinco días los ciento cuarenta kilómetros que separaban Kadú de Sanabo adonde llegaron en la jornada del 28. Ningún incidente ocurrió durante esa primera etapa del viaje. De acuerdo con las previsiones, generalmente encontraron donde alojarse al anochecer en las chozas de los indígenas, muy sucias a decir verdad, pero suficientes para las necesidades de los viajeros y las noches pasadas al aire libre, cuando no encontraban ninguna aldea en las cercanías durante la segunda detención del día, habían transcurrido apaciblemente. En todas partes eran bien recibidos, así que los viajeros pudieron reabastecerse sin dificultad y abandonaron Sanabo la mañana del 1º de marzo con una buena reserva de víveres, hasta entonces no tenían ninguna razón para lamentar la decisión tomada.

—O sea que es demasiado hermoso —proclamaba Amédée Florence a su amigo Saint-Bérain mientras llevaban a cabo, uno junto a otro, la segunda etapa del 2 de marzo—. El profundo pensador que hay en mí debería inquietarse y calcular que fracción

habitual de bien y de mal nos ha sido reservada. Pero, sin embargo, me parece mejor suponer que de tanto en tanto el destino puede seguir el ejemplo del señor Poncin y despreciar la fracción.

Ése es el resultado de una buena acción, querido amigo —respondió Saint-Bérain—. Ustedes no quisieron abandonarnos. El Cielo los recompensa por ello.

—Del modo como van las cosas, no tendremos gran mérito —dijo volviéndose en la silla el doctor Châtonnay, quien iba delante de los dos amigos.

—¿Quién sabe! —exclamó Saint-Bérain—. Aún no hemos llegado al final.

—¿Bah —exclamó Amédée Florence—, es como si ya hubiéramos llegado! Esta vez tenemos viento en popa. Esas cosas se presienten, ¡qué diablos! Sostengo que vamos a llegar a Kubo en litera, sin la menor aventura para contar, lo que, por otra parte, no es nada regocijante para un periodista, cuyo director... ¡Epa! —se interrumpió súbitamente dirigiendo la exclamación al caballo que acababa de tropezar pesadamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Barsac.

—Es mi caballo —explicó Florence—. No sé qué tiene. Renguea desde esta mañana. Tendré que examinarlo...

No tuvo tiempo de terminar la frase. El caballo, que se había detenido bruscamente, temblaba y vacilaba sobre sus patas. El reportero apenas tuvo tiempo de echar pie a tierra. Inmediatamente después que abandonó la silla, el animal encogió las rodillas y se extendió en el suelo.

Todos se apresuraron a socorrer al pobre animal que jadeaba y resoplaba penosamente. Le aflojaron la cincha de la silla, le mojaron las narinas con agua traída de un pequeño arroyo cercano. No hubo nada que hacerle. Una hora después el animal estaba muerto.

—Debí haber tocado madera hace un rato —dijo consternado Amédée Florence ahora convertido en peatón—. Jactarse de la buena suerte inevitablemente atrae a la desgracia cualquiera lo sabe.

—¿Es supersticioso, señor Florence? —preguntó Jane Buxton sonriendo.

—No precisamente, señorita. Fastidiado solamente, muy fastidiado, por ejemplo.

El caballo de Tongané fue cedido al reportero, Jane Buxton llevó a grupa a Malik y luego de una detención de dos horas volvieron a ponerse en marcha dejando tras ellos el cadáver del caballo y sus arreos ya que no podían pensar siquiera en llevarlos. Por la tanto la etapa resultó reducida.

Al anochecer se detuvieron junto a unos árboles dispuestos naturalmente según una semicircunferencia que bordeaba el camino. Situado sobre una pequeña eminencia del terreno, aquel punto, desde donde se dominaban todos los alrededores lo que evitaba una siempre posible sorpresa, fue elegido naturalmente para pasar la noche. Por otra parte, las ventajas de la posición habían llamado la atención de anteriores viajeros que, como no tardaron en comprobarlo, también decidieron acampar en aquel lugar. A juzgar por las huellas aquellos viajeros eran bastante numerosos y tenían caballos cuyas herraduras habían dejado múltiples marcas por el lugar. ¿Quién podía ser esa gente? ¿Negros o blancos? La segunda hipótesis, la más probable ya que los negros por lo general no usan caballos, se convirtió en certeza cuando Amédée Florence descubrió, y mostró a sus compañeros, un objeto olvidado por los predecesores. Aquel objeto, por más insignificante que fuera ya que se trataba de un simple botón, era un producto de la civilización escasamente empleado por los negros y testimoniaba irrecusablemente el color de la piel de su propietario.

El estado del pasto aplastado, que ya comenzaba a erguirse nuevamente, evidenciaba que el paso de aquella tropa, cualquiera que fuese, se remontaba a unos diez días antes por lo menos. Como no los habíamos cruzado antes, se debía deducir que también habían seguido la ruta nordeste y que, en consecuencia, estábamos destinados a no encontrarlos con ellos nunca más.

La jornada del 3 de marzo no ofreció nada de particular, pero el 4 los exploradores tuvieron que deplorar una nueva baja en la caballería. Hacia la noche, el caballo de Barsac murió exactamente como había muerto el de Amédée Florence. Aquello comenzaba a ser raro.

El doctor Châtonnay, que había examinado al animal muerto, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para hablar confidencialmente a Amédée Florence y le dijo:

—Esperaba estar a solas con usted, señor Florence, para enterarlo de algo bastante serio.

—¿Qué? —preguntó Florence sorprendido.

—Que los dos caballos han muerto envenenados.

—¿Imposible! —exclamó el reportero—. ¿Quién podría haberlo hecho? ¿Los negros contratados en Kadú?... No tienen ningún interés en crearnos dificultades, por el contrario...

—No acuso a nadie —insistió el doctor—, pero sostengo lo que le he dicho. Después de la primera muerte me quedaron algunas sospechas. Luego de la segunda sólo tengo la certeza. Los síntomas son innegables. Ni siquiera el más ignorante podría equivocarse.

—Entonces, ¿cuál es su opinión, doctor?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que debemos hacer.

—Sé tanto como usted. Mi función consiste en alertarlo y si lo he abordado de este modo confidencial es para que ponga al corriente a nuestros compañeros sin que se entere miss Buxton, a quien me parece inútil atemorizar.

—De acuerdo —aprobó Florence—. Pero, dígame doctor, ¿es preciso recurrir a la malevolencia para explicar los dos accidentes? ¿No podrían explicarse de otro modo? ¿Por ejemplo, al pastar junto a los otros, estos dos caballos no pueden haber comido alguna hierba venenosa?

—No sólo es posible —dijo el doctor—, es cierto. Sólo queda por saber si fue la casualidad quien mezcló la planta venenosa al alimento de los caballos o si la casualidad tiene un nombre. Sobre eso no sé más que usted.

Se pusieron de acuerdo para vigilar más rigurosamente que nunca a los cinco caballos sobrevivientes para evitar una desgracia parecida. Un europeo o Tongané se quedarían siempre junto a ellos durante las detenciones, de modo que nadie pudiera acercarse

a los caballos sin ser visto. Fuera por esas precauciones o porque las dos muertes habían sido accidentales, lo cierto es que en los dos días siguientes no hubo más bajas entre los equinos, situación que poco a poco fue tranquilizando los ánimos.

Por otra parte la pérdida de los dos caballos fue el único incidente enojoso ocurrido hasta entonces.

La región era llana, se podía caminar sin esfuerzo, tan rápidamente como lo permitía el ritmo de los cargadores, y continuaban aprovisionándose fácilmente en las aldeas, lo que posibilitaba que conservaran intacta la provisión inicial de víveres para cuatro días.

Sin embargo, la tarde del 5 y todo el 6 transcurrieron sin que divisaran una sola aldea, por lo que tuvieron que echar mano a aquella reserva. Tampoco esto los preocupó mucho ya que Tongané afirmaba que no demorarían en encontrar alguna aldea de cierta importancia donde sería fácil reabastecerse.

En efecto, la tarde del 6 llegaron a esa aldea, llamada Yaho, pero las previsiones de Tongané no se cumplieron. Cuando se acercaron al *tata* oyeron vociferaciones e incluso algunos disparos de fusiles a chispa que partían desde lo alto de la empalizada, donde se apretujaba una numerosa muchedumbre de negros. Era la primera vez que se enfrentaban a un recibimiento así desde que dejaron Conakry, si se deja de lado la demostración de los nativos de Kokoro. Incluso en Kokoro había sido posible transformar las disposiciones belicosas en sentimientos más amistosos, mientras que en Yaho ni siquiera se pudo intentar un resultado parecido.

Por más que Barsac se las ingenió para establecer relación con los habitantes de la aldea, sus métodos fracasaron uno tras otro. Una bandera blanca colocada en la punta de un palo fue inútil. Este emblema simbólico, cuyo sentido pacífico es comprendido en toda la superficie de la tierra, provocó un huracán de aullidos, acompañado por una lluvia de balas que habrían resultado mortales para el portador de la bandera si éste no hubiera tenido la prudencia de mantenerse a distancia. Tongané primero, luego dos cargadores, gente de la misma raza o casi que los habitantes de Yaho, fueron enviados infructuosamente como parlamentarios. Se negaron a escucharlos y sólo les respondieron mediante proyectiles de todo tipo a los que únicamente la torpeza de los tiradores volvía inofensivos. Era evidente que la población de esa aldea entendía, por una razón u otra, que no debía mantener ninguna relación con extranjeros e incluso se negaba a conocer sus intenciones. Hubo que renunciar.

Por otra parte, aquellos negros inhospitalarios se limitaron a montar una buena guardia alrededor del *tata*, cuyo acceso negaban tan formalmente, sin librarse a ningún acto de hostilidad más directa.

Cualesquiera fueran los motivos de semejante actitud, los viajeros no pudieron reabastecerse como esperaban y debieron partir al día siguiente, 7 de marzo, con víveres para sólo dos días. No obstante, la situación aún no tenía nada de inquietante. Se habían hecho hasta entonces más de trescientos kilómetros desde Kadú, es decir, más de la mitad del recorrido total y todo llevaba a pensar que las próximas aldeas tendrían una actitud más amistosa que los habitantes de Yaho.

Al no encontrar ninguna en el transcurso de la jornada del 7 de marzo, el punto no pudo ser elucidado. Esa jornada fue buena desde el punto de vista de la cantidad de kilómetros recorrida, pero ese día ocurrió un nuevo percance. Murió un tercer caballo del mismo modo en que habían sucumbido los anteriores.

—¿Entonces alguien lograría —preguntó Florence al doctor Châtonnay— envenenar los animales a pesar de la vigilancia que mantenemos?

—Es poco probable —respondió el doctor—. El envenenamiento debe de haber sido anterior a nuestra partida de Kadú. Tal vez se remonte al momento en que nuestra escolta desertó. Si los caballos mueren sucesivamente y no todos a la vez, ello debe atribuirse a la resistencia de cada uno y, sin duda, a la dosis que recibieron.

—Mientras tanto —dijo Amédée Florence— henos aquí: tres peatones contra cuatro caballeros. ¿No es divertido?

No sin inquietud comenzó la jornada del 8 de marzo. De cualquier ángulo que se le considerara, el porvenir comenzaba a tomarse sombrío. Ya no se pudo ignorar que la potencia adversa de la que parecían haberse librado para siempre no había dejado de tomar la precaución de envenenar a los caballos antes de desaparecer, lo que implicaba una persistencia del odio tan terrible como inexplicable y, por lo tanto, todos esperaban ver caer muertos a los caballos sobrevivientes de un momento a otro. Por otra parte, sólo se contaba con víveres para un día y deberían vérselas con el hambre si no encontraban una aldea antes de la puesta del sol.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Una hora después apareció a lo lejos una aglomeración de chozas. Los viajeros se detuvieron unos instantes tratando de prever el recibimiento que les depararían. En la vasta llanura que se desplegaba ante sus ojos no distinguieron nada que les diera el indicio que buscaban. Hasta donde podían ver desde aquella distancia, la aldea parecía muerta y los alrededores desiertos. Sólo se veía el alto tapiz de la maleza y la brecha del camino sobre el que, de tanto en tanto, se distinguían manchas negras, cuya naturaleza era imposible distinguir desde tanta distancia.

Luego de una breve detención, Barsac y sus compañeros se pusieron en marcha hacia la aldea. No habían avanzado más de un kilómetro cuando un olor nauseabundo les atenaceó la garganta. Unos pasos más y llegaron junto a una de las manchas negras que habían notado desde lejos. Hicieron un movimiento de retroceso. La mancha era el cadáver medio putrefacto de un negro. Hasta la aldea, el camino estaba jalonado de aquel modo. Llegaron a contar hasta diez de aquellas manchas fúnebres.

—Vea que pequeño es el orificio de entrada del proyectil que hirió a este hombre —dijo el doctor Châtonnay a Amédée Florence mientras examinaba uno de los cadáveres— y, por el contrario, qué grande es el orificio de salida, en el caso de que el proyectil haya atravesado el cuerpo de lado a lado. En otros casos encontró huesos y usted puede comprobar qué terribles destrozos produjo. Estos hombres fueron muertos con balas explosivas.

—¡Otra vez! —exclamó Amédée Florence.

—Otra vez.

—¿Como el negro viejo que atendimos en aquel caserío durante nuestra primera etapa con la nueva escolta?

—Como aquel día —respondió el doctor Châtonnay. Amédée Florence y el doctor se reunieron en silencio con sus compañeros. Estaban pensativos y se preguntaban cuál era la conclusión de la inexplicable repetición de un hecho tan anormal.

En la aldea el espectáculo era más horrible aún. Por numerosas evidencias se advertía que había sido el escenario de una lucha encarnizada. Además, luego de la batalla, los vencedores la habían incendiado y la mayor parte de las chozas resultaron destruidas

por el fuego. En las que se salvaron, aparecieron otros cadáveres.

—La muerte de estos desdichados se remonta por lo menos a diez días —dijo el doctor Châtonnay— y, al igual que en los casos anteriores, fueron víctimas de balas explosivas.

—¿Pero quiénes pueden ser los miserables que se entregan a una carnicería semejante? —exclamó Saint-Bérain.

—Tal vez —sugirió Amédée Florence— los mismos cuyas huellas descubrimos hace unos días. Entonces calculamos que nos llevaban unos diez días de delantera. Esto coincidiría con el plazo que fija el doctor.

—Son ellos, sin duda —dijo Barsac indignado.

—Como son ellos —agregó Amédée Florence— a quienes debemos la fría recepción que tuvimos en Yaho, a la que habrán querido tratar como trataron a esta aldea. Al estar rodeada por un *tata*, seguramente no pudieron entrar a Yaho y esto explicaría que los atemorizados negros se hayan mantenido a la defensiva a partir de aquel momento.

—En efecto, es bastante lógico —aprobó el doctor Châtonnay.

—¿Pero quiénes pueden ser esos miserables? —preguntó Jane Buxton—. ¿Su presencia no significa un peligro para nosotros?

—Quiénes son no lo sé —respondió Amédée Florence—, pero no me parece que en lo que nos concierne debamos temerles. Todo coincide en demostramos que nos llevan de diez a doce días de ventaja y, por el modo en que van montados, es poco probable que alguna vez los alcancemos.

Recorrieron toda la aldea incendiada sin encontrar ningún ser vivo. Los habitantes que no habían sido alcanzados por las balas se refugiaron en la selva. La aldea también fue saqueada prolijamente. Todo lo que había escapado del fuego, fue arrojado por todas partes. El espectáculo era igual en los alrededores, en los *lugans* saqueados, devastados. La voluntad de destrucción resultaba evidente.

Presas de los más tristes pensamientos, los viajeros dejaron tras de sí la desdichada aldea. Al anochecer se detuvieron en pleno campo. Sólo quedaban víveres para una comida. De esa sola comida se hicieron dos partes, una que se comió de inmediato y otra que fue reservada para la mañana del día siguiente.

En el transcurso de la jornada del 9 de marzo fueron encontradas dos aldeas. No fue posible acercarse a la primera, defendida por un pequeño *tata*, en la que la acogida fue parecida a la de Yaho. En cuanto a la segunda, que no estaba protegida por ninguna fortificación, se encontraba en las mismas condiciones que la del día anterior, saqueada, incendiada y sin moradores.

—En verdad —observó Barsac— se podría decir que esa gente se las ingenia para crear un desierto delante de nosotros.

La observación era exacta. Si la intención era matar de hambre a los viajeros, no habría sido posible encontrar mejor método.

—¡Bah! —exclamó Amédée Florence con fingida despreocupación— atravesaremos ese desierto a pesar de ellos. Estamos apenas a ciento cincuenta kilómetros de Kubo. No es el océano después de todo. Ya que los carniceros y tenderos están en huelga, la caza nos proporcionará unos buenos bifecks.

A excepción del señor Poncin, completamente incapaz de manejar un fusil, todos los demás siguieron de inmediato aquel excelente consejo. Lamentablemente, la maleza alta dificultaba constantemente la tarea, por lo que no consiguieron más que una gallinácea, dos pintadas y dos perdices para el almuerzo. Para alimentar catorce personas es apenas el mínimo indispensable.

En la etapa de la tarde, Amédée Florence y el doctor Châtonnay comprobaron por segunda vez que el lugar en que se detenían había recibido anteriormente la visita de otros viajeros. El pasto parecía recientemente aplastado, como si la ventaja que les llevaban hubiera disminuido.

Mientras intercambiaban ideas al respecto, Tongané, que en aquel momento estaba asignado a la vigilancia de los caballos, de pronto llamó a sus amos. Dos animales acababan de caer, al igual que los tres primeros. Como aquellos, agonizaron sin que fuera posible auxiliarlos y murieron luego de una hora de sufrimiento.

Quedaban dos caballos aún, pero no iban a durar demasiado ya que sucumbieron durante la jornada del 10 de marzo.

¿Se asustaron los cargadores contratados en Kadú por aquellas muertes sucesivas? Más sencillamente, al arrojar un resultado irrisorio la cacería de la jornada del 10, temieron morir de hambre. Sea como fuere, desaparecieron en la noche del 10 al 11, y al despertar a la mañana siguiente los seis europeos, Tongané y Malik se encontraron sin cargadores, sin caballos y sin víveres.

Experimentaron entonces un momento de desánimo bastante natural que hubiera bastado para explicar la debilidad que comenzaban a sentir. La más agobiada era Jane Buxton, quien se reprochaba haber arrastrado a sus compañeros a aquel deplorable viaje y se sentía responsable de sus actuales miserias. Se acusaba a sí misma y solicitaba que la perdonaran.

Amédée Florence entendió que era imperioso reaccionar contra la depresión general.

—¡Cuánta cháchara inútil! —exclamó dirigiéndose a Jane Buxton con afectuosa brutalidad—. Supongo que todavía no estamos muertos. Que la caza no ha sido muy buena estos últimos días, ¡y bueno! Mejorará mañana; ¡eso es todo!

—No olvidemos —hizo notar el doctor Châtonnay viniendo en ayuda del reportero— que al abandonarnos, los negros nos han librado al mismo tiempo de sus seis estómagos.

—Fue una suerte —concluyó Florence—. Si no se hubieran ido, yo iba a proponerles que volvieran con sus gentiles familias. Estimo que en las actuales circunstancias no podía habernos ocurrido nada mejor.

—Gracias, señor Florence, gracias señores —decía Jane Buxton profundamente emocionada—. Crean que jamás olvidaré la buena voluntad y la devoción de ustedes.

—¡Nada de enternecimientos! —la interrumpió Florence—. No hay nada peor antes del almuerzo. Si les parece bien, ¡en marcha! ¡a cazar! y comamos hasta indigestarnos. A la hora del postre, nos permitiremos todas las efusiones que usted desee.

Al tornarse imposible la carga de paquetes después de la partida de los negros, hubo que abandonar la última tienda y el resto de la pacotilla para trueque. De ahora en más también Jane Buxton debería dormir al aire libre en caso de que no se encontrara refugio en alguna aldea abandonada. En cuanto a la pérdida de los artículos de trueque, nadie lo lamentó demasiado. ¿Para qué hubieran servido en una región desierta donde, en consecuencia, cualquier tipo de transacción era imposible? Por otra parte, ¿no les quedaba aún el oro para el caso de que las circunstancias cambiaran?

Fue en medio de esas tristes condiciones que se reinició la marcha. En la jornada del 12 de marzo, el camino los condujo a una aldea donde también descubrieron numerosos cadáveres de negros. El doctor hizo notar a sus compañeros que la muerte de

aquellos desdichados era más reciente y parecía remontarse a dos días antes a lo sumo. ¿Se debía deducir entonces que ahora la banda de asesinos estaba más cercana y existía la posibilidad de encontrarse con ella en cualquier momento?

A pesar de esa perspectiva poco tranquilizadora, se continuó avanzando hacia el norte. ¿Qué otra cosa se podía hacer por lo demás? Volver hacia el sur, al camino jalonado de aldeas hostiles o destruidas habría sido imposible. Más valía llegar al Níger cuanto antes, ya que sólo allí conseguirían ayuda.

Los agotados viajeros continuaban encontrando el desierto frente a ellos. Imposible encontrar otra cosa que una aldea que no fuera hostil, en el caso de que contara con un *tata* que la hubiera preservado de la destrucción, o un conjunto de chozas saqueadas, incendiadas, devastadas, en el caso contrario. En ninguna parte les era posible procurarse víveres y sólo subsistían gracias a casualidades favorables: tubérculos, batatas u otras raíces afortunadamente desenterradas en un *lugan* arrasado, un disparo feliz o a veces hasta algún miserable pez capturado por Saint-Bérain durante el descanso de la jornada. Aunque a decir verdad esta última fuente era la que fallaba más. Fuera del hecho de que la adversidad no había disminuido en nada la perpetua distracción ni tampoco la excesiva sensibilidad del fantástico sobrino de Jane Buxton, también era cierto que atravesaban territorios en donde los cursos de agua eran raros. Más de una vez debieron soportar la sed, ya que los poros que descubrían de tanto en tanto invariablemente estaban inutilizados. La maléfica potencia que se las ingeniaba para hostigar a los viajeros no olvidaba nada.

Sin embargo la energía de éstos no se doblegaba. Quemados por un sol de fuego, aguantando penosamente cuando no había caza, regulando las etapas de acuerdo con la creciente debilidad, seguían, no obstante, avanzando animosamente hacia el norte, día tras día, paso a paso, a pesar del cansancio, o pesar de la sed, a pesar del hambre.

Los dos negros hacían gala de una maravillosa indiferencia ante aquel trance. Habitados a las privaciones, acostumbrados a llevar una vida sembrada de miserias, tal vez sentían menos que sus amos las miserias presentes. Ambos daban prueba de la más emocionante lealtad.

—Yo no tener mucha hambre —decía Tongané a Malik para animarla a que aceptara alguna raíz comestible que acababa de descubrir.

Malik aceptaba el presente, pero para ofrecérselo a Jane Buxton quien, por otra parte, se apresuraba a colocarlo en la reserva colectiva que componía la próxima comida de todos. Así, cada uno cumplía con su deber, reaccionando según su temperamento personal.

Barsac se inclinaba más bien hacia el mal humor. No hablaba casi y si alguna palabra escapaba de sus labios generalmente estaba dirigida al Gobierno francés, cuya incapacidad lo había puesto a él, a Barsac, en semejante atolladero. Ya se veía en su banca de la Cámara. Mientras guardaba ese ansiado momento, preparaba los rayos y las centellas que lanzaría al regresar, cual Júpiter, desde lo alto de aquel Olimpo parlamentario.

El doctor Châtonnay también hablaba poco y a pesar de que resultaba bastante inhábil en lo concerniente a la caza, no por eso dejaba de ser muy útil. Buscaba los frutos comestibles, que descubría con bastante frecuencia, y preocupado ante todo por conservar al menos la apariencia de la alegría nunca dejaba de reír, con el sempiterno ruido de vapor escapando de una caldera, ante la menor ocurrencia de Amédée Florence.

—Lástima doctor —le decía este último— que sólo tenga el escape de gas. ¿Por casualidad no tendrá con usted el motor también? ¡Eso sí que nos vendría bien!

Y el buen doctor echaba a reír nuevamente, por principio.

El señor Poncin hablaba menos aún, ya que nunca abría la boca.

No cazaba, no pescaba, pero tampoco se quejaba. El señor Poncin no hacía otra cosa que no fuera escribir de tanto en tanto alguna mención en su misterioso cuaderno, que tanto continuaba intrigando a Amédée Florence.

Saint-Bérain se comportaba como siempre, es decir, ni más triste ni más alegre que en el momento de comenzar el viaje. Tal vez ignorara en qué situación se hallaba o quizás estuviera tan distraído que no se diera cuenta que tenía hambre.

A juzgar por las apariencias, daba la impresión de que Jane Buxton soportaba con menos filosofía las pruebas con que la agobiaba el destino, pero, sin embargo, aquellas eran ajenas a la creciente tristeza que reflejaba su rostro. Como nunca había imaginado que el viaje se cumpliría sin esfuerzo, aceptaba con entereza los obstáculos que iba encontrando en la marcha. Adelgazada, debilitada por las privaciones y sufrimientos de toda especie, al menos su energía se conservaba intacta y su pensamiento estaba concentrado en el objetivo que se había trazado. Pero a medida que se aproximaba a él, la inquietud y la angustia crecían sin que pudiera evitarlo. ¿Qué respuesta le daría la sepultura de Kubo? ¿Qué le revelaría la investigación que haría a continuación, tomando como centro de sus búsquedas los sitios donde había caído el hermano? ¿Averiguaría algo o tendría que volver con las manos vacías? Esas preguntas se amontonaban en su mente, cada día más imperiosas y más absorbentes.

Amédée Florence no había dejado de notar la tristeza de Jane Buxton y la combatía con todas las fuerzas. De hecho él era el alma de aquel pequeño grupo y los peores embates no ejercían ninguna influencia sobre su persistente buen humor. Oyéndolo daban ganas de agradecer al Cielo por su paternal buena voluntad, ya que ningún otro tipo de vida podía ser más rigurosamente correspondiente con una higiene bien entendida. Sucediera lo que sucediera, él siempre lo recibía con aplausos. ¿Había sed? Nada, mejor para su incipiente dilatación estomacal. ¿Tenía hambre? Nada más propicio para combatir la artritis que lo acechaba. ¿El cansancio había llegado a la extenuación? Según él, eso sería estupendo para dormir mejor. Y luego recurría siempre al doctor Châtonnay, que admirado del valor y la energía del bravo muchacho, siempre lo apoyaba.

El mérito de Amédée Florence era tanto mayor en la medida en que, además de las preocupaciones comunes a todos, tenía una inquietud suplementaria que sus compañeros ni siquiera sospechaban. Esto se remontaba al 12 de marzo, es decir al día en que habían atravesado por primera vez una aldea en la que el saqueo parecía haber ocurrido el día antes. A partir de aquel día, Amédée Florence había incorporado la íntima convicción de que eran vigilados, seguidos, espiados. Los espías acechaban en la selva, de eso estaba seguro, escoltando paso a paso la desamparada misión, presenciando su agonía, sin duda dispuestos a aniquilar el esfuerzo de esos náufragos de la tierra en el preciso momento en que estuvieran a punto de alcanzar la salvación. Con la vista y el oído constantemente alertas, había recogido numerosas pruebas confirmatorias de sus sospechas: durante el día, nuevas huellas de recientes campamentos, detonaciones apenas perceptibles, galope de caballos en la lejanía; durante la noche, cuchicheos,

deslizamientos y a veces el paso de una sombra incierta sobre la profunda oscuridad del cielo. Se había abstenido de comunicar a los compañeros sus observaciones, sus reflexiones, sus temores para no aumentar la angustia y también le había recomendado a Tongané, cuyas observaciones coincidían con las del reportero, que guardara silencio. Se limitaron a montar una guardia vigilante hasta el momento en que Florence estimara útil poner al tanto de la confidencia a sus compañeros.

Complicado por dificultades de esa naturaleza, el viaje evidentemente no pudo ser cumplido en los plazos previstos. Recién en la tarde del 23 de marzo se hizo alto por última vez antes de llegar a Kubo. Entre siete y ocho kilómetros separaban aún a los extenuados viajeros de aquel punto, pero, según Tongané, a menos de dos mil metros debía hallarse la tumba donde reposaban los restos del capitán George Buxton. Al amanecer del día siguiente volverían a ponerse en marcha.

Apartándose un poco del camino trazado, irían en primer término hasta el lugar donde había sido aniquilada la tropa insurgente y luego se dirigirían hacia la aldea. Si se encontraba en mejores condiciones que las anteriores, se reaprovisionarían y descansarían varios días, período en cual Jane Buxton podría llevar a cabo su investigación. En caso contrario, tomarían un trayecto oblicuo hacia Gao o se dirigirían hacia Tombuctú o Djenné, con la esperanza de encontrar territorios menos saqueados hacia el norte o hacia el este.

Fue en ese momento que Amédée Florence creyó oportuno advertir a sus compañeros sobre los hechos que lo preocupaban. Mientras descansaban de las fatigas del día y Malik cocinaba la frugal cena sobre un fuego alimentado por hierbas, les participó sus observaciones nocturnas y diurnas, de las que resultaba que muy probablemente no podrían dar un paso sin que lo supieran los invisibles, pero siempre presentes enemigos.

—Diría más —agregó— y me atrevería a afirmar que nuestros adversarios son ya viejos conocidos, casi viejos amigos. Incluso no tengo reparos en sostener, hasta que se pruebe lo contrario, que se trata de veinte negros y tres blancos y que uno de estos últimos se parece como un hermano a nuestro elegante amigo, el así llamado teniente Lacour, tan bien conocido por el honorable grupo aquí reunido.

—¿En qué se basa esa hipótesis, señor Florence? —preguntó Barsac.

—Ante todo en que nuestra pretendida escolta pudo conocer fácilmente nuestras intenciones y precedemos en el camino que debíamos seguir a los efectos de realizar contra nosotros el bonito trabajo que usted tuvo ocasión de admirar; sería muy difícil admitir la presencia de otra tropa que se hubiera entregado, ignorando nuestra existencia, a las mismas distracciones con un objetivo que sería absolutamente inexplicable. Hay algo más aún. Los moradores de las aldeas destruidas y el negro viejo que el doctor remendó fueron heridos del mismo modo. O sea que los asesinos andaban por los alrededores ya antes de la llegada de la segunda escolta, al igual que continúan presentes luego de la partida de aquella.

—Tal vez tenga razón, señor Florence —reconoció Barsac—, pero no nos dice demasiado después de todo. Ninguno de nosotros dudó nunca que la devastación de esta región estuviera dirigida contra nosotros. Que la devastación sea obra del teniente Lacour o de cualquier otro, que los bandidos estén alrededor de nosotros, en vez de precedemos como suponíamos, todo eso no cambia en nada nuestra situación.

—No pienso lo mismo —replicó Amédée Florence—. Tanto es así que me decidí a hablar esta noche, luego de haber mantenido un largo silencio al respecto, para no aumentar inútilmente los temores de todos. Pero ahora, a pesar de todo, hemos llegado a nuestro objetivo. Mañana o estaremos en Kubo, en consecuencia protegidos, o bien habremos cambiado de dirección, y quizá no dejaremos de ser perseguidos. Confieso que desearía engañar por una vez la vigilancia de que somos objeto para que nadie sepa qué hemos venido a hacer aquí.

—¿Por qué motivo? —preguntó Barsac.

—No lo sé muy bien —confesó Florence—. Es tan sólo una idea que me da vueltas en la cabeza. Pero me parece preferible, en beneficio de miss Buxton, que el objetivo de su viaje no sea conocido antes de que ella pueda realizar su investigación.

—Estoy de acuerdo con el señor Florence —aprobó Jane Buxton—. ¿Quién sabe si nuestros adversarios no están a punto de plantear abiertamente la lucha? Tal vez nos ataquen mañana y quizá me hagan fracasar cuando estoy a las puertas de mi objetivo. Por eso pienso que el señor Florence tiene razón al querer que yo escape de los espías que nos rodean. Desgraciadamente no veo el modo de hacerlo.

—Por el contrario, nada más fácil —explicó Amédée Florence—. En mi opinión es indiscutible que al menos hasta ahora quienes nos persiguen no se han arriesgado a ninguna tentativa directa. Se conforman con contrarrestar nuestra marcha y espiarnos, reservándose el derecho, si la idea de miss Buxton es correcta, de intervenir más eficazmente el día en que nuestra obstinación sea superior a su paciencia. Entonces es probable que la vigilancia se afloje un poco cuando estén seguros de que hemos hecho el descanso de la noche. La regularidad de nuestras costumbres debe tranquilizarlos y no deben poner en duda el hecho de que volverán a encontrarnos de mañana en el mismo sitio donde nos dejaron de noche. No hay ninguna razón para creer que la guardia de ellos sea más vigilante hoy que los demás días, a menos que estén resueltos a un ataque inmediato. Incluso en ese caso sería más oportuno que nunca intentar escapar por la tangente. Pero si no fuera así, nada más sencillo que partir de inmediato, aprovechando la oscuridad. Nos iríamos sucesivamente, haciendo el menor ruido posible, todos en la misma dirección, luego de convenir un punto de reunión. Después de todo, no es un ejército innumerable lo que tenemos a nuestros talones y necesitaríamos una notable mala suerte para que cayéramos en manos del seductor teniente Lacour.

El plan, cálidamente aprobado por Jane Buxton, fue adoptado.

Se convino que uno tras otro emprenderían camino hacia el este, hasta un espeso bosque, distante un kilómetro aproximadamente, en el que habían reparado antes de que cayera la noche. Esos árboles eran invisibles ahora, pero sabían en que dirección se encontraban y seguramente podrían llegar a ellos guiándose por una estrella que brillaba en el horizonte, encima de unas gruesas nubes que aumentaban aún más la oscuridad. Tongané sería el primero en partir, luego Jane Buxton, luego Malik. Los otros europeos vendrían a continuación, con Amédée Florence cerrando la marcha.

La partida se efectuó sin contratiempos. Dos horas más tarde, los seis europeos y los dos negros se reunían a la entrada del bosque. Se apresuraron a atravesarlo, de modo de poner esa impenetrable pantalla entre los fugitivos y sus enemigos. Luego avanzaron con mayor libertad. La proximidad del objetivo devolvía fuerzas a los menos fuertes. Ya nadie sentía el cansancio.

Después de una media hora de rápida marcha, Tongané se detuvo.

Según él, habían llegado al lugar donde la tropa insurgente de George Buxton había sido exterminada; pero, en medio de aquella noche profunda, no podía indicar con exactitud el punto preciso que le interesaba a Jane Buxton. Era necesario esperar el día.

Se hizo entonces un descanso de algunas horas. Jane Buxton, presa de la incertidumbre sobre lo que le reservaba el próximo amanecer, fue la única que no pudo dormir. Más urgentes que nunca, cien preguntas se le planteaban. ¿Su desdichado hermano estaría realmente muerto? ¿Descubriría alguna prueba que el tiempo no hubiera destruido? Si una prueba de ese tipo aún existía, ¿tendería a confirmar el crimen, a demostrar la inocencia o la dejaría en la misma incertidumbre? Y mañana, ¿cómo haría para iniciar la investigación que había resuelto llevar adelante? Los últimos testigos del drama, ¿no se habrían dispersado, desaparecido, o tal vez muerto o bien sería posible encontrar a alguno de ellos? Y si lo lograba, ¿cuál sería la verdad que aparecería en aquella boca?

Poco antes de las seis todos estaban en pie. En tanto el día iba despuntando, todos los ojos estaban fijos en Tongané, quien examinaba los alrededores tratando de encontrar sus puntos de referencia.

—Allí —dijo finalmente el negro, señalando un árbol alejado a unos trescientos o cuatrocientos metros y que se alzaba solitario en medio de la llanura.

Pocos momentos después todos estuvieron al pie de aquel árbol. Tongané continuaba mostrándose muy seguro, de modo que atacaron el suelo en el punto que él señalaba, a pesar de que no había ningún indicio que revelara que en aquel lugar había existido alguna vez una tumba. Febrilmente los cuchillos escarbaron la tierra, que se echaba a manos llenas a los bordes del agujero que iba creciendo en profundidad.

—¡Atención! —exclamó de pronto el reportero— ...Aquí hay osamenta...

Muy emocionada, miss Buxton debió apoyarse en el brazo del doctor.

Con cuidado, terminaron de despejar la fosa. En el fondo apareció un cuerpo, o mejor dicho, un esqueleto maravillosamente conservado. Alrededor de lo que habían sido los brazos, subsistían jirones de tela y bordados dorados, las insignias de su grado. Entre los huesos del tórax, apareció un portafolios casi enteramente destruido por el tiempo. Lo abrieron. No contenía más que un documento: una carta dirigida a George Buxton por su hermana.

Las lágrimas brotaron de los ojos de la muchacha. Llevó a los labios el papel amarillento que se disgregó entre sus dedos; luego, desfallecidamente, se acercó a la tumba.

—Doctor, se lo ruego —le dijo a Châtonnay con voz temblorosa—, ¿tendría la bondad de examinar los restos de mi desdichado hermano? —A sus órdenes, miss Buxton —respondió el doctor, conmovido hasta el punto de olvidar el hambre que le atenazaba las entrañas.

El doctor Châtonnay bajó a la tumba y procedió, con el cuidado y método de un médico forense, al examen que le habían requerido. Cuando terminó, su rostro cobró una intensa gravedad y denotaba una intensa emoción.

—Yo. Laurent Châtonnay, doctor en medicina egresado de la Universidad de París —dijo no sin cierta solemnidad y en medio de un profundo silencio de sus interlocutores—, certifico lo siguiente: primero, la osamenta sometida a mi examen, la que miss Burton declara que pertenecen a su hermano George Buxton, no tienen huellas de ninguna herida provocada por arma de fuego; segundo, el hombre a quien perteneció esta osamenta fue asesinado; tercero, la muerte fue provocada por una puñalada de arriba hacia abajo que atravesó el omoplato izquierdo y alcanzó la parte superior del corazón; cuarto, ésta es el arma del crimen, retirada por mí de la envoltura ósea en la que había quedado clavada.

—¡Asesinado!... —murmuró Jane aterrada.

—Asesinado, lo sostengo —repitió el doctor Châtonnay—. ¡Y por la espalda!...

—Por la espalda.

—¡Entonces George sería inocente!... —exclamó Jane Buxton estallando en sollozos.

—La inocencia de su hermano es una cuestión que excede mi competencia —respondió suavemente el doctor Châtonnay— y no podría sostenerla con el mismo rigor que he empleado en los hechos materiales que he constatado, pero debo decirle que me parece infinitamente probable. De mi examen resulta, en efecto, que su hermano no cayó con las armas en la mano como se había creído hasta ahora sino que fue asesinado por la espalda antes, durante o después de la salva que ha registrado la historia. ¿En qué momento exacto y por quién fue alcanzado?; lo ignoro. Todo lo que se puede decir es que el golpe no provino de uno de los soldados regulares ya que el arma que dio muerte a su hermano fue un puñal y no un arma de guerra.

—Gracias, doctor —dijo Jane recuperándose poco a poco—. Tales como se presentan, los resultados de mi viaje son como para inspirarme confianza... Algo más, doctor. ¿Estaría dispuesto a testificar por escrito lo que usted vio hoy, y los señores tendrían la bondad de ser testigos?

Todos se pusieron rápidamente a disposición de Jane Buxton.

En una hoja que el señor Poncin consintió en arrancar de su cuaderno, Amédée Florence redactó una relación de los hechos comprobados en la mañana y este testimonio, firmado por el doctor Châtonnay y luego por todos los presentes, fue entregado a Jane Buxton conjuntamente con el arma encontrada en la tumba de su hermano.

Al tocar aquella arma, la muchacha se estremeció. Era un puñal al que una espesa capa de herrumbre, tal vez mezclada con sangre, recubría la fuerte hoja rectangular de caras moldeadas por profundos canalones. En el mango de ébano medio roído por la humedad de la tierra, aún se distinguían las huellas de una inscripción desaparecida.

—Observen señores —dijo Jane mostrando aquellas huellas casi invisibles—, esta arma llevaba inscrito el nombre del asesino.

—¡Lástima que se haya borrado! —suspiró Amédée Florence mientras examinaba el arma—. Pero, esperen... Todavía se alcanza a leer algo... Una i y una l, me parece.

—Es poco —dijo Barsac.

—Tal vez no sea necesario más para desenmascarar al asesino —dijo gravemente Jane.

Ante una orden de la muchacha. Tongané volvió a echar sobre los restos de George Buxton la tierra que habían sacado, la que

fue dispuesta cuidadosamente. Luego, dejando la trágica tumba en su soledad, se encaminaron hacia Kubo. Pero tres o cuatro kilómetros después debieron detenerse. Las fuerzas comenzaron a faltarle a Jane Buxton, cuyas rodillas flaquearon, y debió tenderse en el suelo.

—La emoción —explicó al doctor Châtonnay.

—Y el hambre —agregó con toda razón Amédée Florence—. ¡Vamos, Saint-Bérain, mi viejo!, ¡no vamos a dejar morir de inanición a su sobrina, aunque sea su tía, qué diablos! ¡A cazar! y, por favor, trate de no confundirme con una pieza de caza.

Desafortunadamente la caza no abundaba. La mayor parte de la jornada había transcurrido sin que ambos cazadores hubieran visto ni un animal como para apuntarle con los fusiles. Solamente al finalizar la tarde los favoreció la suerte. Como para compensar la demora, el panorama nunca había resultado tan brillante: dos gallináceas y una perdiz sucumbieron ante el plomo. Por primera vez en mucho tiempo pudieron realizar una comida abundante. No obstante debieron renunciar a llegar a Kubo aquella misma noche y resolvieron pasar una última noche al aire libre.

Agotados por el cansancio y convencidos de que habían despistado a sus adversarios, los viajeros descuidaron aquella noche la guardia que habitualmente se imponían. Por eso nadie pudo ver los extraños fenómenos que acaecieron durante la noche. Hacia el oeste, varias veces brillaron débiles luces en la llanura. Otras luces, éstas sí poderosas, le respondieron desde el este, a gran altura, aunque no había ninguna montaña en aquella comarca notablemente llana. Poco a poco aquellos débiles resplandores del oeste y las poderosas luces del este se aproximaron; los primeros lentamente y las segundas con gran rapidez. Ambas convergieron en el punto ocupado por los viajeros dormidos.

De pronto estos fueron despertados con gran sobresalto por el extraño ronquido que ya habían oído luego de la partida de Kankan, pero el ruido era ahora mucho más cercano e infinitamente más intenso. Apenas habían abierto los ojos cuando luces fulgurantes que emanaban de una decena de focos de gran poder, semejantes a proyectores eléctricos, brotaron súbitamente desde el este, a unos cien metros de ellos. Trataban todavía de darse cuenta de la naturaleza del fenómeno, cuando algunos hombres salieron de las sombras del norte y del sur, entraron en el cono iluminado y se precipitaron sobre los viajeros aturdidos, enceguecidos. En un instante, éstos se vieron reducidos. En la noche una voz brutal preguntó en francés:

—¿Son ustedes, muchachos? Luego, después de un silencio:

—Al primero que se mueva, una bala en la cabeza... ¡Vamos, en marcha!

SEGUNDA PARTE

BLACKLAND

Casi en el cruce del segundo grado de longitud oeste y del décimo sexto grado de latitud norte, es decir, un poco más abajo del punto más septentrional que alcanza el Níger, se levanta sobre la ribera izquierda del río la ciudad Gao-Gao, en una parte donde el curso del río marca el límite sudeste del Sahara. Transponiendo esa línea comienza el desierto, que continúa al norte hasta Marruecos, Argelia y la Tripolitania, hacia el este hasta Egipto y Nubia, hacia el sur hasta las posesiones europeas de África Central y hacia el oeste hasta el océano. Los oasis más cercanos de Gao-Gao, Adrar, al norte, y Air, al este, están a cuatrocientos kilómetros de arena el primero y novecientos el segundo. En los mapas más exactos y más modernos, esa inmensa extensión de trescientos sesenta mil kilómetros cuadrados sólo aparece representada por un espacio totalmente virgen. En la época en que la misión comandada por el diputado Barsac soportaba las peripecias que se han contado en la primera parte de este relato, nadie había atravesado esa superficie, nadie se había atrevido a penetrarla. Era completamente desconocida.

Por aquella época, corrían las más extrañas leyendas sobre aquella región inexplorada entre los ribereños del Níger. Los indígenas contaban que a veces se veían pasar a toda velocidad rumbo a aquellas áridas llanuras a inmensos pájaros negros con ojos que desprendían fuego... Otras veces se les oía hablar de una horda de grandes diablos rojos montados en fogosos caballos cuyas narinas arrojaban llamas, que salían de pronto de la misteriosa comarca. Esos fantásticos caballeros atravesaban las aldeas al galope, matando, masacrando a quienes encontraban al paso, luego volvían a ganar el desierto llevándose en las sillas a hombres, mujeres y niños que nunca más volvían a ser vistos.

¿Quiénes eran los malignos seres que destruían de aquel modo las aldeas, saqueaban las chozas, se apropiaban de las miserables riquezas de los pobres negros y desaparecían dejando tras de sí la ruina, la desesperación y la muerte? Nadie lo sabía. Nadie había tratado de saberlo siquiera. ¿Quién se hubiera atrevido a seguir las huellas de los enemigos a quienes la imaginación popular otorgaba un poder sobrenatural y que muchos consideraban como las feroces divinidades del desierto?

Tales eran los rumores que corrían por aquella época a lo largo del Níger, desde Aribinda hasta Gurma, a más de ciento cincuenta kilómetros de la ribera derecha.

Si alguien más osado que aquellos negros pusilánimes se hubiera aventurado en el desierto, si ese audaz hubiera llegado, luego de un recorrido de doscientos sesenta kilómetros, al punto situado por un grado cuarenta minutos de longitud este y por quince grados cincuenta minutos latitud norte, habría obtenido la recompensa a su valor pues habría visto lo que nunca habían visto ni los geógrafos ni los exploradores ni las caravanas: una ciudad*.

Sí, una ciudad, una verdadera ciudad que no figuraba en ningún mapa y cuya existencia nadie sospechaba, aunque su población

* Luego de los acontecimientos aquí relatados, la región situada al este de Gao-Gao fue finalmente reconocida. El transcurso del relato explicará por qué razón no se encontraron más que unas pocas huellas de la ciudad en cuestión.

total, comprendidos los niños, no fuera inferior a seis mil ochocientos ocho habitantes.

Si el hipotético viajero hubiera preguntado entonces a uno de los habitantes el nombre de la ciudad, si éste hubiera consentido en responderle tal vez le hubiera dicho en inglés: *Blackland is the name of this city*, pero también hubiera sido posible que le respondieran en italiano: *Questa citta e Terra Nera*; en bambara: *Ni duguba ntockó a bé Bankú Fing*; en portugués: *Hista cidade e Terranegra*; en español: *Esta ciudad es Tierranegra*, significado que podría haber aparecido en cualquier otra lengua, como en Francés: *Le nom de cette ville est Terre-Noire*.

Tampoco existía imposibilidad alguna para que esa información hubiera sido dada en latín: *Isla urbs Terra nigra est*. El inquisidor se las habría visto en ese caso con Josias Eberly, un ex profesor que al no poder emplear su erudición en Blackland, había abierto una tienda transformándose en boticario y comerciante de productos para teñir, tal como lo indicaba este cartel: *Josias Eberly. Druggist. Products for dye*.

Todas las lenguas coexistían en esa nueva Torre de Babel, cuya población se componía, en momentos en que la misión Barsac sucumbía cerca de Kubo, además de cinco mil setecientos setenta y ocho negros y negras, de mil treinta blancos llegados de todos los países del mundo, pero cuya inmensa mayoría tenía el común denominador de haber escapado de cárceles y prisiones, de ser aventureros capaces de todo menos del bien, de ser desclasados dispuestos a las peores fechorías. Sin embargo, como los representantes de la raza inglesa predominaban dentro de esa heteróclita muchedumbre, por la misma razón la lengua inglesa predominaba sobre las demás. Era el inglés el idioma en que se redactaban las proclamas del jefe, las actas de estado civil, si es que se podía llamar estado civil a lo que funcionaba en la ciudad, y el diario oficial de la localidad: *The Blacklands Thunder* (El rayo de Blackland).

Muy curioso era ese periódico, tal como podrá juzgarse por estos fragmentos, entresacados de algunos números:

«John Andrew colgó ayer al negro Koromoko, quien había olvidado traerle la pipa luego del lunch.»

«Ayer por la tarde, a las seis, partida hacia Kurkussú y Bidi de diez planeadores, con diez Merry Fellows, bajo el mando del coronel Hiram Herbert. Razia completa de esas dos aldeas a las que no habíamos visitado desde hacía tres años. Regreso en la misma noche».

«Hemos sabido que una misión francesa, dirigida por un diputado de nombre Barsac, partirá próximamente de Conakry. Al parecer esa misión tendría la intención de llegar al Níger, pasando por Sikasso y Uagadugú. Hemos tomado todas las precauciones. Veinte hombres de la Guardia negra y dos Merry Fellows estarán constantemente en vigilancia. Oportunamente se les reunirá el capitán Edward Rufus. Edward Rufus, que como se sabe es un desertor de la infantería colonial, jugará, bajo el nombre de teniente Lacour, el rol de un teniente francés y aprovechará su perfecto conocimiento de las costumbres militares de esa nación para detener de un modo u otro al citado Barsac, que, con toda seguridad, no llegará al Níger.»

«Ayer, en el Garden's Bridge, como consecuencia de una discusión, el consejero Ehle Willis se vio obligado a meter un plomo en la cabeza del Merry Fellow Constantin Bernard. Éste cayó al Red River donde, empujado por el peso anormal de su cabeza recientemente emplomada, se ahogó. De inmediato se abrió un concurso a los efectos de poder reemplazar al difunto. Fue Gilman Ely quien obtuvo las palmas, con diecisiete condenas dictadas por tribunales franceses, ingleses y alemanes, y un total de veintinueve años de prisión y treinta y cinco de trabajos forzados. Gilman Ely pasa entonces del Civil Body a los Merry Fellows. Vayan nuestros mejores deseos para él.»

Como sin duda se habrá notado, Josias Eberly, John Andrew, Hiram Herbert, Edward Rufus, Ehle Willis, Constantin Bernard, Gilman Ely no eran más que la asociación de dos nombres. Esta práctica era un uso generalizado en Blackland donde todo recién llegado experimentaba un segundo bautismo y perdía su nombre patronímico, que nadie, excepto el jefe, conocía. Único entre los habitantes de raza blanca, si se exceptúa una fracción particular de la que se hablará más adelante, ese jefe era designado según el modo habitual y su nombre debía ser más bien un sobrenombre terrible y siniestro. Lo llamaban Harry Killer, o sea en sentido literal. Harry el Asesino. Harry el Matador.

Unos diez años antes del secuestro de los restos de la misión Barsac, hecho con el cual concluyó la primera parte de este relato, Harry Killer, proveniente nadie sabe de dónde, junto a algunos individuos de su calaña había llegado a aquel punto del desierto donde debía levantarse Blackland, levantó allí su tienda y luego dijo: «La ciudad se construirá acá.» y Blackland había surgido de la arena como por encanto.

Era una ciudad muy singular. Construida en terreno absolutamente llano, sobre la margen derecha del Tafasasset, río eternamente seco hasta el día en que la voluntad de Harry Killer lo colmó de agua corriente, la ciudad afectaba forma de semicírculo riguroso y medía exactamente mil doscientos metros del noroeste al sudoeste, es decir en la parte paralela al río, y no menos exactamente seiscientos metros del noroeste al sudoeste. La superficie, que en consecuencia alcanzaba una extensión de alrededor de cincuenta y seis hectáreas, estaba dividida en tres secciones desiguales, limitadas por infranqueables murallas de adobe semicirculares y concéntricas, de una altura de diez metros y de un ancho casi igual en la base.

Inmediatamente junto al río, cuyo primitivo nombre Harry Killer cambió por el de Red Ríver. Río Rojo, se trazó la primera sección con un radio de doscientos cincuenta metros. Un bulevar de cien metros de ancho, robado de punta a punta a la segunda sección y que seguía el ribazo del río hasta encontrar la tercera sección, aumentaba notablemente su superficie, cuyo total rondaba las diecisiete hectáreas.

En esa primera sección vivía la aristocracia de Blackland, a los que se llamaba por oposición los Merry Fellows*. A excepción de algunos habitantes llamados a destinos más altos, los compañeros de Harry Killer, en momentos en que se había resuelto fundar una ciudad en aquel lugar, se habían convertido en el embrión del cuerpo de los Merry Fellows. En torno a ese primer nudo, pronto vino a nuclearse una multitud de bandidos escapados de las cárceles y trabajos forzados, a los que Killer había atraído prometiéndoles la ilimitada satisfacción de sus detestables instintos. En poco tiempo los Merry Fellows habían llegado a ser ciento sesenta y seis, cantidad que, bajo ningún pretexto, debía aumentar.

Las funciones de los Merry Fellows eran múltiples. Organizados de modo militar, ya que comprendían un coronel, cinco

* Los alegres muchachos.

capitanes, diez tenientes y cincuenta sargentos, comandaban respectivamente a quinientos, cien, cincuenta y diez hombres, formando en primer término el ejército de Blackland y por lo tanto estaban encargados de hacer la guerra. Guerra sin mayor mérito, por lo demás, guerra de rapiñas, que consistía únicamente en saquear miserables aldeas y en masacrar a los habitantes que no eran traídos como esclavos. Los Merry Fellows ejercían, además, funciones de policía de la ciudad y manejaban a bastonazos, cuando no a tiros, a los esclavos a cuyo cargo estaban todas las tareas sin excepción y en especial los trabajos agrícolas. Pero, por encima de todo, formaban la guardia del jefe y ejecutaban ciegamente su voluntad.

La tercera sección, la más alejada del centro, sólo constaba de un espacio semicircular de mil seiscientos metros de largo y cincuenta de ancho uno de cuyos extremos conducía a la primera sección y el segundo al Red River; esta sección controlaba la ciudad entre la muralla que la defendía del exterior y la línea que limitaba la segunda sección, donde estaban alojados los esclavos.

En este tercer sector vivían, bajo la común denominación de Civil Body*, los blancos que no habían podido entrar en la primera sección. Mientras se aguardaba que quedara un lugar vacante en la primera sección, lo que nunca demoraba mucho: las costumbres brutales practicadas en Blackland hacían que los decesos fueran muy frecuentes en la ciudad, especialmente en el Civil Body, que en consecuencia podía ser considerado como un purgatorio desde donde el cuerpo de los Merry Fellows venía a ser como un Paraíso. Los Merry Fellows eran mantenidos por el jefe en base al producto de negocios comunes, a los que se dedicaban intensamente. Por lo tanto su sección era el barrio comercial de la ciudad y era allí donde, contra dinero, era posible encontrar una infinidad de productos, incluidos los más lujosos, que el comerciante había comprado al jefe supremo, quien se los procuraba mediante el saqueo o, cuando se trataba de objetos de origen europeo, por medios que sólo eran conocidos por él y sus más inmediatos allegados.

En momentos en que se habla por primera vez en este relato de Blackland, la tercera sección contaba con doscientos ochenta y seis habitantes, entre los que había cuarenta y cinco mujeres blancas, las que no valían más que sus conciudadanos varones del mismo color.

Entre la primera y tercera sección, la segunda, cuya área superaba las treinta y una hectáreas y media, ocupaba el resto de la ciudad. Era el barrio de los esclavos, cuya cantidad se elevaba entonces a cinco mil setecientos setenta y ocho, entre los cuales cuatro mil ciento noventa y seis hombres y mil quinientos ochenta y dos mujeres. Era allí donde vivían, salvo muy pocas excepciones. Allí estaban sus chozas. Allí transcurría su triste vida.

Todas las mañanas se abrían las cuatro puertas de la muralla que rodeaba aquel infierno y bajo la conducción de los Merry Fellows, armados con bastones y revólveres, los negros que no estaban afectados a los cuidados de la ciudad iban en brigadas a entregarse a las tareas agrícolas. Al anochecer, el lamentable rebaño volvía del mismo modo y las pesadas puertas volvían a cerrarse hasta el día siguiente. No quedaba ninguna posibilidad de salir al exterior. A un lado estaban los Merry Fellows y al otro el Civil Body. Tanto de un lado como del otro, seres tan sanguinarios como feroces.

Muchos de aquellos miserables morían ya fuera a causa de las privaciones que debían soportar o por los golpes de los guardias que demasiado a menudo se transformaban en asesinatos. Era una pequeña desgracia. Una razia pronto colmaría los vacíos y reemplazaría con otros mártires a los que la muerte liberaba.

Pero los barrios de la margen derecha que acaban de ser descritos sucintamente no constituían toda la ciudad de Blackland. En la margen izquierda del Red River, donde el terreno se levantaba bruscamente formando un montículo de unos quince metros de altura, la muralla se prolongaba delimitando un rectángulo de mil doscientos metros de ancho. Esa segunda ciudad, poco menor que la primera ya que su superficie alcanzaba las treinta y seis hectáreas, se dividía en dos partes iguales a las que separaba una alta muralla transversal.

En una de las mitades, situada en la pendiente noroeste de la elevación, estaba el Fortress's Garden, jardín público, en que en su extremo septentrional comunicaba al mismo nivel mediante un puente, el Garden's Bridge*, con las secciones de los Merry Fellows y el Civil Body. La otra mitad, colocada en la cumbre del montículo, alojaba los órganos vitales de la ciudad.

En el ángulo norte, contiguo al Jardín Público, se levantaba una vasta construcción cuadrangular rodeada de murallas en estrella cuya fachada noroeste caía a pico en el Red River desde una altura de unos treinta metros; era el Palacio, como se lo llamaba comúnmente, donde Harry Killer y nueve de sus compañeros iniciales, promovidos al rango de consejeros, habían establecido domicilio. Muy singulares resultaban esos consejeros, que eran también los más habituales cómplices de los crímenes del jefe. Singulares consejeros, cuya función principal consistía en asegurar la inmediata ejecución de las órdenes de un amo inaccesible y casi siempre invisible, asimismo como el cumplimiento de sus inapelables sentencias.

Un segundo puente, al que una reja cegaba durante la noche, el Castle's Bridge*, enlazaba la sede del gobierno con la margen derecha del río.

Al palacio se le había anexado dos pabellones, uno afectado a doce esclavos que cumplían funciones de criados y a cincuenta negros, elegidos entre aquellos cuyos instintos naturales habían resultado más feroces, quienes integraban la guardia negra; el otro pabellón estaba destinado a cuarenta blancos seleccionados del mismo modo, a quienes se había confiado la conducción de igual número de máquinas voladoras que en Blackland se llamaban planeadores.

Admirable invento de un cerebro genial, esos planeadores eran prodigiosas máquinas capaces de recorrer sin reabastecerse hasta cinco mil kilómetros a una velocidad promedio de cuatrocientos kilómetros por hora; ese prodigio había sido posible gracias a procedimientos de los que muy pronto hablaremos. El don de la ubicuidad que parecían poseer los piratas de Blackland lo debían a esos planeadores que les permitían desaparecer apenas cometían sus crímenes y el poder despótico de Harry Keller reposaba principalmente en esas máquinas.

En efecto, era mediante el terror que éste gobernaba el desconocido imperio del que Blackland era la capital y mediante el terror había establecido y mantenido su autoridad. No obstante, el autócrata no había dejado de prever la revuelta de sus súbditos

* Cuerpo civil.

* El puente del jardín.

* Puente del castillo.

tanto blancos como negros. Prudentemente había colocado el Palacio de tal modo que pudiera dominar y mantener perpetuamente bajo la amenaza de sus cañones a la ciudad, el jardín y los pabellones. Toda revuelta habría significado una masacre sin que los insurgentes pudieran siquiera intentar la huida. Dejando de lado el hecho de que el desierto constituía por sí solo una barrera infranqueable, pronto se verá como una vez que se ingresaba en aquella ciudad había que renunciar a cualquier esperanza de abandonarla.

En otro orden de cosas, Blackland era lila ciudad perfectamente limpia, bien cuidada y provista de todas las comodidades posibles. No había una sola vivienda de Merry Fellow o de Civil Body que no tuviera teléfono. No había una sola calle, una sola casa, ni siquiera una sola choza del barrio de los esclavos, que no gozara del beneficio del agua corriente y no estuviera iluminada a electricidad.

En los alrededores de la ciudad fundada diez años antes en pleno desierto el prodigio era mayor aún. Si bien era cierto que el océano de arena la continuaba rodeando, ahora comenzaba sólo a algunos kilómetros de la muralla. En las inmediaciones de la ciudad, sobre una extensión tan grande que el horizonte no permitía descubrir el límite, el desierto había dejado lugar a campos cultivados según los más perfectos métodos en los que crecían, con éxito creciente año tras año, todos los vegetales de África y Europa.

Tal era, en conjunto, la obra de Harry Killer, obra que habría resultado admirable si no hubiera tenido al crimen por base y objeto. Pero, ¿cómo la había llevado a cabo? ¿Cómo había transformado en campo fértil aquellas llanuras áridas y desérticas? El agua es el elemento indispensable para cualquier tipo de vida animal o vegetal. Para que el hombre y los animales subsistan, para que la tierra produzca, es indispensable el agua. ¿Cómo había conseguido agua Harry Killer en aquella región donde antiguamente pasaban años enteros sin que cayera una sola gota de lluvia? ¿Estaba dotado de un poder mágico que le permitía realizar esos milagros?

No, Harry Killer no poseía ningún poder sobrenatural y, librado a sus propios medios, seguramente habría sido incapaz de realizar semejantes maravillas. Pero Harry Killer no estaba solo. El Palacio, donde vivía con quienes llamaba desvergonzadamente sus consejeros, los pabellones de la Guardia negra y los hangares de los planeadores sólo ocupaban en conjunto una ínfima parte de la última sección de Blackland. En medio de un amplio espacio libre, existían otras construcciones, otra ciudad mejor dicho, incluida en la primera, cuyas diversas partes, los patios y jardines interiores ocupaban por sí solos unas nueve hectáreas. Frente al Palacio se levantaba la Usina.

La Usina era una ciudad autónoma, independiente, a la que el jefe le prodigaba dinero, respetaba y, aunque no se lo confesara, temía un poco. Si bien fue él quien concibió la ciudad, la Usina fue quien la creó dotándola de todas las perfecciones modernas y además de inventos extraordinarios que Europa sólo conocería muchos años después.

La Usina tenía un alma y un cuerpo. El alma era su director. El cuerpo era un centenar de obreros pertenecientes a diferentes nacionalidades, pero sobre todo de Francia e Inglaterra, donde se eligieron entre los mejores de sus profesiones respectivas y de donde habían sido traídos mediante un puente de oro. Cada uno de ellos tenía sueldo de ministro, pero debía someterse a las inflexibles reglas de Blackland.

Casi todos los oficios aparecían con esos obreros, entre los que predominaban los ajustadores mecánicos. Algunos eran casados y en aquella época de la historia de Blackland, la Usina albergaba a veintisiete mujeres, más un reducido número de niños.

Esa población de honrados trabajadores, que contrastaba tan extrañamente con los demás habitantes de la ciudad, vivía en la Usina, de donde les estaba rigurosamente prohibido salir. Aunque hubieran querido hacerlo, les habría resultado imposible ya que estaban sujetos a una severa vigilancia ejercida noche y día por la Guardia negra y los Merry Fellows. Por lo demás, de esto se les prevenía en el momento de contratados y ninguno había intentado infringir la regla. A cambio de los salarios muy elevados que les ofrecían, debían considerarse completamente apartados del mundo durante el tiempo que pasaran en Blackland. No solamente no podrían abandonar la Usina, sino que tampoco podrían escribir a nadie ni recibir ningún mensaje del exterior. Tales eran las condiciones planteadas en el momento del contrato. Muchos eran los que retrocedían ante el rigor de las condiciones. Otros, sin embargo, de tanto en tanto se dejaban tentar, por el elevado salario ofrecido. ¿Qué se puede perder, en suma, cuando se es pobre y cuando hay que luchar para ganarse el pan? La posibilidad de enriquecerse bien valía el fastidio de ir a lo desconocido y después de todo, se decían, como máximo lo único que se arriesgaba en la aventura era la vida.

Una vez cerrado el contrato, se ejecutaba de inmediato. El obrero contratado obtenía pasaje en un barco que se le indicaba y que lo conducía a una de las islas Bissagos, archipiélago situado cerca de la costa de la Guinea portuguesa, donde desembarcaban. Allí debía consentir en que le vendaran los ojos y en uno de los planeadores, para los que había sido dispuesto un hangar en un punto desierto de la costa del archipiélago, se lo conducía en menos de seis horas a Blackland, que distaba dos mil doscientos kilómetros a vuelo de pájaro. El planeador bajaba en la explanada que separaba el Palacio de la Usina y el obrero, a quien le quitaban la venda de los ojos, entraba a esta última para ya no volver a salir hasta el día en que le conviniera rescindir el contrato y volver a su país.

En ese punto el contrato reservaba, en efecto, la libertad del obrero contratado. Si bien era prisionero en tanto vivía en Blackland, en cambio se le permitía abandonar la ciudad en cualquier momento y para siempre. En ese caso, a la misma explanada donde lo había dejado el planeador, vendría otro planeador para llevárselo a las islas Bissagos, donde encontraría un vapor que lo devolvería a Europa. Tal era al menos la garantía otorgada a los obreros deseosos de partir. Pero lo que ignoraban los compañeros que quedaban en la Usina era que los hombres que habían partido usando aquel beneficio nunca llegaban a destino, que sus huesos blanqueaban en alguna parte del desierto y que los salarios que se llevaban invariablemente eran recuperados por quien los había distribuido. Así, la caja fuerte de este último no se empobrecía, así quedaba en secreto la existencia de Blackland y así permanecía desconocido el imperio de Harry Killer.

Por otra parte esas partidas eran escasas. En la imposibilidad de conocer, de sospechar siquiera, qué tipo de vida llevaban los habitantes de una ciudad de la que carecían de la más mínima información, aquellos obreros sólo muy excepcionalmente solicitaban abandonar su pequeña ciudad particular. Con ellos vivían nueve esclavos negros de ambos sexos, al igual que ellos prisioneros, con la misión de ayudar a las mujeres en las tareas domésticas; los obreros se sentían felices, en suma, más felices que

lo que habían sido en sus países de origen, concentrados en trabajos que los apasionaban hasta el punto de que a veces sin que nadie se lo exigiera se quedaban hasta altas horas de la noche realizándolos.

Por encima de ellos, sólo había un jefe, su director, un francés llamado Marcel Camaret, a quien consideraban casi como a un dios.

Marcel Camaret era el único habitante de la Usina que podía salir libremente de ella y andar por donde se le ocurriera, tanto por las calles como por los alrededores de Blackland. Aunque pudiera hacer uso de la libertad de pasear por donde se le ocurriera, no hay que deducir de ello que estaba mejor informado que el personal a sus órdenes acerca de las particulares costumbres de aquella ciudad de la que ignoraba hasta el nombre.

Cuando un día uno de los obreros lo interrogó al respecto, Camaret quedó desconcertado por un momento, con total buena fe, y luego, para gran asombro de su subordinado, le respondió con gran vacilación:

—Bueno... no sé mucho acerca de eso...

Nunca, hasta aquel momento, se le había ocurrido informarse al respecto. Por otra parte, ni siquiera volvió a pensar en el asunto después de aquella ocasión.

Parecía tener unos cuarenta años. De estatura mediana, hombros estrechos, pecho plano, de cabellos cuidados, escasos, de un rubio descolorido que le conferían un aspecto delicado y frágil. Tenía gestos medidos, una calma inalterable, hablaba con timidez infantil, con voz débil y dulce, que nunca subía hasta el tono colérico o impaciente, cualquiera fuera la circunstancia en la que se encontrara. Inclina constantemente la cabeza, demasiado pesada, sobre el hombro izquierdo y su rostro, de palidez mate, rasgos finos y enfermizos no tenía más que una belleza: dos admirables ojos azules llenos de cielo y ensoñación.

Alguien observador hubiera descubierto otra cosa en aquellos ojos magníficos. A ratos pasaba por ellos un resplandor vago y perturbador y, a veces, la expresión adoptaba un tono extraviado. Quien hubiera sorprendido ese resplandor no habría dejado de tener razón si afirmaba que Marcel Camaret estaba loco y tal vez ese juicio no estaba demasiado lejos de la verdad. ¿Acaso no es bastante corta la distancia que separa al hombre superior del demente? ¿En algún sentido el genio no roza la locura?

Aparte de su timidez, de su debilidad física y de su dulzura, Marcel Camaret estaba dotado de una ilimitada energía. Las más grandes calamidades, los peligros más inminentes, las más crueles privaciones lo dejaban insensible. Porque los ignoraba. Sus límpidos ojos azules sólo miraban hacia el interior y no reparaba en absoluto en las contingencias exteriores. Vivía fuera del tiempo, en un mundo férreo completamente poblado por quimeras. Pensaba. Pensaba mucho, no hacía más que pensar, siempre. Marcel Camaret no era otra cosa que una máquina de pensar, máquina prodigiosa, inofensiva y terrible.

Muchísimo más distraído que Saint-Bérain, o, mejor dicho, «ajeno» a todo lo que constituía la vida material, más de una vez se había caído al Red River, creyendo que caminaba sobre un puente. Su criado, al que un rictus simiesco le había valido el nombre de Joko, no conseguía hacerlo comer a horario regular. Marcel Camaret comía cuando tenía hambre y dormía cuando tenía sueño, ya fuera mediodía o medianoche.

Diez años antes, circunstancias que no tardarán en ser conocidas, lo habían colocado en el camino de Harry Killer. En aquella época, una sorprendente máquina capaz, según su inventor, de provocar la lluvia, era una de las quimeras de Camaret. Éste, que no dejaba de contar sus delirios a quien lo quisiera escuchar, había participado su invención, aún totalmente teórica, a Harry Killer y a otros interlocutores. Pero mientras estos últimos no hacían más que descostillarse de risa ante tales locuras, Harry Killer las había tomado en serio, hasta el punto de basar en ellas el proyecto que luego habría de realizar.

Si bien Harry Killer era un bandido, al menos era un bandido de gran envergadura, a quien le cupo el mérito de comprender todo el partido que podía sacar del genio desconocido. Una vez que la casualidad puso a Camaret a su merced, el bandido no hizo más que deslumbrar al sabio con la posibilidad de realizar sus sueños y así lo arrastró hasta aquel punto del desierto donde ahora se levantaba Blanckland diciéndole: «¿Que caiga aquí la lluvia prometida!» Y la lluvia, dócilmente, se había puesto a caer.

A partir de entonces, Camaret vivió en una perpetua fiebre. Había ido materializando sucesivamente todas sus quimeras. Después de la máquina de hacer llover, su cerebro había producido otras cien invenciones de las que se había beneficiado Harry Killer, sin que el autor jamás se hubiera preocupado por el modo en que eran empleadas sus creaciones.

Claro que nadie habría hecho responsable al inventor por el mal que causara indirectamente. A nadie se le habría ocurrido, por ejemplo, acusar al inventor del revólver de todos los crímenes cometidos mediante esa arma que no habría existido sin su padre. Y finalmente, el creador de ese agente de la muerte no ignoraba que semejante instrumento podía y debía matar y fue con ese objetivo que lo concibió.

Nada de eso sucedía en el caso de Marcel Camaret. Si alguna vez se le hubiera ocurrido la fantasía de estudiar un cañón cuyo alcance fuera mayor y el proyectil más pesado de lo que se conocía hasta entonces, habría calculado con placer la forma de la pieza, el peso y el perfil del obús y la carga de pólvora, sin ver en ese estudio otra cosa que una curiosa balística. Se hubiera llevado una gran sorpresa si le decían que su criatura, llegado el caso, podía ser capaz de alguna brutalidad.

Harry Killer había deseado la lluvia y Camaret había hecho llover:

Harry Killer había deseado instrumentos agrícolas y Camaret había creado binadoras, sembradoras, escardadoras, segadoras y moledoras mecánicas perfeccionadas que araban, sembraban, escardaban, segaban o molían sin motor autónomo; Harry Killer había deseado máquinas voladoras y Camaret le había dado esos planeadores capaces de franquear cinco mil kilómetros a la velocidad de un bólide.

En cuanto al uso que su compañero podía llegar a hacer de los diversos inventos, a Marcel Camaret ni siquiera se le había ocurrido preguntárselo. En tanto era un ser dedicado a la pura abstracción, sólo había visto problemas sin ocuparse ni de su aplicación práctica ni del origen de los medios materiales puestos a su disposición para resolverlos. Del mismo modo en que había asistido sin darse cuenta al nacimiento de Blackland y a la progresiva sustitución del desierto por un campo fértil, tampoco había sentido nunca la menor veleidad por conocer los procedimientos mediante los cuales Harry Killer lo había provisto de los primeros instrumentos y las primeras máquinas con los cuales la Usina de inmediato había logrado otros.

Ante todo, Marcel Camaret había pedido, como si fuera lo más sencillo del mundo, que se construyera una fábrica y, de inmediato, centenares de negros la habían construido. A continuación había pedido talo cual máquina herramienta, dínamo, un

motor a vapor y si no en seguida, al menos unos meses después, las máquinas herramientas, las dínamos y el motor habían llegado milagrosamente al desierto. Había pedido obreros, y uno tras otro los obreros habían llegado hasta completar el número fijado por él mismo. ¿Cómo se habían realizado aquellas sorprendentes maravillas? A Marcel Camaret ni le importaba. Había pedido y los pedidos eran satisfechos. Nada más simple para él.

Ni tampoco había pensado siquiera en evaluar la importancia de los capitales requeridos por la ejecución de sus sueños, ni nunca se había formulado esta pregunta tan natural: «¿De dónde proviene el dinero?» Reseñados de este modo los principales rasgos de Blackland y sus habitantes, es posible recapitular en pocas palabras las características esenciales:

Sobre la margen izquierda del Red River, el Palacio con Harry Killer, sus nueve acólitos y los doce criados negros. En las cercanías, los cincuenta hombres de la Guardia negra y los cuarenta conductores de los planeadores en los respectivos hangares.

Sobre la misma margen, frente al Palacio, la otra cabeza de la ciudad, la Usina, su director, Marcel Camaret, «caminando, viviendo en lila ensoñación estelar», el criado, Joko, los otros nueve criados negros y los cien obreros, de los cuales veintisiete estaban casados, todos prisioneros en aquella ciudad autónoma y sin ninguna comunicación con el resto de Blackland.

Sobre la margen derecha, los Merry Fellows, en un total de quinientos sesenta y seis comprendiendo oficiales, toda gente de armas tomar, los doscientos cuarenta y un blancos y las cuarenta y cinco mujeres blancas de la misma calaña formaban el Civil Body, y, finalmente, el vasto cuartel general de los negros, donde viven, penan y sufren los esclavos, es decir cinco mil setecientos seis negro, de ambos sexos.

Tal es el sitio donde se van a desarrollar los acontecimientos que la segunda parte de este relato se propone contar.

En momentos en que comienza, todo transcurría de acuerdo con lo habitual en Blackland. El personal de la Usina trabajaba, cierto número de Merry Fellows vigilaba a los negros destinados a los trabajos agrícolas requeridos por la proximidad de la estación lluviosa, mientras que los demás se libraban, al igual que todos los días, a los más groseros placeres, y el Civil Body se ocupaba algo vagamente de su negocio, el más violento e irregular que pueda pensarse.

Hacia las once de la mañana, Harry Killer se encontraba solo en su apartamento personal. Reflexionaba profundamente y sus pensamientos no debían de ser muy placenteros a juzgar por la expresión del rostro.

Sonó la campanilla del teléfono.

—Oigo —dijo Harry Killer tomando el receptor.

—Oeste, diecisiete grados sur, diez planeadores a la vista —le anunció el teléfono.

—Subo —respondió Harry Killer colgando el receptor.

En pocos minutos llegó a la terraza del Palacio, sobre la cual se levantaba una torre de unos diez metros de altura, a la que también subió. En la plataforma se encontraba el Merry Fellow que le había hablado por teléfono:

—Allá —dijo, mostrando un punto en el espacio.

Nuevamente escudriñó el horizonte hacia el oeste. Luego, bajando el largavistas, dijo:

—Llama a los consejeros, Roderik. Bajo.

Mientras el Merry Fellow ejecutaba la orden llamando por teléfono a los diversos miembros del Consejo, Harry Killer bajaba rápidamente hacia la explanada que existía entre la Usina y el Palacio. Uno tras otro, los nueve consejeros bajaron a reunirse. Con la vista levantada hacia el cielo, estos aguardaron.

La espera fue breve. Los planeadores avistados crecían a ojos vista. Algunos minutos después aterrizaban suavemente en la explanada.

Los ojos de Harry Killer brillaron de placer. Si bien cuatro de los planeadores no traían más que sus respectivos conductores, los otros seis llevaban cada uno dos pasajeros suplementarios: un hombre de la Guardia negra y un prisionero fuertemente atado con una especie de lienzo en forma de bolsa que le oprimía el busto.

Los seis prisioneros fueron liberados de las ataduras. Cuando sus encandilados ojos se acostumbraron a la luz del día, miraron a su alrededor con sorpresa. Se encontraban en una vasta plaza rodeada por todos lados de infranqueables murallas. A pocos pasos se encontraba, los extraños aparatos que los habían transportado por el aire. Ante ellos, la masa enorme del Palacio, coronado por su torre, y treinta negros de la Guardia amontonados en compacto grupo. Más cerca, otro grupo de diez hombres de aspecto poco tranquilizador. Detrás de ellos, a más de cien metros, un largo muro de doscientos cincuenta metros sin puertas ni ventanas, encima del cual se veía una alta chimenea fabril y una frágil pirámide cuadrangular y metálica más alta aún que la chimenea, cuya función no se conocía. ¿Dónde se encontraban? ¿Qué era aquella fortaleza no indicada en ninguno de los mapas de África cuyo estudio atento y paciente habían realizado?

Mientras se planteaban esas preguntas, Harry Killer hizo una señal y sobre el hombro de cada prisionero cayó una mano brutal. A las buenas o a las malas tuvieron que caminar hacia el Palacio, cuya puerta se abrió ante ellos y se cerró apenas la transpusieron.

Jane Buxion, Saint-Bérain, Barsac, Amédée Florence, el doctor Châtonnay y el señor Poncin se encontraban definitivamente en poder de Harry Killer, autócrata de Blackland, desconocida capital de un imperio desconocido.

A TODA VELOCIDAD

(Cuaderno de notas de Amédée Florence)

25 de marzo — Hace veinticuatro horas que estamos en... En realidad, ¿dónde estamos? Si me dijeran que estamos en la luna no me sorprendería en absoluto, dado el sistema de locomoción cuyas delicias hemos disfrutado. La verdad es que no tengo ninguna idea de donde estamos. Sea donde fuera puedo decir lo siguiente sin temor de equivocarme: hace más de veinticuatro horas que estamos prisioneros, y sólo esta mañana, luego de una noche excelente, vuelvo a sentir fuerzas suficientes como para

agregar estas notas a mi cuaderno, que empieza a ponerse algo rígido.

A pesar de una lección de cuerda floja ecuestre que a buenas o malas debimos tomar, la salud general sería satisfactoria y estaríamos todos más o menos en forma, si Saint-Bérain no estuviera encadenado al lecho —mejor que si lo retuviera una cadena de acero— por un feroz lumbago. El pobre, tan rígido como un poste, es incapaz del menor movimiento y debemos darle de comer como si fuera un niño. No hay nada de asombroso en todo eso. Lo sorprendente, por el contrario, es que todavía nos podamos mover luego de la pequeña cabalgata de ayer de mañana.

En lo que me concierne, durante toda la jornada de ayer me sentí quebrado, molido, incapaz de reunir mis ideas. Hoy me siento mejor. Aunque todavía no muy fuerte. Tratemos: sin embargo, de recobrar los ánimos, como dice el compañero que, a juzgar por el plural, sin duda tiene muchos, y recapitular los sucesos extraordinarios de los que mis compañeros y yo hemos sido los deplorables protagonistas.

Como se sabe, antes de ayer nos habíamos acostado, muertos de cansancio, y dormíamos el sueño de los justos cuando, poco antes del amanecer, nos despertó un ruido infernal. Se trataba del mismo ronquido que me había intrigado tres veces antes, pero entonces era mucho más intenso. Abrimos los ojos sólo para volver a cerrarlos en seguida, pues nos encandilaron luces fulgurantes que parecían proyectadas sobre nosotros desde cierta altura.

No nos habíamos repuesto de aquel ruido y de aquella iluminación igualmente inexplicables cuando unos hombres cayeron sobre nosotros de improviso. Fuimos empujados, derribados, atados, amordazados y cegados por una especie de bolsa en las que nos metieron todo el busto. Todo eso en menos tiempo de lo que lleva escribirlo. Ni que decir que fue *un trabajo bien hecho*.

En un abrir y cerrar de ojos me vi atado como si fuera un salchichón. En los tobillos, en las rodillas, en las muñecas, que me cruzaron cuidadosamente a la espalda, ataron cuerdas que me entraban en la carne. ¡Era delicioso!

Mientras comienzo a apreciar esa agradable sensación, oigo una voz en la que reconozco inmediatamente al órgano encantador del teniente Lacour, que decía lo siguiente en tono rudo:

—¿Son ustedes, muchachos?

Luego casi de inmediato, sin permitir a los así llamados muchachos —encantadores muchachos sin duda— que respondieran, la misma voz en un tono aún más rudo:

—Al primero que se mueva, una bala en la cabeza... ¡Vamos, vosotros, en marcha!

No era necesario ser licenciado en letras para entender que la segunda frase era para nosotros. ¡Vaya si las gasta buenas el ex comandante de nuestra escolta! ¿Mover?... Habla a su gusto. No, no me moveré y con causa. Pero escucho. Precisamente, alguien responde al bullicioso teniente:

—*Wir können nicht hier heruntersteigen. Es sind zu viel Bäume.* Por más que no entiendo ni jota de esa jerga, de inmediato me apuesto a mí mismo que se trata de alemán. El señor Barsac, muy entendido en ese idioma rocalloso, me dijo después que yo había ganado y que aquello significaba: «No podemos bajar aquí; hay demasiados árboles.» Era muy posible.

De todos modos, en el momento no entendí nada. Pero lo que me impresionó fue que la frase tedesca provino de lejos, incluso diría desde arriba, en medio del ruido que continuaba asolándonos. Apenas la frase terminó, una tercera voz agregó del mismo modo, es decir, aullando:

—*It's necessary to take away your prisoners until the off the trees.* ¡Bueno, inglés ahora! Muy versado en la lengua de Shakespeare, pude traducir de inmediato: «Hay que llevar a los prisioneros hasta donde terminan los árboles», mientras el presumido teniente Lacour interroga:

—¿En qué dirección?

—*Towards Kurkussú* (hacia Kurkussú) —gritó el hijo de la pérfida Albión.

—¿A qué distancia? —volvió a preguntar el teniente.

—*Circa venti chilometri* —vociferó una cuarta voz.

Un latinista de mi envergadura no tuvo ninguna dificultad en adivinar que esas eran tres palabras italianas y significan: «Alrededor de veinte kilómetros». ¿Acaso me encuentro en el país de los políglotas?, ¿en la Torre, o al menos, en la selva de Babel?

Sea como fuere, el teniente Lacour respondió: «Está bien, partiré de día», y ya nadie más se ocupó de mí. Me quedo donde estoy, de espaldas en el suelo, atado, sin ver nada, respirando con dificultad, en la poco confortable capucha donde me han metido.

Luego de la respuesta del teniente Lacour, el zumbido redobla su intensidad en un primer momento, para disminuirla luego hasta apagarse gradualmente. En pocos minutos deja de ser perceptible.

¿Cuál puede ser la causa de ese extraño ruido? Por supuesto que la mordaza me impedía cualquier comunicación con el resto del mundo y, en consecuencia, era a mí mismo a quien me planteaba esa respuesta, a la que, naturalmente, no pude responder.

El tiempo transurre. Pasa una hora o tal vez más, luego dos hombres me agarran, uno por los pies, el otro de los hombros, me levantan, me balancean un momento y me arrojan como si fuera una bolsa atravesado sobre una silla cuyo arzón me atormenta la espalda, todo esto sobre un caballo que se lanza a un galope furioso.

Nunca había pensado, ni siquiera en medio de mis más fantásticos sueños, que un día haría de Mazzeppa en el centro de África y, ruego que me crean si les digo que la gloria de ese cosaco nunca me impidió dormir.

Me preguntaba si lograría escapar como él y si mi destino era transformarme en un *hetman* de los bambaras cuando una voz vinosa proveniente de una garganta seguramente acostumbrada a hacer gárgaras con petróleo me dijo en un tono que me hizo estremecer:

—*Take care, old bloody toad! If you budge, this revolver shall hinder you to begin again.*

Traducción:

—¡Cuidado, viejo sapo sangriento! Si te mueves, este revólver no dejará que vuelvas a intentarlo.

Ya iban dos veces que me hacían la misma recomendación, además siempre con la misma exquisita educación. Era un lujo.

Alrededor de mí se oía el ruido de un galope furioso y a veces escuchaba sordos gemidos: sin duda se trataba de mis compañeros, que debía estar en tan mala posición como lo estaba yo mismo. Pues; en verdad, me sentía muy mal. Me sofocaba y

estaba terriblemente congestionado. Pensaba que la cabeza me iba a estallar, mi pobre cabeza que colgaba tan lamentablemente sobre el flanco derecho del caballo, mientras mis pies marcaban el ritmo sobre el flanco izquierdo cada vez que el caballo saltaba.

Después de alrededor de una hora de aquella enloquecida cabalgata nos detuvimos bruscamente. Me bajaron del caballo, o, mejor dicho me arrojaron al suelo como si fuera un paquete de ropa sucia. Transcurrieron algunos momentos y luego, muy vagamente, pues estoy adormecido en las tres cuartas partes del cuerpo, distingo algunas exclamaciones que se entrecruzan:

—*She is died!* (Está muerta.)

—*No. Ell'è solamente svenuta.* (No. Se ha desmayado solamente.)

—¡Desátela! —ordena en francés una voz que atribuyo al teniente Lacour— y también al médico.

Ese femenino... ¿Miss Buxton se encontraría en peligro? Siento que me liberan de la bolsa y de la mordaza que me impedía ver y respirar. ¿Se imaginarían acaso mis verdugos que por casualidad iban a encontrar bajo esos poco recomendables artículos de toilette al valiente doctor Châtonnay? Sí, era por esa razón que se ocupaban de mi modesta persona, pues apenas el error fue advertido se oyó:

—No es éste. Vea el otro —dijo el jefe, que, por supuesto, era el teniente Lacour, como suponía.

Lo miro y me dirijo a mí mismo las más virulentas injurias. ¡Pensar que pude llegar a confundir eso con un oficial francés!... Claro que me asiste el honor de responder a mi honor que de inmediato sospeché el subterfugio, pero tan sólo lo sospeché y no desenmascaré al bandido bajo su disfraz prestado, el que como suele decirse se apoderó de nuestras cabezas; ¡eso es lo que me da rabia!... ¡Ah, si pudiera tenerlo en mis manos!...

En ese preciso momento alguien se le acerca y lo interpela. Así puedo enterarme de su verdadero nombre: capitán Edward Rufus. En lo que se refiere a lo de capitán, sea. Bien podría ser general y no por eso valdría más.

Mientras le hablan, el capitán Rufus deja de prestarme atención.

Aprovecho entonces para respirar a plenos pulmones. Era tiempo. Un poco más y moría asfixiado. Esto debía resultar evidente y es posible que estuviera violeta, pues el capitán, luego de echarme una ojeada, dio una orden que no escuché bien. De inmediato me revisaron. Me sacaron las armas, el dinero, pero me dejaron este cuaderno. Los muy brutos no se dan cuenta del valor de una copia firmada por Amédée Florence. ¡Santo Cielo, con que estúpidos ladrones tengo que vérmelas!

Sin embargo aquellos redomados burros me desatan brazos y piernas y puedo moverme. No pierdo tiempo y aprovecho para examinar los alrededores.

Lo que ante todo concita mi atención son diez... ¿cómo diría?... diez... máquinas, diez... ¡jejem! cosas... sistemas... diez objetos, en fin, pues ¡que me lleve el diablo si llego a sospechar siquiera para qué sirven!; no se parecen a nada que haya visto antes. Imagínense una plataforma bastante grande que descansara sobre dos anchos patines curvados en uno de sus extremos. De la plataforma se levanta una pirámide cuadrangular de un enrejado metálico de una altura de cuatro a cinco metros, con una hélice de dos ramas en el medio y en el vértice dos... (¡Bueno, otra vez; es imposible encontrar las palabras exactas!)... dos... brazos... dos... planos... no, no son las palabras puesto que el objeto en cuestión se parece mucho a una colosal garza parada sobre una sola pata, dos alas, ¡eso es, precisamente!, dos alas de metal brillante, con una envergadura total de unos seis metros. Una vez realizadas las verificaciones del caso, compruebo que hay diez mecanismos análogos a la descripción que acabo de hacer, alineados en formación de combate, uno junto a otro. ¿Para qué pueden servir?

Cuando me sacio de aquel espectáculo incomprensible, advierto que el grupo que me rodea es bastante numeroso. Está, ante todo, el ex teniente Lacour, recientemente promovido al grado de capitán Rufus, los dos sargentos de nuestra segunda escolta, cuya verdadera dignidad ignoro, sus veinte tiradores negros, a la mayoría de los cuales reconozco, y finalmente diez blancos a los que nunca he visto, todos con rostros más bien patibularios. Si bien el conjunto es numeroso, en cambio no me parece elegido con el mayor esmero.

En medio de toda esa gente están mis compañeros. Los cuento.

Están todos. Miss Buxton está tendida en el suelo. Se encuentra lívida. El doctor Châtonnay y Malik, que llora desconsoladamente, le prodigan sus cuidados. Cerca de ella distingo a Saint-Bérain, sentado en el suelo y tratando penosamente de recobrar el aliento. Se encuentra en un estado lamentable. Su desgarnecido cráneo está de color rojo ladrillo y los grandes ojos parecen salirse de las órbitas. ¡Pobre Saint-Bérain!

El señor Barsac y el señor Poncin parecen estar en mejores condiciones. Están de pie y tratan de ejercitar sus articulaciones. ¿Por qué no hago lo mismo que ellos?

A Tongané no lo veo por ninguna parte. ¿Dónde puede estar? ¿Habrá muerto durante el ataque de que fuimos víctimas? Es muy probable y tal vez sea por eso que Malik solloza tan desconsoladamente. Me invade una profunda pena al pensar en esa posibilidad y tengo un recuerdo eternecido para el valiente y fiel Tongané.

Me pongo de pie y me dirijo hacia miss Buxton sin que nadie me diga nada. Mis piernas están entumecidas y no avanzo con rapidez. El capitán Rufus se me adelanta.

—¿Cómo está la señorita Mornas? —pregunta al doctor Châtonnay. ¡Claro, el ex teniente Lacour sólo conoce a nuestra compañera bajo su nombre falso!

—Mejor —dice el doctor—. Ahora empieza a abrir los ojos.

—¿Podemos partir? —le pregunta el sedicente capitán.

—No antes de una hora —declara en tono firme el doctor Châtonnay— y si no quiere matamos a todos, le aconsejo adoptar medios menos bárbaros que los empleados hasta ahora.

El capitán Rufus no responde y se aleja. Me acerco y compruebo que miss Buxton está volviendo en sí. Pronto está en condiciones de incorporarse y el doctor Châtonnay, que estaba arrodillado junto a ella, se levanta. En ese momento el señor Barsac y el señor Poncin vienen a reunírnoslos. Estamos todos.

—Amigos, ¡perdónenme! —nos dice de pronto miss Buxton, mientras gruesas lágrimas escapan de sus ojos—. Fui yo quien los arrastré a esta horrible aventura. Si no fuera por mí, ahora estarían a salvo...

Como se podrá suponer protestamos, pero miss Buxton continúa acusándose y pidiéndonos perdón. Yo, que no tengo la cuerda

del enternecimiento demasiado desarrollada, estimo que todo aquello no son más que palabras inútiles y estimo oportuno desviar la conversación hacia otro tópico.

Ya que miss Buxton sólo es conocida bajo el apellido Mornas sugiero que seria mejor que conservara el seudónimo. ¿Acaso resulta imposible que haya ex subordinados de su hermano entre los bribones que nos rodean? ¿Para qué, en ese caso, arriesgarse a correr un peligro suplementario, sea cual fuere?

La idea se aprueba por unanimidad. Se conviene que miss Buxton vuelva a ser la señorita Mornas, como antes.

Apenas tuvimos tiempo de llegar a esa conclusión, ya que nuestra conversación fue bruscamente interrumpida. Ante una cortante orden del capitán Rufus, nuevamente volvieron a apoderarse brutalmente de nosotros. Tres hombres se ocuparon especialmente de mi modesta persona. Fui atado de nuevo y la abominable bolsa volvió a separarme del mundo exterior. Antes de ser cegado compruebo que mis compañeros, incluida miss Buxton —¡perdón, la señorita Mornas!—, sufren el mismo tratamiento. Luego, al igual que antes, me llevan... ¿Voy, pues, a recomenzar la pequeña clase de equitación al estilo Mazeppa?

No. Me depositan boca abajo sobre una superficie dura, pero plana, que no recuerda en nada al espinazo de un caballo. Transcurren algunos minutos y oigo algo así como un violento batir de alas, en tanto la superficie que me sostiene comienza a oscilar débilmente en todo sentido. Esto dura unos instantes hasta que el ruido se vuelve ensordecedor, el famoso zumbido, pero quintuplicado, decuplicado, centuplicado, y de pronto el viento comienza a azotarme con extraordinaria violencia que crece segundo a segundo. Al mismo tiempo experimento una sensación... ¿cómo podría decirlo?... la sensación de estar subiendo o, más exactamente, de montaña rusa, cuando el vagón baja y sube por las colinas artificiales, cuando uno siente que la respiración se le entrecorta y una angustia invencible se apodera del corazón... Si, es eso mismo, es algo así lo que siento.

Esa sensación persiste tal vez unos cinco minutos hasta que poco a poco mi organismo recobra su equilibrio habitual. Entonces, debo confesado, con la cabeza hundida en aquella maldita bolsa, privado de aire y luz, mecido por aquel ronroneo que ahora se había vuelto regular, creí deslizarme por la pendiente del sueño...

Una sorpresa me despertó bruscamente. Una de mis manos se movió. Sí, las cuerdas, mal atadas, se aflojaron y en un movimiento inconciente mis manos pudieron separarse.

En un primer momento continúo inmóvil, pues no estoy solo, cosa que puedo saber por las voces que aúllan en medio del ruido que me rodea. Hay dos personas que hablan. Una lo hace en inglés, con voz enronquecida, tal como la que puede salir de un gazzate quemado por el alcohol. La otra responde en la misma lengua, pero con una sintaxis de gran fantasía, a la que se agregan palabras incomprensibles para mí, aunque supongo pertenecen al bambara, ya que luego de cuatro meses de permanencia en este alegre país a menudo he oído sus consonancias. Uno de los interlocutores es un verdadero inglés; el otro, un negro. Cada vez entiendo menos. No tiene mayor importancia. Que mis guardias sean negros o blancos, lo importante es que ningún movimiento de la bolsa revele que he recobrado parcialmente la libertad.

Lenta, prudentemente, tiro de mis ataduras que poco a poco se van deslizando alrededor de mis muñecas. Lenta, prudentemente consigo colocar mis dos manos al fin libres junto al cuerpo. Ya está hecho. Ahora hay que tratar de ver.

Tengo el modo de ver. En el bolsillo tengo un cuchillo... no, un cuchillo no... un cortaplumas, que escapó a la requisita de mis ladrones, ya que es muy pequeño, un minúsculo cortaplumas, que nunca podría convertir en un arma defensiva, pero más que suficiente para abrir una pequeña ventana en esa bolsa que me ciega, que me ahoga. Sólo queda apoderarme del cortaplumas sin llamar la atención. Lo logro luego de un cuarto de hora de pacientes esfuerzos. Armada de ese modo, mi diestra sube hasta la altura del rostro y atraviesa la bolsa...

¡Santo cielo!... ¡Qué veo!... Apenas si puedo sofocar un grito de sorpresa. Mis ojos dirigidos hacia el suelo, lo distinguen a una distancia enorme, más de quinientos metros según mi cálculo. La verdad se me hace evidente. Estoy sobre una máquina voladora que me lleva por los aires a la velocidad de un expreso, tal vez a mayor velocidad aún.

Apenas abiertos, vuelvo a cerrar los ojos. Un estremecimiento me recorre de la cabeza a los pies. Confieso que luego de la sorpresa comienzo a sentir miedo.

Cuando el corazón recobra su ritmo regular, miro con más calma.

Bajo mis ojos, el suelo continúa huyendo de una manera vertiginosa. ¿A qué velocidad nos desplazamos? ¿Cien, doscientos kilómetros por hora?... ¿Más?... Sea como fuere, aquel suelo es el del desierto la arena mezclada con guijarros y salpicada por numerosas matas de palmeras enanas. Triste país.

Y, sin embargo, me lo imagino aún más triste. Esas palmeras enanas tienen un color verde intenso y entre los guijarros la hierba es abundante. Contrariamente a lo que sostiene la leyenda, ¿a veces lloverá en el desierto?

De a ratos, cuando su altura es menor que la mía, consigo distinguir aparatos parecidos al que me lleva. El oído me indica que además hay otros a mayor altura. Es una escuadrilla de pájaros mecánicos volando por el espacio. Por más grave que sea mi situación personal me siento entusiasmado. Después de todo, el espectáculo es admirable y nuestros enemigos, sean cuales fueran, no son gente cualquiera, sino que, por el contrario, son quienes realizaron la antigua leyenda de Ícaro con semejante maestría.

Mi campo visual no es muy grande, pues apenas consigo delimitarlo, gracias a un ligero movimiento que pasa desapercibido para los guardias, mi mirada se filtra entre las láminas de una plataforma metálica, que la obstaculiza por todas partes. En virtud de la altura desde la que cae, puede abarcar una cierta extensión.

Y así puedo ver que ahora la región cambia. Después de aproximadamente una hora de vuelo, de pronto comienzo a ver palmeras, praderas, algunos jardines. Es un oasis, pero un oasis de reducidas dimensiones ya que su diámetro alcanza un máximo de ciento cincuenta metros. Apenas aparece y ya se esfuma. No obstante, enseguida vuelve a aparecer otro en el horizonte ante nosotros y luego de ese segundo veo un tercero, sobre el cual pasamos como una tromba.

Cada uno de esos oasis no tiene más que 1ma casita. De ella sale un hombre atraído por el ruido de nuestro aparato aéreo. No veo a nadie más. ¿Esos islotes no tendrán más que un solo habitante?

Pero se plantea un nuevo problema, aún más insoluble. Luego del primer oasis, nuestra máquina voladora domina una línea de postes tan regularmente ubicados que puedo imaginarios ligados por un hilo metálico. Creo estar soñando. ¿El telégrafo —a menos que sea el teléfono— en pleno desierto?

Después de trasponer el tercer oasis, surge delante de nosotros un cuarto, mucho más importante. Distingo árboles; ya no solamente palmeras sino especies diversas que parecen ser karités, bombax, baobabs, acacias. También veo campos cultivados, maravillosamente cultivados, en los que trabajan numerosos negros. Más allá, en el horizonte, se levantan unas murallas hacia las que nos precipitamos.

Es hacia esa ciudad desconocida adonde nos dirigimos, pues nuestro férrico pájaro comienza a bajar. Pronto nos encontramos sobre ella. Es una ciudad de mediana extensión, pero ¡qué singular! Distingo claramente sus calles que siguen un trazado semicircular y concéntrico, de acuerdo con un plan riguroso. La parte central está casi desierta y a esa hora del día no se ve más que una pequeña cantidad de negros que se ocultan en las chozas al oír el ronroneo de las máquinas voladoras. Por el contrario, en la periferia los habitantes no escasean. Se trata de blancos que nos miran y, Dios me perdone, parecen alzar el puño hacia nosotros. Inútilmente me pregunto qué les hemos hecho.

La máquina que me lleva acentúa el descenso. Franqueamos un angosto río y luego, de pronto, tengo la impresión de que caemos como una piedra. En realidad describimos una espiral que provoca náuseas. El corazón se me sube hasta la boca. ¿Acaso voy a...?

No, el zumbido de la hélice cesa y la máquina toca tierra. Se desliza por el suelo durante unos metros con velocidad decreciente y se detiene.

Una mano tira de la bolsa que me rodea la cabeza y la levanta.

Apenas si tengo tiempo de enredar las sogas alrededor de las manos, que vuelvo a colocar en la posición inicial.

Después de sacarme la bolsa, me liberan los miembros. Pero el que me desata se da cuenta del fraude.

—*Who is the damned dog's son that has made this knot?* (¿Quién fue el condenado hijo de perra que hizo este nudo?) — interrogó una voz vinosa.

Como es de suponer, nadie respondió. Luego de las manos, me desatan las piernas. Las muevo con cierto placer.

—*Get up!* (¡De pie!) — ordena autoritariamente alguien al que no veo.

No pide otra cosa, pero obedecer no es muy fácil. Luego del tiempo que la circulación se vio dificultada en los miembros, éstos se niegan a obedecer. Después de algunas tentativas infructuosas, logro levantarme y echar una primera ojeada a lo que me rodea.

No muy alegre el paisaje. Delante de mí se levanta una alta muralla sin la menor abertura y en la dirección opuesta el espectáculo es rigurosamente idéntico. A la izquierda, lo mismo. Decididamente, la perspectiva no es muy variada. Sin embargo, encima de ese tercer muro que reina a mi izquierda distingo una especie de torre y una alta chimenea. ¿Acaso se trata de una usina? Es posible, todo me parece posible, excepto imaginar para qué puede servir esa interminable pirámide que se levanta, se levanta, tal vez cien metros por encima de la torre.

A la derecha el panorama es diferente, sin que por eso sea más encantador. Observo dos vastas construcciones y, más adelante, una construcción enorme, una especie de fortaleza en estrella y buharda.

Mis compañeros de cautiverio están todos, excepto Tongané, desdichadamente y también excepto Malik, quien en la etapa de la mañana todavía estaba. ¿Qué hicieron con ella?

Al no tener, como yo, la ventaja de disfrutar de una ventanita en las capuchas, mis amigos parecen muy deslumbrados por la luz del día. No deben de ver mucho, pues sus ojos parpadean y se los refriegan enérgicamente.

Todavía siguen restregándose cuando una mano cae sobre el hombro de cada uno de nosotros. Nos arrastran, nos empujan, nos sentimos azorados, desamparados...

¿Qué quieren de nosotros y dónde diablos podemos estar?... ¡Vaya! Un minuto más tarde, nos encontrábamos en una cárcel.

UN DÉSPOTA

(Cuaderno de notas de Amédée Florence)

26 de marzo. — Heme aquí en la cárcel. Después de haber hecho de Mazeppa ahora hago de Silvio Pellico.

Como acabo de asentarlos en estas tablillas, fue antes de ayer, poco antes del mediodía, cuando nos encarcelaron. En lo que a mí respecta, fui tomado por tres morenos que me hicieron subir, no sin brutalidad, a una escalera, luego seguir por un corredor sombrío que daba a una larga galería, a la que dan nuestras celdas. En ambos extremos de la galería, muy fácil de vigilar, están apostados dos centinelas. Es muy dudoso que podamos escapar por allí.

Me introducen a una pieza iluminada por un vitral protegido por el lado de afuera por una reja de hierro, que se abre a cuatro metros por encima de mi cabeza y luego cierran la puerta con tres vueltas de llave. Me quedo a solas con mis pensamientos, que no son precisamente color de rosa.

La celda es amplia y bien ventilada. Contiene una mesa con lo necesario para escribir, una silla, una cama que parece limpia y utensilios para la toilette. En el techo hay una lamparita eléctrica. En suma, la paja húmeda de los calabozos es bastante confortable, así que si estuviera en libertad podría considerar a aquella pieza de estudiante más que suficiente.

Me siento, enciendo un cigarrillo y espero —¿qué?— los acontecimientos, mientras pienso en todas las delicias del viaje.

Dos horas más tarde me arranca de mis meditaciones el ruido de la puerta que se vuelve a abrir. Los cerrojos chirrían, cruje la cerradura, la puerta se entreabre y veo... ¡A qué no saben a quién!... Veo a Tchumuki, quien había desaparecido el día en que oí por tercera vez el misterioso zumbido, cuyo origen ahora conozco. No deja de tener una pizca de desvergüenza. ¡Atraverse a comparecer ante mí después del modo en que trató a mis artículos!

Por otra parte, Tchumuki espera un recibimiento más bien frío.

Antes de entrar a la celda, echa una mirada y examina prudentemente el terreno. Buena falta le hace.

—¡Ah, tres veces sinvergüenza! —le digo mientras me lanzo sobre él con la intención de infligirle el correctivo que se merece.

Pero choco contra la puerta, que el traidor consigue cerrar oportunamente. Mejor así, después de todo. Si me diera el gusto de tirarle de las orejas, ¿para qué serviría, sino para complicar aun más mi situación, que no es muy divertida que digamos?

¿Habrá adivinado Tchumuki esas intenciones pacíficas? Es posible creerlo porque la puerta se entreabre por segunda vez y nuevamente cede el paso a la tiznada cabeza del bribón. Ahora puede entrar. Finjo haber recobrado mi lugar y mi calma. Respira, pero en un tono en el que ya no resuena ninguna amenaza:

—¡Ah, tres veces sinvergüenza! ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Yo ser criado —responde mirándome al sesgo, aunque abriendo la puerta de par en par.

En el corredor hay otros dos negros que traen vituallas que Tchumuki deja sobre la mesa. Ante aquella visión la boca se me hace agua y advierto que me estoy muriendo de hambre. Eso no es nada sorprendente; ayuno por lo menos desde las dos de la tarde.

Desechando cualquier otra inquietud, rindo honores a la comida respetuosamente servida por Tchumuki, a quien interrogo, y no se hace rogar para responder a mis preguntas. Según él, soy el huésped —¡muy involuntario!— de un poderoso rey. Su Majestad Harry Killer —nombre bastante villano, dicho sea entre nosotros— y me han traído a una extraordinaria ciudad donde «hay muchas grandes casas.» y «muchas costumbres *tubab*», es decir, llena de inventos europeos. No tengo reparos en creerle, luego de la experiencia de las prodigiosas máquinas voladoras, sorpresa que aún me tiene azorado.

Continúa el interrogatorio. ¿Habrá sido entonces el rey en cuestión quien colocara a él, Tchumuki, en el camino de la señorita Mornas para que ella lo tomara como guía, asimismo como quien decidiera, contra la voluntad de todos la visita al prestidigitador? Tchumuki sostiene que no, que él aceptó el contrato sin segundas intenciones. Incluso sostiene que su contrato no está roto y que sigue considerándose como servidor de la señorita Mornas y de Saint-Bérain, esto durante todo el tiempo que sus amos permanezcan en África. ¿Se estará burlando de mí? Lo miro. No, está hablando en serio lo que, por otra parte resulta muy cómico.

Pretende haber sido arrastrado por Moriliré, el que sí estaba a sueldo del monarca que nos tiene prisioneros. No conforme con cubrirlo de oro, Moriliré le habría descrito, parece, en los términos más ditirámicos, el poder y la generosidad de ese Harry Killer al que Tchumuki no ha visto nunca, y le habría prometido una larga y desahogada vida. Ésas son las razones por las que nos traicionó.

Cuando le pregunto si sabe qué le pasó a su ex compañero Tongané, su mezuquino rostro cobra una expresión feroz, se pasa la mano por el cuello y exclama:

—¡Fuim!...

Mis conjeturas eran exactas. El pobre Tongané está bien muerto. Tchumuki concluye con sus confidencias. El zumbido que oí el día que desapareció provenía de una máquina voladora que transportaba al teniente Lacour o, mejor dicho, al capitán Edward Rufus, cuyos hombres habían marchado a nuestro encuentro por vía terrestre, bajo el mando de dos suboficiales que para distraerse se entretuvieron en saquear todas las aldeas que encontraban al paso. Fueron los patines de esa máquina voladora los que dejaron al aterrizar en la maleza, las huellas que noté al día siguiente mientras paseaba con Tongané. Así se explica el desaliño de los soldados y la impecable elegancia del oficial, así se explica el terror del negro herido por una bala explosiva al reconocer a uno de los asaltantes de su aldea y su indiferencia ante el sedicente teniente Lacour, a quien nunca había visto. En cuanto a él, Tchumuki, fue traído por la misma máquina voladora que volvía a su base, aquí, es decir a...

Tchumuki pronuncia una palabra que le cuesta enormemente. Después de prestarle mucha atención, finalmente deduzco que quiere decir *Blackland*, palabra inglesa compuesta cuya traducción literal es Tierra negra. El nombre me parece plausible. Nos encontraríamos entonces en Blackland, ciudad maravillosa, al decir de Tchumuki, aunque absolutamente desconocida por los más avisados geógrafos.

Mientras el negro me transmite toda esa información, reflexiono sobre todo esto. Ya que el negro traicionó por interés, ¿por qué el interés no lo llevaría a traicionar a sus nuevos amos? De inmediato le hago algunas proposiciones en ese sentido, hablándole de una gran suma de dinero que le permitiría pasar el resto de su vida en una posición desahogada, pero meneaba la cabeza como alguien que no encuentra el modo de ganarse la lotería.

—No haber modo de salir —me dice—, haber muchos soldados, muchas «costumbres *tubabs*», muchos altos muros.

Agrega que la ciudad se halla rodeada por el desierto, que nos resultaría imposible atravesar. Es cierto, ya que pude comprobarlo en ocasión de la travesía aérea. ¿Estamos condenados a quedarnos aquí hasta el fin de nuestros días?

Cuando termino la comida, Tchumuki se retira y paso el resto del día a solas.

Cuando llega la noche, me sirve la cena (cocina muy eficiente, en suma), y en el momento en que el reloj marca las nueve y algunos minutos, súbita extinción de la luz de la lamparita eléctrica. Me acuesto al tanteo.

Luego de una noche excelente, como ya lo he dicho, me levanto el 25 de marzo y redacto las notas de ese día en las que se relatan las peripecias de nuestro secuestro. No veo a nadie, excepción hecha de Tchumuki, quien sigue sirviéndome regularmente la comida. De noche, aprovechando la experiencia, me acuesto más temprano. Merezco un aplauso. A la misma hora que en la víspera, la luz se apaga. Se trata evidentemente de una regla de la casa.

Segunda noche excelente y heme aquí de nuevo, en la mañana del 26 de marzo, fresco y dispuesto, pero ¡ay!, siempre prisionero. Esta situación es absurda, pues, ¿qué quieren de nosotros? ¿Cuándo veré a alguien para preguntárselo?

Mismo día, en la tarde. — Mis deseos se han cumplido. Hemos visto a Su Majestad, Harry Killer, y nuestra situación ha experimentado cambios importantes a partir de esa entrevista, cambios que me han conmovido, que hacen que aún esté estremecido.

Serían las tres de la tarde, cuando se abrió la puerta de mi celda.

Esta vez no era Tchumuki quien estaba detrás, sino otro de nuestros viejos conocidos, Moriliré. Venía acompañado por una veintena de negros que parecían estar a su mando. En medio de ese pelotón veo a mis compañeros, incluida miss Buxton— Mornas, pero no a Saint-Bérain, que seguía sin poder moverse según me informó su joven tía. Me uno a ellos, pensando que había llegado nuestra última hora y que nos llevaban al poste de ejecución.

Nada de eso. Seguimos por una serie de corredores y finalmente llegamos a una pieza bastante amplia, a la que entramos, mientras nuestra escolta permanecía en el umbral.

La pieza estaba amueblada únicamente con un sillón de fibra de palma y una mesa, sobre la que había un vaso y una botella promediada de la que llegaba un fuerte olor a alcohol. El sillón estaba tras la mesa y sobre él se encontraba sentado un hombre. Nuestros ojos convergieron sobre aquel hombre. Valía la pena.

Su Majestad, Harry Killer, debe tener unos cuarenta y cinco años aunque por ciertos rasgos pueda parecer de mayor edad. Por lo que pude ver, es de elevada estatura, y su rostro, sus manos enormes, sus miembros anchos y musculosos, revelan un vigor poco común, por no decir hercúleo.

Pero es sobre todo la cabeza lo que llama la atención. El rostro es lampiño, de rasgos complejos, dominantes y viles al mismo tiempo. Una cabellera descuidada y grisácea la corona, una verdadera melena que parece peleada con el peine desde tiempo inmemorial. La frente despejada es amplia y denota inteligencia, pero la mandíbula acusada, el mentón pesado y cuadrado indican pasiones groseras y violentas. Las mejillas, muy bronceadas, de pómulos marcados están surcadas por arrugas y finalmente caen en dos pesados lóbulos. Están sembradas de puntos casi sangrientos a fuerza de rojos. La boca es carnosa y el labio inferior, algo pendiente, deja al descubierto unos dientes fuertes y sanos, pero amarillos y descuidados. Los ojos, profundamente hundidos en las órbitas coronadas por espesas cejas, tienen un brillo extraordinario, por momentos, insostenible. El personaje no es, por cierto, trivial. Seguramente es capaz de todos los apetitos, todos los vicios, todas las audacias. Odioso, sí, pero temible.

Su Majestad está vestido con una especie de traje de caza de tela gris, pantalón corto, polainas y camisa, todo muy mugriento y lleno de manchas. Sobre la mesa hay un gran sombrero de fieltro, junto al que reposa la mano derecha del monarca que está constantemente agitada por una especie de temblor.

Con el rabillo del ojo, el doctor Châtonnay me señala aquella mano temblorosa. Comprendo lo que el doctor quiere decir: es un alcohólico, si no un borracho, lo que tenemos ante nosotros.

Durante largo tiempo, aquel individuo nos examina en silencio.

Sus ojos van de uno a otro y nos pasan revista sucesivamente. Con toda paciencia soportamos el examen.

—Por lo que me dijeron son seis —dice finalmente en francés, con un fuerte tono inglés, en voz grave, pero cascada—. No, veo más que a cinco. ¿Por qué?

—Uno de nosotros está enfermo como consecuencia de los sufrimientos que sus hombres le hicieron soportar —responde el señor Barsac.

Nuevo silencio, luego nuestro interlocutor se pone de pie bruscamente y pregunta en una especie de exabrupto:

—¿Qué vinieron a hacer a mis dominios?

La pregunta es tan inesperada que nos da ganas de reír a pesar de la gravedad de la situación. ¡Caramba!, si estamos en sus dominios es muy a pesar nuestro. Con expresión amenazadora continúa:

—¡A espiar, sin duda!

—Perdón, señor... —comienza el señor Barsac.

Pero el otro lo interrumpe. Presa de un súbito furor, golpea la mesa con el puño y dice en voz tonante:

—Me llaman amo.

Entonces el señor Barsac se pone soberbio. Orador por encima de todas las cosas, se yergue, se lleva la mano izquierda al corazón y barriendo el espacio con un amplio movimiento de la diestra:

—Desde el año 1789 los franceses no tienen amo, señor —declaró enfáticamente.

Estoy de acuerdo en que en cualquier otra circunstancia, la tirada algo pomposa del señor Barsac hubiera causado sonrisas, pero en el momento actual, frente a aquella especie de animal salvaje, la frase tenía su nobleza, puedo garantizarlo. Significaba que nunca consentiríamos en humillarnos ante aquel aventurero alcohólico. Todos apoyamos al orador, incluido el señor Poncin, que exclamó en el colmo del entusiasmo:

—¡Prive al hombre de su independencia y le quitará la libertad! ¡Bravo señor Poncin! De todos modos la intención era buena. Ante el enunciado de aquella propuesta demasiado indiscutible.

Harry Killer se encogió de hombros, luego continuó examinándonos sucesivamente, como si todavía no nos hubiera visto. Sus ojos pasaron de uno a otro con extraordinaria rapidez. Finalmente se detuvieron en el señor Barsac, al que asestaron la más terrible de las miradas. El señor Barsac no se inmutó. Mis felicitaciones. Ese hijo del Midi no sólo tiene facundia. Tiene también valor y dignidad. Nuestro jefe de misión sube a pasos agigantados en la escala de nuestra estima.

Harry Killer consigue dominarse, lo que no debe sucederle siempre, y repentinamente pregunta, con una tranquilidad tan súbita como su cólera:

—¿Habla inglés?

—Sí —responde el señor Barsac.

—¿Y sus compañeros?

—También.

—Bien —aprueba Harry Killer, quien en el mismo tono aguardentoso, vuelve a preguntar en inglés:

—¿Qué vinieron a hacer a mis dominios?

La respuesta es muy fácil.

—Es a nosotros a quien corresponde hacer la pregunta —replica el señor Barsac—: queremos saber con qué derecho nos retiene por la fuerza.

—Con el que se me antoja —corta Harry Killer alcanzando los límites, extremos de la violencia—. Mientras viva, nadie se acercará a mi imperio.

¿Su imperio?... No entiendo.

Harry Killer se incorpora. Dirigiéndose en especial al señor Barsac, cuya actitud continúa siendo muy arrogante, prosigue con voz furiosa sin dejar de martillar la mesa con su puño enorme:

—Sí, sí, sé que sus compatriotas están en Tombuctú y avanzan hacia el Níger, pero más vale que se detengan porque si no... Y además ahora se atreven a enviar espías por tierra hasta el río... ¡Los destrozaría, espías, así como destrozé el vaso!...

Y uniendo el gesto a la palabra, efectivamente, Harry Killer destroza el vaso que se estrella contra el suelo rompiéndose en mil pedazos.

—¡Un vaso!... —grita volviéndose hacia la puerta. Animado por un increíble furor, literalmente rabioso, pues un poco de espuma comienza a chorrearle por las comisuras de los labios crispados, da miedo verlo en aquel momento. Su mandíbula inferior proyectada hacia adelante le da un aspecto de animal feroz al igual que el rostro carmesí y los ojos inyectados en sangre.

Uno de los guardias negros se apresura a obedecer la orden. Sin ocuparse de él, apoyándose sobre la mesa a la que sus manos se prenden violentamente, el energúmeno se inclina nuevamente hacia el señor Barsac, que continúa impasible, y le grita con la mirada clavada en sus ojos:

—¿Acaso no les previne?... La historia del *dung-kono*, inventada según órdenes mías, fue una primera advertencia. Fui yo quien coloqué en el camino de ustedes a ese vidente, cuyas predicciones, por culpa de ustedes, se cumplieron. Fui yo quien les proporcioné el guía, mi esclavo Moriliré, quien en Sikasso intentó detenerlos por última vez. Todo fue inútil. En vano los privé de la escolta, en vano los condené al hambre; ustedes se obstinaron en seguir rumbo al Níger... ¡Pues bien!, ya llegaron al Níger, incluso lo han traspuesto y ya saben lo que debían saber... ¡Se han adelantado mucho!... ¿Cómo harán para contar lo que han visto a quienes les pagan?...

Preso de una descontrolada agitación, Harry Killer se pasea ahora a grandes zancadas. No me cabe la menor duda: es un loco. De pronto se detiene; una idea se le ha cruzado en la mente.

—Pero, de hecho —le pregunta al señor Barsac con sorprendente calma—, ¿su destino regular no era Saye?

—Sí —respondió el señor Barsac.

—En ese caso, ¿por qué siguieron una dirección completamente contraria? ¿Qué iban a hacer a Kubo?

Harry Killer acompaña esta última pregunta con una mirada penetrante, mientras nosotros nos miramos confundidos. La pregunta es urticante, en efecto, ya que hemos convenido no pronunciar el nombre de miss Buxton. Felizmente, el señor Barsac encuentra una respuesta plausible.

—Al ser abandonados por nuestra escolta, nos dirigíamos hacia

Tombuctú —dijo.

—¿Por qué no a Sikasso? Es mucho menos lejos.

—Creímos que era mejor dirigimos a Tombuctú.

—¡Hum!... —murmura indeciso Harry Killer, quien luego de una pausa vuelve a decir—. ¿Su intención no era entonces ir hacia el este, hasta el Níger?

—No —afirma el señor Barsac.

—Si lo hubiera sabido —nos dice Harry Killer—, ahora no estarían aquí.

¡Qué farsa!... ¡Cómo si se hubiera tomado el trabajo de preguntarnoslo!

Aprovecho un nuevo silencio, que prolonga la ridícula reflexión de Harry Killer, para tomar la palabra. Soy un tipo extremadamente lógico. Todo lo que no sea lógico me choca. Y todo aquello me da la misma impresión que un cajón desordenado. En esa historia hay un punto que me incomoda. Por lo tanto intervengo y:

—Perdón, mi querido señor —le digo con exquisita cortesía—, pero siento curiosidad por saber por qué, se tomó el trabajo de traernos hasta aquí en lugar de matarnos lisa y llanamente. El capitán Edward Rufus y sus hombres tenían todas las de ganar, ya que estábamos totalmente desprevenidos, y ése era el mejor medio de librarse de nosotros.

Harry Killer arruga el entrecejo y me mira con desprecio. ¿Quién es ese pigmeo que se atreve a dirigirle la palabra? Sin embargo, se digna a responderme:

—Para evitar la investigación de las autoridades francesas, ya que la masacre de una misión la habría desencadenado.

En parte me doy por satisfecho. No del todo, sin embargo. Le objeto:

—Me parece que nuestra desaparición tendrá el mismo resultado.

—Evidentemente —reconoce Harry Killer que de a ratos da muestras de un gran sentido común—. Hubiera preferido que renunciaran al viaje. Sólo la obstinación de ustedes me obligó a traerlos aquí.

El adversario me tiende la soga. Hay que apurarse a tomarla. —Bueno, aún estamos a tiempo de arreglar las cosas —digo—. Ya que ahora sabe que de ningún modo queremos llegar hasta el Níger, no tiene más que dejarnos en el sitio donde nos levantó y así no habrá problemas...

—¿Para que vayan a contar por todas partes lo que han visto? ¿Para que revelen la existencia de esta ciudad ignorada por el mundo? —me interrumpió violentamente Harry Killer—. No, es demasiado tarde. Quien entra a Blackland no vuelve a salir.

Que se desgañite todo lo que quiera. Por mi parte comienzo a acostumbrarme a sus borrascas. No me inmuta y prosigo:

—Entonces se realizará la investigación.

—Probablemente —responde Harry Killer, cuya aguja barométrica vuelve a un nivel normal—, pero mi posición mejorará. Si me descubren, y si hay que pelear, al menos tendré algo más que si estuvieran muertos.

—¿Qué?

—Rehenes.

Muy sólido ese potentado. Tiene toda la razón. Pero yo también tuve razón al interrogarlo, pues de resulta de sus respuestas surge que no tiene intención de hacernos pasar a mejor vida. Siempre es agradable saberlo.

Harry Killer vuelve a su lugar, detrás de la mesa. Es un individuo desconcertante. Helo ahora, perfectamente tranquilo y dueño de sí.

—Precisemos la situación —dice en un tono glacial que es toda una novedad para nosotros—. Están en Blackland y no saldrán más. En cuanto a la existencia de cada uno de ustedes, será lo que cada uno decida. No tengo que rendir cuentas a nadie. Puedo mantenerlos en la prisión o suprimirlos, si se me antoja, como puedo concederles el grado de libertad de que gozo yo mismo

dentro de los límites del imperio.

Otra vez esa palabra. Es para reírse.

—Eso depende de ustedes —continúa Harry Killer dirigiéndose más particularmente al señor Barsac, a quien decididamente considera como nuestro jefe—. Para mí, pueden ser rehenes o...

Harry Killer hace una pausa. El señor Barsac lo mira con un asombro que comprendo. ¿Qué otra cosa podríamos ser?

—...o colaboradores —concluye fríamente Harry Killer.

Decir que la propuesta de Harry Killer nos asombra sería poco.

Nos sentimos positivamente «espantados». Sin embargo, prosigue con la misma frialdad:

—No crean que me ilusiono ante la marcha progresiva de las tropas francesas, Si bien aún es ignorada mi existencia, forzosamente un día u otro será conocida, Ese día habrá que pelear o negociar. No piensen que temo pelear. Estoy en condiciones de defenderme. Pero la guerra no es la {mica solución posible. La colonización de la cuenca del Níger bastará para tener ocupada a Francia por largos años. ¿Qué interés tendría en correr el riesgo de una derrota para avanzar a pesar de mí hacia el este, a través de un océano de arena que estoy por transformar en llanuras fértiles? Negociaciones bien realizadas podrían conducir a una alianza...

¡No duda de nada! Despide vanidad por todos los poros. ¿Es posible concebir a la República francesa aliándose con este tirano lleno de pústulas?

—¡Con nosotros!... —exclama azorado el señor Barsac, quien traduce el pensamiento de todos.

No faltaba más para desencadenar la temperatura. Después de todo, la calma venía durando mucho. Y se estaba poniendo monótono.

—¿Tal vez piensan que no soy digno? —rugió Harry Killer con los ojos chispeantes, volviendo a golpear la mesa, que no aguantaba más—. ¿O bien esperan escapar?... Ignoran mi poder...

Se pone de pie y concluye con voz en la que se cierne la amenaza:

—¡Ya van a conocerlo!

A su llamado, entran los guardias. Se apoderan de nosotros y nos llevan. Subimos por interminables escaleras, luego nos hacen atravesar a la carrera una amplia terraza, a la que siguen otras escaleras. Finalmente desembocamos en la plataforma de una torre, donde Harry Killer no demora en reunírsenos.

Aquel hombre es variable como las olas. Con él no se conocen los medio tonos. Sin transición pasa de un loco furor a una calma glacial y viceversa. Por el momento no se advierte ningún rastro de su última cólera.

—Aquí se encuentran a cuarenta metros de altura —nos dice en el mismo tono de un cicerone—. En consecuencia el horizonte está a unos veintitrés kilómetros. Podrán comprobar que por más lejos que miren, el desierto que nos rodea ha cedido el lugar a una campaña fértil. El imperio del que soy jefe tendría, entonces, más de mil seiscientos kilómetros cuadrados. En realidad tiene tres mil. Ésa es la obra llevada a cabo en diez años.

Harry Killer hace una pausa. Una vez que ha satisfecho su orgullo, esta vez legítimo, después de todo, continúa:

—Si alguien intentara penetrar a esa extensión de tres mil kilómetros cuadrados o intentara salir, de inmediato sería alertado por una triple fila de puestos de centinelas afincados en pleno desierto y ligados a este palacio por teléfono...

Ésa es entonces la explicación de los oasis y de los postes telefónicos que vi ayer de mañana. Pero escuchemos a Harry Killer quien, mostrándonos una especie de linternilla de vidrio parecida a la de un faro aunque de dimensiones mucho mayores que se levanta en medio de la plataforma, continúa en el mismo tono:

—Del mismo modo, nadie podría franquear tampoco sin mi autorización una zona de protección de un ancho de un kilómetro situada a cinco kilómetros de las murallas de Blackland, zona que es recorrida durante la noche por los poderosos rayos de este proyector. Gracias a su disposición óptica, este instrumento, que ha sido llamado cicloscopio, releva según la vertical esa zona de terreno circular; el vigía, que se encuentra en el centro del aparato, tiene constantemente bajo control todos los puntos, enormemente aumentados, que caen dentro de esa franja. Entren al cicloscopio, yo los autorizo, y compruébenlo personalmente.

Con mucha curiosidad, y alentados por la autorización, penetramos a la linternilla por una puerta hecha con una enorme lente que giraba sobre sus propios goznes. Apenas entramos, el mundo exterior cambia de aspecto ante nuestros ojos. De cualquier lado que miremos, no vemos más que un muro vertical y una red de trazos negros dividida en una multitud de cuadrados bien diferenciados. Esa muralla, cuya base está separada de nosotros por un abismo de tinieblas y cuya cumbre parece elevarse hasta una altura prodigiosa, parece hecha de una especie de luz lechosa. Sin embargo, no demoramos en comprobar que el color dista mucho de ser uniforme, sino que, por el contrario, es la resultante de una infinidad de manchas de tonalidades diferentes, de contornos bastante indecisos. Un poco más de atención nos revela que las manchas son árboles, unas, campos o caminos, otras, y las demás hombres que trabajan la tierra, todo lo suficientemente aumentado como para que pueda ser reconocido sin dificultad.

—Pueden ver esos negros —dice Harry Killer señalando dos manchas separadas por un espacio—. Admitamos que se les ocurra la idea de huir. No irían demasiado lejos.

Mientras hablaba, tomó un transmisor telefónico.

—Centésimo décimo primer círculo. Radio mil quinientos veintiocho —dice.

Luego, tomando otro transmisor, agrega:

—Décimo cuarto círculo. Radio seis mil cuatrocientos dos.

Y volviéndose hacia nosotros:

—Miren bien —nos recomienda.

Después de algunos instantes de espera en los que no sucede nada en particular, una de las manchas se disipa repentinamente tras una nube de humo. Cuando el humo desaparece, la mancha ya no está.

—¿Qué le pasó al hombre que estaba trabajando allí? —pregunta la señorita Mornas con voz entrecortada por la emoción.

—Ha muerto —responde fríamente Harry Killer.

—¡Muerto!... —exclamamos—. ¡Usted mató sin razón alguna a ese desdichado!...

—Cálmese, no es más que un negro —explica Harry Killer con absoluta sencillez—. Mercadería sin valor. Cuando se acaben, ya vendrán otros. Este fue demolido por un torpedo aéreo. Se trata de una especie de proyectil con un alcance de veinticinco kilómetros cuya rapidez y precisión han podido apreciar.

Mientras escuchamos esa explicación, al menos hasta donde nos lo permitía la conmoción que nos causaba una crueldad tan abominable, algo entra en nuestro campo visual, se levanta rápidamente a lo largo de la muralla lechosa y la segunda mancha también desaparece.

—¿Y ese hombre? —pregunta la señorita Mornas jadeante—. ¿También ha muerto?

—No —responde Harry Killer—, ése está vivo. En un instante van a verlo.

Sale rodeado de su guardia que nos empuja hacia afuera.

Nuevamente nos encontramos en la plataforma de la torre. Miramos a nuestro alrededor y a cierta distancia vemos acudir, con la velocidad de un meteoro, a un aparato similar al que nos trajo hasta aquí. Suspendido de la plataforma inferior distinguimos un objeto que se balancea.

—Ahí está el planeador —dice Harry Killer, enseñándonos así el nombre de la máquina voladora—. En menos de un minuto, sabrán si es posible entrar aquí, o salir, sin que yo lo sepa.

El planeador se acerca rápidamente. Crece a ojos vista... De pronto nos estremecemos: el objeto que oscila bajo la máquina es un negro, al que una especie de tenaza gigante ha tomado por el medio del cuerpo.

El planeador sigue acercándose... Pasa sobre la torre... ¡Horror!... la tenaza se abre y el desdichado negro viene a estrellarse a nuestros pies. De la cabeza destrozada, el cerebro se desparrama por todas partes y la sangre nos salpica a todos.

Un grito de indignación sale de nuestros pechos. Pero la señorita Mornas no se conforma con gritar: actúa. Con chispas en los ojos, pálida, los labios exangües, empuja a sus sorprendidos guardias y se arroja sobre Harry Killer.

—¡Cobarde...! ¡Miserable asesino!... —le grita en pleno rostro mientras sus pequeñas manos se aferran al cuello del bandido.

Éste se desprende sin esfuerzo y temblamos pensando en lo que pueda ocurrirle a la audaz mujer. ¡Ay!, no podemos brindarles ninguna ayuda. Los guardias se apoderan de nosotros y nos mantienen contra el suelo.

Felizmente parece que por el momento el déspota no tiene intención de castigar a nuestra valiente compañera, a la que dos hombres hacen retroceder. Si bien en la boca del hombre hay un rictus cruel, algo así como una expresión de placer pasa por sus ojos, que mantiene fijos sobre el cuerpo de la joven aún estremecida.

—¡Vaya!, ¡vaya! —dice en tono de bastante bonhomía—, tiene agallas la pollita.

Luego, pateando los restos del miserable negro:

—¡Esto!... —dice—. No hay que preocuparse por tan poco, chiquita. Baja y nos empujan tras él hasta devolvernos a la habitación en la que estuvimos, tan ricamente amueblada con una mesa y un único asiento, razón por la cual de ahora en adelante la llamaré sala del Trono. Harry Killer ocupa su lugar sobre el referido trono y nos mira.

¡Cuando digo que nos mira!... En verdad, sólo presta atención a la señorita Mornas. Mantiene fijos sobre ella sus terribles ojos, en los que poco a poco va encendiéndose una lucecita malsana.

—Ahora conocen mi poder —dice finalmente— y les he probado que mis ofertas no son de desdenar. Las renuevo por última vez. Me han dicho que entre ustedes había un diputado, un médico, un periodista y dos imbéciles...

En lo que respecta al señor Poncin, ¡sea! Pero, ¡qué injusticia para el pobre Saint-Bérain!

—Llegado el caso, el diputado negociará con Francia, construiré un hospital para el médico, el periodista entrará al Blackland's Thunder y veré de utilizar a los otros dos. Queda la pequeña. Me gusta... Me casaré con ella...

Puede suponerse que esa inesperada conclusión fue algo así como si cayéramos de las nubes. Casarse, ¡con un loco!...

—No sucederá nada de eso —responde el señor Barsac con firmeza—. Los abominables crímenes que nos ha hecho presenciar no nos han conmovido, por el contrario. Soportaremos la fuerza tanto como sea necesario, pero suceda lo que suceda nunca seremos otra cosa que sus prisioneros o sus víctimas. En cuanto a la señorita Mornas...

—¡Ah, así que mi futura mujer se llama Mornas! —lo interrumpe Harry Killer.

—Que me llame Mornas o de cualquier otro modo —grita nuestra compañera absolutamente enloquecida por la rabia—, sepa que lo considero como a una bestia feroz, como a un ser abyecto y repugnante y que tomo su proposición como la más vil injuria, la más vergonzosa, la más...

La voz se estrangula en la garganta de la señorita Mornas, que estalla en convulsivos sollozos. En cuanto a Harry Killer, se conforma con sonreír. Decididamente, el viento sopla para el lado de la clemencia.

—¡Está bien!... ¡Está bien!... —dice—. No hay apuro. Les doy un mes para que lo piensen.

Pero súbitamente el barómetro vuelve a bajar y termina el buen tiempo. Se incorpora y dirigiéndose a los guardias:

—¡Que se los lleven! —grita en voz tonante.

El señor Barsac opone resistencia por un momento a los guardias que lo arrastran. Interpela a Harry Killer.

—¿Y dentro de un mes qué hará con nosotros? —le pregunta. Pero el viento ya sopla hacia otro lado. El déspota no se ocupa más de nosotros y su mano temblorosa alza hacia la boca un vaso lleno de alcohol que acaba de servirse. Ante la pregunta del señor Barsac aleja el vaso de los labios y sin el menor signo de enojo dice:

—No lo sé bien... Tal vez los haga colgar.

DEL 26 DE MARZO AL 8 DE ABRIL

Tal como lo dice Amédée Florence en sus notas, los seis prisioneros salieron muy perturbados de la entrevista con Harry Killer. La muerte de los dos desdichados negros, y sobre todo el espantoso fin del segundo, los había conmovido profundamente.

¿Era posible que existieran seres lo suficientemente feroces como para provocar semejantes sufrimientos sin razón, por capricho, con el único objetivo de demostrar un detestable poder?

Una sorpresa, agradable por otra parte, los aguardaba a la salida de tan movida entrevista. Sin duda, Harry Killer, que acababa de acordarles un mes para que reflexionaran, quería ganarlos con buenos modales. Fuera como fuese, las puertas de las celdas no volvieron a ser cerradas con llave como hasta entonces y a partir de aquel momento pudieron circular libremente por la galería que se transformó en una habitación común donde fue posible reunirse tantas veces como quisieran.

En uno de los extremos de la galería había una escalera que daba, en el piso inmediatamente superior, a la cumbre del bastión en cuyo ángulo se encontraban situadas las celdas. También les fue acordado el uso de la plataforma. Si bien no podían aprovechar esa ventaja durante las horas del sol, por el contrario apreciaron en alto grado el placer de pasar las veladas al aire libre, las que prolongaban a su antojo sin que nadie les hiciera la menor observación.

En esas condiciones, la vida no tenía, en suma, nada de muy penoso y se sentían tan bien como se lo permitían la privación de la libertad y la inquietud legítima que abrigan sobre el porvenir. El conjunto de celdas, la galería y la terraza constituían un verdadero apartamento autónomo, en el que nada recordaba la prisión a no ser la puerta cerrada en el otro extremo de la galería. Era tras esa puerta cerrada donde estaban los custodios. La voz de ellos, el ruido de las armas, recordaban constantemente a los prisioneros que aquel límite era infranqueable.

El servicio doméstico era atendido por Tchumuki, que daba muestras de un gran celo. Pero sólo lo veían durante el tiempo que duraba el servicio. Fuera del tiempo consagrado a la limpieza de las celdas y a las comidas, nunca estaba con ellos y por lo tanto no tenían que soportar la presencia de aquel bribón, al que, al menos en parte, los prisioneros debían sus actuales desdichas.

Durante el día se visitaban o caminaban por la galería y al atardecer subían a la terraza donde a veces Tchumuki servía la cena.

El bastión de forma cuadrada en el que estaban encarcelados ocupaba el ángulo occidental del Palacio y dominaba por ambos lados la gran terraza de la que los separaba una serie de patios, que habían atravesado para llegar a la torre central donde habían visto el cicloscopio. De las otras dos fachadas, una se levantaba de la explanada que estaba entre el Palacio y la Usina, explanada a la que una enorme muralla limitaba por el lado del Red River, y la otra prolongaba esa enorme muralla cayendo a pico en el río desde una altura de treinta metros aproximadamente.

Toda evasión debía ser considerada, en consecuencia, como imposible. Sin hablar de la dificultad de escapar a la vigilancia, cuya eficacia había demostrado tan eficazmente Harry Killer, ni siquiera se podía pensar en salir del Palacio. Pasar del bastión a la terraza, que continuamente era transitada por consejeros, Merry Fellows de servicio o negros pertenecientes a la Guardia negra o al personal de servicio, no habría servido de nada, partiendo de la base de que todo eso fuera realizable. No se hubiera ganado mucho escapando hacia la explanada rodeada por todas partes por infranqueables murallas. Tal vez únicamente el Red River habría ofrecido una posibilidad, pero los prisioneros no tenían ni embarcaciones ni ningún medio que los ayudara a bajar los treinta metros que los separaban verticalmente del curso de agua.

Desde lo alto de la plataforma, podían seguir con la mirada el curso de aquel río que tanto aguas arriba como aguas abajo desaparecía entre dos filas de árboles, cuya altura comenzaba a ser respetable aunque hiciera tan solo diez años que se habían plantado. Excepción hecha del Jardín público, que les ocultaba el resto del Palacio, la ciudad de Blackland se desplegaba igualmente bajo sus ojos. Veían sus tres secciones separadas por altas murallas, las calles semicirculares y con céntricas, los barrios del Oeste y del Este con su población blanca bastante raleada y el Centro, donde al amanecer bullía una gran multitud de negros que luego se desparramaban por el campo circundante.

La mirada de los prisioneros también caía parcialmente en la Usina, pero lo que podían ver no les daba demasiada información sobre esa segunda ciudad incluida en la primera, con la que parecía no tener ninguna comunicación. ¿Para qué servían esas construcciones diversas a las que coronaba una chimenea por donde nunca salía una columna de humo y una torre idéntica a la del Palacio, aunque extendida hasta más de cien metros de altura por aquella pirámide inexplicable que Amédée Florence había notado al llegar? ¿Qué significaban esas amplias construcciones levantadas en la parte encerrada por los bordes del Red River, terreno recubierto por una gruesa capa de tierra con césped? ¿A qué necesidades respondía aquella otra parte, la más grande, la que contenía los jardines con huertos y árboles frutales? ¿Por qué el revestimiento metálico en la cúspide de la muralla que formaba el cinturón particular de aquel recinto? ¿Por qué aquel ancho y profundo foso en la base? ¿Por qué, incluso, la propia muralla, ya que a ambos lados que no daban al río o a la explanada, existía otra muralla luego de la cual comenzaba el campo? Daba la impresión de que se había procurado al mismo tiempo dotar a aquella pequeña ciudad particular de una defensa suplementaria y colocarla en la imposibilidad de comunicarse directamente con el exterior. Todo aquello resultaba inexplicable.

Interrogado al respecto, Tchumuki sólo había podido dar el nombre de aquella ciudad interior. Work House se había limitado a decir, con una especie de temor supersticioso, masticando terriblemente aquellas palabras, que en este relato traducimos como Usina. Por otra parte, al ser un reciente recluta de Harry Killer, Tchumuki no debía saber demasiado y sin duda él mismo habría sido incapaz de dar las razones del miedo que manifestaba, el que, en realidad, no era más que reflejo del sentimiento generalizado en la ciudad. Era de suponer, entonces, que detrás de aquella muralla sin aberturas que enfrentaba al Palacio se ocultaba alguna fuerza. ¿Cuál era la naturaleza de esa fuerza? ¿Llegarían a conocerla alguna vez y sería posible volverla en favor de sus intereses?

Si la libertad de todos había sido notablemente aumentada, como acaba de decirse, la de Jane Buxton lo fue mucho más aún. Por orden de Harry Killer, Tchumuki le había notificado que podía ir y venir sin restricciones y sin que tuviera que temer nada sobre su persona, tanto por el Palacio como por la superficie de la explanada. Solamente le estaba prohibido franquear el Red River, lo que, por lo demás, no habría podido hacer ya que un puesto de Merry Fellows estaba perpetuamente de guardia sobre el Castle's Bridge.

Inútil decir que la joven no había hecho uso del permiso que le fuera concedido. Sucediera lo que sucediera, su suerte sería la misma que la de sus compañeros de infortunio. Permanecía pues como ellos, prisionera, para gran asombro de Tchumuki, quien, por su parte, estimaba como absolutamente magníficas las propuestas de que era objeto su ex ama.

—Tú no ser bueno quedar prisionera —le decía—. Cuando tú casar amo ser bueno. Tú liberar *tubabs*.

Pero Jane Buxton sólo escuchaba con indiferencia el alegato del negro por lo que Tchumuki podía hacer gran gasto de elocuencia.

Cuando no se encontraban reunidos en la galería o en la plataforma del bastión, los prisioneros se entregaban a sus ocios particulares, cada cual según su gusto.

Barsac tenía la debilidad de enorgullecerse desmedidamente por su firme actitud durante la entrevista con Harry Killer. Los merecidos cumplidos que había recibido lo envanecían y habría marchado sin pestañear al suplicio para conseguir nuevas felicitaciones. Ya que todos los sentimientos adoptaban forma oratoria en el diputado, no dejaba de trabajar, desde entonces, en el discurso que asestaría al tirano en la primera ocasión y pulía y volvía a pulir el epíteto vengador que «improvisaría» y que le arrojaría al rostro si aquel se atrevía a reiterar sus deshonorables propuestas.

El doctor Châtonnay y Saint-Bérain, completamente restablecido de su lumbago, ambos bastante desocupados, uno a falta de enfermos, el otro en virtud de las circunstancias que le impedían practicar su deporte favorito, por lo general acompañaban a Jane Buxton y trataban de consolarla. El recuerdo del padre abandonado en la soledad del castillo de Glenor agobiaba tanto más a la joven, cuanto se creía capaz de atenuar la incurable desesperación del anciano. ¿Podría alguna vez llevarle las pruebas, aún incompletas, pero muy consistentes, de la inocencia de George Buxton?

Amédée Florence ocupaba buena parte de su tiempo en la redacción de sus notas cotidianas. Ni un solo día faltó a ese deber profesional. Si tenían la suerte de volver a Europa, las aventuras de la misión Barsac al menos serían conocidas en sus menores detalles.

En cuanto al señor Poncin, no decía ni hacía nada, como no fuera asentar de tanto en tanto en su voluminoso cuaderno una de las anotaciones cabalísticas que seguían intrigando tanto a Amédée Florence.

—¿Sería una indiscreción, señor Poncin —se atrevió a preguntarle un buen día a su silencioso compañero—, preguntarle qué es lo que anota con tanto cuidado?

El rostro del señor Poncin se iluminó. ¡Oh, no, no era una indiscreción! El señor Poncin, por el contrario, se sentía infinitamente halagado ante el hecho de que alguien prestara atención a su trabajo y apreciara el interés que éste tenía.

—Por ahora, planteo problemas —dijo en tono importante.

—¡Bah! —exclamó el reportero.

—Sí, señor. Acabo de resolver éste: «A tiene dos veces la edad que B tenía cuando A tenía la edad que B tiene ahora. Cuando B tenga la edad que A tiene ahora, la suma de sus edades dará N años. ¿Cuál es la edad de A y de B? Representando por X la edad de A...

—¡Pero eso no es un problema, señor Poncin! —exclamó Florence—. Es un simple rompecabezas de fabricación china. ¿Y ese ejercicio lo divierte?

—¡Digamos que es apasionante! Y este problema en particular es especialmente elegante. Estoy tratando de resolverlo desde la infancia, sin que me haya cansado en ningún momento.

—¿Desde la infancia?... —repitió Florence pasmado.

—¡Sí, señor! —afirmó el señor Poncin no sin vanidad—. Hoy he llegado a mi milésima nonagésima séptima solución, lo que me da, para A, cuatro mil setecientos ochenta y ocho años, y tres mil quinientos noventa y un años para B.

—No son muy jóvenes que digamos —observa Amédée Florence sin inmutarse—. Pero, ¿y las otras mil noventa y seis soluciones?...

—No eran menos exactas. Todos los múltiplos de nueve resuelven la ecuación; el número de soluciones exactas es infinito. Aunque viviera diez mil años no llegaría al fin. Porque si, en efecto, representamos la edad de A por una x y la edad de B por una y...

—¡Ah, no, señor Poncin! —lo interrumpe Florence espantado—. Más vale que le proponga otro problema que tendrá, al menos para usted, el mérito de la novedad.

—Con mucho gusto —responde el señor Poncin, quien lápiz en mano se apronta a anotar el enunciado.

—Tres personas grandes —dicta Amédée Florence—, una de un metro noventa, la segunda de un metro sesenta y ocho, la última de veintisiete centímetros, recorren trescientos treinta y dos kilómetros en veintiocho días. ¿Cuántos kilómetros recorrerán en un segundo ocho personas, dos de ellas se arrastraban, sabiendo que su edad promedio es de cuarenta y cinco años?

—Es una regla de tres —dice el señor Poncin, cuya frente profundamente arrugada revela la intensidad de su pensamiento.

—Estúdiele con tranquilidad —se apresuró a aconsejar Amédée Florence—. ¿Entonces durante todo el viaje ese tipo de cálculos fue lo que estuvo anotando en el cuaderno?

—¡Por supuesto que no, señor Florence! —protestó el señor Poncin dándose importancia—. Los problemas sólo son una distracción para mí, un descanso, un juego de la mente. Habitualmente me ocupo de problemas más elevados y más serios, le ruego que me crea.

—¿Cómo me atrevería a...?

—Soy estadístico —confesó el señor Poncin con fingida modestia.

—¿Entonces son estadísticas lo que hay ahí? —preguntó Florence señalando el famoso cuaderno.

—Sí, señor —respondió el señor Poncin, completamente embriagado por el entusiasmo. Esas anotaciones son una inagotable mina de información, ¡Encontré cosas sorprendentes, señor!

El señor Poncin había abierto el cuaderno, cuyas páginas hojeaba rápidamente.

—Vea, señor, vea esto —exclamó, mientras mostraba una de las anotaciones fechadas en 16 de febrero—. En setenta días vimos nueve rebaños de antílopes con un total de tres mil novecientos siete cabezas, que tuve la ocasión de contar, lo que da un promedio de cuatrocientos treinta y cuatro antílopes y once centésimos por rebaño. En un año habríamos encontrado, ¡esto es matemático!, cuarenta y seis rebaños y noventa y tres centésimos de rebaño, esto es, veinte mil trescientos setenta y dos antílopes y setenta y ocho centésimas. De donde resulta, ma-te-má-ti-ca-men-te, que los cincuenta y cuatro mil seiscientos kilómetros cuadrados en los que evaluó la superficie de la cuenca del Níger contiene quinientos cincuenta y seis mil ciento sesenta y tres

antílopes y ochocientos noventa y cuatro milésimas de antílope. Ésa es una información que vale mucho desde el punto de vista zoológico, me imagino.

—¡En efecto!... ¡En efecto! —balbuceó Amédée Florence asombrado.

—¡Le dije que eran cosas sorprendentes! —continuaba, sin arredrarse y con algo de volubilidad, el señor Poncin—. Sé, por ejemplo, que en la cuenca del Níger hay un promedio de nueve milésimos de caimán y veintisiete diez milésimas de hipopótamo por metro cuadrado de río. Que este año produjo seiscientos ochenta y dos trillones, trescientos veintiún billón, doscientos treinta y tres mil ciento siete millones, cuatrocientos ochenta y cinco mil un grano de mijo. Que nacen, promedio, veintiocho milésimas de niño por aldea y que esas veintiocho milésimas contienen doscientos setenta y siete milésimas de muchacho. Que los tatuajes de los negros de esta región, dispuestos en línea recta, constituirían las ciento tres mil quinientas veintiocho partes de la circunferencia de la tierra. Que...

—¡Suficiente!... ¡Suficiente!, señor Poncin —lo interrumpió Florence mientras se tapaba las orejas—. En efecto, es admirable, pero debo confesarle que es demasiado para mí. Una última pregunta. Estos Jeroglíficos que un día me tomé la libertad de copiar, tienen, entonces, un sentido análogo.

—Totalmente —declaró el señor Poncin—. 5 D y 16 F representan la fecha y significan sencillamente: 5 de diciembre y 16 de febrero. V t quiere decir aldeas atravesadas, H, hombres, M, promedio, F, mujeres, P v, por aldea, K c, kilómetros cuadrados, etc., etc. Todo eso es muy sencillo. Lo más interesante es la conclusión, es decir, la población total de la cuenca del Níger. Vea usted: el 5 de diciembre, P t, quiere decir población total: 1.479.114.

—Sí, lo veo —dice Florence—, pero también veo con fecha 16 de febrero: P t 470.652. ¿Cuál de las dos cifras es la correcta?

—Las dos —afirma el señor Poncin—. La primera era cierta el 5 de diciembre, y la segunda el 16 de febrero.

—Entonces, sospecho que en el intervalo hubo una terrible epidemia.

—Lo ignoro y deseo seguir ignorándolo —dijo con soberbia el señor Poncin—. Un estadístico digno de tal nombre debe prohibirse razonar, señor. Mira, observa, sobre todo cuenta, cuenta, eso es todo, y de su examen, de sus observaciones, de sus enumeraciones, los resultados surgen por sí solos. ¡Qué importa que cambien! Eso es ma-te-má-ti-ca-men-te inevitable si los factores han cambiado. Ese detalle no impediría que una suma continuara siendo una suma, que una resta fuera una resta, que una multiplicación...

—Continuará siendo una multiplicación, etcétera, etcétera —repitió maquinalmente el señor Poncin—. La estadística es una ciencia inmutable, pero evoluciona constantemente, señor.

Como su curiosidad había sido satisfecha mucho más de lo esperado, Amédée Florence se apresuró a cerrar la entrevista con aquella admirable máxima.

Cuando los prisioneros se reunían, el tema de las conversaciones era más serio. Como es de suponer, con la mayor frecuencia hablaban de su situación y de lo que dependía, es decir de Harry Killer, quien les había provocado una impresión que el tiempo no atenuaba.

—¿Quién puede ser ese individuo? —preguntó un día Barsac.

—Un inglés —respondió Jane Buxton—. Su acento es indudable.

—Que sea inglés, bien —replicó Barsac—, pero eso no nos dice gran cosa. De todos modos no es un hombre cualquiera. Haber creado esta ciudad en diez años, transformado el desierto, como lo ha hecho, traído agua adonde en siglos no se la había visto, semejante obra supone un verdadero genio apoyado por vastos conocimientos científicos. Es inconcebible que un aventurero así posea dones maravillosos.

—No deja de ser menos incomprensible para mí —dijo Amédée Florence—, que considero a Harry Killer como un loco.

—Medio loco, al menos —rectificó el doctor Châtonnay—, pero un medio loco alcohólico, lo que sí es terrible.

—La reunión de esas dos cualidades —dijo Amédée Florence— hace de él el tipo clásico del déspota, es decir, un impulsivo al que la fatalidad ha dotado de un poder que utiliza como lo haría un niño malcriado. Incapaz de soportar la menor resistencia pasa sin transición del furor a la calma y viceversa, y profesa un profundo desprecio por la vida humana, la de los demás, se entiende.

—Un tipo así no es raro en África —explicó el doctor Châtonnay—. La costumbre de vivir perpetuamente en compañía de hombres, en definitiva inferiores, a los que mandan sin control, muy a menudo transforma a los europeos, que no tienen un carácter firme y un alma elevada, en sátrapas crueles. El despotismo es una enfermedad endémica en las colonias. Harry Killer la lleva un poco más lejos, eso es todo.

—Repito que para mí es un loco —concluyó Amédée Florence— y con un loco no se puede contar. Estoy seguro de que nos ha olvidado y nada nos puede asegurar que dentro de cinco minutos no ordene nuestra ejecución sin más preámbulo.

Durante unos ocho días, las conjeturas pesimistas de Amédée Florence no se cumplieron y la vida se desarrolló normalmente, sin que ocurriera nada nuevo, hasta el 3 de abril. Ese día, por el contrario, fue marcado por dos sucesos de diferente naturaleza. Hacia las tres de la tarde, los prisioneros fueron agradablemente sorprendidos al ver llegar a Malik. Apenas vio a Jane Buxton, Malik se precipitó hacia ella, se arrodilló y con gesto conmovedor besó las manos de su buena ama, la que igualmente se sintió muy conmovida.

Por la negrita supieron que en vez de ser transportada por los planeadores como los demás prisioneros, había vuelto con los catorce hombres y los dos sargentos de la vieja escolta realizando etapas en cuyo transcurso no había dejado de conocer abundantes malos tratos. Se evitó preguntar a la joven sobre Tongané, del que, a juzgar por la tristeza que manifestaba, ciertamente carecía de noticias.

Dos horas después de la llegada de Malik, ocurrió un segundo hecho de naturaleza diferente. Eran alrededor de las cinco cuando Tchumuki acudió a la galería. Revelando una profunda agitación, informó a los prisioneros que había sido comisionado por Harry Killer para que llevaran a presencia del amo a la señorita Mornas, a la que aquel se obstinaba en considerar como su futura mujer.

Los prisioneros fueron unánimes en responder con una negativa formal a la comunicación de Tchumuki, quien debió retirarse a pesar de la insistencia que demostró en cumplir sus órdenes. Apenas se retiró todos comentaron con vivacidad la extraña

invitación de Harry Killer. Todos estaban de acuerdo sobre un punto: que su compañera no debía bajo ningún pretexto separarse de ellos.

—Les agradezco, amigos míos —les dijo Jane Buxton—, la valiente protección con que me rodean, pero no crean que estaré indefensa aunque me encuentre a solas con ese bruto, que después de todo no es invulnerable. Si bien a ustedes los han registrado, al parecer no han creído útil tomar semejante precaución con una mujer y así he podido conservar esta arma.

Mientras hablaba, Jane Buxton mostró el puñal hallado en la tumba de su hermano y que desde entonces llevaba en la cintura. —Estén seguros que sabré defenderme llegado el caso —concluyó. Apenas había devuelto a su lugar el puñal oculto por el faldón del corsé, apareció nuevamente Tchumuki, esta vez como enloquecido. Harry Killer había tenido un ataque de rabia furiosa al oír la respuesta de la señorita Mornas y le prevenía que compareciera inmediatamente ante él. Si continuaba negándose, los seis prisioneros serían colgados de inmediato.

Ya no cabía la vacilación y, en la imposibilidad de hacer correr semejante peligro a quienes había arrastrado a aquella aventura, Jane Buxton se resolvió a ceder a pesar de la oposición de sus compañeros. Estos trataron infructuosamente de oponerse por la fuerza a la partida.

Al llamado de Tchumuki, una docena de negros hizo irrupción en la galería y redujeron a la impotencia a los cinco hombres hasta que Jane Buxton desapareció.

La joven volvió hacia las ocho de la noche, luego de una ausencia de tres largas horas, durante las cuales sus compañeros, y sobre todo el desdichado Saint-Bérain, quien lloraba lágrimas calientes, experimentaron las peores inquietudes sobre su suerte.

—¿Y bien? —preguntaron a coro cuando la vieron.

—Pues bien, todo transcurrió muy bien —respondió la joven aún estremecida.

—¿Qué quería de usted?

—Nada, o, mejor dicho, quería verme, y nada más. Cuando llegué ya había comenzado a beber, como al parecer tiene costumbre y estaba medio borracho. Me hizo sentar y a su modo comenzó a dirigirme cumplidos. Me dijo que era el tipo de mujer que le gustaba, que le resultaría agradable tener una amita de casa como yo, se jactó de su poder y riqueza, que según él son inmensas, y de las que disfrutaré tanto como él cuando sea su mujer. Lo escuché tranquilamente y me limité a responderle que nos había acordado un mes para reflexionar, lapso del que sólo había transcurrido una semana. Por más extraño que les parezca, esto no lo sublevó. Creo realmente que tengo alguna influencia sobre ese demente. Me confirmó que dejaría pasar un mes antes de tomar una decisión, pero a condición de que le consagre todas mis tardes...

—Entonces será necesario que vuelvas donde él, mi pequeña —exclamó Saint-Bérain desolado.

—Es indispensable —respondió Jane Buxton—, pero no creo que corra demasiado riesgo a juzgar por esta primera jornada. Antes de las siete, y su ebriedad era total y mi función sólo consistió en cargar sus pipas y llenar su vaso hasta el momento en que el bruto se puso a roncar, situación que aproveché para venir a reunirme con ustedes.

A partir de aquel día Jane Buxton debió, efectivamente, ir al encuentro cotidiano de Harry Killer a partir de las tres de la tarde y se quedaba hasta las ocho. Según el relato que hacía cada noche, el trato continuaba recibiendo una pacífica ejecución. Todas las tardes pasaban del mismo modo. Cuando llegaba, encontraba al déspota en compañía de sus consejeros, a quienes daba órdenes que, por otra parte, revelaban una inteligencia luminosa. Nada de particular en esas instrucciones que tenían que ver con la administración de la ciudad o con los trabajos agrícolas y el gobierno de Blackland habría sido en absoluto misterioso si de tanto en tanto Harry Killer no se inclinara al oído de alguno de sus consejeros para hacerle una confidencia secreta, cuya naturaleza ignoraba Jane Buxton.

El Consejo duraba regularmente hasta las cuatro, luego todos se remaban y Jane Buxton se quedaba con Harry Killer. Pero éste no tardaba en dejada sola. Efectivamente, todos los días a las cuatro y media en punto el hombre desaparecía por una puertita cuya llave no abandonaba nunca. ¿A dónde iba? Jane lo ignoraba.

Los tres primeros días, había aguardado el regreso de Harry Killer y, pocos momentos después de la partida de éste, su oído había sido atraído por singulares ruidos parecidos a lejanos lamentos, como los que podría emitir un hombre que estuviera siendo torturado. Esos gemidos duraban alrededor de un cuarto de hora, luego cesaban y al cabo de una media hora. Harry Killer regresaba de excelente humor por la puerta por la que había salido. Mientras Jane le llenaba las pipas y el vaso, se ponía a beber hasta la ebriedad total.

Durante tres días Jane Buxton esperó el regreso de Harry Killer en la pieza donde éste la dejaba, pero pronto esos lejanos gemidos, que denotaban un sufrimiento que no estaba en sus manos mitigar, se le habían tornado insoportables, por lo que adquirió la costumbre de circular durante su media hora de soledad por el Palacio, cuyo personal. Consejeros, criados negros y Merry Fellows de servicio, comenzaba a conocerla e incluso a testimoniarle una cierta deferencia.

Todas las tardes llegaba un momento en que la ebriedad dejaba a su merced a Harry Killer. Entonces le hubiera resultado fácil a la joven suprimir a aquel tirano alcohólico, con el puñal que constituía toda la herencia de su desdichado hermano. Sin embargo, no lo había hecho. Además de la repugnancia natural a matar a un hombre indefenso, por más abominable que éste le pareciera, ¿para qué habría servido un asesinato así? ¿Por más que Harry Killer muriera, quedaría toda aquella banda de bandidos que él llamaba sus consejeros, los negros con caras de fiera en la Guardia negra y toda aquella turba interlope que formaba la población de Blackland. La situación de los prisioneros habría resultado no mejorada sino, por el contrario, empeorada por la muerte del único hombre de aquella ciudad que tal vez, en sus horas de lucidez, daba muestras de una real inteligencia y comprendía las ventajas de una relativa clemencia. Consultados al respecto, los compañeros de Jane Buxton estuvieron de acuerdo con ella. No, a ningún precio era conveniente matar a Harry Killer.

Tal vez resultaba mejor otro proyecto. Ya que Jane gozaba de la confianza del déspota, ¿era imposible aprovecharse de ello para apoderarse de su persona? Entonces los rehenes tendrían uno a su disposición y podrían tratar en igualdad de condiciones.

Desafortunadamente ese proyecto chocaba con grandes dificultades. ¿Cómo apoderarse de Harry Killer con todo el personal que circulaba por el Palacio y con todos los hombres que montaban guardia a la puerta de los prisioneros? Superada esa primera dificultad, ¿no llegaría a ocurrir que la población de Blackland se sintiera feliz de desembarazarse de él y no se prestara a ninguna

negociación que tuviera por centro la libertad del déspota? Pero aunque esta hipótesis no se cumpliera y se llegara finalmente a un tratado de paz, ¿cómo asegurar su cumplimiento? Eran demasiados problemas de incierta solución.

Además del proyecto de secuestro, Jane Buxton acariciaba otro que no había comunicado a sus compañeros. Su curiosidad y piedad habían sido suscitadas, la primera por las ausencias regulares de Harry Killer, la segunda por los lejanos quejidos que nunca dejaban de oírse en aquel momento de la jornada. Cuando de noche, completamente borracho, Harry Killer se abandonaba, más de una vez había sentido la tentación de robarle la llave de la puerta por la que desaparecía todas las tardes e ir a ver qué había tras la misma. Sin embargo, hasta entonces le había faltado el valor suficiente y había resistido la tentación, cuya satisfacción podía tener graves consecuencias.

Transcurrieron así cinco días hasta que llegó el 8 de abril.

Ese día, poco antes de las nueve de la noche, los prisioneros, incluida Malik, se enteraban a través de Jane Buxton de las peripecias de la jornada que, por otra parte, había transcurrido como las demás. En el piso de abajo, Tchumuki acababa el servicio antes de retirarse hasta el día siguiente.

Pesadas nubes, que según todas las apariencias no tardarían en convertirse en lluvia, hacían que la noche fuera muy oscura, ya que la luna no había alcanzado aún su último cuarto. Sobre la plataforma, donde no alcanzaban a llegar las luces del otro lado del Red River, reinaban profundas tinieblas.

De pronto algo cayó sobre las losas del piso haciendo un ruido seco. Sorprendidos, los prisioneros interrumpieron la conversación. ¿De dónde provenía y qué podía ser aquel objeto que sus ojos ni siquiera distinguían?

Amédée Florence fue el primero en recobrar la sangre fría. En instantes descubrió el misterioso proyectil. Era un guijarro de respetable tamaño, que tenía atado un lazo, cuyo otro extremo, pasando por encima del parapeto, debía sumergirse en el Red River.

¿Qué significaba aquel incidente? ¿No ocultaba alguna trampa o, tal vez, los prisioneros tenían algún amigo en Blackland que les quería pasar un mensaje? Para saberlo sólo tenían que tirar del lazo, en cuyo extremo, según esa posibilidad, habría alguna nota. Sin más dilación Amédée Florence se puso a tirar de la soga, pero necesitó ayuda del doctor Châtonnay. Como era una cuerda demasiado fina, se le deslizaba de entre los dedos en virtud del peso que soportaba. No podía tratarse de un simple billete.

Pronto tuvieron el otro extremo, al que estaba atada otra cuerda mucho más gruesa. Del mismo modo que había procedido con la soga, también tiraron de la cuerda. Cuando subieron unos treinta o treinta y cinco metros sin mayor dificultad, sintieron algo que les oponía resistencia, no firme como si la cuerda estuviera atada a un objeto fijo, sino algo elástico, tal como podría ser un hombre tirando desde el otro extremo. Durante algunos momentos se sintieron muy confundidos. ¿Qué hacer?

—Atemos la cuerda —propuso Amédée Florence—. Veremos si es eso lo que desea quien nos la envía.

Así lo hicieron.

De inmediato la cuerda se tensó. Por cierto que alguien estaba trepando, alguien a quien los prisioneros inclinados sobre el parapeto trataban de distinguir. Pronto, efectivamente, divisaron una forma humana que se elevaba rápidamente por el muro.

El desconocido visitante acabó el ascenso. Un instante después escalaba el parapeto y caía en medio de los estupefactos prisioneros.

—¡Tongané!... —exclamaron tratando de sofocar la voz.

NUEVA PRISIÓN

No solamente no había muerto, sino, que tal como lo explicaría más tarde, Tongané tampoco había sido herido cuando los sorprendieron en Kubo. Los rayos de los proyectores no lo alcanzaron y así pudo pasar desapercibido bajo los árboles sin que los asaltantes se ocuparan de él.

Actuando de ese modo, Tongané nunca había tenido la intención de abandonar a sus amos, y mucho menos desde el momento en que supo que Malik estaba con ellos. Sólo tenía la obsesión de ir en ayuda de ello, pero pensó que solo podría hacerlo si conservaba la libertad.

Lejos de huir, se había mantenido al acecho de los secuestradores.

Les había seguido la pista; al precio de privaciones sin cuento durante la travesía del desierto, había seguido los pasos a los que llevaban a Malik hacia Blackland, viviendo tan sólo de las migajas que éstos dejaban en los lugares donde se detenían antes que él. A pie, había avanzado tan rápidamente como los jinetes, haciendo cotidianamente unos cincuenta kilómetros.

Voluntariamente sólo se había dejado sacar ventaja en las proximidades de Blackland. Apenas llegó a un campo cultivado, se detuvo y esperó la noche para aventurarse en aquel terreno desconocido. Hasta la mañana, había estado oculto en un espeso arbusto. Mezclándose con la multitud de negros, había trabajado la tierra como ellos, como ellos había recibido los latigazos de los guardias, que los prodigaban con generosidad y, de noche, había regresado con ellos al barrio central sin que nadie le prestara atención.

Así habían transcurrido algunos días, en los que pudo robar esa cuerda de una caseta abandonada. Provisto del botín y siguiendo al Civil Body, había logrado llegar al río, donde durante dos largos días estuvo escondido en la arcada de un desaguadero, esperando la ocasión propicia.

Durante esos dos días había visto todas las tardes a los prisioneros ir y venir por la plataforma del bastión e infructuosamente trató de llamar su atención. La ocasión propicia recién se presentó al tercer día, el 8 de abril. Espesas nubes tornaban la noche muy oscura, circunstancia que aprovechó para salir del escondrijo y lanzar a sus amos la cuerda de la que se sirvió para llegar hasta ellos.

Como es de suponer, todas esas explicaciones sólo se conocieron más tarde. En el momento, Tongané se conformó con sugerir que sin duda todos podrían escapar por el mismo camino que él había empleado para venir. Abajo encontrarían una embarcación de la que había conseguido apoderarse y no tendrían más que seguir curso abajo por el Red River.

El proyecto fue aprobado sin discusión. Con cuatro hombres a los remos y ayuda de la corriente sería posible realizar seis millas por hora. Si partían antes de las once, al amanecer habrían hecho más de setenta y cinco kilómetros, es decir que habrían salido del radio de acción del cicloscopio a cuya vigilancia sin duda conseguirían escapar manteniéndose resguardados por las márgenes del río, y también del límite de las tierras de cultivo asimismo como al último de los puestos en pleno desierto. Luego para no ser descubiertos por los planeadores, bastaría con ocultarse durante el día en cualquier infructuosidad del terreno y proseguir navegando en las noches siguientes hasta llegar al Níger. El Red River, debía desembocar en los alrededores de Bikini, aldea en las proximidades de Saye, ya que estaba enlazada al antiguo lecho de Tafasasset; se trataba en total de un viaje de cuatrocientos cincuenta kilómetros, que demandaría cuatro o cinco noches de navegación.

El plan, rápidamente discutido, fue no menos rápidamente adoptado. Antes de proceder a su ejecución, convenía desembarazarse de Tchumuki. A veces ocurría que de noche el negro se demoraba una eternidad en la galería o en la plataforma. No era posible esperar a que se retirara. Había que actuar, y rápidamente.

Dejando a Jane Buxton, al inútil señor Poncin y a Tongané en la cima del bastión, los otros prisioneros se encaminaron hacia la escalera. Desde los primeros escalones, vieron en el piso inferior a Tchumuki tratando de terminar con sabia lentitud el trabajo de la jornada. Ni se preocupó por la presencia de los hombres, de los cuales, por otra parte, no tenía ningún motivo para sospechar. Éstos pudieron entonces acercarse a él sin despertar sospechas.

De acuerdo con el plan previamente trazado, fue Saint-Bérain quien inició el ataque. De pronto sus robustas manos se anudaron a la garganta del negro que ni siquiera tuvo tiempo de lanzar un grito. Entonces los otros tres tomaron por las manos y piernas al bribón, quien fue atado y amordazado cuidadosamente. Finalmente lo depositaron en una celda que cerraron con llave, la que fue arrojada al Red River. Así se retrasaría lo más posible el descubrimiento de la evasión.

Una vez terminada esa primera operación, al subir a la plataforma, los cuatro europeos fueron azotados por la lluvia que era un diluvio. Como era de prever las gruesas nubes se resolvían en agua y caían del cielo verdaderamente cataratas en violentas ráfagas. La suerte se decidía evidentemente a favor de los fugitivos. El horizonte era borrado a veinte metros por aquella pantalla líquida y apenas si podían distinguirse, confusas y vagas, las luces del barro de los Merry Fellows, al otro lado del río.

El descenso comenzó de inmediato y se llevó a cabo sin incidentes. Uno tras otro, Amédée Florence el primero, Tongané cerrando la fila, los fugitivos se dejaron caer por la cuerda cuyo extremo inferior estaba atado a una embarcación de tamaño suficiente como para contenerlos a todos. Inútilmente le propusieron a Jane Buxton que dejara la tarea a los hombres. Se negó enérgicamente e insistió en probar que su habilidad deportiva era igual a la de sus compañeros.

Antes de abandonar la plataforma, Tongané tuvo cuidado de desatar la cuerda de la almena a la que había sido enganchada y alrededor de la que no dejó más que una media vuelta. Reuniendo de inmediato las dos puntas en sus manos, bajó, se juntó con los compañeros y atrajo toda la cuerda tirando hacia sí por uno de los extremos. No quedaba ningún indicio acerca de cómo se había realizado la evasión.

Poco después de las diez, se desató la amarra y la embarcación, arrastrada por la corriente, comenzó a derivar. Los fugitivos se mantenían ocultos tras los bordes, con la cabeza por debajo de ellos. Cuando salieron de la ciudad, cuya muralla exterior distaba apenas seiscientos metros, tomarían los remos y aumentarían la velocidad. Hasta entonces, a pesar de que la lluvia torrencial formaba una cortina impenetrable, más valía no dejarse ver.

Transcurrieron algunos minutos y cuando ya estimaban encontrarse más allá del cerco, la embarcación chocó contra un obstáculo y quedó inmovilizada. Al tanteo, los fugitivos comprobaron con desesperación que habían chocado contra una reja de hierro muy elevada, coronada por paneles de palastro y cuya base desaparecía bajo el agua. Infructuosamente se debatieron a lo largo de aquella reja. Sus extremos estaban soldados a la muralla exterior que limitaban por un lado con los barrios de Civil Body y de los Merry Fellows y por el otro con el camino circular construido alrededor del muro particular de la Usina. Les fue forzoso reconocer que no había escapatoria.

Harry Killer tenía razón. Había tomado muy bien todas las precauciones. Libre durante el día, por la noche el curso del Red River era cerrado con una reja.

Un largo momento transcurrió antes de que los consternados fugitivos recobraran el ánimo. Profundamente abatidos, no sentían la lluvia que los iba calando hasta los huesos. ¿Volver atrás y presentarse con la cabeza inclinada a la puerta del Palacio tendiendo las manos para que se las ataran? No llegaban a resolverse. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa podían hacer? Franquear aquellos paneles de palastro que no ofrecían ningún asidero era evidentemente imposible. *A Fortiori*, había que pensar también en subir la embarcación por encima del obstáculo. Porque sin embarcación, la huida era imposible. En cuanto a subir a alguna de las orillas, a la izquierda estaba la Usina y a la derecha, los Merry Fellows. Por todas partes el camino estaba cerrado.

—No iremos a dormir aquí, me supongo —dijo finalmente Amédée Florence.

—¿Dónde quiere que vayamos? —preguntó Barsac muy confundido.

—No importa donde, excepto a casa de Su Majestad Harry Killer —replicó el reportero—. Ya que no tenemos problemas para elegir, ¿por qué no intentamos alquilar un nuevo apartamento en esa construcción que al parecer se llama la Usina?

En efecto, era tentador. Quizás en aquel microcosmos tan diferente del resto de la ciudad encontrarán ayuda. De todos modos, la situación no podría empeorar aunque lo intentaran.

Se dirigieron entonces hacia la margen izquierda y llegaron junto al muro, en la parte que daba aguas abajo y, por lo tanto, junto al camino circular que existía alrededor de la Usina. Era tan espesa la cortina de lluvia que a esa escasa distancia de cincuenta metros no podía verse ni siquiera la propia Usina.

Aunque el estruendo de los elementos desencadenados dominaba cualquier ruido, del mismo modo que el torbellino de gotas de agua impedía la visibilidad, los fugitivos procedieron con toda circunspección una vez que tomaron el camino circular, zona que no podía evitar de ningún modo. A medio camino, se detuvieron.

Entonces comenzaron a distinguir a una veintena de metros a lo sumo el ángulo donde se soldaban las murallas oeste y norte de la Usina, la primera llegando desde la derecha, paralela a la muralla de la ciudad, la segunda prolongándose aguas arriba, bordeando el Red River. Contrariamente a lo que sucedía con la fachada del Palacio, que estaba orientada de la misma manera, esta última parte de la muralla no caía directamente al agua, sino que estaba separada de ella por un muelle bastante ancho.

Una vez reconocidos los lugares, los fugitivos no se decidían aún a reanudar la marcha. Era porque habían descubierto, en el propio ángulo de la muralla de la Usina, un objeto muy inquietante: una garita, cuyas líneas clásicas se dibujaban confusamente a través de la lluvia. Como toda garita supone un centinela, si bien no se lo veía por ningún lado, debía suponerse que éste había buscado protección adentro del refugio.

Sin embargo, no podían eternizarse en aquel sitio. Hubiera sido el mejor modo de que los sorprendieran en caso de que el presunto centinela saliera de la garita si la lluvia cesaba de improvviso.

Haciendo señas a sus compañeros para que lo siguieran, Amédée Florence subió algunos metros por el camino circular alejándose del Red River, luego terminó de atravesarlo y volvió sobre sus pasos sin despegarse del muro de la Usina. De ese modo llegarían a la garita por el lado de atrás, ya que su única puerta abría hacia el río.

Llegados al ángulo del muro, se detuvieron nuevamente para deliberar y luego de ponerse de acuerdo, Amédée Florence, Saint-Bérain y Tongané dieron la vuelta, tomaron por el muelle y corrieron hacia la garita donde irrumpieron impetuosamente.

En efecto, en ella se encontraba un hombre, un Merry Fellow. Sorprendido por aquel súbito ataque, que nada le hacía prever, no tuvo tiempo de hacer uso de sus armas y el grito que llegó a lanzar se perdió en la tormenta. Saint-Bérain lo asió por la garganta y lo abatió como había abatido a Tchumuki. El blanco se desmoronó como se había desmoronado el negro.

Entonces Tongané corrió hacia la embarcación, de donde trajo la cuerda con la que el Merry Fellow fue prolijamente atado y luego, sin esperar nada más, los fugitivos remontaron el río en dirección al Palacio, bordeando, uno tras otro, el muro de la Usina.

Una de las singularidades de aquella Usina era la ausencia hasta entonces completa de aberturas hacia el exterior. Del lado de la explanada no las había, tal como lo habían podido comprobar desde la cima del bastión. Del lado opuesto tampoco las habían visto, por lo menos hasta donde era posible ver a través de la densa cortina de agua. Y lo mismo parecía suceder en aquel sector norte que daba al río.

Sin embargo, si habían hecho un muelle, ese muelle debía servir para algo. ¿Y para qué podía servir sino para descargar las mercaderías traídas por los barcos? Entonces existía necesariamente algún sitio por donde introducirías en la Usina.

El razonamiento era correcto. Después de recorrer ciento cincuenta metros, los fugitivos descubrieron, en efecto, una puerta de dos hojas, que parecía hecha en láminas de hierro tan rígidas y tan gruesas como las planchas de un acorazado. ¿Cómo abrir esa puerta que no tenía ninguna cerradura al exterior? ¿Cómo quebrarla? ¿Cómo atraer la atención de quienes habitaban la Usina sin llamar al mismo tiempo la atención de los otros centinelas que aparentemente debían montar guardia en los alrededores?

Junto a aquella gran puerta, unos pasos más adelante, existía otra, de idéntica construcción, pero mucho más pequeña, de una sola hoja, que sí tenía el agujero de la cerradura. Faltando la llave o cualquier otro instrumento que pudiera hacer las veces de llave, esa particularidad no era una gran ventaja.

Después de largas vacilaciones, los fugitivos iban a resolver golpear a la puerta con los puños y si era necesario con los pies cuando una sombra que venía desde la explanada apareció aguas arriba. Incierta en medio del torrente de lluvia, la sombra se dirigía hacia ellos. Como el muelle no tenía otra salida que el camino de cintura, el que después de rodear la Usina volvía a la explanada adonde debía llegar el visitante nocturno, existían posibilidades de que el destino de éste fuera una de las dos puertas que daban al muelle.

Los fugitivos, que ya no podían retroceder, se ocultaron lo mejor que pudieron en el vano de la puerta grande, listos a saltar sobre el intruso en el momento oportuno.

Pero éste avanzaba tan despreocupadamente, pasó tan cerca de ellos que casi hubieran podido tocarlo y evidenciaba una ignorancia tan perfecta de la presencia de los fugitivos, que renunciaron a un acto de violencia cuya necesidad no quedaba demostrada del todo. Alentados por la extraordinaria ceguera del paseante, fueron cerrándole el paso a medida que iba pasando junto a cada uno de ellos de modo que si se detenía, como era previsible ante la más pequeña de las puertas e introducía la llave en la cerradura, tendría a sus espaldas, alineadas en semicírculo, a ocho espectadores atentos, cuya existencia ni siquiera sospechaba.

La puerta se abrió. Empujando sin escrúpulos a quien la había abierto, los fugitivos se dieron a perseguirlo y el último se ocupó de cerrar la puerta con un golpe seco.

Se encontraron entonces en medio de una profunda oscuridad de la que surgía una voz dulce que en un tono que denotaba cierta sorpresa profería exclamaciones cuya moderación no dejaba de ser bastante sorprendente.

—¡Pues bien! —decía esa voz—. ¿Qué significa esto?... ¿Qué pretenden de mí?... ¿Qué pasa?...

De pronto brilló una débil luz que en medio de aquellas tinieblas pareció enceguecedora. A Jane Buxton se le había ocurrido encender la linterna eléctrica de bolsillo que le había sido tan útil en Kokoro. En el cono de luz aparecieron Tongané y frente a él un hombre delicado, de cabellos rubio pálido, con la ropa chorreando agua, el que, algo sofocado, se apoyaba contra el muro.

Al descubrirse mutuamente, Tongané y el hombre rubio prorumpieron simultáneamente, pero de un modo diferente, en una exclamación análoga:

—¡El sargento Tongané! —dijo el segundo con la misma voz dulce y el mismo acento de moderada sorpresa.

—¡Señor Camaret!... —exclamó el negro con los ojos en blanco.

¡Camaret!... Jane Buxton se estremeció al oír aquel nombre que conocía muy bien ya que era el nombre de un viejo compañero de su hermano.

Sin embargo, Amédée Florence juzgó oportuno intervenir. Ya que se encontraban en terreno conocido, se podían obviar las presentaciones. Dio un paso al frente y entró al cono de luz.

—Señor Camaret —dijo—, mis compañeros y yo deseáramos hablar con usted.

—Nada más sencillo —respondió Camaret sin inmutarse. Oprimió un botón y las lamparitas eléctricas brillaron en el techo.

Los fugitivos reconocieron que se encontraban en una pieza abovedada que no tenía un solo mueble. Se trataba de algún vestíbulo en toda apariencia.

Marcel Camaret abrió una puerta, tras la que comenzaba una escalera y desapareciendo por la misma dijo con toda sencillez:

—Si quieren tomarse la molestia de entrar...

MARCEL CAMARET

Estupefactos por aquel recibimiento cuya trivial cortesía se tomaba extraordinaria en aquella circunstancia, los seis europeos seguidos por los dos negros, se adelantaron por la escalera a la que numerosas lamparitas eléctricas iluminaban profusamente. Luego de subir una veintena de escalones entraron a un segundo vestíbulo donde se detuvieron. Cerrando la marcha, Marcel Camaret atravesó el vestíbulo y abriendo una nueva puerta desapareció, como antes, para dar paso a sus inesperados huéspedes.

Éstos ingresaron a una inmensa pieza en la que reinaba un gran desorden. Una mesa de dibujo ocupaba uno de los lados y una gran biblioteca las otras tres paredes. Una decena de asientos erraban por doquier, todos ocupados por pequeñas pilas de libros y papeles. Marcel Camaret colocó una de esas pilas, la dejó tranquilamente en el suelo y tomó posesión del sitio que había quedado libre. Animados por el ejemplo, los huéspedes lo imitaron y pronto todos estuvieron sentados a excepción de Malik y Tongané, quienes respetuosamente se quedaron de pie.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó entonces Marcel Camaret que verdaderamente parecía encontrar lo más natural a aquella insólita visita.

Durante los escasos minutos que emplearon en instalarse, los fugitivos habían tenido tiempo de examinar al personaje cuyo dominio violaban tan audazmente, y el examen no dejó de tranquilizarlos. Que resultara extraño aquel desconocido saludado por Tongané con el nombre de Camaret, que su distracción, tan grande que había pasado junto a ellos en el muelle sin verlos, que su aspecto ausente y desligado de todas las contingencias, que la calma y la sencillez con que recibía a gente que había irrumpido en su casa de un modo tan brutal, que todo eso fuera extraordinario estaba fuera de cualquier duda. Pero esas particularidades, seguramente anormales, no estaban en contradicción con la honestidad, más exactamente con la evidente inocencia de aquel hombre, cuyo cuerpo apenas fornado recordaba el de un adolescente. No, el propietario de aquella frente anchamente moldeada y de mirada límpida no podía pertenecer a la misma familia moral de un Harry Killer, por más que todo demostrara que compartía la vida con el bandido.

—Señor Camaret —respondió Barsac—, confidencialmente, venimos a solicitarle protección.

—¿Protección?... ¿a mí? —dijo Camaret en tono de ligera sorpresa—. ¿Contra quién, Dios mío?

—Contra el amo, o mejor dicho, el déspota de esta ciudad, contra Harry Killer.

—¡Harry Killer!... ¡Un déspota!... —volvió a repetir Camaret que daba muestras de no entender nada.

—¿No lo sabía usted? —preguntó Barsac, también él sorprendido.

—A fe mía que no.

—Sin embargo no puede ignorar que existe una ciudad alrededor de usted —insistió Barsac algo impaciente.

—¡Por cierto! —reconoció Marcel Camaret.

—Ni que esa ciudad se llame Blackland.

—¡Ah, así que se llama Blackland!... —exclamó Camaret—. En efecto el nombre no está mal... No, no lo sabía, pero ahora que usted me lo dice lo sé. Por otra parte, todo eso no me importa demasiado.

—Si usted no sabe el nombre de la ciudad —continuó Barsac no sin cierta ironía—, supongo que al menos sabrá que está habitada, que incluso posee una población bastante numerosa.

—Evidentemente —respondió Camaret con serenidad.

—Y, además, que toda ciudad necesita una administración, un gobierno...

—En efecto...

—En Blackland, el gobierno radica enteramente en la persona de Harry Killer, quien no es más que un bandido, un déspota cruel y sanguinario, un bruto alcohólico, por no decir un loco.

Marcel Camaret levantó la mirada, que hasta entonces había mantenido baja, hacia Barsac. Parecía perdido, estupefacto sobre todo, y realmente tenía el aspecto de haber caído de la luna.

—¡Oh, oh!... —murmuró con algo de extrañeza—. Emplea usted unas expresiones que...

—Muy insuficientes aún frente a los hechos que las motivan —continuó Barsac que comenzaba a acalorarse—. Pero, ante todo, permítame decirle quiénes somos.

Después que Camaret asintiera con un gesto de educada indiferencia, que no era precisamente de los más alentadores, se procedió a realizar las presentaciones. Dejando a Jane Buxton el seudónimo que había elegido, señaló sucesivamente a sus compañeros y a sí mismo, indicando luego de cada nombre, la condición de la persona presentada.

—Y, finalmente —concluyó—, he aquí a Tongané, sobre quien no insistiré, ya que al parecer usted lo conoce.

—Sí... sí... —dijo suavemente Camaret, cuya mirada había vuelto a posarse en el suelo.

—Comisionado por el gobierno francés... Pero, en verdad, ¿usted debe de ser francés, señor Camaret?

—Sí... sí... —volvió a murmurar el ingeniero sin demasiado énfasis.

—Comisionado, como le decía, por el gobierno francés para dirigir una misión a la cuenca del Níger, misión de la que mis compañeros aquí presentes forman parte —continuó Barsac—; hemos tenido que luchar sin descanso contra los obstáculos que Harry Killer acumulaba a su antojo ante nosotros.

—¿Cuál sería su objetivo para proceder así? —objetó Camaret, demostrando que comenzaba a prestar atención.

—El objetivo de cerramos el camino hacia el Níger, pues Harry Killer desea que su refugio siga siendo desconocido. Fue por eso que se esforzó para alejarnos de esta región, temeroso de que oyéramos hablar de Blackland, de la que nadie en Europa sospecha siquiera su existencia.

—¡Qué me dice!... —exclamó Camaret con una vivacidad que no le era habitual—. Es imposible que en Europa se ignore la existencia de esta ciudad, ya que numerosos obreros volvieron allí luego de haber pasado aquí un tiempo más o menos largo.

—Sin embargo es así —replicó Barsac.

—¿Usted afirma que nadie, vuelvo a decir, nadie, nos conoce? —insistió Camaret cada vez más preocupado.

—Absolutamente nadie.

—¿Y que continúan considerando a esta parte del desierto completamente deshabitada? —Sí, señor, lo afirmo.

Camaret se había puesto de pie. Presa de una violenta emoción caminaba de un extremo a otro de la habitación.

—¡Inconcebible!... ¡Inconcebible!... —murmuraba.

La agitación sólo duró algunos instantes. Pronto, gracias a un esfuerzo de la voluntad, volvió a su asiento.

—Continúe, señor, se lo ruego —dijo un poco más pálido que de costumbre.

—No lo aburriré —continuó Barsac aceptando la invitación— con el relato de todas las vejaciones que debimos soportar. Me bastará con decirle que después de lograr separarnos de nuestra escolta, Harry Killer, furioso al ver que persistíamos en la dirección que él nos prohibía, nos hizo secuestrar en plena noche por sus hombres y nos trajo aquí donde desde hace quince días nos mantiene prisioneros en tanto amenaza con colgarnos con cualquier motivo.

Algo de sangre había subido al rostro de Marcel Camaret, cuya mirada comenzaba a tener una expresión amenazadora.

—¡Lo que usted me dice es inimaginable!... —exclamó cuando Barsac terminó de hablar—. ¡Cómo!... ¡Harry Killer comportándose de ese modo!...

—Y eso no es todo —dijo Barsac, quien contó la odiosa violencia de que era objeto Jane Buxton y la masacre de dos negros, uno alcanzado por un torpedo aéreo, el otro capturado por un planeador y dejado caer sobre la plataforma de la torre donde se había estrellado horriblemente.

Marcel Camaret estaba conmovido. Quizá por primera vez abandonaba el dominio de la abstracción pura y tomaba contacto con la realidad. Su latente honestidad tenía que sufrir mucho en ese encuentro. ¡Cómo era que él, que no hubiera matado ni a una mosca, había vivido sin darse cuenta de nada durante largos años junto a un ser capaz de semejantes atrocidades!

—¡Es abominable... espantoso!... —decía.

El horror que le inspiraba el relato de Barsac era, a no dudarlo, tan sincero como profundo. ¿Cómo conciliar esa sensibilidad, esa verdadera criatura moral, con su presencia en una ciudad a la que las características del jefe tomaban tan sospechosas?

—Pero, en fin, señor —observó Barsac traduciendo el pensamiento de todos—. Un hombre que comete fríamente tales actos no está haciendo un ensayo. Seguramente Harry Killer tiene otros crímenes sobre la conciencia. ¿Ignora eso también?

—¿Y usted, usted se atreve a hacerme esa pregunta? —protestó Camaret rebelado—. Claro que lo ignoro, al igual que ignoraba lo que acaba de revelarme y los hechos, más terribles aún, que ahora entro a sospechar. Al no salir nunca de esta Usina, que descansa enteramente sobre mí, ocupado en inventar cosas, algunas de las cuales son asombrosas, puedo afirmarlo, nunca vi nada, nunca supe nada.

—Si le entendemos bien —dijo Barsac— usted respondería directamente, al menos en parte, a una pregunta que nos formulamos desde que estamos aquí. Para nosotros es incomprensible que esta ciudad, y la campiña que la rodea, pudiera ser obra de Harry Killer. Sobre todo si se piensa que diez años atrás todo esto no era más que un océano de arena. En cualquier sentido que haya sido realizada la tarea, la transformación no deja de ser prodigiosa. Pero aunque Harry Killer estuviera dotado en principio de una verdadera inteligencia, hace mucho que esa inteligencia debió haber quedado sumergida en el alcohol y no nos explicamos como ese degenerado puede ser el autor de semejantes maravillas.

—¡Él!... —exclamó Marcel Camaret arrebatado por una súbita indignación—. ¡Él!... ¡Esa nulidad, ese cero!... ¡Cómo puede ocurrírseles!... En efecto, la obra es hermosa, pero para llevarla a cabo se necesita otra cosa que un Harry Killer.

—¿Quién es, entonces, el autor? —preguntó Barsac.

—¡Yo!... —dijo con soberbia Marcel Camaret, con el rostro reluciente de orgullo—. Fui yo quien creó todo lo que existe aquí. Fui yo quien derramé la benéfica lluvia sobre el suelo árido y arrasado del desierto. Fui yo quien lo transformó en una verde y fértil campiña. Fui yo quien a partir de la nada hice esta ciudad, así como Dios, a partir de la nada, hizo el universo.

Barsac y sus compañeros intercambiaron una mirada de preocupación. En tanto, estremecido por un malsano entusiasmo, Marcel Camaret cantaba el himno a su propia gloria, alzando los brazos al cielo, con la mirada extraviada, como si estuviera buscando a aquél a quien osaba compararse. ¿Acaso no habían hecho más que pasar de un loco a otro?

—Ya que usted es el autor de todo lo que hemos visto aquí —dijo el doctor Châtonnay luego de un momento de silencio—, ¿cómo es que pudo abandonar su obra en manos de Harry Killer sin preocuparse del uso que haría de ella?

—Cuando lanzó los astros al infinito —replicó con soberbia Camaret—, ¿la potencia eterna se preocupó del mal que podría resultar de ello?

—A veces castiga —murmuró el doctor.

—Y yo también castigaré como ella, si hay lugar —afirmó Camaret, en cuyos ojos volvió a aparecer un inquietante resplandor.

Los fugitivos estaban desmoralizados. ¿Qué podían esperar de ese hombre, tal vez genial, pero seguramente desequilibrado, capaz, al mismo tiempo, de un tan completo enceguecimiento y de aquel desmesurado orgullo?

—¿Sería una indiscreción, señor Camaret —dijo Amédée Florence, deseoso de devolver la conversación hacia temas más concretos—, preguntarle cómo conoció a Harry Killer y cómo nació en su cerebro el proyecto de fundar Blackland?

—De ninguna manera —respondió suavemente Marcel Camaret que gradualmente recuperaba la calma habitual—. El proyecto es de Harry Killer. La ejecución solamente mía. Conocí a Harry Killer cuando yo integraba una expedición organizada por una compañía inglesa, expedición que comandaba un capitán en disponibilidad llamado George Buxton...

Ante aquel nombre, todas las miradas convergieron sobre Jane. Pero ésta permaneció inmutable.

—Tongané formaba parte de esa expedición en calidad de sargento —continuó Camaret— y fue por eso que pude reconocerlo de inmediato; aunque hayan pasado desde entonces no pocos años. En lo que a mí respecta, había sido contratado como ingeniero con la misión de estudiar la orografía, la hidrografía y, sobre todo, la mineralogía de las regiones que atravesaríamos. Partiendo de Acera, en la colonia de los achantis, hacía dos meses que nos dirigíamos hacia el norte, cuando un buen día se nos unió Harry Killer. Bien recibido por nuestro jefe, se incorporó a la columna y ya no la abandonó más.

—¿No es cierto, incluso —preguntó Jane—, que poco a poco fue reemplazando al capitán Buxton, que pronto dejó de ser visto?

Camaret se volvió hacia la joven.

—No podría decírselo... —le respondió vacilando, aunque sin mostrar ningún asombro ante la pregunta—. Al estar muy ocupado por mis estudios, comprenderá que no pude reparar en esos detalles y no veía ni a Harry Killer como tampoco a George Buxton. Fuera como fuese, un día, al volver de una excursión personal de cuarenta y ocho horas, ya no encontré la columna en el campamento donde la había dejado. No había nada, ni hombre ni material. Muy fastidiado, como es de suponer, me preguntaba en qué dirección debía caminar, cuando fui abordado por Harry Killer. Me dijo que el capitán Buxton había regresado a la costa llevándose la mayor parte del personal y que había quedado encargado de terminar, con unos quince hombres, el itinerario de la expedición. ¡Qué me importaba a mí Harry Killer o el capitán Buxton, a quien, por otra parte, no habría sabido buscar! Seguí, entonces, a Harry Killer sin dificultad. Éste se había interesado en algunos inventos bastante importantes que yo rumiaba en aquel momento. Me condujo hasta aquí y me propuso realizarlos. Acepté. Tal es el origen de mi relación con Harry Killer.

—¿Me permitiría, señor Camaret, completar sus informaciones y enterarlo acerca de lo que parece ignorar? —dijo Jane Buxton con voz grave—. A partir del día en que Harry Killer entró a formar parte de la expedición del capitán Buxton, la columna que éste comandaba se transformó en una tropa de bandidos. Incendiaron aldeas, masacraron gran cantidad de hombres, destruyeron mujeres, cortaron en pedazos a los niños.

—¡Imposible!... —protestó Camaret—. ¡Yo estaba allí y no vi nada de eso!

—Del mismo modo en que no nos vio hace un momento, al pasar por delante de nosotros, del mismo modo que ignoró durante diez años los actos de Harry Killer. ¡Ay!, los sucesos que le he revelado son indiscutibles. Desdichadamente son hechos históricos conocidos en todo el mundo.

—¡Y yo sin saber nada!... —balbuceó Marcel Camaret aterrado.

—Sea lo que fuere —continuó Jane— el eco de esas atrocidades llegó a Europa. Fueron enviados soldados contra la columna insurgente de George Buxton, la que fue aniquilada. El día en que no encontró a nadie al volver al campamento que había abandonado, George Buxton no se había ido. Estaba muerto.

—¡Muerto!... —repetió Camaret estupefacto.

—Sí, pero no derribado, como se había creído hasta ahora, por las balas de los soldados enviados en su persecución. George Buxton murió asesinado.

—¡Asesinado!...

—Hasta ahora lo hemos engañado. No me llamo Mornas. Mi nombre es Jane Buxton y soy la hermana de su antiguo jefe. Es por eso que reconocí su nombre cuando Tongané lo pronunció delante de mí. Si vine a África fue para buscar pruebas de la inocencia de mi desdichado hermano, que es acusado de crímenes que ciertamente cometió otro.

—¡Asesinado!... —repetía Canlaret, agobiado por el peso de todas aquellas sucesivas revelaciones.

—¡Y asesinado por la espalda! —precisó Jane, mientras retiraba de la cintura el arma que había dado muerte a George Buxton—. En compañía de los señores aquí presentes, fui hasta la tumba de mi hermano y en presencia de ellos exhumé sus restos. De allí recogimos este puñal que, atravesando el omóplato, en el cual aún estaba clavado, lo había herido en pleno corazón. El nombre del asesino estuvo grabado alguna vez en el mango. Desafortunadamente el tiempo se encargó de borrarlo. Sin embargo, aun quedan dos letras, una i y una y, según lo que usted ha dicho, no creo equivocarme el sostener que ese nombre debe ser: Harry Killer.

Al oír aquella trágica historia, Marcel Camaret fue manifestando una creciente agitación. Cruzaba y descruzaba los dedos, se pasaba febrilmente las manos por el rostro que estaba constantemente perlado por gotas de sudor.

—¡Es horrible!... ¡horrible!... ¡Yo, lo hubiera!... ¡Yo!... —repetía hasta el cansancio, mientras un resplandor inquietante volvía a aparecer en sus ojos dilatados.

—¿Nos concede asilo? —preguntó Barsac a modo de conclusión.

—¡Sí se los concedo!... —respondió Camaret con un acaloramiento que no era habitual en él—. ¿Necesita preguntármelo? ¿Acaso piensa que soy cómplice de esos abominables crímenes, que muy por el contrario habré de castigar, esté seguro?

—Antes de pensar en castigar, hay que pensar en defendernos —observó Amédée Florence siempre práctico—. ¿No hay que temer que Harry Killer intente recuperarnos?

Marcel Camaret sonrió.

—No sabe que están aquí —dijo—, y aunque lo supiera...

Un gesto significando que le preocupaba muy poco esa eventualidad concluyó su pensamiento.

—Por el momento —continuó— descansen tranquilamente. Están a salvo, no lo duden.

Oprimió un botón. Apareció un criado negro.

—Joko —dijo Camaret como algo sin la menor importancia al negro que había puesto los ojos en blanco—, conduce a los señores y a la dama a sus habitaciones.

Se puso de pie y se dirigió hacia una puerta, que abrió. —Buenas noches señores —dijo cortésmente, y desapareció dejando a sus huéspedes tan asombrados como al negro, al que había sido confiada la difícil misión de llevarlos a los dormitorios.

Pues, ¿dónde podría encontrar lechos el desdichado Joko? No había ninguno libre en la Usina, donde nada había sido previsto para imposibles extraños. ¿Sería preciso ir de puerta en puerta despertando a todos los obreros?

Al ver su confusión, Barsac le aseguró que sus compañeros y él se las arreglarían muy bien sin camas. Se quedarían donde estaban y simplemente le rogaban a Joko que reuniera todos los sillones y mantas que pudiera. Ya que la noche estaba bastante avanzada, se arreglarían lo mejor posible para terminarla.

Así llegó el amanecer. A las seis en punto, Marcel Camaret volvió a abrir la puerta por la que se había retirado la víspera. No pareció para nada sorprendido al ver su despacho personal transformado en dormitorio.

—Buenos días, señores, —dijo a sus huéspedes tan tranquilamente como se había despedido la noche anterior.

—Buenos días, señor Camaret —le respondieron a coro.

—Señores —continuó Camaret—, he pensado en lo que me contaron anoche; esta situación no puede prolongarse. Vamos a actuar de inmediato.

Oprimió un botón. Un violento timbre resonó por todas partes.

—¿Quieren seguirme, señores? —dijo.

Después de recorrer varios corredores, llegaron a un amplio taller donde se veían numerosas máquinas herramienta, por el momento inmóviles. Alrededor de ellas se movía una multitud de hombres y mujeres.

—¿Están todos? —preguntó Marcel Camaret—. Rigaud, pasa la lista, por favor.

Una vez que la lista permitió comprobar que el personal de la Usina estaba completo, Camaret tomó la palabra. Ante todo presentó a los extraños que habían venido a reclamar su protección. Luego expuso lo que había sabido la noche anterior. Atrocidades cometidas por el pelotón de George Buxton, por una razón u otra caído en manos de Harry Killer, asesinatos, en apariencia imputables al inicial comandante de la expedición, secuestro de la misión Barsac, violencia ejercida por Harry Killer contra Jane Buxton y finalmente muerte tan cruel como injustificada de dos negros; no olvidó nada con lo que impactar el ánimo de sus interlocutores. De todos aquellos hechos resultaba que sin saberlo estaban al servicio de un verdadero bandido y, en consecuencia, había razones para temer que el trabajo realizado en la Usina sirviera para cometer nuevos crímenes. Semejante situación no podía prolongarse y, además, el sentido del honor le impedía devolver a Harry Killer los prisioneros que retenía sin derecho, por lo que, según él, había razones para romper relaciones con el Palacio y exigir una repatriación general.

Escuchado en medio de un profundo silencio, el relato de Camaret provocó en principio un asombro muy natural entre aquellos honrados trabajadores. Cuando la agitación se calmó un poco, la conclusión del orador logró completa aprobación. ¿Cuál de aquellos obreros se habría animado a expresar una opinión contraria a la de su director, unánimemente admirado y respetado?

Éste acabó de impresionar la imaginación de sus escuchas participándoles la muy exacta reflexión siguiente:

—Lo que más me sorprendió —les dijo— entre las increíbles cosas de las que me enteré anoche es que en Europa ignoran la existencia de esta ciudad a la que al parecer, Killer habría llamado Blackland. No ignoro que fue fundada fuera de toda ruta seguida por las caravanas, en el corazón de un desierto al que nunca nadie llega por ningún motivo. Pero no es menos cierto que varios compañeros de ustedes, luego de pasar aquí un tiempo más o menos largo, sintieron nostalgia de sus países de origen y desearon regresar a sus hogares. Esta noche he repasado el registro de esos casos. Desde el origen hubo exactamente ciento treinta y siete partidas. Si tan sólo algunos de esos ciento treinta y siete obreros hubieran llegado a Europa, la existencia de esta ciudad no sería desconocida. Como nadie la conoce, debe concluirse necesariamente que ninguno de esos ciento treinta y siete obreros llegó jamás a destino.

Ni una sola exclamación escapó de la multitud de obreros, a la que aquel riguroso razonamiento parecía haber dejado estupefacta.

—En consecuencia, según se desprende del pasado —concluyó Camaret—, resultaría que ninguno de ustedes puede esperar volver a ver su país en tanto subsista el poder de Harry Killer, ni esperar ninguna merced si caemos en sus manos. Pata defender nuestros intereses, asimismo como los de la justicia, nos conviene lanzamos a la lucha.

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Cuenta con nosotros!... —exclamaron desde todas partes. Tal era la confianza de los hombres en Marcel Camaret, ya que aquellos obreros, en principio agobiados por la idea de que estaban totalmente separados del resto del mundo, ya habían recobrado ánimo con sólo pensar que el jefe estaba con ellos. Todos los brazos se alzaron hacia él en demostración de inquebrantable fidelidad.

—Que el trabajo se reinicie como de costumbre y cuenten conmigo, amigos —dijo Camaret, cuya salida fue acompañada por una formidable ovación.

Apenas salió del taller mecánico, se entrevistó por unos instantes con el capataz al que había llamado Rigaud. Luego, mientras éste iba a cumplir las órdenes que acababa de recibir, Camaret, seguido por sus protegidos, volvió a su gabinete de trabajo.

Apenas se había sentado cuando sonó el teléfono. Tomó el receptor y se le oyó responder suavemente con «síes», «noes», «buenos», «como usted desee» a quien le hablaba. Finalmente se echó a reír y colgó el aparato, al que aisló maniobrando un interruptor intercalado en el circuito.

—Es Harry Killer quien me telefona —dijo con esa voz singular en la que ninguna emoción altera habitualmente la tranquila suavidad—. Sabe que están aquí.

—¡Ya! —exclamó Barsac.

—Sí. Parece que encontraron a un cierto Tchumuki. También habrían encontrado una barca abandonada en el río y en el ángulo de la Usina a un centinela atado como a ese Tchumuki. Ya que salir de la ciudad durante la noche es imposible, al decir de Killer, éste dedujo necesariamente que estaban aquí. No lo desengañé. Me pidió entonces que se los devolviera. Me negué. Insistió y yo persistí en mi negativa. Gran rabia. Harry Killer amenazó con venir a buscarme por la fuerza. Eso me hizo reír e interrumpí la comunicación.

Los protegidos de Camaret se habían incorporado todos al unísono.

—Es innecesario decirle que puede contar con nosotros —afirmó Barsac en nombre de todos—. Pero necesitaremos armas...

—¿Armas? —repitió Camaret sonriendo—. ¿Para qué?... Creo que no hay ninguna por aquí. Sin embargo, no se preocupen señores. Dispondremos de otros medios.

—¿Medios capaces de luchar contra los cañones del Palacio?

—Contra eso y muchas cosas más. Si se me ocurriera destruir toda la ciudad, no me llevaría más que un momento hacerlo. Pero no pienso que hemos llegado a ese extremo. Estén seguros de que los cañones del palacio permanecerán mudos. Además, Harry Killer conoce mi poder y en buena parte la Usina fue construida a prueba de cañonazos; pero no la destruirá ya que todo su poder depende de ella. Más bien intentará entrar a la fuerza. Sólo que no lo conseguirá.

Como una respuesta a la afirmación de Camaret se oyeron golpes sordos que provenían del piso inferior.

—¿Qué les decía? —dijo el ingeniero sonriendo suavemente—. Helo ahí, pegado a la puerta. Pero es sólida, se los garantizo.

—¿Y si apunta un cañón contra ella? —preguntó Saint-Bérain sólo a medias tranquilizado por la calma de Camaret.

—Incluso en ese caso no sería fácil forzarla —respondió éste—. Pero traer un cañón hasta el muelle requiere tiempo y ahora sólo tenemos que vérnosla con un ariete manual. Con eso pueden estar un siglo golpeando sin que hagan demasiados progresos. Por otra parte, si me acompañan podrán asistir a las peripecias del asedio. Creo que el espectáculo les resultará interesante.

Volvieron al taller mecánico que atravesaron sin detenerse. Ahora las máquinas se encontraban en actividad, pero los obreros no se ocupaban de las tareas con el celo habitual. Reunidos en grupos, comentaban las novedades de que se habían enterado y reinaba cierto desorden en el taller fácilmente explicable por los actuales acontecimientos, desorden ante el que Camaret prefirió cerrar los ojos.

Una vez que atravesaron el taller, subieron a una escalera en caracol y llegaron a la plataforma de una torre, que no ofrecía demasiadas diferencias con la del Palacio, a no ser que ésta se encontraba coronada por aquella inexplicable pirámide cuadrangular y metálica cuyo vértice se elevaba a más de cien metros. Al igual que la torre del Palacio, ésta también estaba provista de un cicloscopio colocado en la base de la pirámide, artefacto al que Camaret invitó a sus huéspedes que ingresaran.

—Este cicloscopio —les explicó— no está orientado a un radio de cinco kilómetros como el que construí para Harry Killer. Gracias a una serie de espejos oblicuos dispuestos en la cima de la muralla de la Usina, nos permite vigilar lo que pasa en las inmediaciones. Ustedes pueden ver desde aquí la fachada exterior del muro que nos rodea hasta la base.

La explanada, el muelle y el camino de cintura aparecieron, en efecto, en aquel cicloscopio, cuyas imágenes aunque más pequeñas que las del instrumento del Palacio, eran, por el contrario, mucho más nítidas. En las lentes apareció un gran número de hombres, muchos de ellos con escaleras, corriendo por la periferia de la Usina, mientras otros treinta continuaban agotándose en vanos esfuerzos contra la puerta.

—Como lo preveía —dijo Camaret—, van a dar el asalto. Es ahora cuando esto va a ponerse interesante.

En efecto, el asalto comenzaba en esos momentos. Ya habían sido apoyadas contra el muro varias escaleras, a las que estaban trepando un gran número de Merry Fellows. Llegados a la cima, algunos apoyaron las manos en ella sin desconfianza. Apenas tocaron la cresta del muro aquellos hombres se entregaron a sorprendentes contorsiones. Suspendidos a la cima como si sus manos se hubiesen pegado al muro, bailoteaban una danza endiablada al modo de esos títeres que se agitan cuando se tira de la cuerda que los sostiene.

—¡Brutos como siempre! —explicó Camaret—. La cresta del muro está muy bien recubierta de un metal que he compuesto cuya conductibilidad eléctrica es a la del cobre en relación de cien a uno. Hago pasar por ese revestimiento una corriente alterna de voltaje conveniente y ustedes pueden apreciar los resultados.

Mientras Camaret daba esa explicación, los asaltantes detenidos en los escalones inferiores habían tomado por las piernas a quienes los precedieran, cuyos desordenados movimientos no podían entender. De inmediato aquellos imprudentes ejecutaron las mismas contorsiones para gran asombro de los compañeros que no los habían imitado.

—Pero, ¿por qué esos imbéciles no se dejan caer lisa y llanamente? —exclamó Saint-Bérain.

—Los pobres diablos no pueden —dijo Marcel Camaret—. Quedarán pegados al muro tanto como se me antoje... Pero puedo hacer algo mejor.

Maniobró una manecilla. Al instante, las escaleras fueron despedidas, como empujadas por una mano invisible, y aquellos que aún estaban sobre ellas volaron por el aire, quedando junto al muro tan sólo racimos humanos que continuaban agitándose desesperadamente.

—No garantizo la garita —observó suavemente Camaret—. Con respecto a lo que acaba de ocurrir ante ustedes, ¿desearían conocer la causa?

Ante una respuesta afirmativa de todos continuó:

—Es muy sencillo. Según pienso, todas las fuerzas, sea cuales fueren, no son más que vibraciones etéricas de una u otra naturaleza. Generalmente hay acuerdo en considerar a la luz como una serie de vibraciones comprendidas entre un cierto mínimo y un cierto máximo de frecuencia y a los fenómenos eléctricos a otra serie de vibraciones separadas de las primeras por un intervalo que se supone pertenece a otras vibraciones de naturaleza desconocida. Sin pronunciarme formalmente, me inclino a creer que estas últimas tienen que ver con el calor. Sea como fuere, sé provocarlas, manejarlas y conseguir de ellas efectos bastante curiosos, como los que acaban de ver.

Durante toda aquella sucinta explicación, los racimos humanos continuaban su descabellada danza.

—El jueguito ya duró mucho —dijo Marcel Camaret maniobrando otra manecilla.

De inmediato los fantoches humanos se despegaron del muro y desde una altura de diez metros cayeron hacia la base donde quedaron inanimados. Luego de un instante de vacilación bastante comprensible, sus compañeros decidieron acercarse a recogerlos y llevárselos.

—Fin del primer acto —anunció Camaret con su tono habitual—. Pienso que no favoreció a Harry Killer que ya tiene unos treinta hombres fuera de combate. ¿Y si nos ocupáramos ahora de esos imbéciles que se encarnizan torpemente contra la puerta?

Marcel Camaret se apoderó de un transmisor telefónico.

—¿Estás listo, Rigaud? —preguntó.

—Sí, señor —respondió una voz que se oyó en todo el cicloscopio.

—¡Lánzalos! —ordenó Camaret.

Como si le hubiera obedecido a él mismo, de pronto un extraño instrumento salió y se alejó de la base de la torre. Era una especie de cilindro vertical cuyo extremo inferior terminaba en un amplio cono. En la parte superior giraban con rapidez vertiginosa cuatro hélices, una horizontal y tres verticales. El singular aparato se elevaba, alejándose con respecto al muro. Cuando sobrepasó cierta altura su curso se hizo horizontal y comenzó a seguir rigurosamente la periferia de la Usina.

Pero ya, siguiendo a esa primera máquina, había partido una segunda, luego una tercera y otras más. Los huéspedes de Camaret llegaron a contar veinte que, a intervalos regulares, escapaban de la torre como pájaros del nido y sucesivamente cumplían la misma maniobra.

—Son mis avispas —dijo Marcel Camaret, apoyándose un tanto en el adjetivo posesivo—. Más tarde les explicaré cómo se dirigen. Por el momento conformémonos con verlas actuar.

—Nuevamente tomó el transmisor telefónico.

—Una advertencia, Rigaud —dijo.

Luego, dirigiéndose a sus nuevos amigos:

—¿Para qué matar a esos pobres diablos que después de todo no me hicieron nada? Una advertencia bastará si es que quieren entender.

Después del fracaso de la tentativa, los asaltantes que habían intentado escalar el muro permanecían inactivos. Llevándose a sus compañeros fuera de combate, muchos de los cuales sin duda habían muerto o al menos se encontraban gravemente heridos, habían evacuado el camino de cintura y estaban reunidos en la explanada, a respetuosa distancia de la Usina, cuya muralla contemplaban con gran asombro.

Por el contrario, los que atacaban la puerta no habían interrumpido el trabajo. Se obstinaban en lanzar contra ella, que por otra parte parecía inmovible, una pesada viga que era balanceada por unos cuarenta brazos robustos. En su paseo alrededor del muro, las avispas, ya que ése era el nombre con que las había bautizado Marcel Camaret, pasaban una tras otra por encima de aquel grupo que no les prestaba la menor atención.

De pronto una detonación partió de una de ellas y una lluvia de metralla cubrió el suelo en un espacio circular de cincuenta metros de radio.

Ante aquel ruido, los que maniobraban el ariete levantaron la cabeza. Aún no se habían dado cuenta de la naturaleza del fenómeno cuando una segunda detonación partió de otra máquina que se aproximaba, detonación seguida, como la anterior, por una segunda lluvia de metralla.

Esta vez el campo mortífero se había acercado a ellos. Incluso algunos hombres fueron alcanzados por los proyectiles. Los demás no esperaron más. Abandonando el ariete, recogieron a los heridos y huyeron a todo lo que les daban las piernas.

Los espectadores de aquella escena no podían creer lo que veían.

Cada avispa, después de detonar su carga, volvía dócilmente a su alvéolo al pie de la torre y un minuto después, con una nueva carga, retornaba altura para ocupar su puesto en la ronda general.

—No creo que sea necesario seguir ocupándonos de esa gente —dijo Marcel Camaret—. Tal vez deseen visitar la Usina...

LA USINA DE BLACKLAND

Los huéspedes aceptaron gustosamente:

—Antes de bajar de este lugar, al que por otra parte volveremos al terminar la visita —dijo Camaret—, fíjense ante todo en la disposición general de la Usina. En el conjunto ocupa, como pueden verlo, una superficie rectangular de un ancho de doscientos cincuenta metros aproximadamente y trescientos sesenta metros de largo paralelo al río. En consecuencia, la superficie total es de nueve hectáreas exactamente en la parte occidental, que representa las tres quintas partes de este cuadrilátero que está destinado a los jardines.

—¿Por qué jardines? —lo interrumpió Amédée Florence.

—Garantizan en parte nuestra subsistencia; lo demás nos viene del exterior. Sólo la otra parte, de doscientos metros de ancho, la que contiene el muelle, es decir donde estamos ahora, ésa es la parte de la Usina propiamente dicha. En el centro, sobre una superficie de doscientos cincuenta metros se encuentran agrupados los talleres y mis aposentos particulares, todos al pie de esta torre, que es el punto central del sector. En cada extremo, donde en consecuencia quedaba libre un espacio de cincuenta metros, se construyeron en dirección perpendicular al río dos filas de casas para los obreros, filas que están separadas por una amplia calle. Contando con que cada fila tiene siete casas, y que cada casa tiene cuatro pisos, planta baja incluida, disponemos en total de ciento doce viviendas.

—¿Con qué cantidad de personal cuenta? —preguntó Barsac.

—Cien hombres exactamente, pero algunos están casados y varios tienen hijos. Como pueden comprobar, los talleres no tienen más que una planta y están recubiertos por una gruesa capa de tierra y césped. De modo que los disparos de abusos serían casi inofensivos para los talleres. Ahora que conocen los grandes lineamientos, si lo desean podemos bajar y proceder a una visita más detallada.

Antes de obedecer a la invitación, los interlocutores de Camaret echaron una última ojeada a su alrededor. La situación no había cambiado. Las avispas continuaban con su paseo circular, y los asaltantes, haciendo buen uso de la experiencia reciente, no se atrevían a penetrar en la zona peligrosa. Tranquilizados por esa doble comprobación, los huéspedes abandonaron la plataforma siguiendo al ingeniero.

Guiados por él visitaron en primer término el piso de la torre, al que llamaba «la colmena», lugar desde el que las veinte avispas habían levantado vuelo, partiendo desde una misma cantidad de alvéolos, entre los que se encontraba la metralla de

recambio. De inmediato atravesaron una serie de talleres: ajuste, carpintería, forja, fundición, etc., y desembocaron en el jardín, del lado más próximo al Palacio.

En aquel punto, la alta muralla que rodeaba la Usina impedía ver el reducto de Harry Killer. Pero apenas se alejaba unos cincuenta metros del muro, comenzaba a verse la punta de la torre del Palacio. De pronto se oyó el ruido de una explosión en la cumbre de aquella torre, explosión que fue seguida por el ruido característico de una bala sobre el grupo de paseantes. Éstos retrocedieron precipitadamente.

—¡El muy imbécil!... —murmuró tranquilamente Camaret, quien se limitó a alzar los brazos sin dejar de correr.

Ante aquella señal, se dejó oír un violento silbido. Los huéspedes de Camaret se volvieron instintivamente hacia la Usina. Pero ésta les dejó ver el Palacio. El cicloscopio que coronaba la torre había desaparecido.

—Esto le enseñaré —dijo Camaret—. Yo también tengo torpedos aéreos e incluso tengo más que él ya que soy quien los fabrica. Con respecto al cicloscopio, haré otro; eso es todo.

—Pero, señor —le hizo notar Amédée Florence—, ya que usted también posee esos proyectiles a los que llama torpedos aéreos, ¿por qué no usarlos contra Harry Killer?

Por un momento Marcel Camaret se quedó mirando fijamente al que le hacía la pregunta y una vez más reapareció en sus ojos aquella expresión de extravío.

—¡Yo!... —dijo finalmente con voz sorda—... Yo... ¿atentar contra mi obra?...

Sin insistir más sobre el tema, Amédée Florence se limitó a intercambiar una mirada con sus compañeros. Decididamente aquel hombre sorprendente tenía, por muchos motivos, un punto débil y ese punto débil se llamaba orgullo.

Reanudaron la marcha en silencio. El Palacio había asimilado la lección. Ningún otro ataque fue intentado contra los paseantes que continuaron recorriendo el jardín, el que abandonaron por el lado opuesto al que habían ingresado.

—Llegamos al primer punto interesante —dijo Camaret abriendo una puerta—. Aquí se encontraba la vieja maquinaria, el motor y el generador a vapor, el que a falta de otro combustible, alimentábamos a leña. Era todo un problema, ya que la leña venía de lejos y consumíamos grandes cantidades. Felizmente todo eso no duró demasiado. Desde el momento en que el río contó con agua, luego de las primeras lluvias que conseguí provocar, la estación hidroeléctrica que durante ese tiempo estuve construyendo a unos diez kilómetros más adelante de la ciudad, comenzó a funcionar. Desde entonces no volvimos a utilizar este material arcaico y ya no sale más humo de esta chimenea ahora inútil. Nos limitamos a transformar, según nuestras necesidades, la energía que la estación generadora nos envía.

Siempre siguiendo a Camaret, el grupo llegó a otra sala.

—Aquí y en las salas siguientes, al igual que ésta, llenas de dínamos receptores, de alternadores, de transformadores y bobinas, a veces bastante imponentes, todo esto es el país del rayo. Es aquí donde recibimos y transformamos la corriente primaria que proviene de la estación.

—¿Cómo! —exclamó Florence sorprendido—. ¿Cómo pudieron traer todas estas máquinas hasta aquí?

—Sólo una pequeña cantidad —respondió Camaret—. La mayoría la fabricamos nosotros mismos.

—Pero debieron necesitar materia prima —objetó Amédée Florence—. ¿Cómo diablos pudieron procurársela en pleno desierto?

—¡Claro!... ¡Es cierto!... —dijo Camaret, pensativo, como si esa dificultad le resultara completamente nueva tiene razón señor Florence. ¿Cómo pudieron llegar hasta aquí las primeras máquinas y la materia prima con la que creamos otras? Nunca me había puesto a pensar en ello se lo aseguro, en esa parte del problema. Yo pedía y de inmediato se cumplían mis requerimientos. Más allá de eso nunca supe nada. Pero ahora que usted lo pregunta...

—¿Y qué ejército de hombres pudo transportar todo eso a través del desierto, mucho antes de que tuvieran los planeadores?

—Es cierto —dijo Camaret palideciendo un poco.

—¿Y el dinero?... ¡Vaya si todo eso no costó algo más que monedas! —volvió a observar Florence en su lenguaje atrevidamente familiar.

—¿El dinero?... —balbuceó Camaret.

—Sí, el dinero. Es usted muy rico, entonces.

—¿Yo?... —exclamó Camaret—. Creo que nunca tuve ni cinco centavos en el bolsillo desde que estuve aquí.

—¿Entonces?

—Es Harry Killer... —comenzó tímidamente Camaret.

—¡Claro! Pero, ¿de dónde lo sacaba? ¿O su Harry Killer es un millonario?

Camaret abrió los brazos en señal de ignorancia. Parecía desmoralizado ante la pregunta de Amédée Florence y en su mirada reapareció aquella expresión de extravío que lo hacía vacilar ante cualquier emoción algo intensa. Presintiendo las posibles soluciones al problema, tan diferente de aquellos que resolvía habitualmente, que bruscamente le era planteado, experimentaba una especie de vértigo ante los insospechados horizontes que descubría. Tenía un aspecto tan realmente desgarnecido que el doctor Châtonnay sintió lástima de él.

—Es un punto que dilucidaremos junto a los otros —dijo—. No nos eternicemos ahora en él y continuemos con la visita.

Como para espantar un pensamiento inoportuno, Camaret se pasó la mano por la frente y entró a la sala siguiente en silencio.

—Aquí —dijo con voz aún alterada por la emoción— están los compresores. En realidad empleamos mucho el aire y otros gases en estado líquido. Como ustedes saben, todos los gases son licuables apenas se los comprime y se les baja la temperatura en la graduación suficiente, pero apenas se los deja librados a sí mismos, recobran temperatura y con mayor o menor rapidez vuelven al estado gaseoso. Si tuvieran que ser contenidos en un recipiente cerrado, las paredes de éste soportarían una presión tal que estallarían en pedazos. Uno de mis inventos permitió cambiar esto. En efecto, descubrí una sustancia absolutamente antiadiatérmana, es decir, absolutamente impermeable a las radiaciones caloríficas. Ello posibilita que un gas licuado, aire por ejemplo, introducido en recipientes fabricados con esa sustancia conserve siempre la misma temperatura y, en consecuencia,

permanezca en estado líquido sin ninguna tendencia al estallido. Ese invento me permitió realizar otros varios, especialmente los planeadores con alto radio de acción, los planeadores que ustedes conocen

—¡Vaya si los conocemos!... —exclamó Amédée Florence—. Más bien diga que los conocemos demasiado. ¿También son suyos esos planeadores?

—¿Y de quién quiere que sean? —replicó Camaret súbitamente atacado por un nuevo acceso de orgullo enfermizo.

A medida que hablaba, ese estado se disipaba paulatinamente.

Un momento después ya no quedaban trazas y volvió sobre el tema normalmente:

—Mis planeadores tienen tres particularidades principales concernientes a la estabilidad, al despegue y a la fuerza motriz. Les daré una idea en pocas palabras. Comencemos por la estabilidad. Cuando un pájaro se enfrenta a una ráfaga inesperada, no necesita hacer cálculo alguno para recuperar el equilibrio. Su sistema nervioso o, más bien, la parte del sistema nervioso que constituye lo que en fisiología se llaman reflejos, actúa y lo reacomoda de un modo totalmente instintivo. A los efectos de que la estabilidad de mis pájaros mecánicos fuera automática pretendí dotarlos de un sistema de reflejos análogo. Como han visto constan de dos alas colocadas en la cima de una pirámide cuadrangular de cinco metros de alto, en cuya base está la plataforma que soporta al motor, al conductor y a los pasajeros. Esta disposición supone ya un notable descenso del centro de gravedad. Pero la pirámide no está en absoluto fija con respecto a las alas. A menos que se lo inmovilice, total o parcialmente, maniobrando uno de los timones de dirección y profundidad, puede, por el contrario, describir pequeños arcos en todos los sentidos alrededor de la vertical. Si las alas, fuera de la acción de un timón se inclinan lateral y longitudinalmente, la pirámide, arrastrada por su propio peso, tiende a hacer un nuevo ángulo con las alas. Mediante ese movimiento, de inmediato acciona masas de un peso determinado adosadas paralela y perpendicularmente a las alas, las que al mismo tiempo se deforman de manera conveniente. De ese modo se corrigen de inmediato —y en forma automática, como ya les he dicho— las inclinaciones accidentales del planeador.

Con la mirada baja, Marcel Camaret daba esas explicaciones con la serenidad de un profesor dictando un curso. No vacilaba, no tenía dificultad en encontrar las palabras, que surgían solas. Sin interrumpirse, continuó del mismo modo:

—Pasemos al segundo punto. En el momento del despegue, las alas del planeador bajan replegándose contra la pirámide. Al mismo tiempo el eje de la hélice, móvil en un plano vertical perpendicular a las alas, se levanta y la hélice queda en posición horizontal. El aparato se convierte entonces en un helicóptero y su hélice tiene acción suspensiva.

Pero cuando alcanza una altura suficiente, las alas se abren, en tanto simultáneamente el eje de la hélice se inclina hacia adelante hasta quedar en posición horizontal. Gradualmente ésta se convierte en propulsiva y el helicóptero se transforma en planeador. En cuanto a la energía motriz, me la proporciona el aire licuado. De un tanque fabricado con la sustancia antiatármica de la que les he hablado, el aire líquido, cuyo paso es regulado por un juego de válvulas, llega a través de un tubo muy fino que se mantiene constantemente caliente. El aire retoma de inmediato al estado gaseoso, debido a una presión formidable, y acciona el motor.

—¿Qué velocidad consigue con esos planeadores? —preguntó Amédée Florence.

—Cuatrocientos kilómetros por hora con un radio de acción de cinco mil kilómetros sin necesidad de reaprovisionarse —respondió Camaret.

Nil mirari, dijo Horacio: no hay que asombrarse de nada. Sin embargo, los huéspedes de Camaret no pudieron contener la expresión de la admiración que los embargó. Mientras regresaban a la torre, no encontraban términos lo suficientemente entusiastas como para celebrar el genio de Camaret. Pero aquel hombre extraño que a veces daba muestras de una tan excesiva vanidad permaneció indiferente a los elogios, como si sólo fuera sensible a los que se discernía a sí mismo.

—Llegamos ahora al corazón mismo de la Usina —dijo Camaret cuando estuvieron en la torre—. Esta torre se compone de diez pisos parecidos a éste y todos contienen aparatos análogos a los que estamos viendo. Seguramente han notado que la cima está coronada por 1ma pirámide metálica muy elevada. Esa pirámide es un proyector de ondas. Además, la torre aparece erizada en toda su superficie por una multitud de puntas que son otros tantos proyectores de reducidas dimensiones.

—¿Proyectores de ondas dice usted?... —preguntó el doctor Châtonnay.

—No desearía fatigarlos con un curso de física —respondió Marcel Camaret sonriendo—. Sin embargo es preciso que les explique ciertos principios elementales. Les recordaré entonces (y si no lo saben se los enseñaré) que un célebre físico alemán llamado Herz hace ya mucho tiempo que notó que cuando se hace estallar una chispa en una bobina de inducción, en el breve intervalo que separa las dos ramas de un condensador, resonador u oscilador (pueden usar la palabra que les guste más), la chispa provoca entre los dos polos del instrumento una descarga oscilante, lo que equivale a decir que es recorrido por una corriente alterna o, en otros términos, que sus dos polos son positivos o negativos en el transcurso de una misma descarga hasta el momento en que se vuelve al estado de equilibrio. La rapidez de esas oscilaciones, dicho de otro modo, su frecuencia, puede ser muy grande y llegar a los cien mil millones por segundo. Además no están limitadas a los puntos donde se producen. Por el contrario, también hacen oscilar el medio ambiente, es decir, más exactamente el fluido imponderable que llena al mismo tiempo los espacios celestes y los vacíos intermoleculares de los cuerpos materiales, al que se le ha dado el nombre de éter. Por lo tanto a cada oscilación corresponde una vibración del éter que se trasmite progresivamente a una distancia cada vez mayor. A esas vibraciones se les llama con toda justicia ondas herzianas. ¿Me explico?

—Admirablemente —dijo Barsac, quien en su calidad de político era tal vez el menos preparado para las cuestiones científicas.

—Hasta mí, esas ondas no eran más que una curiosidad de laboratorio. Se las usaba para electrizar, sin contacto material, a cuerpos metálicos situados más o menos lejos de la fuente de emisión. Las ondas tenían además el defecto capital de expandirse en todos sentidos alrededor del punto de emisión, al igual que los círculos concéntricos que se forman cuando se arroja una piedra a un charco. De eso resultaba que la energía inicial disminuía, se debilitaba, se vaporizaba, por así decirlo, dividiéndose en una extensión más o menos grande y así tan sólo a pocos metros de la fuente no podían conseguirse más que manifestaciones insignificantes. ¿Me siguen entendiendo? ¿Soy claro?

—Luminoso —afirmó Amédée Florence.

—Mucho antes de mí se había notado que esas ondas son como la luz, es decir, susceptibles de ser reflejadas, pero nadie había sacado ninguna conclusión de esa propiedad. Entonces, gracias al metal extraconductor que descubrí (el mismo con el que forré la parte superior de la muralla) pude establecer reflectores tales que la casi totalidad de las ondas emitidas se dirige hacia el sentido que me interesa. Así la fuerza inicial es íntegramente enviada en esa dirección y se transmite gradualmente de modo que no llega a ser consumida totalmente en un trabajo cualquiera. Al conocerse el modo para variar la frecuencia de esas oscilaciones, pude concebir receptores de ondas que sólo son sensibles a determinada frecuencia. Es lo que en física se llama sintonización. Un determinado receptor reaccionará entonces ante todas las ondas que tengan la frecuencia para la que fue construido y sólo para ellas. Al ser infinito el número de frecuencias posibles, puedo, en consecuencia, establecer una infinidad de motores entre los que no existirán dos que sean sensibles a las mismas ondas. ¿Me siguen?

—Es algo más difícil —reconoció Barsac—. Pero de todos modos lo seguimos.

—He terminado casi —dijo Camaret—. Es de ese modo que ponemos en funcionamiento una considerable cantidad de máquinas agrícolas que reciben la energía a distancia, de uno u otro de los proyectores que erizan esta torre. Es también de ese modo que dirigimos a las avispas. Cada una de ellas tiene cuatro hélices y cuatro pequeños motores de diferente sintonía: desde acá activamos, según lo queramos, uno u otro de esos motores. Y es, finalmente, de este modo que podría destruir la ciudad entera si se me ocurriera.

—¿Podría destruir la ciudad entera desde aquí!... —exclamó Barsac.

—Muy fácilmente. Harry Killer me pidió que la hiciera inabordable y yo la hice inabordable. Bajo todas las calles, bajo todas las casas, bajo el Palacio e incluso bajo esta misma Usina, hay fuertes cargas de explosivos acompañadas de detonadores sintonizados con ondas cuya frecuencia sólo yo conozco. Para hacer saltar la ciudad, me bastaría con enviar hacia cada mina ondas de la frecuencia correspondiente a su detonador.

Amédée Florence, quien tomaba notas febrilmente, estuvo por insinuar la idea de que tal vez sería bueno emplear ese procedimiento para terminar con Harry Killer, pero recordó el poco éxito que había tenido su sugerencia de emplear torpedos aéreos con el mismo fin, por lo que se abstuvo prudentemente de formularla.

—¿Y la gran pirámide que corona la torre? —preguntó el doctor Châtonnay.

—Ya va, ya va; esa será mi conclusión —respondió Camaret—. Con las ondas herzianas ocurre como si estuvieran sometidas a la atracción, lo que es un fenómeno bastante curioso, y luego de partir del punto de emisión, lentamente caían al suelo donde finalmente se perdían. Por lo tanto si se desea que lleguen lejos, hay que producirlas a cierta altura. Para mí, esto era tanto más necesario por cuanto deseaba enviarlas no muy lejos sino muy alto, lo que es aún menos fácil. Lo logré, sin embargo, tanto gracias a una pirámide de unos cien metros de altura comunicada con el oscilador, como a un reflector, invento mío también, que se encuentra en la base de la pirámide.

—¿Para qué enviar las ondas a tanta altura? —preguntó Florence sin entender nada.

—Para hacer llover. Tal era el principio del invento que proyectaba cuando conocí a Harry Killer, quien me ayudó a llevarlo a la práctica. Mediante la pirámide y el espejo, envío ondas a las nubes y de ese modo electrizo hasta la saturación el agua que contienen en estado globular. Cuando la diferencia de potencial de esa nube con respecto a la tierra o a otra nube cercana llega a un grado suficiente, lo que no demora demasiado, se produce una tormenta y cae la lluvia. La transformación de este desierto en campo fértil prueba la eficacia del procedimiento.

—Pero también hay que tener nubes —observó el doctor Châtonnay.

—Por supuesto, o al menos una atmósfera lo suficientemente húmeda. Pero las nubes vienen indefectiblemente, un día u otro. El problema consistía en hacerlas estallar aquí y no en otra parte. Ahora que el campo se halla cultivado, que los árboles comienzan a crecer, existe la tendencia al establecimiento de un régimen regular de lluvias y las nubes se hacen cada vez más frecuentes. Apenas aparece una, no tengo más que hacer esto —explicó Camaret moviendo una manecilla—, y de inmediato ondas de mil caballos de fuerza provenientes de una fuerza electromotriz las bombardean con sus millones de vibraciones.

—¡Maravilloso! —se extasiaron los oyentes del ingeniero.

—En este preciso momento, sin que ustedes tengan la menor conciencia de ello —prosiguió Camaret a quien aquella revista de sus inventos exaltaba progresivamente—, las ondas brotan de la cúspide de la pirámide y van a perderse en el infinito. Pero he soñado otro porvenir para ellas. Siento, sé, estoy seguro de que podrían adaptarse a cien usos diversos, que, por ejemplo, sería posible que recorrieran toda la superficie de la tierra, por teléfono o por telégrafo, sin necesidad de alambres que reunieran las estaciones correspondientes.

—¡Sin alambre!... —exclamaron los oyentes.

—Sin alambre. ¿Qué se necesitaría? Muy poco. Sencillamente que se imaginara un aparato receptor adecuado. Estoy en eso, incluso me hallo cerca del objetivo, pero aún no lo he alcanzado.

—Empezamos a no entender nada —confesó Barsac.

—Nada más sencillo —afirmó Camaret, cada vez más excitado—. Vea, éste es un aparato Morse corrientemente usado en el telégrafo común al que he intercalado un circuito particular para mis experiencias. No tengo más que operar estas palancas —y mientras hablaba efectivamente las manipulaba— para que la corriente traductora de ondas quede bajo dependencia de este circuito. En tanto el manipulador del Morse esté levantado, las ondas herzianas no pasarán. Por el contrario, cuando esté bajo, y tan sólo mientras permanezca así, las ondas escaparán por la pirámide. Sin embargo, ya no será hacia el cielo adonde las proyecte, sino en dirección del supuesto receptor, orientando convenientemente el espejo que las concentra y las refleja. Si la dirección de ese receptor no fuera conocida, bastaría con suprimir lisa y llanamente el espejo, como hago al accionar esta otra palanca. Ahora las ondas que emitiera se dispersarían en el espacio por todas partes alrededor de nosotros y podría telegrafiar con la seguridad de llegar al receptor, estuviera donde estuviera. Desafortunadamente el receptor no existe.

—¿Telegrafiar dice usted?... —preguntó Jane Buxton—. ¿Qué entiende por eso?

—Lo que se entiende habitualmente. No tendría más que operar el manipulador del modo habitual, ajustándome al alfabeto Morse que conocen todos los telegrafistas. Pero, lo entenderá mejor a través de un ejemplo. Si el hipotético receptor existiera, me imagino que usted se apuraría a aprovecharlo para salir de su situación actual.

—Sin ninguna duda —dijo Jane.

—Pues bien, actuemos como si fuera así —propuso Camaret sentándose ante el aparato Morse—. ¿A quién telegrafiaría en ese caso? —En este país donde no conocemos a nadie... —dijo Jane sonriendo... me pregunto a quién... No conozco a nadie más que al capitán Marcenay... —agregó enrojeciendo ligeramente.

—Sea, el capitán Marcenay —dijo Camaret accionando mientras hablaba el manipulador del Morse—. ¿Dónde está ese capitán?

—En Tombuctú por el momento, creo —dijo Jane vacilante.

—Tombuctú —repitió Camaret sin dejar de accionar el manipulador—. Ahora, ¿qué le diría al capitán Marcenay? algo así como, me supongo:

Jane Buxton...

—Perdón —interrumpió Jane—, pero el capitán Marcenay sólo me conoce bajo el apellido Mornas.

—Eso no tiene ninguna importancia, ya que el despacho no llegará, pero dejemos Mornas. Entonces telegrafía: Venga en socorro de Jane Mornas, prisionera en Blackland...

Marcel Camaret se interrumpe.

Y como al parecer Blackland es completamente desconocida en el mundo, precisaría la situación y agregaría: latitud 15°50' norte, longitud...

Marcel Camaret abandonó súbitamente el asiento.

—¡Bueno —exclamó—, Harry Killer cortó la energía eléctrica!

Los huéspedes, sin entender, se arremolinaron en torno al ingeniero.

—Como les dije —explicó—, la energía proviene de una estación hidroeléctrica instalada a unos diez kilómetros río arriba. Harry Killer nos ha aislado de esa estación: eso es todo.

—Pero entonces —dijo el doctor Châtonnay— las máquinas van a detenerse.

—Ya se han detenido —respondió Camaret.

—¿Y las avispas?

—Sin duda habrán caído.

—Harry Killer va a apoderarse de la Usina —exclamó Jane Buxton.

—Eso no es tan seguro —replicó el ingeniero—. Subamos a la muralla y podrán ver como no es tan así. Subieron rápidamente a los pisos superiores y entraron al cicloscopio. Al igual que antes, divisaron de inmediato la cara externa de la muralla, incluido el foso que la bordeaba en cuyo fondo yacían las avispas inmóviles.

En la explanada, los Merry Fellows daban gritos de triunfo. Ya volvían a la carga. Varios saltaron al foso y echaron mano a aquellas avispas muertas que tanto los aterrorizaran cuando estaban animadas.

Pero apenas las tocaban revelaban señales de malestar.

Apartándose con terror, trataron de salir del foso. Ninguno tuvo la fuerza suficiente como para lograrlo y uno tras otro fueron cayendo inanimados.

—No daría dos centavos por sus pieles —dijo fríamente Marcel

Camaret—. Como supondrán, había previsto lo que sucedió y en consecuencia tomé las medidas del caso. Al cortar la corriente de la estación, Harry Killer desencadenó ipso facto un dispositivo gracias al cual los recipientes de ácido carbónico líquido han vaciado en el foso su contenido el que de inmediato ha vuelto al estado gaseoso. Ese gas, mas pesado que el aire, ha quedado suspendido en el foso y quienes se encuentran ahora en él inevitablemente morirán asfixiados.

—¡Pobre gente! —exclamó Jane Buxton.

—Peor para ellos —declaró Camaret—, no puedo hacer nada para salvarlos. En cuanto a las máquinas, igualmente había tomado mis precauciones. Desde esta mañana estamos listos para reemplazar por aire líquido, del que tengo una provisión inagotable, la corriente de la estación como agente motor de los aparatos eléctricos. Ya se ha hecho y he ahí como las máquinas vuelven a moverse. Las avispas van a alzar vuelo nuevamente.

En efecto, las hélices de las avispas comenzaban a girar vertiginosamente y las máquinas reiniciaban la ronda protectora mientras la muchedumbre de Merry Fellows, abandonando a los que yacían en el foso, retrocedía hacia el Palacio.

Marcel Camaret se volvió hacia sus huéspedes. Parecía nervioso, incluso agitado, de modo anormal y el resplandor inquietante que varias veces habían notado, perturbada una vez más su mirada.

—Me parece que podemos dormir tranquilos —dijo con vanidad algo ingenua.

UN LLAMADO EN EL ESPACIO

Fue con mucha tristeza que el capitán Marcenay abandonó la misión Barsac y más particularmente a la que conocía bajo el nombre de Jane Mornas. Sin embargo, se había puesto en marcha sin siquiera una sombra de vacilación y hasta Segú—Sikoro redobló la marcha, tal como le fuera indicado. El capitán Marcenay era ante todo un soldado y tal vez la mayor belleza del oficio militar sea esa abnegación completa de sí mismo y esa obediencia pasiva que impone a veces un objetivo del que no se tiene clara conciencia pero sobre el cual se sabe que siempre planea la idea de la patria.

Por más que se apresurara, no obstante le llevó nueve días recorrer los cuatrocientos cincuenta kilómetros que lo separaban de Segú-Sikoro, adonde llegó el 22 de febrero a altas horas de la noche. Recién al día siguiente de mañana pudo presentarse ante el coronel Sergines, comandante de la plaza, y entregarle la orden del coronel Saint-Auban.

El coronel Sergines leyó tres veces seguidas aquella orden con creciente asombro. Parecía no entender nada.

—¡Qué extraña combinación!... —dijo finalmente—. ¡Ir a Sikasso para buscar hombres y enviarlos a Tombuctú!... ¡Es inconcebible!

—¿Entonces usted no estaba advertido de nuestro paso, mi coronel? —preguntó el capitán Marcenay.

—En absoluto.

—El teniente que me entregó esa orden —explicó el capitán— me dijo que habían surgido perturbaciones en Tombuctú y que los tuaregs auelimiden se movían de modo amenazador.

—Es la primera noticia —declaró el coronel—. Hasta ayer, el capitán Peyrolles... Tal vez usted lo conozca...

—Sí, mi coronel. Servimos en el mismo regimiento hace dos años.

—Pues bien, Peyrolles pasó por aquí en trayecto desde Tombuctú hasta Dakar. Recién ayer partió y no nos dijo nada acerca de eso.

El capitán Marcenay sólo pudo declinar con un gesto toda responsabilidad.

—Tiene razón, capitán —dijo el coronel Sergines—. No vale la pena discutir. La orden está ahí, y sólo cabe ajustarse a ella. Pero, diablos, si por ejemplo supiera cuándo podrá partir usted.

Hubo muchas dificultades, en efecto, para preparar aquella imprevista expedición. Más de ocho días se emplearon en alojar los caballos, que tenían orden de dejar en Segú-Sikoro, y en reunir el material de transporte necesario y víveres en cantidad suficiente. Recién el 2 de marzo el capitán Marcenay pudo embarcarse y comenzar a bajar por el curso del Níger.

El viaje, a menudo dificultado por la bajante de las aguas en aquellos últimos meses de la estación seca, insumió a su vez dos largas semanas y así la vieja escolta de la misión Barsac sólo llegó a desembarcar el 17 de marzo en Kabara, puerto de Tombuctú, puntos separados por unos quince kilómetros.

Cuando el capitán Marcenay se presentó al coronel Allègre, quien comandaba la plaza, aquel oficial superior mostró la misma sorpresa que su colega de Segú-Sikoro. Le reiteró que ninguna perturbación había sido detectada en la región, que nunca había pedido refuerzos y declaró no explicarse por qué el coronel Saint-Auban le enviaba, sin avisarle previamente, cien hombres que no necesitaba para nada.

Aquello comenzaba a tornarse singular y el capitán Marcenay llegó a preguntarse si no había sido engañado por un hábil falsificador. Pero, ¿por qué? ¿Con qué objetivo? La respuesta se imponía. Por más inexplicable que pareciera tal proyecto, el falsificador, si es que existía, no podía desear otra cosa que la destrucción de la misión Barsac, a la que había dejado desarmada. Lógicamente que llevado a esa conclusión, el capitán Marcenay experimentó crueles angustias al pensar en la grave responsabilidad en la que incurría y en los peligros que en ese caso habrían acechado a la señorita Mornas, cuyo recuerdo llenaba su espíritu y su corazón.

Sus temores fueron avivándose al no poder recoger ninguna información, ni en Tombuctú ni en Segú-Sikoro, acerca del teniente Lacour. Nadie lo conocía. Más aun: nadie había oído hablar nunca de un cuerpo de voluntarios sudaneses, por más que la expresión hubiera sido empleada por el propio coronel Saint-Auban.

Sin embargo, luego de verificaciones minuciosas y constatados todos los caracteres materiales de la autenticidad, aquella orden debía ser tenida por buena y válida hasta que se probara lo contrario. Por lo tanto se asignó alojamiento al capitán Marcenay y a sus hombres y apenas se presentó la ocasión la orden del coronel Saint-Auban fue remitida a su autor, quien era el único que podía decir si era apócrifa o no.

Pero desde Tombuctú hasta Bamako hay mil kilómetros tanto de ida como de vuelta. Transcurrió, entonces, mucho tiempo antes de que se recibiera la respuesta del coronel.

Ese tiempo le iba a resultar muy largo al capitán Marcenay quien se encontraba desocupado, sin funciones precisas y, sobre todo, devorado por las aprensiones. Felizmente, en los últimos días de marzo, le llegó una distracción en la persona del capitán Perrigny, uno de sus camaradas de Saint-Cyr, con quien nunca había dejado de mantener íntimas relaciones. Los dos amigos se sintieron muy felices al volver a verse y a partir de ese momento el tiempo transcurrió más rápidamente para el capitán Marcenay.

Puesto al tanto de las inquietudes de su camarada, Perrigny tranquilizó a Marcenay. La fabricación de una orden falsa, tan bien imitada como para que todos se equivocaran, le pareció algo novelesco. En su opinión, resultaba más razonable admitir que el teniente Lacour, mal informado acerca de los verdaderos móviles de la decisión del coronel, había dado una razón inexacta. En cuanto a la sorpresa del coronel Allègre, podía explicarse muy fácilmente. En aquella región apenas organizada, no había nada sorprendente en el hecho de que la orden concerniente se extraviara.

El capitán Perrigny, que debía permanecer dos años en Tombuctú, traía consigo numerosos paquetes que su amigo le ayudó a desembalar. Varios de ellos eran más bien instrumentos de laboratorio que equipaje propiamente dicho. Si no vistiera uniforme, Perrigny debería ser clasificado como sabio. Apasionado de la ciencia, estaba al tanto de todas las cuestiones a la orden del día y particularmente vinculadas, en mayor o menor grado, con la electricidad. En el conjunto, Perrigny representaba el estudio y Marcenay la acción. Esa diferencia, de inclinaciones era a veces pretexto de amistosas disputas. Corrientemente se trataban sonriendo, uno de «vieja rata de biblioteca» y el otro de «uvil arrastra sable», aunque, por cierto, la actividad de Marcenay no le impedía ser un hombre cultivado e instruido y que la ciencia de Perrigny tampoco le impedía a este último ser un excelente y valiente oficial.

Pocos días después de la llegada de su amigo, el capitán Marcenay encontró a aquél en vías de montar, luego de varios otros, un nuevo aparato en el patio de la casa donde había fijado sus petates.

—Caes justo —le gritó Perrigny apenas lo vio—. Voy a mostrarte algo interesante.

—¿Eso? —preguntó Marcenay señalando el aparato compuesto por dos pilas eléctricas, electroimanes, un pequeño tubo de vidrio que contenía gránulos metálicos y revestido por un tallo de cobre de una altura de varios metros.

—Esto mismo —respondió Perrigny—. Este chiche, tal como lo ves, es un verdadero hallazgo de brujería. Es sencillamente un aparato receptor de telegrafía, pero a ver si me entiendes, de telegrafía sin alambre.

—Hace varios años que se habla de eso —dijo Marcenay interesado—. ¿Fue resuelto el problema entonces?

—¡Y cómo! —exclamó Perrigny—. Sí, dos hombres se encontraron en un mismo momento de la historia sobre nuestro globo terráqueo. Uno, un italiano llamado Marconi, encontró el modo de emitir hacia el espacio las ondas llamadas herzianas... ¿Acaso sabes algo de eso, soldadesca desenfrenada?

—Sí, sí —dijo Marcenay—. Lo aprendí en el colegio. Además ya se hablaba de Marconi cuando me encontraba en Francia. Pero, ¿y el otro inventor a quien aludías?

—Es un francés, el físico Branly. Él realizó el receptor, una pequeña maravilla de ingeniosa sencillez.

—¿Y ese aparato que estoy viendo?

—Es, precisamente, el receptor, cuyo principio vas a captar en un abrir y cerrar de ojos. Branly observó que si bien la limadura de hierro era de por sí mala conductora de la electricidad, por el contrario se transformaba en una buena conductora cuando se hallaba influida por una onda herziana, ya que el efecto de la onda dotaba a los gránulos de una atracción recíproca y aumentaba su cohesión. Sabido esto, ¿ves ese tubo?

—Lo veo.

—Es un cohesor, o detector de ondas, como quieras llamarle. El tubo contiene limadura de hierro y se encuentra intercalado en el circuito de una pila común que tengo el honor de presentarte. Al ser mal conductor, el tubo interrumpe el circuito y la corriente de la pila no pasa. ¿Entendido?

—Sí, ¿y después?

—Después llega una onda herziana que será captada por este tallo de cobre que se llama antena. De inmediato el tubo, que está en conexión con ella, se convertirá en conductor, el circuito de la pila se cerrará y pasará la corriente. ¿Me sigues, chupasangre?

—Sí, viejo sabio anteojudo. Continúa.

—Entonces interviene el narrador, aquí presente. Gracias a un dispositivo de mi invención personal, combinado con el descubrimiento de Branly, esta corriente pondrá en acción a un receptor Morse, cuya banda de papel saldrá impresa del modo habitual. Pero, simultáneamente, este martillito que ves acá golpeará el cohesor, cuyos gránulos se separarán como consecuencia del choque, el que como resultado recobrará su resistencia habitual. La corriente de la pila dejará de pasar y el receptor Morse dejará de imprimir. De ese modo sólo se habrá logrado un único punto sobre la banda de papel, me dirás. Efectivamente, pero la misma sucesión de fenómenos se reproducirá inmediatamente en tanto la antena continúe recibiendo ondas. Cuando éstas cesen, nada más se imprimirá sobre la banda de papel del Morse hasta que vuelvan a pasar las ondas siguientes. Mediante este procedimiento se logrará finalmente una serie de puntos reunidos en grupos desiguales, que representan los puntos y las rayas del alfabeto Morse, sistema que un telegrafista puede leer con tanta facilidad como la escritura común.

—¿Tú, por ejemplo?

—Yo, por ejemplo.

—¿Y para qué trajiste este instrumento extraordinario, lo reconozco, a estas comarcas bárbaras?

—A él y a su hermano, el productor de ondas, es decir, el transmisor, cuyo montaje comenzaré mañana. Porque este problema de la telegrafía sin alambre me apasiona. Quiero ser el primero en instalarlo en Sudán. Por eso me traje estos dos aparatos, cuyos semejantes, aún muy poco conocidos en el mundo, son totalmente desconocidos en África, puedo garantizártelo. Piensa un poco. ¡Si fuera posible comunicarse directamente con Bamako!... ¡Con Saint Louis, tal vez!...

—¡Oh, con Saint-Louis!... Es un poco lejos.

—De ningún modo —protestó Perrigny—. Ya se han conectado grandes distancias.

—¡Imposible!

—Muy posible, soldadote, y por mi parte espero lograr más aún.

Sin detenerme, comenzaré una serie de experiencias a lo largo del Níger.

Súbitamente el capitán Perrigny se detuvo. Sus ojos desorbitados y la boca entreabierta expresaban una profunda estupefacción. Desde el aparato Branly provenía un ruidito seco, que su aguzado oído había reconocido.

—¿Qué tienes allí? —preguntó Marcenay asombrado.

Su amigo debió realizar un esfuerzo para responderle. La sorpresa lo había dejado literalmente sin habla.

—¡Funciona! —balbuceó finalmente señalando el aparato.

—¡Cómo! ¿funciona? —exclamó irónicamente el capitán Marcenay—. Sueñas, futuro miembro del Instituto. Ya que tu aparato es el único que existe en África, no puede funcionar, como lo afirmas con tanta elegancia. Estará descompuesto; eso es todo.

Sin responder, el capitán Perrigny corrió al aparato.

—¡Descompuesto!... —protestó presa de violenta sobreexcitación—. Está tan descompuesto que puedo leer claramente en la banda: capitán... capitán... Mar... ¡capitán Marcenay!

—Mi nombre —se burló Marcenay—. Mucho me temo, viejo, que me quieres pagar con la misma moneda.

—¡Tu nombre! —insistió Perrigny con una emoción tan evidentemente sincera que su camarada se sintió conmovido.

El aparato se había detenido y ahora permanecía mudo bajo la mirada de los dos oficiales que no le sacaban los ojos de encima. Pero pronto, el tic-tac significativo se dejó oír de nuevo.

—¡Está volviendo!... —exclamó Perrigny inclinándose sobre la banda—. ¡Bueno, ahora tu dirección: Tombuctú!

—¡Tombuctú!... —repitió maquinalmente Marcenay, estremecido por una especie de emoción misteriosa.

El aparato se había detenido por segunda vez; luego de una corta interrupción, la banda impresa comenzó a girar para volver a inmovilizarse al cabo de algunos instantes.

—Jane Buxton —leyó Perrigny.

—No la conozco —dijo Marcenay exhalando sin saber demasiado por qué un suspiro de alivio—. Es una broma que alguien está haciéndonos.

—¿Una broma? —repitió Perrigny pensativo—. ¿Cómo podría ser?... ¡Ah, ahí está empezando otra vez!...
 E inclinado sobre la banda, leyó, deletreando las palabras a medida que se le iban develando:
 —Venga... a so... co... rrer... a... Ja... ne... Mor... nas...
 —¡Jane Mornas! —exclamó el capitán Marcenay, que súbitamente sofocado debió desabrocharse el cuello de la camisa.
 —¡Calla! —lo interrumpió Perrigny—. Pri... sio... ne... ra... en... Black... land...
 Por cuarta vez se interrumpió el tic—tac. Perrigny se irguió y miró a su camarada. Éste estaba lívido.
 —¿Qué te pasa? —le interrumpió afectuosamente.
 —Ya te explicaré... —respondió penosamente Marcenay—. Pero, Blackland, ¿qué es eso?
 Perrigny no tuvo tiempo de responder. El aparato comenzaba a funcionar de nuevo. Leyó:
 —La... ti... tud... quin... ce... gra... dos... cin... cuen... ta... mi... nu... tos... nor... te... lon... gi... tud...
 Inclínados sobre el instrumento otra vez súbitamente silencioso, los dos oficiales esperaron en vano durante algunos minutos.
 Esta vez la detención era definitiva y el receptor Morse permaneció mudo.
 Pensativo, el capitán Perrigny murmuró:
 —Esto ya pasa de lo imaginable... Es decir que habría un segundo amante de la telegrafía sin alambre en este país perdido... Y alguien que te conoce, mi querido —agregó volviéndose hacia su amigo.
 Entonces pudo comprobar la alteración del rostro de Marcenay.
 —¿Qué te pasa? —le preguntó—. Estás pálido.
 En pocas palabras, el capitán Marcenay explicó a su camarada las causas de su perturbación. Si experimentó sorpresa cuando supo que su propio nombre figuraba en la banda telegráfica, la sorpresa se convirtió en emoción, y una emoción muy profunda, cuando Perrigny pronunció el nombre de Jane Mornas. Él conocía a Jane Mornas, la amaba, y aunque ninguna palabra se había cruzado entre ellos al respecto, estaba seguro de que algún día sería su mujer.
 Marcenay recordó los temores que abrigaba desde que tenía tantas razones para considerar como falsa la orden del coronel Saint-Auban. El misterioso mensaje que le llegaba ahora desde el espacio no hacía más que confirmarlas. Jane Mornas estaba en peligro.
 —¡Y es a mí a quién pide socorro! —concluyó con una angustia a la que a pesar de todo se mezclaba un poco de alegría.
 —¡Pues bien, es muy sencillo! —replicó Perrigny—. Es preciso darle la ayuda que te pide.
 —¡Eso se sobrentiende! —exclamó Marcenay, a quien la perspectiva hacía renacer—. ¿Pero cómo?
 —Examinemos el asunto —dijo Perrigny—. Ante todo saquemos las conclusiones lógicas de los hechos que conocemos. En mi opinión son tranquilizadoras.
 —¿Te parece?... —replicó amargamente Marcenay.
 —Me parece. Primo, la señorita Mornas no se encuentra sola, pues no tiene, que sepas, aparato telegráfico inalámbrico. Sin contar con los compañeros con quien la dejaste, tiene, al menos, un protector, el propietario del aparato. Y ése es un zorro, puedes creerme.
 Luego de una aprobación de Marcenay, Perrigny continuó:
 —Secundo, la señorita Mornas no está expuesta a un peligro apremiante. Te telegrafía a Tombuctú. Presume que te encuentras allí, es decir, sabe muy bien que no estás al otro lado de la puerta y que te llevará cierto tiempo acudir a su llamado. Y como a pesar de todo eso te telegrafía es porque estima que no es inútil hacerlo. Entonces, si la amenaza algún peligro, el mismo no tiene nada inminente.
 —¿Dónde quieres ir a parar? —preguntó nerviosamente Marcenay.
 —A esto: que hay motivos para que te tranquilices, para que tengas esperanzas en el buen fin de esta aventura... y para que vayas a buscar al coronel para pedirle que organice una expedición que libere al señor diputado Barsac y a la señorita Mornas además.
 Los dos capitanes se dirigieron de inmediato donde el coronel Allègre, a quien comunicaron el acontecimiento prodigioso del que acababan de ser testigos. Le mostraron la banda impresa por el receptor Morse, que Perrigny iba traduciendo al lenguaje habitual.
 —Ahí no se dice nada del señor Barsac —observó el coronel.
 —No —respondió Perrigny—. Pero como la señorita Mornas se encontraba con él...
 —¿Y quién le asegura que ya no la abandonó? —objetó el coronel—. Conozco perfectamente el itinerario de la misión Barsac y puedo asegurarle que no pasa por una latitud tan alta. La misión debe pasar por Uagadugú, que está sensiblemente sobre el duodécimo grado, y llegar a Saye, que está en el decimotercero. Ese misterioso despacho habla de quince grados cincuenta, de dieciséis grados vale decir.
 Esa observación despertó los recuerdos de Marcenay.
 —Tiene razón mi coronel —dijo—. Es posible, en efecto, que la señorita Mornas haya abandonado la misión Barsac. Recuerdo que iba a separarse de ella doscientos o trescientos kilómetros después de Sikasso, para remontar sola hacia el norte, con la intención de llegar al Níger por Gao.
 —Esto cambia las cosas —dijo el coronel inquieto—. Para liberar al señor Barsac, diputado, delegado oficial de Francia, se entendería una expedición, mientras que para la señorita Mornas, una simple particular...
 —Sin embargo —señaló vivamente Marcenay—. Si la orden de que era portador es falsa, como todo hace suponer, el señor Barsac necesariamente fue víctima del bribón que me reemplazó.
 —Tal vez... puede ser —concedió dubitativamente el coronel—. De todos modos, para tener una opinión sobre ese punto hay que esperar la respuesta de Bamako.
 —¡Es desesperante! —exclamó Marcenay agotado—. No podemos dejar que esa pobre niña perezca, esa niña que me pide ayuda.

—No se trata de perecer —objetó el coronel quien conservaba intacta la calma—. Esa señorita dice que está prisionera y nada más... Y además, ¿dónde irían para socorrerla? ¿Qué es ese Blackland del que habla?

—Da la latitud.

—Pero no la longitud. Además usted abandonó a la señorita Mornas después de Sikasso. Supongo que no habrá regresado al oeste. El décimo sexto grado atraviesa primero Macina, luego franquea el Níger y se hunde en la región desértica absolutamente desconocida. Blackland no puede estar en el Macina, si no conoceríamos esa ciudad y entonces habría que buscarla en pleno desierto.

—¡Y bueno! ¿Mi coronel?... —balbuceó Marcenay.

—Y bueno, capitán, no veo ninguna posibilidad de enviar una columna en esa dirección, lo que significaría arriesgar la vida de cien o doscientos hombres para salvar la vida de una sola persona.

—¿Por qué doscientos hombres? —preguntó Marcenay que sentía desvanecerse sus esperanzas—. Tal vez fuera suficiente con muchos menos.

—No lo pienso así, capitán. Sabe tanto como yo cuáles son los rumores que corren a lo largo del Níger. Los negros suponen que en alguna parte, aunque nadie puede decir exactamente donde, se ha fundado un imperio indígena cuya reputación no sería de las mejores. Al resultarnos totalmente desconocido ese nombre de Blackland, no sería nada imposible que fuera el de la capital o de una de las ciudades del imperio en cuestión, y la latitud dada vuelve aún más plausible la hipótesis, ya que corresponde a la única región en la que una potencia podría fundarla sin que de inmediato se conociera en el resto del mundo. Y además, ¿no le sorprende el matiz inglés de esa palabra: Blackland?... Sokoto, colonia inglesa, no está tan lejos del supuesto emplazamiento... Puede que encontremos allí otra dificultad y no de las menos espinosas... En suma, en esas condiciones, pienso que sería imprudente aventurarse en una región totalmente inexplorada sin disponer de fuerzas suficientes para encarar todas las eventualidades.

—Entonces, mi coronel, ¿se niega? —insistió Marcenay.

—Lo lamento, pero me niego —respondió el coronel Allègre.

El capitán Marcenay volvió a insistir. Contó a su jefe, tal como había hecho con su camarada, qué lazos lo unían a la señorita Mornas. Fue inútil. También trató inútilmente de hacer valer la circunstancia de que había traído consigo cien hombres, de los que ahora se podía prescindir ya que no se contaba con ellos. El coronel Allègre no se dejó convencer.

—Lo siento, lo siento profundamente, capitán, pero tengo el deber de responderle negativamente. Que sus hombres no me sean necesarios, es posible, pero son hombres y no tengo derecho de arriesgar a la ligera sus vidas. Además no hay urgencia. Esperemos una nueva comunicación de la señorita Mornas. Ya que telegrafió una vez, es probable que vuelva a hacerlo.

—¿Y si no puede —exclamó Marcenay con desesperación—, tal como tendería a hacer pensar la brusca interrupción de su despacho?

Con un gesto, el coronel dio a entender que esa eventualidad sería infinitamente lamentable, pero que no serviría para modificar su decisión.

—Entonces iré solo —declaró con firmeza Marcenay.

—¿Solo?... —repitió el coronel.

—Sí, mi coronel. Le pediría una licencia que usted no me negaría...

—Que, al contrario, le negaría —replicó el coronel—. ¿Cree usted que le daría los medios para embarcarse en una aventura de la que no volvería?

—En ese caso, mi coronel, le rogaría que tuviera la gentileza de aceptar mi dimisión.

—¡Su dimisión!...

—Sí, mi coronel —dijo Marcenay tranquilamente.

El coronel Allègre no respondió de inmediato. Miró a su subordinado y comprendió que éste no se encontraba en sus cabales.

—Usted sabe bien, capitán, le dijo paternalmente—, que su dimisión debería seguir el camino jerárquico ya que no tengo autoridad suficiente como para aceptarla. De todos modos se trata de algo que exige reflexión. Deje pasar esta noche y vuelva a verme mañana. Entonces hablaremos.

Realizando correctamente el saludo militar, los dos oficiales se retiraron. Perrigny acompañó a su camarada tratando de confortarlo por todos los medios a su alcance. Pero el desdichado ni siquiera lo escuchaba.

Cuando el capitán Marcenay llegó ante la puerta, se despidió del amigo y se encerró en su cuarto. Finalmente a solas, se tiró sobre la cama y, sin poder aguantar más, estalló en sollozos.

UN DESASTRE

La interrupción de la corriente desde la estación hidroeléctrica no duró demasiado. Cortada el 9 de abril, hacia el mediodía, la corriente volvió el día siguiente a la mañana.

Ocurrió que Harry Killer fue la primera víctima de esa maniobra que en principio creyó muy hábil. Si dejaba de proveer a la Usina de la energía que necesitaba, ésta, en revancha, dejaría de prestarle todos los servicios que habitualmente le ofrecía.

Las máquinas agrícolas, carentes de las ondas que les daban vida, se habían detenido súbitamente.

Las bombas eléctricas que sacaban agua del río para almacenarla en dos tanques, uno situado en la propia Usina desde donde se dirigía a otro colocado encima del cuartel de la Guardia negra, igualmente habían dejado de funcionar. En dos días, este segundo tanque, desde el cual el agua era distribuida por todas partes, estaría agotada y Blackland se quedaría sin el vital elemento.

Para completar el cuadro, cuando llegó la noche, al carecer de energía eléctrica, y como no existía ningún otro medio de iluminación, toda la ciudad quedó sumida en la oscuridad, lo que hizo enfurecer a Harry Killer y más aún al ver que mientras tanto la Usina permanecía iluminada y protegida por las luces de sus potentes reflectores.

Comprendiendo que la partida era desigual, el déspota se había resignado a devolver, a partir de la mañana del 10 de abril, la corriente que había suprimido el día anterior. Al mismo tiempo llamó por teléfono a Marcel Camaret, quien precisamente se hallaba en su gabinete de trabajo junto a quienes había aceptado proteger. Se oyó al ingeniero responder, como el día anterior «sí», «no», «bueno», moneda corriente en ese tipo de conversaciones en las que una parte queda forzosamente oculta a los escuchas y, al igual que el día anterior, éste se echó a reír luego de interrumpir bruscamente el diálogo.

Según el resumen que hizo, Harry Killer y él habían convenido un acuerdo. Se acordaba que el primero restablecería la corriente de la estación hidroeléctrica y que, por su parte, la Usina garantizaría como de costumbre los servicios generales de Blackland. No obstante, ese acuerdo no modificaba en nada el resto de la situación, que no dejaba de ser muy singular. La paz se limitaba al contrato celebrado. En lo demás, la relación era de guerra. Harry Killer continuaba reclamando a sus prisioneros y Marcel Camaret se negaba a entregarlos.

Al final de la conversación, Harry Killer le había pedido al ingeniero que lo proveyera del aire líquido necesario para el funcionamiento de los planeadores. Cada vez que éstos volvían de viaje, los depósitos eran llevados a la Usina que los recargaba de nuevo. En consecuencia, Harry Killer no tenía ni una gota, lo que volvía perfectamente inútiles a sus cuarenta máquinas voladoras.

Sobre el punto, preocupado por la posibilidad de compartir su reserva de fuerza motriz y de proveer al enemigo de armas tan poderosas, Marcel Camaret se había negado terminantemente. De ahí la violenta cólera del déspota, que había jurado reducirlo por el hambre. Fue entonces cuando el ingeniero colgó el receptor, riéndose de aquella amenaza tan vana para él, como las anteriores.

Sus huéspedes, por el contrario, la tomaron muy en serio. Si la Usina parecía realmente inexpugnable gracias a las armas defensivas creadas por Camaret, en cambio parecía mucho menos dotada de armas ofensivas y además Camaret no quería emplear bajo ningún punto de vista las pocas que tenía. En esas condiciones la situación podía prolongarse indefinidamente y llegaría el día en que la Usina se vería obligada a capitular por hambre.

Camaret, a quien Barsac expuso esa reflexión, se encogió de hombros.

—Tenemos víveres para mucho tiempo —aseguró.

—¿Para cuánto tiempo? —insistió Barsac.

Camaret hizo un gesto evasivo.

—No lo sé exactamente. Quince días, tal vez tres semanas. Pero eso no tiene ninguna importancia ya que dentro de cuarenta y ocho horas habremos terminado un planeador que tenemos en construcción. Desde ahora los invito a las pruebas que haremos de noche para no ser vistos desde el Palacio, las que tendrán lugar pasado mañana, a las cuatro de la mañana.

Era una afortunada noticia que los prisioneros estaban lejos de esperar. La posesión de ese planeador mejoraría ciertamente la situación en gran medida. Sin embargo, ¿sería la salvación?

—Hay más de cien personas en la Usina —observó Barsac—. Por más poderoso que sea su planeador no podrá llevar a todos.

—Solamente llevará a diez personas —respondió Camaret—, excluyendo al conductor, lo que no está mal.

—¡Por supuesto! —aprobó Barsac—, sin embargo es insuficiente para sacarnos del apuro.

—De ningún modo —replicó Camaret—. De aquí a Saye hay alrededor de trescientos cincuenta kilómetros a vuelo de pájaro y setecientos de aquí a Tombuctú, lo que tal vez sería preferible. Como sólo se viajaría de noche para evitar los torpedos, el planeador podría hacer en veinticuatro horas tres viajes a Saye o dos a Tombuctú. Las ciento cincuenta personas en que evaluó aproximadamente la población de la Usina, incluyendo mujeres y niños, serían liberadas en cinco días en el primer caso y en menos de ocho, en el segundo.

El conocimiento de aquel plan, muy factible, atenuó los temores que las amenazas de Harry Killer habían hecho nacer y se aguardó con impaciencia ponerlo en ejecución.

Los dos días que debieron esperar les parecieron interminables a los sitiados. Mataron el tiempo del mejor modo posible, muy a menudo en paseos por el jardín, protegidos por el muro que los quitaba de la vista del Palacio. Particularmente el señor Poncin se quedaba allí desde la mañana a la noche. Constantemente inclinado sobre diversas plantas que lo adornaban, procedía a asentar medidas que leía con lupa y minuciosas estimaciones del peso, que llevaba a cabo con una pequeña balanza de precisión.

—¿Qué diablos hace aquí? —le preguntó Florence sorprendiéndolo en medio de su ocupación.

—Mi trabajo, señor Florence —respondió el señor Poncin no sin darse importancia.

—¿Estadística? —preguntó Florence asombrado.

—Ni más ni menos. Estoy por establecer, sencillamente, el número de habitantes que podría alimentar la cuenca del Níger.

—¡Ah, Ah, siempre la cuenca! —dijo Amédée Florence que no parecía apreciar mucho los trabajos de su interlocutor—. Sin embargo me parece que ya no estamos en esa famosa cuenca.

—No está prohibido proceder por analogía —dijo doctoralmente el señor Poncin.

—¡Cortesanos sentados ante la espléndida orgía! —dijo una voz tras ellos.

Ante aquel verso de los Chatiments, traído por la rima, Amédée Florence reconoció al doctor Châtonnay. Efectivamente era él.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el excelente hombre, concluyendo de ese modo su apóstrofe.

—El señor Poncin me explica sus métodos estadísticos —respondió Florence en tono serio—. Continúe pues, señor Poncin, se lo ruego.

—Es muy sencillo —explicó éste—. He aquí una planta de espinaca; ocupa una superficie de un centímetro cuadrado. Un poco más lejos tenemos un repollo; ocupa cuatro centímetros cuadrados. Medí estas plantas tomándolas al azar, y calculé el promedio de las superficies que ocupan. Igualmente medí su crecimiento habitual. Esta hortaliza, por ejemplo, aumentó exactamente cuatro gramos novecientos veintisiete miligramos desde ayer. En suma, reconocí, ma-te-má-ti-ca-men-te, que el crecimiento promedio diario se eleva a veintidós miligramos por centímetro cuadrado.

—Muy curioso —dijo sin inmutarse el doctor Châtonnay.

—¿No es cierto? Estos problemas científicos son siempre muy interesantes —dijo el señor Poncin carraspeando—. La cuenca del Níger con sus quinientos cuarenta y seis trillones de centímetros cuadrados, producirá, entonces, cotidianamente doce millones doce mil toneladas y anualmente mil millones ciento cuarenta y cuatro millones, trescientas ochenta mil toneladas.

—No puedo ocultarle que ese cálculo me asombra —canturreó el doctor parodiando un verso de Corneille cuya asonancia lo traía a colación.

—Sabiendo qué cantidad de alimento se necesita para asegurar la vida de un solo hombre, será fácil deducir qué cantidad de población puede subsistir en la cuenca del Níger —concluyó el señor Poncin con aplomo—. Tales son los servicios que puede prestar la ciencia y así, además, nuestra detención aquí no será tiempo enteramente perdido.

—Gracias a usted, señor Poncin —dijeron al unisono Amédée Florence y el doctor, quienes dejaron al estadístico entregado a sus sabias conclusiones.

Hora tras hora, fueron transcurriendo las jornadas del 10 y luego la del 11. Sin embargo, un incidente sin gravedad interrumpió la monotonía de esta última. Hacia las cinco de la tarde se informó a Camaret que la bomba que traía agua del río para depositarla en el tanque, había dejado de funcionar.

Luego de realizar las verificaciones del caso, el ingeniero reconoció que la noticia era exacta. La bomba parecía enloquecida, como si girara en el vacío, sin encontrar ninguna resistencia que vencer. Ante una orden de Camaret se procedió a desmontar el pistón, cuyos engranajes probablemente estropeados no encajarían exactamente en la pared del cilindro. En suma, se trataba de una reparación insignificante, que estaría lista en menos de cuarenta y ocho horas.

Antes del amanecer del día siguiente concluyó finalmente aquella enervante espera. Como es de suponer, nadie faltó a la cita, a pesar de la hora tan matutina fijada por Camaret. Por su parte, éste mantuvo su promesa. Cuando llegaron al jardín, donde debía desarrollarse la prueba, el planeador ya había sido llevado por los obreros que lo construyeron.

El ingeniero subió a la plataforma y puso en marcha al motor.

Transcurrieron algunos minutos, demasiado lentamente para el gusto de los espectadores, quienes temían una decepción siempre posible. Pronto se tranquilizaron. De pronto el aparato se elevó sin esfuerzo, luego, desplegando las alas, se deslizó sobre las capas de aire y volvió a posarse exactamente en el sitio de donde había partido. Haciendo subir a diez hombres, Marcel Camaret volvió a elevarse y por tres veces seguidas rodeó el jardín. La experiencia era concluyente.

—Esta noche a las nueve, primera partida —anunció al bajar de la plataforma.

Entonces todo pasó al olvido, el asedio, el cautiverio, aquellos días de inquietud y fastidio. En pocas horas más la pesadilla habría concluido. Quedarían en libertad. Se congratulaban, se felicitaban recíprocamente, mientras los mecánicos devolvían el planeador al hangar de donde saldría en la noche para volar hacia Tombuctú.

Como la evacuación de la Usina insumiría varios días, los trabajos habituales no fueron interrumpidos. Por lo tanto, durante la jornada del 12 se terminó el desmontaje de la bomba.

Al llegar a ese punto, hubo que reconocer que no tenía ninguna avería. Era preciso, entonces, buscar en otra parte la causa del problema y por lo tanto se imponía levantar la, trabajo que fue emprendido de inmediato.

A las ocho y media de la noche, en plena oscuridad, Marcel Camaret dio finalmente la orden de partir. Desde hacía ya mucho tiempo, los ocho prisioneros escapados de las garras de Harry Killer y dos mujeres, esposas de otros tantos obreros, que eran los integrantes del primer convoy, esperaban en el jardín, desde donde, bajo la dirección de un conductor experimentado, iba a levantar vuelo el planeador. Obedeciendo la orden del jefe, unos diez mecánicos se dirigieron hacia el hangar. Abrieron la puerta...

Y fue en ese preciso instante que ocurrió el desastre. En momentos en que se abría la puerta se oyó una formidable explosión. El hangar se desplomó como un castillo de naipes. En el lugar no quedó más que un montón de escombros.

Luego del estupor inicial, se acudió a socorrer a los diez obreros.

Afortunadamente, salvo uno de ellos que estaba ligeramente herido, los demás habían resultado indemnes, ya que la explosión ocurrió antes de que entraran al hangar.

Pero aunque no había que deplorar muertes, no era una desgracia menor lo ocurrido a los sitiados: era un desastre irreparable. En efecto, el planeador se había destruido, quedando literalmente reducido a migajas. Sólo quedaban restos inutilizables.

—Rigaud —dijo Camaret con la tranquilidad que no lo abandonaba nunca, incluso en las circunstancias más graves—, da comienzo al escombrado. Hay que conocer la causa de esta explosión.

De inmediato se dio comienzo a la remoción de ruinas en el preciso punto que ocupaba el planeador. Eran muchos brazos y el trabajo avanzó con rapidez. Hacia las once, aquella parte del suelo del hangar estaba desnuda y se pudo comprobar la existencia de una profunda excavación.

—Dinamita —dijo fríamente Camaret—. Supongo que no llegó sola hasta aquí.

Las manchas de sangre que salpicaban los escombros probaban que la explosión había causado víctimas, por lo que la remoción prosiguió con la misma intensidad. Pronto comenzaron los macabros hallazgos. Poco antes de medianoche fue la pierna seccionada de un negro. Luego fue un brazo violentamente arrancado y finalmente se descubrió la cabeza de aquel cuerpo mutilado.

Amédée Florence, que como buen reportero seguía atentamente los trabajos, reconoció de inmediato el lúgubre trofeo.

—¡Tchumuki! —exclamó sin vacilar.

Explicó a Camaret quién era aquel traidor pasado del servicio de miss Buxton al de Harry Killer. A partir de entonces todo quedó claro. Evidentemente, Tchumuki era al mismo tiempo el autor y la primera víctima de la explosión. Sólo quedaba por saber cómo había entrado a la Usina. Era evidente que si él lo había conseguido, otros también podrían hacerlo. Se imponía entonces quitarle la veleid a los adversarios asestándoles un saludable terror.

Con ese sentido, siguiendo la orden de Camaret, los miserables restos de Tchumuki fueron arrojados por encima del muro hacia la explanada donde la gente de Harry Killer no podía dejar de encontrarlos. Aprenderían así, de modo indudable, que introducirse en la Usina no dejaba de ser peligroso.

Mientras tanto, la remoción continuaba. Estableciendo una cadena, los obreros amontonaban los escombros en el jardín y una creciente superficie del hangar iba quedando libre.

—¡Aquí hay otro! —exclamó de pronto uno de los trabajadores.

Marcel Camaret se acercó. Entre las piedras aparecía un pie humano. En pocos minutos todo el cuerpo quedó a la vista. Era un blanco de cierta edad, cuyo hombro había sido espantosamente destrozado por la caída del techo. El doctor Châtonnay se inclinó sobre el herido.

—Vive —dijo.

El hombre fue retirado de entre los escombros y llevado a casa de Camaret, donde el doctor le aplicó un primer vendaje. Al día siguiente se procedería a interrogarlo, si es que tenía fuerzas suficientes como para hablar.

—Y si consiente en hacerlo —observó Amédée Florence.

—Yo me encargo de hacerlo consentir —dijo Marcel Camaret entre dientes.

Se podía considerar como terminada la remoción. Al menos daba como para suponer que nadie más se encontraba bajo las ruinas. Marcel Camaret interrumpió el trabajo y envió a los obreros a un bien ganado descanso.

Siguiendo el ejemplo, el ingeniero y sus huéspedes se alejaron del lugar del desastre y, atravesando el jardín, se encaminaron a sus respectivas habitaciones. Pero al cabo de algunos pasos, Amédée Florence se detuvo y dirigiéndose a Camaret:

—Señor, ¿qué haremos ahora que nos hemos quedado sin planeador? —le preguntó.

—Fabricaremos otro —respondió Camaret.

—¿Tiene elementos como para hacerlo? —preguntó Barsac.

—Claro.

—¿Cuánto tiempo le llevará?

—Dos meses.

—¡Hum!... —exclamó simplemente Florence, quien sin volver a insistir reanudó la marcha pensativo.

Dos meses... ¡y sólo tenían víveres para quince días! Para escapar a aquel dilema, el reportero ya se había puesto a la búsqueda de una idea.

UNA IDEA DE AMÉDÉE FLORENCE

¡Qué distinta a la precedente fue la mañana del 13 de abril! Ayer, creyéndose seguros de llegar al fin de sus vicisitudes, los sitiados estaban exultantes. Hoy, cuando había desaparecido toda esperanza, se veían tristes y desanimados.

Pocos de ellos habían podido dormir durante las últimas horas de la noche que acababa de transcurrir. En su mayoría, las habían empleado para examinar desde todos los ángulos la presente situación, pero sin encontrar ningún medio de superar las dificultades.

Hasta el propio Marcel Camaret se encontraba en la misma situación. Excepto la construcción de un nuevo planeador, no se le ocurría nada para salir de las dificultades actuales. Pero colocar las esperanzas en un aparato cuya fabricación insumiría dos largos meses, cuando existían víveres para apenas quince días era engañarse a sabiendas.

Hechas las comprobaciones del caso, se llegó a la conclusión de que ese medio de salvación era mucho menos factible de lo que se creía. Un meticuloso inventario de las reservas y un atento examen de los productos hortícolas que estaban por madurar demostraron que sólo se disponía de víveres no para quince sino tan sólo para nueve o diez días a lo sumo. No ya antes de dos meses, sino antes del último día de aquel mismo mes de abril se verían necesariamente enfrentados al hambre.

A los efectos de demorar tanto como fuera posible esa inevitable situación se resolvió comenzar de inmediato con el racionamiento. Si bien no podían jactarse de escapar a su destino, al menos los sitiados podrían prolongar la agonía.

La mañana del 13 de abril fue consagrada al inventario y al comienzo del trabajo de construcción del planeador, que Marcel Camaret se obstinaba en llevar adelante y del que aparentemente no debían esperar ninguna clase de ayuda, por lo que recién en la tarde estuvieron en condiciones de ocuparse del prisionero.

Después del almuerzo, que por primera vez fue de una excesiva frugalidad, Marcel Camaret en compañía de sus huéspedes, cuya súbita intrusión en su vida amenazaba costarle tan caro, se dirigió adonde se encontraba el herido, el que según el doctor Châtonnay estaba en condiciones de soportar un interrogatorio.

—¿Quién es usted? —le preguntó Camaret quien planteando esa pregunta sin interés aparente obedecía a un plan muy elaborado.

Como el herido guardaba silencio, Camaret volvió a hacer la pregunta sin mayor éxito.

—Debo advertirle —dijo suavemente el ingeniero— que me verá obligado a hacerlo hablar.

Ante aquella amenaza el hombre tampoco abrió la boca y en sus labios asomó furtivamente una sonrisa irónica. ¿Obligarlo a hablar? Parecía poco creíble. Y además, a juzgar por su aspecto, estaban en presencia de un individuo de una rara energía.

Marcel Camaret se encogió de hombros y luego, sin insistir, aplicó a los pulgares y bajo los pies del recalcitrante cuatro plaquitas metálicas que unió a los bornes de una plancha mayor. Hecho esto, maniobró el interruptor con un golpe seco.

De inmediato el hombre se retorció en horribles convulsiones, las venas del cuello se le hincharon tanto que parecían a punto de estallar y su rostro violáceo expresó un sufrimiento intolerable. La experiencia fue breve. Después de algunos segundos Camaret interrumpió la corriente.

—¿Hablará? —preguntó.

Como el hombre continuara mudo:

—Muy bien —dijo—; volvamos a empezar.

Restableció el contacto y los mismos fenómenos volvieron a producirse con mayor violencia aún. La transpiración inundó el rostro del paciente, cuyos ojos se habían dado vuelta y cuyo pecho jadeaba como un fuelle.

—¿Va a hablar? —repitió Camaret cortando nuevamente la corriente.

—Sí... sí... —balbuceó el hombre, que no daba más.

—¡Caramba!... —exclamó Camaret—. ¿Su nombre?

—Fergus David —le respondió.

—Eso no es un nombre —objetó Camaret—. Son dos nombres.

—Así me llaman en Blackland. Nadie conoce mi verdadero nombre.

—No importa. ¿Cuál es?

—Daniel Frasne.

—Inglés.

Daniel Frasne, ya que ése era su nombre, resuelto ahora a hablar tan decididamente como antes había guardado silencio, respondió de pe a pa las preguntas que le hicieron.

—Muchacho —dijo en primer término Camaret—, necesito algunas informaciones. Si me las niega, volveré a comenzar con el jueguito de antes. ¿Está dispuesto a dárme las?

—Sí —respondió el herido.

—Ante todo, ¿cuál es su situación en Blackland? ¿Qué papel desempeña allí?

—Consejero.

—¿Consejero?... —repitió interrogativamente Camaret. Frasne pareció sorprendido de que el ingeniero no entendiera esa palabra. Le explicó:

—Se llaman así las personas que gobiernan con Killer.

—Si le entiendo bien, usted forma parte del gobierno de Blackland.

—Sí.

Marcel Camaret pareció muy satisfecho de la respuesta. Agregó:

—¿Hace mucho que está aquí?

—Desde el comienzo.

—¿Entonces conocía a Harry Killer de antes?

—Sí.

—¿Dónde lo conoció?

—En la columna Buxton.

Jane se estremeció al oír esas palabras. El destino le deparaba un nuevo testigo.

—¡En la columna Buxton!... —repitió, sin embargo, Camaret—. ¿Cómo puede ser entonces que no lo reconozca?

—Será porque he cambiado —dijo filosóficamente Frasne—. No obstante, yo estaba con usted, señor Camaret.

Incapaz de esperar más, Jane intervino.

—Perdón, señor Camaret, ¿me permitiría decirle unas palabras a este hombre?

Una vez que Camaret accedió, le preguntó al herido:

—Ya que usted formaba parte de la columna Buxton, debió haber presenciado la llegada de Harry Killer.

—Sí.

—¿Por qué el capitán Buxton lo recibió tan fácilmente?

—No lo sé.

—¿Es cierto que desde el momento en que Harry Killer pasó a formar parte de la columna se convirtió en el verdadero jefe? —prosiguió

Jane.

—Muy cierto —respondió Frasne manifestando cierta sorpresa por ser interrogado sobre hechos tan viejos.

—¿Entonces fue bajo las órdenes de Harry Killer únicamente que la columna Buxton se entregó a los actos de pillaje que motivaron su destrucción?

—Sí —afirmó Frasne.

—¿El capitán Buxton no estaba en eso?

—No.

—¿Oyen, señores? —dijo Jane volviéndose hacia sus compañeros.

Luego prosiguió con las preguntas:

—¿Por qué razón el capitán Buxton abdicó su autoridad en beneficio de Harry Killer?

—¿Cómo quiere que sepa eso? —dijo Frasne impaciente.

Parecía sincero. Jane consideró inútil insistir.

—¿Al menos sabe cómo murió el capitán Buxton? —preguntó pasando a otro tema.

—Y... en la batalla —respondió Frasne como si la cosa fuera evidéntísima—. Muchos otros cayeron con él.

Jane Buxton suspiró. No sería esta vez cuando dilucidara los puntos que habían quedado en la oscuridad.

—Le agradezco, señor —le dijo a Camaret—. Terminé.

El ingeniero retornó el interrogatorio en el punto donde lo había dejado.

—En un principio, ¿cómo consiguieron los negros que construyeron la ciudad? —preguntó.

Frasne abrió muy grandes los ojos. ¡Era posible que le hicieran una pregunta tan tonta! ¡Para eso lo habían sometido momentos antes a la tortura!

—¡Vaya! —exclamó—, en las aldeas. No hay que ser muy listo para saber eso.

—¿Cómo?

Frasne encogió su hombro sano.

—¡Qué malicioso!... —dijo—. ¡Como si usted no lo supiera! ¡Los agarrábamos y se acabó!

—¡Ah!... —exclamó Camaret, bajando la cabeza con agobio. Luego continuó:

—Al comienzo necesitamos máquinas. ¿De dónde venían?

—No de la luna, por cierto —bromeó Frasne.

—¿Venían de Europa?

—¿Y de dónde más?

—¿De qué modo llegaban?

—Y... no iba a ser volando... ¡Vaya, señor Camaret, qué curiosas preguntas! ¿Cómo quiere que vinieran esas máquinas? Venían por barco, eso va de sí.

—¿Dónde las desembarcaban? —continuó Camaret tranquilamente.

—En Cotonú.

—Pero de Cotonú a Blackland hay mucha distancia. ¿Cómo las traían hasta aquí?

—Camellos, caballos, bueyes, negros —respondió lacónicamente Frasne, cuya paciencia parecía estar a punto de agotarse.

—Me supongo que en el transcurso de esos viajes morían muchos de esos negros.

—Más de los que nacían —refunfuñó Frasne—. No me puse a contarlos.

Camaret pasó a otro tema:

—Esas máquinas, ¿había que pagarlas?

—¡Diablos!... —exclamó Frasne, que cada vez iba encontrando más ridículas las preguntas.

—¿Entonces hay dinero en Blackland?

—¡Y claro! No es eso lo que falta precisamente.

—¿De dónde proviene?

Esta vez Frasne perdió la paciencia.

—Señor Camaret, ¿cuándo dejará de hacerme preguntas —dijo con un malhumor que no era fingido— sobre un montón de cosas que usted sabe mejor que yo? No fue para ir a arrancar ciruelas que usted inventó los planeadores. Usted sabe muy bien que de tanto en tanto llevan a Harry Killer y a los otros hasta las islas Bissagos adonde viene a buscarlos un vapor que luego los trae después de un viajecito por Europa, o Inglaterra con más frecuencia. No voy a enseñarle a usted que en Europa hay bancos, viejas riquísimas, etc., etc., en fin, un montón de gente a quien es muy provechoso visitar... aunque no haya invitación. Una vez hecha la visita, se vuelve y nadie sabe nada ni ha visto nada.

—¿Esos viajes son frecuentes? —preguntó Camaret al que la vergüenza le había coloreado la cara.

Frasne hizo un gesto de resignación.

—¡Y bueno, ya que esto lo divierte!... —murmuró—. Depende. Tres, cuatro veces al año.

—¿El último viaje cuándo fue?

—¿El último?... —dijo Frasne mientras buscaba concienzudamente en sus recuerdos—. ¡Espere!... ¡Y... hará cuatro meses, cuatro meses y medio!...

—¿A quién visitaron esa vez?

—No lo sé muy bien —dijo Frasne—. Yo no fui esa vez. Un banco... me parece. Lo único que sé es que nunca antes habían dado un golpe así.

Marcel Camaret guardó silencio unos instantes. Estaba lívido ahora y parecía haber envejecido diez años.

—Una última cuestión, Frasne —dijo—. ¿Cuántos negros tienen trabajando en el campo?

—Unos cuatro mil. Tal vez más.

—¿Y mujeres?

—Unas mil quinientas.

—Sin duda los consiguen del mismo modo que los primeros.

—No —respondió Frasne con toda naturalidad—. Ahora que tenemos planeadores, los levantamos con ellos.

—¡Ah!... —exclamó Camaret.

Luego de una nueva pausa continuó:

—¿Cómo hizo para entrar aquí?

Antes de responder, Frasne vaciló por primera vez. Finalmente le hacían una pregunta seria. Hasta aquel momento había dado las informaciones sin mayor dificultad, pero la que le pedía ahora lo puso furioso. Sin embargo, no tenía muchas alternativas.

—Por el conducto —dijo, de mala gana.

—¿Por el conducto? —repitió Camaret sorprendido.

—Sí, antes de ayer se cerraron las compuertas del río para que usted no pudiera subir agua y se vació el depósito del Palacio. El de la Usina se vació en la misma operación ya que se comunican por un conducto que está bajo la explanada. Tchumuki y yo vinimos por ese conducto.

Algunas horas después, el ingeniero se enteraba de que la bomba había sido levantada y funcionaba perfectamente. Ahora entendía por qué Harry Killer, impresionado por la horrible muerte de Tchumuki, hecho que atribuía a los defensores de la Usina había reabierto las compuertas y el agua llegaba como de costumbre.

—Está bien. Le agradezco —dijo Camaret, quien, concentrado en todos los problemas que le interesaban, se retiró sin hacer más preguntas.

Transcurrieron las jornadas del 13 y la del 14 sin nuevos incidentes. La vigilancia seguía siendo muy rigurosa. En el muelle de acceso y en la explanada, los Merry Fellows, cuyas miradas enfilaban desde aquel punto hacia las dos ramas del camino de ronda, continuaban vigilando los alrededores de la Usina, de la que nadie habría podido salir. No había ninguna razón para pensar que la situación pudiera cambiar hasta el día en que el hambre obligara a los sitiados a rendirse.

Tal era el muy exacto dilema que no dejaba de plantearse Amédée Florence. Desde la destrucción del planeador intentaba encontrar un medio para escapar, pero al no hallarlo se fastidiaba mucho consigo mismo. Sin embargo, en la tarde del 14 de abril se le ocurrió una idea. Después de examinarla desde todo punto de vista y encontrándola buena, mantuvo, en la mañana del 15 largos conciliábulos con Tongané y luego pidió a sus compañeros que lo acompañaran a ver a Camaret, a quien deseaba comunicarle algo con la mayor urgencia.

Desde el interrogatorio a Frasne no habían vuelto a ver al ingeniero, quien de inmediato se había enclaustrado en sus aposentos particulares. Allí, en total soledad, asimilaba dolorosamente las novedades que recientemente había confirmado y experimentaba una especie de vértigo ante el abismo que Frasne le había revelado.

Conocía toda la verdad. Sabía ahora que Blackland sólo había sido fundada y mantenida gracias al robo, la violencia y el asesinato. Sabía que Europa y África habían sido, cada cual a su modo, el escenario de los desmanes de Harry Killer y su banda. Tampoco ignoraba el vergonzoso origen del oro tan abundante en la ciudad, gracias al cual su obra había podido ser llevada adelante. Excesos y crueldades de la columna Buxton, asesinato de su jefe, hecatombe permanente de los desdichados negros secuestrados de sus aldeas, saqueos, rapiñas, asesinatos en África y Europa y, para terminar, aquel abominable atentado contra la pacífica misión Barsac: ahora lo sabía todo.

Se sentía cómplice de aquellos innumerables crímenes. Y, en efecto, a pesar de su inocencia, ¿acaso no era él quien había proporcionado los medios con los que realizarlos? Al pensar en lo que había sido su vida en los últimos diez años lo invadía un verdadero terror y su razón no demasiado firme oscilaba ante el impacto. Por momentos llegaba a detestar aquella ciudad de Blackland, su obra, aquella carne de su carne, aquel montón de maravillas levantado por sí mismo a su propia gloria. Pero, en realidad, ¿las atrocidades de que eran culpables sus habitantes podían quedar impunes? E incluso, ¿no era maldita la ciudad de la que habían surgido tantos crímenes?

Amédée Florence y sus compañeros encontraron a Camaret sumido en tan lúgubres pensamientos. Semitendido en un sofá, inmóvil, la mirada perdida, parecía agobiado y sin fuerzas. Hacia dos días que no se le veía y quizá tampoco había ingerido alimento alguno.

Semejante interlocutor no le convenía a Florence, quien deseaba tener ante sí al hábil inventor de otrora. Por orden del reportero, Tongané fue a buscar alimentos que le ofrecieron a Camaret. Éste comió con docilidad, pero sin manifestar la avidez que hubiera justificado su larga abstinencia. Después de comer, algunos colores le volvieron al rostro.

—Si los he reunido a todos aquí —dijo entonces Florence—, es porque se me ha ocurrido un medio para escapar de esta situación actualmente sin salida. A fuerza de pensarlo, me parece que podríamos asegurarnos la colaboración de numerosos aliados que tenemos, por así decirlo, al alcance de la mano.

—¿Qué aliados? —preguntaron al mismo tiempo Barsac y el doctor Châtonnay.

—Los negros del barrio de los esclavos —respondió Amédée Florence—. De acuerdo con lo que supimos antes de ayer, serían por lo menos cuatro mil, sin contar a las mujeres, que bien valen por dos hombres cuando se hallan descontroladas. Es una fuerza nada desdeñable, supongo.

—Evidentemente —reconoció Barsac—, pero esos negros no tienen armas y probablemente hasta ignoran nuestra existencia.

—Por eso mismo habría que entrar en comunicación con ellos y armarlos.

—¡Es muy fácil decirlo! —exclamó Barsac.

—Y quizá también hacerlo —replicó Florence.

—¿De veras?... —preguntó Barsac—. Sin hablar de la cuestión de las armas, ¿quién iría, por ejemplo, a intentar un contacto con esos negros?

—Un negro como ellos: Tongané.

—¿Cómo llegaría hasta allí? Usted sabe bien que la Usina está sitiada. El primero que se asome recibirá una lluvia de balas.

—Pero no se iría por la puerta —respondió Florence—. Por otra parte eso no le serviría de nada ya que frente a la puerta se encuentran los barrios de los blancos. Es al de los negros adonde tiene que llegar. Para eso, lo único posible es volver a actuar como ya lo hizo, es decir llegar al campo durante la noche, confundirse en la muchedumbre de negros y entrar a la ciudad con ellos.

—¿Entonces pasaría por encima del camino de cintura y por encima de la muralla? —objetó Barsac.

—O por debajo —replicó Florence volviéndose hacia Marcel Camaret.

Éste, absorto en sus pensamientos, había permanecido ajeno a la discusión, la que parecía ni siquiera haber oído.

—Señor Camaret —le preguntó Florence—, ¿sería posible perforar un túnel bajo las murallas de la Usina y de la ciudad, que también atravesara el camino de cintura y llegara hasta el campo?

—Sin ninguna duda —afirmó Camaret levantando la cabeza.

—¿Cuánto tiempo requeriría ese trabajo?

Camaret pensó durante un momento.

—Con los métodos habituales habría que talar y eso sería demasiado largo —dijo finalmente—. Pero el tiempo podría reducirse con una máquina que acabo de imaginar, que daría buen resultado en este suelo arenoso. Para diseñar y construir esa máquina y realizar el túnel, quince días serían necesarios y suficientes.

—¿Entonces podría terminar a fin de mes?

—Seguramente —dijo Camaret.

Apenas le proponían problemas para resolver, volvía a sentirse en su elemento. Poco a poco el cerebro se le reavivaba. Renacía a ojos vista.

—Segundo punto, señor Camaret —agregó Florence—, ¿ese túnel exigiría la colaboración de todo su personal?

—Buena parte —respondió Camaret.

—Los que no estuvieran ocupados con ese trabajo ¿podrían fabricar tres o cuatro mil armas en el mismo plazo?

—¿Qué armas? No de fuego, por supuesto.

—Picas, cuchillos, hachas, mazas, todos los instrumentos penetrantes, cortantes o contundentes que desee.
—En ese caso sí —dijo Camaret.
—¿Y esas armas, podría hacerlas llegar el día fijado, sin ser visto ni oído por la gente de Harry Killer, a los negros del barrio de los esclavos?
—Eso ya es más difícil —dijo Camaret.
Guardó silencio algunos momentos y luego respondió en voz baja:
—Sí, podría, con la condición de que la noche fuera oscura.
Amédée Florence dejó escapar un suspiro de alivio.
—¡Entonces estamos salvados! —exclamó—. ¿Se da cuenta, señor Camaret? Tongané escapará por el túnel, esperará en el campo la llegada de los trabajadores negros a quienes se unirá y de noche entrará con ellos a la ciudad. Durante la misma noche preparará la rebelión. Toda esa gente es horriblemente desdichada y no desean otra cosa que librarse del yugo, sólo que no tienen armas. Si se las proporcionamos, ya no lo dudarán. Habría que empezar a trabajar de inmediato, señor Camaret.
—Ya lo estoy haciendo —respondió sencillamente el ingeniero quien mientras Amédée Florence hablaba se había instalado en su mesa de dibujo.

Los sitiados se retiraron muy sobreexcitados ante la perspectiva que Amédée Florence había hecho relumbrar ante ellos. Sí, claro, su idea era buena y hubiera sido estúpido no tratar de conseguir la colaboración de esos millares de aliados naturales que penaban al otro lado del río. En cuanto al asunto de entrar en contacto con ellos, luego de las afirmaciones de Camaret, ya nadie dudaba de la posibilidad. Sobre eficiencia, éste ya había dado pruebas más que suficientes.

A partir del día siguiente, se abandonó la construcción del planeador y los obreros se aplicaron, unos a forjar o afilar armas, otros a preparar la nueva máquina imaginada por Camaret, otros a horadar un tronco de *rónier* con un fin que nadie conocía, mientras que los últimos cavaban, cuidando de no ser vistos desde el Palacio, al pie de la muralla de la Usina un pozo de gran circunferencia que iba cobrando profundidad con gran rapidez.

El 21 de abril, cuando el pozo tenía una profundidad de diez metros, Camaret estimó que se había llegado al punto deseado y entonces dio comienzo la perforación de la galería horizontal. Para hacerla, el ingeniero había imaginado un cono de acero de una longitud de cinco metros y un diámetro de un metro treinta, en cuya superficie alternaban hendiduras y asperezas unas y otras dispuestas según un mismo pase helicoidal de perfecta regularidad. Un motor eléctrico hacía girar aquella máquina que, penetrando por la punta en el terreno, literalmente se atornillaba en él en tanto a través de los orificios practicados a esos efectos precisamente, la arena pasaba al interior del cono, desde donde era constantemente evacuada por el pozo.

Cuando aquel gigantesco tornillo hubiera penetrado totalmente en el terreno al que simultáneamente iría sosteniendo y evitando cualquier deslizamiento, se le agregaría un cilindro del mismo diámetro, que sería empujado por poderosos gatos. Una vez terminado, el túnel horizontal consistiría en un tubo metálico de alrededor de ochenta metros. Cuando se llegara a esa distancia, el cono perforador sería vuelto de tal modo que una abertura mayor que las otras, hasta entonces cuidadosamente cerrada, que se encontraba en la parte superior, se abriría haciendo pasar por ella otro cono más pequeño que el primero, el que sería operado de abajo hacia arriba hasta alcanzar la superficie.

Durante la realización de esos trabajos apenas pudo verse a Camaret. Sólo aparecía, sombrío y absorto, cuando la solución de una dificultad cualquiera tomaba indispensable su presencia y apenas resolvía la dificultad se enclaustraba nuevamente en sus aposentos particulares, donde el criado Jako le servía la comida.

El túnel fue concluido de acuerdo con las previsiones. En la mañana del 30 de abril quedaron terminados los ochenta metros de tubería horizontal. Sin demora se procedió a la instalación del conito destinado a perforar el pozo de salida, operación que necesariamente debía terminar antes del amanecer.

Era hora. Desde el 27 de abril o sea desde hacía tres días, los víveres comenzaban a escasear y las ya insuficientes raciones se habían reducido a casi nada.

El buen humor, o tan sólo la calma ante las dificultades de la vida, habitualmente se lleva mal con los estómagos hambrientos. Por lo tanto el ánimo del personal iba cambiando progresivamente. Aunque el trabajo prosiguiera con encarnizamiento, ya que de él dependía la vida de todos, los rostros se habían puesto sombríos y a menudo los obreros intercambiaban expresiones cargadas de amargura. Visiblemente habían perdido por lo menos parte de la ciega confianza en el jefe al que hasta no hacía mucho llegaban a atribuirle un poder casi sobrenatural. Sin embargo, aquel mago no había sido capaz, a pesar de todo su genio, de impedir que se murieran de hambre, por lo que su prestigio había menguado.

Por otra parte, poco a poco había ido cobrando cuerpo una leyenda cuyo origen debía buscarse en las pocas palabras relativas a Jane Buxton que Camaret pronunció en su discurso inicial, antes de romper hostilidades con el Palacio. Al principio se había atribuido al capricho de Harry Killer por su prisionera la verdadera importancia del asunto. Aquella demostración particular de despotismo no era ni mayor ni menor que otras de su rango.

Pero a medida que la situación se iba agravando, que los sufrimientos aumentaban, sobre todo a medida que la inanición hacía que las inteligencias fueron menos lúcidas, existía la tendencia generalizada a llevar a primer plano esa fantasía de Harry Killer, cuando en realidad éste ya ni siquiera pensaba en ella. Una vez arraigada en los cerebros, esa idea ya no se desprendió de ellos y por un muy conocido fenómeno de cristalización absorbió cualquier otra idea.

Ahora era un hecho evidente. Ya era indiscutible para los obreros que si tenían hambre, era exclusivamente por culpa de los hermosos ojos de miss Buxton. Que se entregara y volvería la paz. De ahí a decir que el sacrificio estaba fuera de proporción con su objeto, que era una exageración sacrificar cien personas para salvar a una sola, no había más que un paso que pronto fue franqueado.

Jane Buxton no era ajena a la evolución del pensamiento de los obreros. Por algunas palabras oídas, por alguna mirada malévola que había sorprendido mientras atravesaba algún taller, se enteró de la hostilidad que despertaba y comprendió que la responsabilizaban de los peligros que corrían.

Aunque muy lejos estaba de acordarse a sí misma la importancia que ese consenso le atribuía, Jane se sintió necesariamente influida por la unanimidad del mismo y poco a poco terminó por admitir que si se entregaba a Harry Killer, ese sacrificio podría resultar en la libertad de los demás sitiados.

En ese caso indudablemente sería horrible vivir junto a quien sospechaba enormemente que era el asesino de su hermano. Pero, además de que la acusación no estaba demostrada, si el esfuerzo que la posibilidad implicaba superaba su capacidad, siempre le quedaba la muerte como refugio. Por otra parte, por más cruel que fuera, sin duda ése era su deber.

La idea fue cobrando tanta fuerza que no pudo dejar de confiarla a sus amigos. Se acusó de cobardía y habló de entregarse a Harry Killer con la condición de que se garantizara la salvación de todos. Oyéndola, el pobre Saint-Bérain se ponía a llorar a mares.

—¡Usted quiere deshonrarnos, señorita —exclamó Amédée Florence indignado—, y deshonrarnos inútilmente, por nada! Harry Killer está demasiado seguro de tenerla un día u otro bajo sus órdenes para darse sus satisfacciones. Y además puede estar segura de que no cumpliría las promesas, suponiendo que las hiciera.

Barsac, el doctor Châtonnay y hasta el señor Poncin le hicieron coro, por lo que Jane debió renunciar a un proyecto tan insensato cuanto generoso.

Ahora que el túnel estaba terminado, el proyecto tampoco tenía razón de ser. En pocas horas, Tongané se iría por él y sin duda al día siguiente daría la señal de la rebelión y con ella la de la liberación de los sitiados.

En la tarde del 30 de abril, el cono más pequeño fue colocado en su lugar, o sea en la abertura destinada a esos efectos, en la pared del primero y así se dio comienzo a la perforación del pozo vertical. Antes de medianoche el tubo salía al aire libre y el fiel Tongané desaparecía en la oscuridad de la noche.

Entonces fue retirado el tubo vertical y la arena, sin nada que la sostuviera, colmó de inmediato el pozo cegándolo. En la superficie subsistía sin duda una depresión, en forma de embudo más o menos notoria, pero al no haber ninguna otra indicación era imposible que los sitiadores establecieran cualquier relación entre aquella depresión y la Usina, que estaba a una distancia de más de ochenta metros.

Si el plano de la ciudad de Blackland quedó descrito con suficiente claridad, se sabe que la parte de la Usina que daba más río arriba tenía frente a ella un ángulo de la muralla que separaba los barrios de los blancos del de los esclavos.

Era desde aquel ángulo donde Tongané debía dar la señal para el envío de las armas apenas se encontrara en situación de hacerla. Por lo tanto fue hacia allí que a partir del 1º de mayo se concentraron las miradas de los sitiados, los que se habían reunido sobre una especie de andamio, construido por orden de Camaret sobre las casas de los obreros que estaban más cerca del Red River.

Tal como lo suponían, la primera espera fue en vano. Admitiendo que Tongané hubiera logrado su propósito de llegar, de hecho recién lo estaría haciendo. Necesitaría a partir de entonces tiempo para explicar y fomentar la rebelión de los negros.

Al día siguiente tampoco se divisó señal alguna, por lo que comenzaron a preocuparse. Se tranquilizaron, no obstante, considerando que aquella noche de luna llena era demasiado clara como para poner en práctica el desconocido medio imaginado por Camaret para enviar las armas que habían sido amontonadas en la parte superior del andamio.

Pero la preocupación de los sitiados se agravó el 3 de mayo.

Aquella noche gruesas nubes ocultaron completamente la luna. La no comparecencia de Tongané se tornaba tanto más grave por cuanto en el curso de aquella jornada del 3 de mayo se habían consumido las últimas migajas de alimento que quedaban en la Usina. Antes de dos días, tres a lo sumo, había que triunfar, rendirse o resignarse a morir de hambre.

La jornada del 4 de mayo les pareció interminable a los sitiados, quienes esperaron la oscuridad de la noche con febril impaciencia. Pero tampoco aquella noche apareció señal alguna encima de la muralla del barrio negro.

La jornada del 5 comenzó con tristes auspicios. El ayuno había comenzado la antevíspera y los estómagos aullaban de hambre. Los talleres estaban desiertos. Los obreros, sus mujeres y sus hijos vagaban con aspecto hosco a través de la Usina. Antes de cuarenta y ocho horas, si no ocurría nada, habría que entregarse atados de pies y manos al vencedor.

Ya se formaban grupos que intercambiaban amargos reproches.

No se privaban de acusar a Tongané de haber olvidado a quienes pretendía liberar. ¡Caramba, bien tonto sería el negro si se preocupara por ellos!

Al pasar cerca de uno de esos grupos, Jane Buxton oyó su nombre.

Rodeados por algunos compañeros, un obrero y una mujer discutían con tanto ardor como se lo permitían sus menguadas fuerzas. Jane pudo detenerse y escuchar lo que decían sin que se dieran cuenta de su presencia.

—¡Digan lo que digan —gritaba el hombre sin preocuparse de que lo oyeran o no— no está bien que lo obliguen a uno a pasar por esto a causa de esa presumida! ¡Si yo tuviera que decidir!...

—¿No le da vergüenza hablar así? —replicó la mujer.

—¡Vergüenza!... ¡Vamos, mamacita, me está tomando el pelo!... Yo en casa tengo un mocoso que se las pasa reclamando su papa.

—¿Y acaso yo no tengo otro en la mía? —protestó la mujer.

—Si a usted le gusta que se le muera de hambre, es cosa suya.

Pero no se meta si, por ejemplo, mañana voy a buscar al patrón para pedirle algunas explicaciones. No podemos permitir que nos usen para servir a un capricho de esa damisela. ¡Por todos los diablos que no!

—¡Usted no es más que un cobarde! —le gritó la mujer indignada—. Yo también tengo hijos, pero preferiría verlos bajo tierra que haciendo una porquería así.

—Sobre gustos no hay nada escrito —concluyó el obrero—. Mañana veremos todo eso.

Jane Buxton vaciló al sentirse tocada en pleno corazón. ¡Ahora hablaban abiertamente de ella y en opinión de todos aquellos desdichados era, decididamente, la única causa de sus sufrimientos! Esa idea le resultaba intolerable. ¿Qué hacer, no obstante, para demostrarles que se equivocaban?

Hora tras hora, minuto tras minuto, transcurrió igualmente la jornada del 5 de mayo. El sol se ocultó, Llegó la noche. Por tercera vez desde la partida de Tongané, espesas nubes cubrían la luna y la oscuridad era profunda. ¿Aprovecharía el negro aquella circunstancia favorable y finalmente daría la tan esperada señal?

Aunque reinaba escepticismo, todos los ojos estaban clavados, como todas las noches, en aquel ángulo de la muralla de donde debía provenir la señal. El reloj de la Usina dio las siete, las ocho, las ocho y media... Continuaban esperando en vano.

Pocos minutos antes de las ocho y media un estremecimiento recorrió la ansiosa muchedumbre de los sitiados. No, Tongané no los había abandonado. Encima de la muralla del barrio negro acababa de aparecer finalmente la señal.

Sin perder un solo instante se procedió. Por orden de Camaret, una extraña máquina fue llevada a la cúspide del andamio. Era un cañón, un verdadero cañón, sin ruedas ni cureña, pero era un cañón de madera. En el alma de aquella extraña bombardera, hecha con el tronco vaciado de un *rónier*, se introdujo un proyectil al que un potente chorro de aire comprimido lanzó silenciosamente al espacio.

El proyectil, arrastraba una doble cuerda de acero provista de un gancho que, si todo salía bien se prendería a la cresta de la muralla del barrio de los esclavos.

Peso del proyectil, presión propulsora del aire comprimido, puntería del cañón, forma y posición del gancho, todo había sido minuciosamente calculado por Camaret, que no dejó en manos de nadie la operación de aquella singular artillería.

Silenciosamente el proyectil atravesó el muelle, el río, el barrio de los Merry Fellows y cayó en el de los negros. ¿Se había logrado que el gancho se prendiera a la muralla?

Camaret hizo mover prudentemente el tambor en el cual se hallaba enrollado el cable de acero. Pronto se tensó y resistió bien sus esfuerzos. Sí, el intento había sido coronado por el éxito. A partir de ese momento los sitiados y los esclavos quedaban unidos por un camino aéreo.

De inmediato dio comienzo el transporte de las armas por aquel camino. Primero un paquete con explosivos, luego se enviaron cuatro mil cuchillos, hachas o picas. Antes de las once la operación quedaba concluida. Todos se retiraron del andamio y armándose con lo que el azar ponía en las manos se agruparon detrás de la puerta principal. Reunidas en un compacto grupo central, también las mujeres se dispusieron a intervenir en el momento oportuno.

Alguien, sin embargo, faltaba en aquel grupo: Jane Buxton.

Saint-Bérain, Amédée Florence, Barsac y el doctor Châtonnay gritaron inútilmente su nombre por todas partes; igualmente la buscaron, pero no llegaron a encontrarla.

Ayudados por varios obreros de buena voluntad ampliaron el radio de la búsqueda, pero tampoco obtuvieron buenos resultados. La Usina fue revisada de arriba a abajo y tampoco apareció la muchacha.

Tuvieron que rendirse ante la evidencia. Jane Buxton había desaparecido.

LO QUE HABÍA DETRÁS DE LA PUERTA

Efectivamente, Jane Buxton se había ido, y del modo más sencillo. Había salido por la puerta, que apareció cerrada con el pestillo y no con cerrojo como era habitual. Recabadas las informaciones del caso, se supo que el hombre del cicloscopio había visto a la joven abandonar la Usina, aunque no la reconoció. Tenía instrucciones de evitar muertes que no fueran estrictamente necesarias, por lo que no hizo uso de alguna de las avispas contra aquella única persona que, además, lejos de tratar de introducirse en la Usina, por el contrario salía de ella.

El informe del vigilante permitió establecer que Jane, luego de abandonar la Usina, había tomado por el muelle en dirección aguas arriba. No era posible hacerse ninguna ilusión; Jane Buxton había puesto en práctica, sin ninguna duda posible, el proyecto al que se habían opuesto todos, yendo a entregarse insensatamente a Harry Killer, precisamente en momentos en que ese sacrificio era completamente inútil.

Agua abajo, el muelle llevaba al camino de cintura mientras que agua arriba era cerrado por la muralla de la explanada, que en aquel sector lo transformaba en un callejón sin salida. En aquel punto se abría en la muralla una puerta blindada. Esa puerta, que estaba constantemente cerrada y cuya llave sólo tenían Harry Killer y Marcel Camaret, había quedado abierta desde el comienzo de las hostilidades. Por lo tanto, Jane Buxton pudo llegar a la explanada, atravesarla y llegar al Palacio sin que los Merry Fellows la interceptaran.

Fue en medio de un verdadero acceso de desesperación que había decidido huir. Le resultaba odiosa la idea de que todos creyeran sacrificarse por ella y de que la acusaran de ser la causa de las desdichas generales, del mismo modo que no podía tolerar la idea de sentirse odiada por toda aquella pobre gente a la que veía sufrir. ¿Y si, además, tuvieran razón? ¿Y si verdaderamente fuera ella el único botín que Harry Killer esperaba de la lucha? Bastaba con esa sola posibilidad para que cualquier demora se tomara un crimen, por lo que llegó a reprocharse la vacilación de poner en práctica la idea que tal vez podría llegar a salvar tan gran número de semejantes. Y aunque los sitiados estuvieran equivocados, como era bastante probable, ¿acaso su honor no exigía que les demostrara el error aunque fuera arriesgando su propia vida?

El retraso de Tongané en dar la señal tan febrilmente esperada dio tiempo para que las reflexiones de Jane Buxton se impusieran a su juicio, al que las privaciones habían tomado menos lúcido, y finalmente durante aquella jornada del 5 de mayo había perdido la cabeza súbitamente yéndose hacia lo que consideraba su deber.

Inadvertidamente, casi ignorando lo que hacía, entreabrió la puerta, se deslizó hacia fuera, luego cerró sigilosamente la puerta, se encaminó hacia el Palacio tratando de confundirse con la muralla que estaba violentamente iluminada por los proyectores eléctricos de la Usina.

Al igual que el vigía del cicloscopio, los Merry Fellows apostados en el muro que rodeaba la ciudad en el cruce del muelle y el camino de cintura la habían divisado fácilmente. Pero tampoco creyeron que debían hacer uso de las armas contra una sombra solitaria que, en suma, podía ser uno de los de ellos.

En consecuencia Jane Buxton había logrado llegar sin obstáculo hasta la explanada, donde traspuso la puerta abierta. Bordeando la muralla que la limitaba del lado del Red River, atravesó atrevidamente la amplia plaza sin prestar atención a los grupos de Merry Fellows entre los que tuvo que pasar. Gracias a su propia audacia, pudo recorrer la mayor parte del trayecto sin ser molestada. Se encontraba a poco más de veinte pasos del Palacio cuando dos hombres se destacaron de uno de aquellos grupos y vinieron a su encuentro.

Aquellos dos hombres la habían visto, antes de la huida de los prisioneros, circular libremente por todas partes. Al reconocerla, dejaron escapar exclamaciones de asombro y sin saber cuáles eran sus intenciones, y recordando el modo en que la había tratado el jefe, sin saber qué hacer, no sólo la dejaron pasar sin dificultad sino que además la escoltaron hasta el Palacio, cuya puerta hicieron abrir ante ella.

La misma se cerró apenas la joven franqueó el umbral. Lo aceptara o no, desde aquel momento estaba nuevamente en poder de Harry Killer y ya no podía esperar ayuda de nadie.

Su llegada causó en el Palacio la misma sorpresa que en la explanada. El servidor negro que le había abierto se apresuró a conducirla ante el amo. Siguiéndolo; subió escalones, atravesó galerías y corredores oscuros hasta que finalmente ingresó a una habitación violentamente iluminada que Jane reconoció de inmediato. Era la sala del Trono, como burlonamente la llamaba Amédée Florence, adonde habían sido llevados los prisioneros para su Única entrevista con el déspota de Blackland: el mobiliario se componía exclusivamente de una mesa y un sillón.

El sillón continuaba estando y al igual que aquel día, Harry Killer, se hallaba arrellanado en él detrás de la mesa cargada de botellas y vasos.

Pero ahora aquel sillón y la mesa no constituían todo el mobiliario. Había nueve asientos suplementarios. Uno de ellos estaba vacío. En los demás, nueve hombres de aspecto brutal se pavoneaban mientras bebían. Harry Killer se distraía con sus consejeros.

Al darse cuenta de la presencia de la joven en el marco de la puerta, aquellos nueve hombres medio borrachos dejaron escapar exclamaciones de estupor; nada podría haberlos asombrado más que aquella súbita irrupción de uno de los sitiados de la Usina. Se incorporaron desordenadamente.

—¡Miss Mornas!... —exclamaron todos al unísono.

—¡Sola!... —interrogó Harry Killer quien, con el busto inclinado sobre la mesa, echó una preocupada mirada en dirección del corredor sobre el que la puerta recortaba un rectángulo oscuro.

—Sola —respondió con voz temblorosa pero firme Jane Buxton, cuyas piernas parecían querer dejar de sostenerla, por lo que tuvo que apoyarse en el dintel.

Durante un largo momento, los nueve hombres estupefactos se quedaron mirando silenciosamente a la joven. Que estuviera allí, y sola, era una extraordinaria aventura. Convertida en el punto de mira. Jane iba perdiendo cada vez más la entereza y comenzaba a lamentar amargamente su audaz intento.

—¿Viene de allá?... —articuló finalmente Harry Killer con voz pastosa señalando con el dedo en dirección de la Usina.

—Sí —murmuró Jane Buxton.

—¿Qué vino a hacer?

La entonación era algo menos que amable. Sí, aparentemente los pobres hambrientos de la Usina se equivocaban cuando hacían recaer en ella la responsabilidad de sus desdichas y más que nunca temió que su renunciamento fuera incapaz de mejorar su suerte.

—Vengo a rendirme —murmuró a pesar de la profunda humillación que le provocaba el escaso valor que parecía otorgarse a su sacrificio.

—¡Vaya! ¡Vaya!... —exclamó Harry Killer en tono sardónico.

Se volvió hacia sus compañeros.

—Déjenlos a solas, compañeros —dijo.

Los ocho consejeros se levantaron. Más o menos todos tenían un andar vacilante.

—Está bien, te dejamos a solas —respondió uno de ellos riendo groseramente.

Ya llegaban a la puerta cuando Harry Killer con un gesto hizo que se detuvieran. Volviéndose hacia Jane Buxton le dijo:

—No le pregunto por Tchumuki. Ya encontré los pedazos. Pero ¿y el otro? ¿Qué pasó con él?

—No fuimos nosotros quienes matamos a Tchumuki —respondió Jane—. Murió en la explosión, mientras quería volar el planeador. Su compañero resultó herido. Lo están atendiendo en la Usina.

—¡Ah! ¡Ah!... —exclamó Harry Killer—. ¿Y el planeador?...

—Fue destruido —respondió Jane.

Muy satisfecho, Harry Killer se frotó las manos mientras desaparecían los ocho consejeros.

—¿Entonces, cómo es eso de que se rinde? —preguntó a la prisionera cuando estuvo a solas con ella—. ¿Por qué se rinde?

—Para salvar a los demás —contestó Jane valientemente.

—¡Imposible!... —exclamó Harry Killer burlonamente—. Los otros están a más no poder, ¿no es cierto?

—Sí —confesó Jane bajando la mirada.

Harry Killer se sirvió un vaso lleno y de la alegría se lo tomó de un trago.

—¿Entonces?... —preguntó cuando terminó de beber.

—No hace mucho —murmuró Jane a la que la vergüenza enrojecía el rostro— usted quería convertirme en su mujer. Acepto con la condición de que deje en libertad a los otros.

—¡Condiciones!... —exclamó Harry Killer estupefacto—. ¿Cree usted, mi pequeña, que se encuentra en situación de imponer condiciones? Ya que los de la Usina están llegando al final los tendré en mis manos mañana o pasado mañana y con ellos a usted. No valía la pena venir esta noche. Me da lo mismo un día más.

Se incorporó y avanzó hacia ella con paso vacilante.

—¡Vaya con su aplomo para venir a imponer condiciones!... —exclamó—. ¡Condiciones para ser mi mujer!... ¡Usted será mi mujer cuando a mí se me antoje! ¿Qué podría hacer para impedirlo? Me gustaría saberlo.

Avanzaba hacia Jane Buxton, quien retrocedía, aterrorizada, adelantando hacia él sus manos temblorosas. Casi llegaba a tocarla. Pronto, la joven, arrinconada contra la pared, recibió en pleno rostro su aliento ardiente que apestaba a alcohol.

—Siempre se puede morir —dijo ella.

—¡Morir!... —repitió Harry Killer quedándose inmóvil sobre las vacilantes piernas, detenido en seco por aquella palabra pronunciada con fría energía—. ¡Morir!... —volvió a repetir rascándose el mentón con aspecto indeciso.

Luego de un nuevo silencio saltó a otra idea:

—¡Bah!... Eso se verá mañana. Nos vamos a entender, hija... Mientras llega el momento pongámonos alegres y cómodos.

Volvió a su lugar en el sillón y tendiendo el vaso hacia ella dijo:

—¡A beber!...

Los vasos sucedieron a los vasos. Un cuarto de hora más tarde, Harry Killer, que ya estaba casi totalmente borracho cuando llegó a Jane Buxton, roncaba como un órgano.

Una vez más la joven tenía a su merced a aquel bruto que tal vez era el asesino de su hermano. Podría haberlo herido en pleno corazón, con la misma arma que él había empleado contra George Buxton. Pero, ¿qué conseguiría con eso? ¿No rompería así la débil esperanza que le quedaba de ayudar a quienes deseaba socorrer?

Estuvo largo rato pensativa, con la mirada fija en el déspota dormido. Pero un súbito sufrimiento la hizo palidecer. El hambre, un hambre imperiosa y cruel le atenaceaba las entrañas.

Por un momento olvidó su situación, el lugar donde se encontraba, al propio Harry Killer, olvidó todo lo que no fuera el hambre. Comer, necesitaba comer de inmediato, costara lo que costara.

Prudentemente abrió la puerta por donde acababan de salir los ocho consejeros y en la habitación contigua descubrió una mesa llena de sobras. Aquella noche, antes de terminar la fiesta en la sala del trono, había tenido lugar una francachela.

Jane Buxton se precipitó hacia aquella mesa y se apoderó de algunos alimentos al azar, los que devoró apresuradamente. A medida que comía, la vida volvía a su agotado organismo, se reconfortaba, el corazón bombeaba con mayor energía la sangre por las arterias y recobraba la fuerza física y moral.

Así reanimada volvió a la sala donde había dejado a Harry Killer.

Éste continuaba durmiendo y roncando ruidosamente. Se sentó frente a él decidida a esperar que despertara.

Transcurrieron algunos minutos, Harry Killer hizo un movimiento y algo cayó al suelo. Agachándose, Jane recogió el objeto caído del bolsillo del déspota. Era una llave de pequeñas dimensiones.

Al ver aquella llave, los recuerdos afluyeron a su mente. Recordó las ausencias regulares de Harry Killer y cuanto había deseado saber qué había tras la puerta cuya cerradura abría aquella llave que nunca abandonaba. ¡Y, de pronto, la casualidad le brindaba el medio para satisfacer su curiosidad! ¡La tentación era demasiado fuerte! Era preciso aprovechar una circunstancia que seguramente no volvería a repetirse.

Con paso sigiloso llegó a la puerta por la que Harry Killer desaparecía e introdujo la llave en la cerradura. La hoja se movió sobre los goznes sin chirriar. Detrás encontró un palier desde donde arrancaba una escalera que llevaba a los pisos inferiores. Empujando suavemente la puerta aunque sin cerrarla, y caminando en puntas de pie, Jane Buxton bajó por aquella escalera apenas iluminada por una luz que llegaba desde abajo.

La pieza que dejaba se encontraba situada en el segundo piso del Palacio, pero una vez que bajó esos dos pisos, sólo llegó a un nuevo palier, tras el que continuaba la escalera que, en consecuencia, debía llegar hasta el subsuelo. Luego de un momento de vacilación, continuó bajando.

Finalmente llegó a una especie de vestíbulo rectangular, en cuyo umbral se detuvo. Un negro que vigilaba sentado en una rinconera, cerca de una puerta cerrada, se había incorporado súbitamente al advertir la presencia de la joven.

Pero ésta pronto se tranquilizó. El guardia no parecía tener intenciones hostiles. Al contrario, se apretaba respetuosamente contra el muro para dejar el mayor sitio a la visitante nocturna. Jane comprendió el motivo de aquella deferencia inesperada al reconocer en el guardia a un hombre de la Guardia Negra. Al igual que los Merry Fellows que la habían escoltado en la explanada, el negro la había visto muy a menudo circular libremente por el Palacio como para no estar convencido de que la mujer ejercía algún poder sobre el amo.

Con paso firme caminó frente a él sin que el negro intentara oponerle ninguna resistencia. Pero aún no estaba todo dicho. Después del horrible estaba la puerta.

Simulando una seguridad que estaba lejos de tener, Jane Buxton introdujo la llave de Harry Killer en la cerradura, que cedió como la primera. Se vio entonces en un corredor bastante largo, simple prolongación del vestíbulo que acababa de atravesar, a cuyos lados había una decena de puertas perforadas en las paredes.

Todas, excepto una, estaban abiertas de par en par. Jane Buxton echó una ojeada a las piezas a las que daban acceso y vio que eran celdas, calabozos más bien, sin aire ni luz, amobladas con una mesa y un miserable jergón. Éstos estaban vacíos y todo indicaba que no habían sido usados en mucho tiempo.

Quedaba aquella única puerta cerrada. Jane Buxton probó por tercera vez el poder de la llave y al igual que las dos veces anteriores la puerta se abrió sin dificultad.

Al principio no pudo distinguir nada en aquel calabozo sumido en las más profundas tinieblas. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y finalmente pudo llegar a entrever que en las sombras se encontraba una persona dormida.

Como si un poder sobrenatural la hubiera alertado, sin tener conciencia de que iba a hacer un prodigioso descubrimiento. Jane se sentía desfallecer. Temblorosa, con el corazón latiendo a más no poder, extraviada, sin fuerzas, permanecía inmóvil en el umbral del calabozo mientras su oído y su mirada se esforzaban inútilmente en escudriñar la oscuridad impenetrable.

Finalmente recordó haber visto cerca de la entrada, en el corredor, un interruptor eléctrico que maniobró al tanteo, sin apartar la mirada de las sombras.

¡Qué sobrecogimiento experimentó Jane Buxton! Mejor dicho, ¡qué terror la asaltó!

Si hubiera encontrado en aquel *in pace* del Palacio de Blackland a alguno de los que había dejado en la Usina un rato antes o incluso si hubiera encontrado a su hermano. George Buxton, al que sabía muerto desde hacía seis años, la joven no se habría sentido tan estupefacta.

Despertado por el sobresalto del repentino golpe de luz, un hombre se había incorporado en el jergón situado en uno de los ángulos del calabozo. Vestido con harapos, por cuyos agujeros se veía un cuerpo cubierto por innumerables heridas, de una delgadez esquelética, el hombre trataba penosamente de incorporarse volviendo hacia la luz los ojos dilatados por el terror.

Pero a pesar de aquellos terribles estigmas de una prolongada tortura, a pesar de aquel rostro demacrado, a pesar de la barba y los cabellos descuidados Jane Buxton no podía equivocarse al reconocer de inmediato al miserable prisionero.

Por más increíble, por más maravilloso que fuera el prodigio que le permitía reconocer en el fondo de un calabozo de Blackland al que seis meses antes había dejado en Inglaterra ocupado en sus apacibles trabajos, aquellos despojos humanos, aquel ser martirizado era Lewis Robert Buxton, era su hermano.

Jadeante, con los ojos desorbitados, presa de una especie de misterioso terror, Jane permaneció un momento sin poder moverse ni hablar.

—¡Lewis!... —exclamó finalmente precipitándose sobre su desdichado hermano quien balbuceaba como alucinado:

—¡Jane!... ¡Tú, aquí!... ¡Aquí!...

Se echaron uno en brazos de otro y durante mucho rato, agitados por sollozos convulsivos, mezclaron sus lágrimas sin encontrar una sola palabra que decir:

—Jane —murmuró finalmente Lewis— ¿es posible que hayas venido a socorrerme?

—Ya hablaremos de eso —respondió Jane—. Mejor hablemos de ti. Cuéntame...

—¿Qué quieres que te diga? —exclamó Lewis con gesto de desesperación—. Ni siquiera yo mismo puedo entenderlo. Hace cinco meses, el 30 de noviembre pasado, estaba en mi oficina y recibí un golpe en la nuca que me privó del sentido. Cuando lo recobré estaba amordazado, atado y encerrado en una caja. Como si fuera un paquete fui transportado de veinte maneras distintas. ¿En qué país estoy? Lo ignoro. Desde hace más de cuatro meses no he abandonado este calabozo donde todos los días me desgarran la carne con tenazas o bien me azotan...

—¡Oh, Lewis!... ¡Lewis!... —gimió Jane sollozando—. ¿Pero quién es el verdugo?...

—Eso es lo peor —respondió tristemente Lewis—. Nunca lo adivinarías, nunca podrías imaginar que el que se entrega a estas atrocidades es...

Lewis se interrumpió de pronto. Su brazo extendido señalaba algo en el corredor, mientras sus ojos y todo el rostro expresaba un horrible pánico.

Jane miró en la dirección señalada por su hermano. Palideció mientras deslizaba la mano hacia abajo de los faldones del corsé donde ocultaba el arma encontrada en la tumba de Kubo. Con los ojos inyectados en sangre, con un hilo de baba cayéndole de la boca, crispado en un rictus de bestia feroz, aterrador, odioso, allí estaba Harry Killer.

HARRY KILLER

—¡Harry Killer! —exclamó Jane.

—¿Harry Killer?... —repitió en tono interrogativo Lewis Buxton mirando a su hermana con asombro.

—El mismo —masculó Killer con voz ronca.

Avanzó un paso, se detuvo en el marco de la puerta a la que su estatura atlética cubrió por completo, y se apoyó en el dintel a los efectos de afirmar su equilibrio fuertemente comprometido por las libaciones de la velada.

—¿A eso le llama rendirse?... —tartamudeó con rabia concentrada—. ¡Así que la señorita tiene citas a escondidas de su futuro marido!...

—¿Su marido?... —repitió Lewis demostrando mayor asombro aún.

—¿Cree que me cae bien?... —agregó Harry Killer entrando al calabozo y tendiendo sus enormes manos velludas hacia Jane.

Pero la joven blandió el arma que había sacado de la cintura.

—¡No se acerque!... —le gritó.

—¡Oh!... ¡Oh!... —exclamó irónicamente Harry Killer—. La avispa tiene su aguijón.

A pesar de la ironía se detuvo prudentemente y se quedó inmóvil en medio del calabozo vigilando con la mirada el puñal con que lo amenazaba Jane Buxton. Aprovechando ese momento de indecisión, la joven arrastró a su hermano con ella, se acercó a la puerta y así cortó la retirada al adversario que la seguía mirando con evidente respeto.

—¡Sí... encontré este puñal en una tumba ... en Kubo!

—¡En Kubo!... —repitió Lewis—. ¿No fue allí donde George?...

—Sí —dijo Jane—, fue en Kubo donde cayó George, fue allí donde murió, pero no alcanzado por las balas sino por esta arma que lleva inscripto un nombre: Killer. El nombre del asesino todavía está escrito en ella.

Harry Killer dio un paso atrás al oír aquella evocación del drama de Kubo, pálido, descompuesto, apoyándose ahora en la pared del calabozo, miraba a Jane con una especie de temor.

—¿Killer dices? —exclamó Lewis a su vez—. Te equivocas Jane.

Ése no es el nombre de este hombre. Tiene otro, peor aún que el de Killer, otro que no te resultará desconocido.

—¿Otro?...

—Sí... Eras muy pequeña cuando abandonó nuestra casa como para poder reconocerlo ahora, pero muchas veces oíste hablar de él. Su madre tenía un hijo cuando se casó con nuestro padre. Ese hijo es el hombre que ves ahí, es William Ferney, tu hermano.

La revelación hecha por Lewis Buxton tuvo efectos opuestos sobre los otros dos actores de la escena. Mientras Jane, aniquilada, dejaba caer la mano sin fuerzas, William Ferney —de ahora en adelante le dejaremos su verdadero nombre— pareció recobrar toda su seguridad. Incluso parecía haberse disipado su ebriedad. Se había erguido y ahora permanecía desafiante frente al grupo que formaban Jane y Lewis, a quienes asestaba una mirada brillante de odio y cargada de una implacable crueldad.

—¡Ah, usted es Jane Buxton!... —dijo con voz sibilante. Volvió a repetir lo mismo con los dientes chirriantes—. ¡Ah, usted es Jane Buxton!...

Y de pronto todos los malos sentimientos que lo ahogaban estallaron y habló, habló, con tanta rapidez que no le daba tiempo para articular las palabras que quedaban en frases cortadas que salían de un pecho jadeante, con voz sorda.

—¡Estoy encantado!... Si, de veras, estoy encantado... ¡Ah, con que fue a Kubo!... Sí, es cierto, yo lo maté... su hermano George... el apuesto George... del que la familia estaba tan orgullosa... Incluso lo maté dos veces... primero en su alma... después en el cuerpo... Y ahora los tengo a los dos... en mi poder, bajo mi bota... ¡Ahora son míos!... Puedo hacer con ustedes lo que se me antoje...

Las palabras que escapaban de aquella garganta crispada apenas si eran comprensibles. Tartamudeaba, borracho de alegría, exultante, triunfador.

—Cuando pienso que atrapé a uno... y que la otra vino solita a mi casa... ¡Es muy divertido!

Se adelantó un paso sin que Jane y Lewis, abrazados, hicieran un solo movimiento e inclinándose hacia ellos:

—¿Tal vez creían saber muchas cosas? ¡No saben nada!... Pero voy a contarles todo... ¡Todo!... ¡Y con cuánto gusto! ¡Ah, el padre de ustedes me expulsó!... ¡Todavía debe regocijarse de eso!... Algo me falta todavía para ser del todo feliz... Quiero que sepa... antes de morir... quién le asestó todos los golpes... Esa mano... ¡hela aquí!... es la mía...

Continuó avanzando. Ahora casi tocaba al hermano y a la hermana, espantados por aquel acceso de salvaje demencia.

—¡Ah, me expulsaron!... A mí me hace falta oro, mucho oro, montañas de oro... Lo tengo... tengo oro... a paladas... montones... sin ustedes... sin ayuda de nadie... ¡yo solo!... ¿Qué hice para conseguirlo?... ¡Ah!... ¡Ah!... Lo que la gente como ustedes llama crímenes... Robé... maté... asesiné... todos... ¡todos los crímenes!... ¡Ah!... ¡Ah!...

«Pero el oro no era todo para mí... Algo más fuerte aún era el odio que siento por ustedes... por todos ustedes... ¡execrable familia de los Glenor!... Por eso vine a África. Merodeé alrededor de la columna Buxton... hasta que me presenté ante él... Representé una comedia..., lamentos, arrepentimiento... remordimientos... Mentí... fui un bribón, un hipócrita... En la guerra todos los recursos son válidos, ¿no es cierto?... El imbécil se dejó atrapar... Me recibió con los brazos abiertos... Compartí su tienda... su mesa... ¡Ah!... ¡Cómo me aproveché de su estúpida confianza!... Todos los días un poco más de pólvora en sus alimentos... ¿qué pólvora? ¿Qué les importa?... Opio... hachich... o algo así... son cosas mías... Busquen a George Buxton... Un niño, un niño sin fuerza...

«¿El jefe?... ¡Yo!... ¡Qué hazañas en ese entonces!... Los periódicos estaban llenos de ellas... George Buxton, el loco... George Buxton, el asesino... George Buxton, el traidor... no hablaban más que de eso... ¿Quién se reía al leer todo eso?... Yo... Pero dejemos eso... Un día llegaron soldados... George Buxton muerto, eso estaba bien... deshonorado... era mucho mejor... Entonces lo maté para que callara...

Entonces vine aquí y fundé esta ciudad... ¿No está mal para ser quien había sido vergonzosamente expulsado?... Aquí soy el jefe... el amo... el rey... el emperador... Ordeno... se me obedece... Sin embargo mi felicidad no es completa... Al padre de ustedes aún le quedaba un hijo y una hija. Eso no podía durar mucho... Primero el hijo... Un día que necesitaba dinero tomé el suyo... y además a él en persona... ¡Ah!, el hijo, descalabrado, el hijo... atado como si fuera un jamón, el hijo... metido adentro de un baúl, el hijo... ¡Y en marcha!... Trenes, barcos, planeadores, ¡en marcha!... hasta aquí... a mi casa... ¡a mi imperio!... Y lo mataré... como al otro... pero no con rapidez... lentamente... día tras día... Mientras tanto... allá, en Inglaterra... el padre... ¡Oh, un lord!... ¡y rico!... el padre sabe que su hijo huyó... llevándose la caja... No estuvo mal planeado, no, ¿no?... ¡Por todos los diablos que no!...

Quedaba la hija... mi hermana ¡Ah! ¡Ah! ¡Mi hermana!... Era el turno de ella... ¿Qué hacerle a ésa?... Lo pensaba, le daba vueltas... ¡Caramba!... ¡y de pronto hela aquí!... Tengo mucha suerte... ¡Por poco la hacía mi mujer!... ¡Es para no creerlo!... ¿Mi mujer?... ¡Vaya, vaya!... ¡La del último de mis esclavos!... ¡la mujer del más odioso de mis negros!...

¿Qué le quedará después de todo esto... al viejo lord... a pesar de su título y sus riquezas?... ¿Sus dos hijos?... uno traidor... el otro un ladrón... ¿Su hija?... Desaparecida... arrastrándose no se sabe dónde... Y él... solo... con sus ideas de otro mundo... ¡Va a terminar muy bien la raza de los Glenor!... Y como venganza creo que es bastante lograda...

Aquellas horribles imprecaciones proferidas con voz jadeante concluyeron en un verdadero aullido.

William Ferney se detuvo sin fuerzas, ahogado por su propia rabia. Los ojos se le salían de las órbitas. Tendía hacia sus víctimas unas manos crispadas, ávidas de torturar una carne detestada. Había dejado de ser una criatura humana. Era un león furioso en plena crisis demencial, una bestia feroz sedienta de destrucción.

Espantados más por él que por ellos mismos, Jane y Lewis Buxton contemplaron con horror al demente. ¿Cómo era posible que el alma de un hombre pudiera albergar un odio tan espantoso?

—Por esta noche —concluyó el monstruo luego de recobrar el aliento— vaya dejarlos juntos ya que eso los divierte. Pero mañana...

El ruido de una explosión, que debió ser formidable para llegar hasta aquel calabozo, tapó imprevisiblemente la voz de William Ferney. Éste se detuvo bruscamente, asombrado, preocupado, aguzando el oído...

A la explosión sucedieron algunos minutos de profundo silencio hasta que se oyó un rumor... Eran gritos, aullidos lejanos, el clamor de una muchedumbre delirante, al que se mezclaban escasos disparos de revólveres o fusiles...

William Ferney ya no pensaba en Jane ni en Lewis. Escuchaba tratando de adivinar qué significaban aquellos clamores. De pronto apareció el hombre de la Guardia Negra que estaba apostado a la entrada de los calabozos.

—¡Amo —gritó enloquecido—, la ciudad está en llamas!

William Ferney profirió una horrible maldición y empujando a Jane y Lewis Buxton, que le cerraba el paso, se lanzó al corredor y desapareció.

Aquel desenlace había ocurrido con tanta rapidez que el hermano y la hermana no tuvieron tiempo de entender nada. Apenas habían podido oír, en medio de su extravío, la explosión y los clamores que los habían liberado del verdugo. Algunos momentos después de estar a solas no habían asimilado aun su situación. Continuaban estrechamente abrazados y, agobiados por la escena atroz que acababan de presenciar, debilitados por los recientes sufrimientos, pensando en el anciano que moría en medio de la desesperación y la vergüenza, sollozaban inconsoladamente.

NOCHE DE SANGRE

Conmovidos por la horrible escena que acababan de presenciar, olvidando todo lo que no fuera su dolor, Jane y Lewis Buxton permanecieron largo rato abrazados. Luego, poco a poco, sus lágrimas se fueron agotando y finalmente, exhalando profundos suspiros, se apartaron uno del otro y volvieron a recobrar conciencia del mundo exterior.

Lo que los impactó ante todo fue, a pesar del confuso ruido que rezongaba alrededor de ellos, una perturbadora sensación de silencio. En el pasillo intensamente iluminado por lamparillas eléctricas reinaba una paz sepulcral. El Palacio parecía muerto. Afuera, por el contrario, se oían confusos clamores, detonaciones de armas de fuego, un tumulto que crecía minuto a minuto.

Por un instante prestaron atención a aquellos inexplicables rumores hasta que de pronto Jane entendió el sentido. Se volvió hacia su hermano.

—¿Puedes caminar? —le preguntó.

—Trataré —respondió Lewis.

—¡Vamos! —dijo la hermana.

Formando un grupo lamentable, con la joven sosteniendo al hombre agotado por cuatro meses de sufrimientos, salieron del calabozo, tomaron por el pasillo y llegaron al vestíbulo donde un rato antes se encontraba el guardia. Éste había desaparecido. Ahora el vestíbulo se hallaba desierto. Penosamente subieron la escalera hasta llegar al tercero y último palier. Con la llave robada a William Ferney, Jane abrió la puerta a la que daba el palier y, seguida por Lewis, volvió a encontrarse en la misma pieza donde poco antes había dejado al monstruoso demente que en aquel momento ignoraba fuese su hermano durmiendo la borrachera.

Al igual que el vestíbulo, aquella pieza estaba vacía. Nada había cambiado desde que la abandonara. El sillón de William Ferney seguía estando detrás de la mesa cargada de botellas y vasos y los otros nueve asientos también seguían dispuestos en semicircunferencia frente a la mesa.

Luego de hacer sentar a su hermano, cuyas piernas flaqueaban, cobró finalmente conciencia de lo extraño de su situación. ¿Por qué aquella soledad y silencio? ¿Qué había pasado con el verdugo?

Obedeciendo a un súbito impulso, se animó a separarse de Lewis y se aventuró atrevidamente por el Palacio al que recorrió en todos los sentidos.

Comenzó por la planta baja sin dejar de explorar un solo rincón. Al pasar por la puerta que daba al exterior pudo comprobar de una ojeada que estaba cuidadosamente cerrada. No vio a nadie en toda la planta donde todas las puertas interiores estaban abiertas de par en par, como si hubieran quedado así luego de la desordenada fuga de los habitantes. Con creciente asombro recorrió los otros tres pisos y los encontró igualmente desiertos. Por más increíble que resultara, el Palacio parecía abandonado.

Luego de los tres pisos visitados, sólo quedaba por ver la torre central y la terraza de comando. Al pie de la escalera que llevaba hasta allí, Jane se detuvo un momento, luego se decidió y comenzó a subirla.

No, el Palacio no estaba desierto como había pensado. Cuando llegó a la parte superior de la escalera, le llegó un ruido de voces. Con toda precaución subió los últimos peldaños y amparada en la sombra inspeccionó ocularmente la terraza, donde venía a morir la luz de los proyectores de la Usina.

Toda la población del Palacio se hallaba reunida en aquel lugar.

Con un estremecimiento de horror. Jane pudo reconocer a William Ferney. También pudo ver a los ocho consejeros que había encontrado junto a aquél dos horas antes. Más lejos, en dos grupos, algunos hombres de la Guardia Negra y los nueve criados negros.

Inclinados sobre el parapeto, parecían mostrarse recíprocamente algo en la lejanía, mientras intercambiaban gritos, más que palabras, que iban acompañados de grandes gestos. ¿Qué ocurría para apasionarlos hasta aquel punto?

De pronto, William Ferney se incorporó, dio una orden en voz tonante y, seguido por quienes estaban con él en la terraza, se precipitó hacia la escalera cuyos últimos peldaños ocupaba Jane. Ésta pudo ver entonces que estaban armados, cada uno con dos revólveres que llevaban en la cintura y un fusil que blandían sobre la cabeza encolerizados.

En cuestión de segundos descubrirían su escondite. ¿Qué harían entonces aquellos hombres que parecían presa de una violenta sobreexcitación? Estaba perdida.

Mientras miraba alrededor de sí, buscando inconcientemente una imposible ayuda, sus ojos encontraron una puerta ubicada en la parte superior de la escalera. Ver y empujar esa puerta que se cerró ruidosamente fue una única y misma cosa para Jane Buxton. Su situación había cambiado profundamente luego de aquel gesto instintivo, que aún ignoraba haber realizado.

El gesto fue seguido por gritos furiosos, por terribles imprecaciones que llegaron desde afuera. Apenas había tenido tiempo de accionar los últimos cerrojos cuando ya la gente de la terraza golpeaba con violentos culatazos el inesperado obstáculo que ella acababa de oponerles.

Espantada por aquellos aullidos, por aquellos golpes repetidos, por todo aquel jaleo, Jane se había quedado inmóvil, temblorosa. Si su vida hubiera dependido de un solo movimiento no habría podido hacerlo. Mantenía la mirada clavada en la puerta esperando verla caer de un momento a otro ante el empuje de los temibles enemigos.

Pero la barrera que la separaba de ellos no cayó. Incluso parecía inmovible ante los golpes furiosos con que la castigaban. Poco a poco Jane fue recuperando la calma y pudo advertir entonces que la puerta estaba hecha como la de la Usina y la de la entrada al Palacio, es decir, con una gruesa plancha blindada capaz de resistir cualquier asalto. No había que temer, pues, que William Ferney pudiera derribarla con los escasos medios de que disponía.

Tranquilizada, bajó a buscar al hermano y pudo entonces comprobar de paso que la escalera entre el último piso del Palacio y la terraza podía ser bloqueada sucesivamente por otras cinco puertas parecidas. Todo había sido previsto por William Ferney para protegerse de una sorpresa. El Palacio estaba compartimentado en numerosas secciones separadas por obstáculos de esa naturaleza que hubiera sido preciso derribar uno tras otro. Ahora todas esas precauciones se volvían contra él.

Jane pasó los cerrojos de las otras cinco puertas al igual que había hecho con la primera y bajó a la planta baja.

Los accesos al Palacio estaban defendidos por sólidas rejas y detrás de ellas no menos sólidos postigos de hierro. Sin perder un momento cerró, en los diversos pisos, todos aquellos postigos sin olvidar uno.

¿De dónde sacaba fuerza suficiente como para mover aquellas pesadas planchas metálicas? Actuaba con habilidad y rapidez en medio de un estado febril, sin tener conciencia de lo que hacía, como en un estado de sonambulismo. En una hora había realizado todo el trabajo. Ahora se encontraba en el centro de un verdadero bloque de piedra y acero absolutamente inexpugnable.

Sólo entonces sintió el cansancio. Las piernas casi se negaban a sostenerla. Con las manos ensangrentadas, agotada, apenas pudo bajar a reunirse con el hermano.

—¿Qué pasa? —le preguntó ansiosamente éste, aterrorizado al verla aparecer en aquel estado.

Cuando recobró aliento, Jane le contó lo que había hecho.

—Ahora somos los amos del Palacio —concluyó.

—¿No tienen otra salida que no sea la escalera? —preguntó el hermano sin poder dar crédito a aquel desenlace tan teatral.

—Ninguna otra —afirmó Jane—, estoy segura. William se halla bloqueado en la terraza y lo desafío a que salga de allí.

—¿Pero, por qué se habían reunido allí todos? —preguntó Lewis—. ¿Qué está pasando?

Eso Jane lo ignoraba. Completamente concentrada en los preparativos de defensa, no había visto nada. Pero lo que no sabía, era fácil averiguarlo. Bastaba con echar una mirada hacia afuera. Los dos subieron al piso superior, sobre el cual no había más que la terraza, y entreabrieron uno de los postigos de hierro que Jane acababa de cerrar.

Entonces entendieron la agitación de William Ferney y sus compañeros. Si bien a sus pies la explanada estaba oscura y silenciosa, vivas luces y violentos clamores les llegaban desde la ribera derecha del Red River. Todas las chozas de los negros ardían. El centro de la ciudad, es decir el barrio de los esclavos, no era más que un inmenso brasero.

El incendio devastaba igualmente el Civil Body e, incluso río arriba y río abajo, los dos extremos del barrio de los Merry Fellows comenzaban a arder.

De la parte de este último barrio que aún no había alcanzado el fuego, se levantaba un alboroto espantoso. Se oían gritos, maldiciones, quejidos, aullidos, todo mezclado con el incesante ruido de fusilería.

—Es Tongané —dijo Jane—. Los esclavos se han revelado.

—¿Los esclavos?... ¿Tongané?... —repitió Lewis para quien esas palabras no tenían ningún sentido.

Su hermana le explicó la organización de Blackland, al menos lo que ella sabía de acuerdo con los informes dados por Marcel Camaret, por Tongané y por el herido atendido en la Usina. También le contó en pocas palabras cómo se encontraba en esa ciudad y mediante qué circunstancias se hallaba prisionera. Le dijo por qué había emprendido aquel viaje, cómo había logrado establecer la inocencia, de ahora en más absoluta, de su hermano, George Buxton, y cómo después de unirse a la misión comandada por el diputado Barsac, había sido secuestrada junto a los restos de aquella misión. Le mostró, más allá de la explanada, la Usina resplandeciente bajo la luz de los reflectores, le explicó el papel que desempeñaba y le dio el nombre de sus compañeros, los que en su totalidad, excepto un negro llamado Tongané, se encontraban refugiados allí. En cuanto a Tongané, había sido él el encargado de soliviantar a la población negra de Blackland y el espectáculo que tenían ante sus ojos probaba que lo había logrado. Pero ella no tuvo la paciencia suficiente como para esperar y se había ido sola aquella misma noche, con la esperanza de poder salvar a los demás sitiados. Era así como había llegado hasta donde estaba su desdichado hermano. Mientras tanto, evidentemente, Tongané había dado la señal esperada, le habían enviado las armas y ahora la rebelión se había desencadenado. Sin duda era hacia la batalla adonde querían lanzarse William Ferney y sus compañeros cuando ella les cerró el paso.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó Lewis.

—Esperar —respondió Jane—. Los esclavos no nos conocen y en medio de la batalla no harían ninguna diferencia entre nosotros y ellos. Además resultaríamos una ayuda muy débil ya que no tenemos armas.

Muy atinadamente, Lewis señaló que sería útil disponer de alguna, por lo que Jane procedió a una nueva visita del Palacio. La cosecha no fue abundante. Todas las armas, excepto las que los propietarios llevaban consigo, estaban centralizadas en la torre que se levantaba en la terraza; sólo pudo encontrar un fusil y dos revólveres además de un escaso número de cartuchos.

Cuando volvió provista de su botín, la situación había cambiado mucho. Los negros se habían abierto paso e invadían la explanada en la que hormigueaban unos tres mil. En un momento tomarían por asalto tanto el cuartel de la Guardia Negra, con la consiguiente e inmediata masacre de todos los hombres que se encontraban allí, como el hangar donde estaban los cuarenta planeadores de donde no tardarían en brotar manojos de llamas. Ebrios de saqueo y sangre, sin ningún atisbo de razón, se vengaban de un solo trago por los largos sufrimientos soportados y evidentemente su furor sólo podría ser aplacado mediante la destrucción total de la ciudad y la masacre de hasta el último de sus habitantes.

Al contemplar, totalmente impotente, aquel espectáculo, William Ferney debía de reventar de rabia. Se le oía aullar, vociferar, pero era imposible entender ni una de las palabras que profería. En la terraza crepitaba una incesante fusilería y las balas, que alcanzaban la hormigueante muchedumbre de negros, causaban numerosas bajas.

Pero éstos no parecían advertidos. Después del cuartel de la Guardia Negra y el hangar de los planeadores, cuyas llamas iluminaban la Explanada como si fuera una gigantesca antorcha, habían atacado el propio Palacio, y con todo lo que tenían a mano trataban infructuosamente de derribar la puerta.

Se encontraban ocupados en eso cuando violentos estallidos de salva partieron del lado del Red River. Después de rearmar filas, los Merry Fellows habían franqueado el puente y, desplegándose por la explanada, tiraban al azar al montón. Pronto centenares de cadáveres sembraron el suelo.

Prorrumpiendo en clamores feroces, los negros se echaron sobre los adversarios. Por un momento se entabló una lucha atroz, una indescriptible carnicería. Al no disponer de armas, los negros buscaban el cuerpo a cuerpo y peleaban con uñas y dientes. Los Merry Fellows replicaban con bayonetazos y con disparos a boca de jarro.

El resultado del combate era previsible. La superioridad de las armas debía imponerse a la cantidad. En efecto, un cierto reflujo en la diezmada masa de negros no demoró en advertirse, hasta que finalmente fue un claro retroceso que terminó en franca huida hacia la ribera derecha, abandonando la explanada a los vencedores.

Éstos se lanzaron en persecución de los negros, a los efectos de salvar lo que podían, es decir el centro del barrio de los Merry Fellows, al que el incendio aún no había llegado.

En momentos en que franqueaban el puente, pisándoles los talones a los fugitivos, resonó una formidable explosión. Desde lo alto del Palacio, Jane y Lewis pudieron comprobar que había ocurrido a gran distancia, en la parte más alejada del Civil Body. A la luz de los incendios que había por todas partes, vieron que una parte de aquel barría y una notable parte de la muralla que lo cercaba se desmoronaba.

Fuera cual fuese el origen de la explosión, su consecuencia más obvia era abrir una amplia salida hacia el campo a los negros en desbandada. Por la brecha, los esclavos vencidos pudieron refugiarse en el campo y en la vegetación circundante y, en consecuencia, escapar a los enemigos. Al menos la persecución se veía demorada. Un cuarto de hora después, aquellos dejaban la margen derecha del Red River y volvían a la explanada. Aunque no encontraban más adversarios ante ellos, se sintieron aterrorizados por nuevas explosiones que sucedieron intermitentemente a la primera.

Cinco minutos más tarde se oyeron otras dos a derecha e izquierda de aquel punto. Luego, tras una nueva interrupción de cinco minutos, estallaron otras dos, esta vez más cerca del río, siguiendo la curva del Civil Body.

Fue entonces que los Merry Fellows, lanzados en persecución de los esclavos, optaron por buscar refugio en la explanada.

A partir de aquel momento las inexplicables explosiones continuaron a intervalos regulares. Ahora estaban separadas por períodos de media hora. Cada treinta minutos volvía a oírse un nuevo estrépito y una nueva porción del Civil Body quedaba convertida en escombros.

Amontonada en la explanada, la población blanca de Blackland, al menos lo que quedaba de ella, asistía con estupor a aquel inexplicable fenómeno. En verdad parecía como si un poder superior y formidable hubiera emprendido la destrucción metódica de la ciudad. Todos aquellos bandidos, momentos antes tan osados con los débiles, ahora temblaban de miedo. Aplastándose contra el Palacio, trataron en vano de derribar la puerta mientras interpelaban furiosamente a William Ferney a quien divisaban sobre la terraza y cuya desidia no podían entender. Este se agotaba inútilmente en gestos que no entendían, en palabras que se perdían en el ensordecedor ruido.

La noche acabó así. El amanecer alumbró un espectáculo terrible.

El suelo de la explanada estaba literalmente sembrado de muertos, negros y blancos confundidos por centenares. Si bien los últimos habían logrado la victoria, en verdad la habían pagado muy cara. Apenas si quedaban cuatrocientos hombres válidos en más de ochocientos que contenían el día antes los barrios del Civil Body y de los Merry Fellows. Los demás habían perecido, ya al comienzo de la rebelión, en momentos de la primera sorpresa, como sobre la propia explanada, cuando fue reprimida la rebelión.

Con respecto a los esclavos, Jane y Lewis podían verlos desde el punto elevado en que se encontraban: estaban dispersos en el campo circundante. Muchos se habían ido. Otros se alejaban hacia el oeste, rumbo al Níger del que los separaba un océano de arena. ¿Cuántos lograrían terminar el viaje, sin agua, sin víveres, sin armas? Otros optaban por un camino más largo pero más seguro y seguían el curso del Red River desapareciendo en dirección sudoeste.

Pero la mayoría no se había animado aún a alejarse de Blackland.

Se les veía por el campo, reunidos en grupos, mirando con aspecto idiotizado la ciudad de la que se elevaban espesas columnas de humo y a la que las sucesivas explosiones habían convertido en un montón de ruinas.

Durante toda la noche habían ocurrido detonaciones. Cada media hora sonaba una. Cuando salió el sol, todo el Civil Body y la mitad del barrio de los esclavos no eran más que un indescriptible montón de escombros.

En aquel preciso momento se oyó una violenta detonación en la terraza del Palacio. Luego, súbitamente, le siguieron otras y la última estuvo acompañada por un estrépito de trueno.

Sin alejarse de la ventana desde donde, por la abertura de los postigos, habían presenciado aquella serie de dramas. Lewis Buxton tomó la mano de su hermana y la interrogó con una mirada inquieta.

—Lewis —dijo Jane que conocía demasiado la disposición del Palacio como para ignorar el motivo de aquellas detonaciones—, acaban de forzar a cañonazos la puerta de la terraza.

Jane Buxton hablaba con voz tranquila. Estudiaba la situación y la examinaba con total sangre fría.

—¡Pero, entonces —exclamó Lewis— van a bajar!...

Y echó mano a uno de los revólveres que su hermana había encontrado.

—¡Mejor morir que caer en sus manos!

Jane lo detuvo con un gesto.

—Todavía les falta mucho para llegar —dijo tranquilamente—. Hay otras cinco puertas parecidas a la que derribaron y tres de ellas están colocadas de tal modo que les será imposible apuntar el cañón contra ellas.

Como confirmando lo que acababa de decir la joven, las detonaciones habían cesado. Un sordo gruñido que llegaba desde la terraza, acompañado de furiosas vociferaciones indicaba que William Ferney y sus compañeros trataban de apuntar el cañón contra la segunda puerta y que la operación presentaba dificultades.

El trabajo pronto fue interrumpido. Acababa de ocurrir un nuevo incidente que reclamaba la atención; tanto de quienes estaban en la terraza como de Jane y Lewis Buxton.

Las explosiones del exterior, que no habían dejado de estallar a intervalos regulares de media hora, acababan de concluir en una de mayor intensidad y sobre todo más cercana que las precedentes. El poder destructor que las provocaba se orientaba ahora a la margen izquierda. Era del propio jardín de la Usina de donde había brotado hacia el cielo un chorro de tierra y piedras. Cuando el humo se disipó, fue posible comprobar que el jardín estaba devastado en una gran extensión y que una pequeña parte de la Usina propiamente dicha se había desmoronado.

El polvo levantado por la explosión flotaba aún en el aire cuando Lewis y Jane vieron a una verdadera muchedumbre lanzarse al muelle desde la puerta principal de la Usina que ahora estaba abierta de par en par. Jane reconoció aquella muchedumbre. Eran sus compañeros de cautiverio, eran los obreros de Camaret, reunidos en un grupo compacto en cuyo centro estaban las mujeres y los niños. ¿Por qué aquellos desdichados abandonaban la protección y se dirigían hacia la explanada donde iban a enfrentarse con los Merry Fellows que continuaban intentando derribar infructuosamente la puerta del Palacio?

Éstos no podían ver a sus nuevos adversarios de quienes los separaba la muralla de la explanada. Pero, de la terraza, perspectiva desde la que se sobrepasaba la muralla, William Ferney los había visto y hacía desesperados esfuerzos tratando de advertir a sus compañeros.

Sus gestos no fueron entendidos. La muchedumbre salida de la Usina alcanzó sin dificultad la puerta que comunicaba el muelle con la explanada y penetró en ésta.

Cuando los Merry Fellows se dieron cuenta, estalló entre ellos una tempestad de gritos. Abandonando su inútil trabajo, tomaron las armas y se echaron sobre los invasores.

Pero ahora no tenían que vérselas contra simples negros. Armados con lo que habían encontrado a mano, éste con un martillo de fragua, aquél con una pinza, el otro con un simple trozo de hierro, la gente de la Usina también se abalanzó sobre el enemigo. La lucha fue terrible. Ensondecadores clamores rasgaban el aire. Ríos de sangre enrojecían el suelo de la explanada, que ya estaba llena con los muertos de la noche anterior.

Cubriéndose los ojos con ambas manos, Jane Buxton trataba de no ver aquel espantoso espectáculo. ¡Cuántos amigos había entre los combatientes! Temblaba por Barsac, por Amédée Florence, por el excelente doctor Châtonnay, y sobre todo por Saint-Bérain, al que quería con toda ternura.

De pronto se oyeron aullidos aún más violentos.

El número y el armamento superior se sobreponían. La columna salida de la Usina había sido cortada en dos. Una de las mitades retrocedía hasta el muelle, defendiendo el terreno palmo a palmo, mientras que la otra era empujada hacia el Palacio.

Esta última no debía abrigar ninguna esperanza de salvación. Detenida por el muro, no sólo tenía a los Merry Fellows ante ella, sino que también, desde la terraza, William Ferney y sus compañeros disparaban a gusto y placer sobre aquellos desdichados a los que se les negaba hasta la posibilidad de huir.

De pronto escaparon gritos de júbilo de sus pechos. La puerta contra la que estaban arrinconados acababa de abrirse de par en par tras ellos y en el umbral aparecía Jane Buxton.

Perseguidos muy de cerca por sus enemigos, se refugiaron en el Palacio mientras Jane y Lewis descargaban sus armas para proteger la retirada de los amigos.

Estupefactos ante aquella intervención que no podían entender, los Merry Fellows habían vacilado un momento. Cuando, recuperados de la sorpresa, se lanzaron al ataque era demasiado tarde. La puerta se había cerrado y nuevamente desafiaba sus esfuerzos.

EL FIN DE BLACKLAND

Cuando la puerta quedó sólidamente cerrada fue necesario ocuparse ante todo de los heridos que eran bastante numerosos. Ayudada por Amédée Florence, que también había recibido una muy ligera herida, y por Barsac, a quienes una ironía del destino había obligado a buscar refugio precisamente en casa del más implacable enemigo, Jane Buxton les prodigó todos los cuidados necesarios.

Una vez concluida la tarea de vendar, se le presentó otra preocupación a la joven, la de alimentar a aquellos desdichados quienes desde hacía varios días sufrían un hambre cruel. Pero, ¿podría lograrlo?, ¿contendría el Palacio suficientes provisiones como para tantas bocas?

La cantidad de víveres que pudo encontrar, después de una cuidadosa revisión en todos los pisos, aseguró a lo sumo una mediocre comida. La situación seguía siendo de la mayor gravedad y parecía que sólo habían demorado algunas horas la inevitable solución.

Eran las once de la mañana cuando terminaron con las diversas ocupaciones. Durante todo ese tiempo siguieron las explicaciones afuera y se continuó escuchando el rumor de los Merry Fellows en la explanada, quienes a intervalos regulares hacían un nuevo intento contra la puerta que resultaba estéril como los anteriores y desde la terraza caían las vociferaciones de William Ferney y sus compañeros. Como consecuencia del acostumbramiento, se terminó por no prestar atención a todo aquel

jaleo porque sabían que la fortaleza era poco menos que inexpugnable; así la furia de los sitiadores fue preocupándoles cada vez menos.

Apenas tuvo un momento libre, Jane Buxton preguntó a Amédée Florence por qué habían salido de la Usina para aventurarse a la explanada en aquellas condiciones de inferioridad. El reportero le contó entonces los acontecimientos que habían tenido lugar después de su partida.

Le explicó como una vez que Tongané dio la esperada señal poco después de las ocho y media, Marcel Camaret había enviado hasta el barrio central algunos cartuchos de dinamita y gran cantidad de armas sin que se enteraran los demás habitantes de Blackland. Cuando estuvo lista esa primera operación, a las once de la noche, los sitiados se habían reunido listos para intervenir en la batalla que iba a comenzar. Fue entonces cuando advirtieron la ausencia de Jane Buxton.

Amédée Florence describió la desesperación de Saint-Bérain, quien sin duda estaría devorado por la preocupación si había logrado sobrevivir al último combate.

Sea como fuere, media hora después del envío de las armas, se oyó una fuerte explosión. Tongané acababa de hacer volar una de las puertas del barrio negro, cuyas chozas comenzaron a arder mientras los esclavos se dispersaban por el Civil Body librándose a una horrible masacre a juzgar por los gritos que se oían.

Lo demás Jane lo conocía. Sabía que los negros, luego de invadir la explanada, habían sido rechazados tan rápidamente que no hubo tiempo de acudir en su ayuda. De todos modos habían salido de la Usina pero chocaron con la mayoría de los negros que se batían precipitadamente en retirada y cuando llegaron a la explanada ésta ya había sido evacuada por ellos.

Obligados a reintegrarse a la Usina, los sitiados habían pasado una noche angustiosa. El fracaso de la rebelión ya no les permitía esperar que llegaran a destruir a Harry Killer. Además, asistían, al igual que Jane, a la metódica destrucción de la ciudad por aquellas sucesivas explosiones que la joven no podía explicarse.

Amédée Florence le explicó que eran obra de Marcel Camaret que se había vuelto completamente loco.

Durante toda su vida, Camaret, un inventor indudablemente genial, había estado orillando los límites de la locura, tal como lo demostraban gran número de anomalías incompatibles con una inteligencia sana y equilibrada. Los incidentes que se habían multiplicado desde hacía un mes terminaron por perturbarle el cerebro.

Las revelaciones hechas por los prisioneros de Harry Killer que buscaron refugio en la Usina después de la huida, habían significado el primer impacto. El segundo, infinitamente más violento, llegó a través de aquel Daniel Frasné, el herido que había sobrevivido a la destrucción del planeador. Desde que conociera toda la verdad, Marcel Camaret se había deslizado día tras día hacia la demencia; Jane Buxton recordaba con cuánta frecuencia se enclaustraba a partir de aquel momento en sus aposentos y con qué aspecto triste y sombrío recorría los talleres cuando por casualidad se dejaba ver en ellos.

El envío de las armas a Tongané había sido su último acto de lucidez. Cuando estalló la detonación, sobre todo cuando las primeras llamas brotaron del barrio de los esclavos y del Civil Body, quienes se encontraban junto a él en ese momento lo vieron palidecer repentinamente y llevarse la mano a la garganta como si se estuviera ahogando. Al mismo tiempo murmuraba con gran rapidez palabras apenas articuladas y, en consecuencia, difíciles de entender. No obstante los allegados habían creído captar esta exclamación: «¡La muerte de mi obra!... ¡La muerte de mi obra!» repetida incesantemente en voz baja.

Durante largo rato, tal vez un cuarto de hora, rodeado de la afectuosa vigilancia de quienes lo rodeaban. Marcel Camaret continuó diciendo esas palabras, meneando la cabeza, hasta que de pronto se irguió y golpeándose el pecho gritó:

—¡Dios ha condenado a Blackland!...

En su imaginación, Dios era él mismo, evidentemente, a juzgar por el gesto con que acompañó la condena.

Sin que nadie pudiera detenerlo, escapó repitiendo siempre en un tono desconocido en él:

—¡Dios ha condenado a Blackland!... ¡Dios ha condenado a Blackland!...

Se refugió en la torre, cuyas puertas de acceso fue cerrando tras subir los escalones. El sistema defensivo de la torre era idéntico al del Palacio por lo que, para llegar a donde se encontraba Camaret, hubiera sido necesario enfrentarse a la misma imposibilidad que le impedía a Harry Killer abandonar la terraza donde se hallaba bloqueado. Mientras Camaret se elevaba hacia la cumbre se oía su voz decreciente:

—¡Dios ha condenado a Blackland!... ¡Dios ha condenado a Blackland!...

Casi de inmediato se había oído la primera explosión. Bajo la dirección de Rigaud, desesperado al ver en semejante estado al hombre genial a quien adoraba, varios obreros se habían lanzado, a pesar de su debilidad, a tratar de aislar la torre cortando la energía eléctrica. Pero aquella, que tenía energía de reserva e incluso algunas máquinas generadoras accionadas con aire líquido, podía autoabastecerse por varios días. En consecuencia las explosiones proseguían. Por el contrario, las avispas que dejaron de hacer su ronda protectora, cayeron inmediatamente al foso de la Usina. Fue preciso entonces devolverle la energía eléctrica a Camaret, quien, a pesar de su locura, comprendiendo el trato que le proponía, de inmediato había puesto en funcionamiento sus artefactos defensivos.

La noche había transcurrido en un perpetuo enervamiento y al amanecer Camaret apareció en la plataforma de la torre. Desde aquel elevado sitio pronunció un largo discurso del que apenas pudieron oírse algunas palabras aisladas. Algunas tales como «cólera divina», «fuego del cielo», «destrucción total» probaban que su demencia no tenía ninguna tendencia a aplacarse. A modo de conclusión Camaret gritó:

—¡Huyan!... ¡Huyan todos!... —con voz tan fuerte que fue posible oírlo desde toda la Usina. Luego entró a la torre de donde no volvió a salir.

Fue poco después cuando se produjo la primera explosión sobre la margen izquierda. Esa explosión ocurrida en la propia Usina, había aterrorizado a los habitantes de la misma. Aun a riesgo de ser masacrados, resolvieron intentar una salida ya que sólo podían elegir entre dos modos de morir.

Desafortunadamente, al llegar a la explanada se habían encontrado con los Merry Fellows, quienes habían permanecido ocultos hasta entonces por la muralla; se suscitó de inmediato una batalla que causó numerosas víctimas y separados en dos grupos, unos

habían debido refugiarse en dominios de Harry Killer, mientras los otros se veían obligados a volver al muelle no sin antes lograr el cierre de la puerta que comunicaba con la explanada.

Desde el Palacio era posible ver a estos últimos. Sin atreverse a realizar otro intento cuya inutilidad les había sido demostrada, ni volver a la Usina, que estaba a merced del gesto de un loco, muertos de hambre, extenuados, se quedaron al aire libre, tendidos en el suelo, expuestos al ataque de los enemigos que podían fusilarlos a su antojo desde la otra orilla del Red River o desde la terraza del Palacio o tomarlos por la retaguardia desde el camino de cintura.

Entre los integrantes de ese grupo, Jane Buxton tuvo la alegría de divisar a Saint-Bérain y al doctor Châtonnay. Ninguno de sus amigos, y especialmente el que se encontraba más cercano a su corazón, había perdido la vida en el combate.

Acababa de experimentar esa satisfacción relativa cuando se oyeron golpes sordos en los pisos superiores del Palacio. Fácilmente pudo saberse que provenían de la terraza donde los que se encontraban prisioneros trataban de levantar el piso. Pero la construcción era sólida y resistía gallardamente.

Si William Ferney y sus compañeros, a quienes también debían faltarles los víveres, no se encontraban reducidos a la impotencia a causa de la debilidad, sin ninguna duda deberían llevar a cabo el intento, y, en efecto, poco después de las seis de la tarde el piso de la terraza se encontraba perforado, por lo que se debió evacuar el tercer piso.

Se buscó refugio en el segundo, sin olvidar cerrar las puertas blindadas; luego se procedió a esperar.

Jane Buxton aprovechó aquel respiro para poner al tanto a Barsac y a Amédée Florence de sus aventuras personales desde que había abandonado la Usina. Les explicó cómo estaba integrada su familia e, invocando el testimonio de Lewis, cuyo audaz secuestro y largo martirio también contó, les habló del doloroso descubrimiento que había hecho al reconocer en Harry Killer a su otro hermano, William Ferney, desaparecido desde hacía mucho tiempo. Si el destino determinaba que no volviera a ver Inglaterra, Amédée Florence y Barsac podrían ser los garantes de George y de Lewis Buxton, ambos acusados de crímenes que no habían cometido.

Hacia las siete de la tarde, el techo del segundo piso comenzó a ser sacudido por golpes sordos, como antes había sucedido con el del tercero. William Ferney y su banda, luego de un descanso, habían vuelto al trabajo. Fue preciso volver a bajar.

La perforación del segundo techo demandó los mismos esfuerzos que la anterior. Hasta las dos de la mañana resonaron los golpes. Transcurrió entonces un silencio de dos horas, tiempo que William Ferney empleó en pasar del tercero al segundo piso y en hacer un nuevo descanso cada vez más necesario.

Los golpes sólo recomenzaron, esta vez en el techo del primer piso, a las cuatro de la mañana. Sin aguardar a que ese techo fuera perforado, todos se refugiaron en la planta baja, no sin antes obstaculizar el camino, como hasta entonces, con puertas blindadas que nadie trataba siquiera de forzar.

Era el último refugio que les quedaba a los sitiados. Cuando William Ferney hubiera traspuesto los dos techos que aún lo separaban de ellos, cuando los caños de los fusiles aparecieran sobre sus cabezas, deberían refugiarse en los calabozos del subsuelo o retroceder, retroceder hasta el momento en que se vieran contra el muro exterior del Palacio. Entonces sólo les quedaría morir.

Mientras William Ferney se esforzaba por superar el penúltimo obstáculo que le cerraba el paso, el sol fue apareciendo en un cielo sin nubes. Sólo entonces se pudo advertir la magnitud del desastre. Ocurriera lo que ocurriese, el déspota de Blackland sólo podría reinar de ahora en adelante sobre las ruinas.

La ciudad estaba completamente destruida. Dos únicas casas aún estaban en pie en el centro del barrio de los Merry Fellows, frente al Palacio. Pocos minutos después de la salida del sol se derrumbarían a su vez, completando así la devastación total de la margen derecha.

Esto no significó que las explosiones se interrumpieran sino que, por el contrario, se precipitaron cada vez más. Después de la margen derecha, Marcel Camaret se las tomaba con la margen izquierda y le llegaba el turno a la Usina para que cayera progresivamente en ruinas. Por otra parte, dirigía con prudente habilidad la tarea de destrucción. Si bien abatía las casas de los obreros, los talleres, los comercios, poco a poco, por sectores, como si quisiera prolongar el placer que esto le causaba, tenía mucho cuidado en no tocar las partes esenciales, es decir las máquinas que producían energía eléctrica de la que hacía un uso tan destructivo.

Ante la primera explosión que sonó en la margen izquierda, los Merry Fellows de la explanada, que durante las horas de la noche habían estado bastante tranquilos y parecían haber renunciado a sus infructuosas tentativas contra la puerta, respondieron con violentos clamores y la emprendieron nuevamente contra el Palacio.

El encarnizamiento que demostraban sorprendió verdaderamente a los sitiados. ¿Por qué se obstinaban de aquel modo? ¿Ahora, cuando Blackland ya no existía, qué podían esperar? ¿No habría sido mejor abandonar aquella ciudad muerta e intentar llegar al Níger?

Algunas palabras pronunciadas en la explanada, y que llegaron a través de la puerta, explicaron la conducta de los Merry Fellows. Éstos no intentaban en absoluto liberar a su jefe, al que por otra parte acusaban de traición y, efectivamente, no pensaban en otra cosa que no fuera alejarse de aquellos desolados parajes, pero antes querían apoderarse de los tesoros que, según la leyenda que circulaba entre ellos, el que llamaban Harry Killer había amontonado en el Palacio. Cuando se los hubieran repartido, se apresurarían en ir a probar fortuna bajo otros cielos.

Gustosamente los sitiados les habrían dado esa satisfacción. Pero, por desgracia, el desconocimiento del lugar donde se encontraba el escondrijo, si es que existía realmente, del ex déspota de Blackland no les permitía librarse de los enemigos.

Hasta las nueve de la mañana, salvo las explosiones cada vez más frecuentes que se oían del lado de la Usina, la situación permaneció estacionaria. William Ferney, continuaba intentando perforar el techo del primer piso al que aún no había entrado mientras que los Merry Fellows continuaban embistiendo la puerta que no parecía más debilitada que al comienzo.

Pero en aquel preciso momento, éstos cambiaron de táctica. Dejando de agotarse infructuosamente contra la puerta misma, atacaron la mampostería que la circundaba. Durante una hora se oyó el ruido de los útiles desgastando la piedra y luego una fuerte

explosión que hizo volar en pedazos la parte inferior de un marco. Los Merry Fellows habían cavado un agujero y con la pólvora de varios cartuchos habían hecho saltar el obstáculo que no podían forzar.

Sin embargo, la puerta continuaba resistiendo, aunque había sido dañada y una segunda descarga de explosivos la haría caer irremediablemente. A través del agujero practicado en la mampostería ya se asomaban los amenazadores caños de los fusiles.

Los sitiados debieron retirarse del vestíbulo y refugiarse en una parte más alejada del Palacio mientras los Merry Fellows comenzaban a horadar el segundo agujero para colocar explosivos.

Casi al mismo tiempo, un ruido de derrumbe demostró que el tercer techo acababa de ceder. Algunos minutos después, los sitiados oían el ruido de los pasos en el primer piso, exactamente sobre sus cabezas.

La situación comenzaba a ponerse francamente desesperada.

Afuera, trescientos o cuatrocientos Merry Fellows que estarían en la plaza antes de media hora. Encima, unos veinte bandidos decididos a todo, que, tal vez en el mismo lapso, descargarían las armas a gusto hacia la planta baja. Los desdichados ya ni siquiera intentaban luchar contra su suerte. Jane, Lewis Buxton, Amédée Florence y Barsac intentaban reconfortados inútilmente. Tendidos en el suelo, resignados, los sitiados esperaban el golpe de gracia.

Pero súbitamente las cosas cambiaron. Simultáneamente, los Merry Fellows y William Ferney interrumpieron el trabajo. Acababa de resonar, repercutiendo por todo el Palacio, una detonación que no era posible confundir con las que continuaban produciéndose en las cercanías. La detonación, aparentemente producto de un cañonazo, fue seguida por otras y no habían transcurrido cinco minutos cuando la muralla, que por el sudoeste separaba la explanada del campo, se desmoronaba en una extensión bastante grande.

Un concierto de horribles imprecaciones surgió entonces del grupo de Merry Fellows, algunos de los cuales fueron hasta la brecha a echar una mirada hacia el exterior. Era de suponer que lo que vieron no fue de su agrado, pues de inmediato se pusieron a gesticular como enloquecidos y corrieron al encuentro de los compañeros con quienes mantuvieron un rápido conciliábulo. Poco después, mientras William Ferney renunciaba a llegar hasta la planta baja y volvía apresuradamente a la torre, los Merry Fellows se precipitaron desordenadamente hacia la otra margen. Empujándose, apretujándose presa de un inexplicable pánico, trataban de llegar hasta la ribera cuando una nueva explosión, que costó la vida a unos cincuenta, destruyó a la vez el Castle's Bridge y el Garden's Bridge. Como así quedaba cortada toda comunicación con la ribera derecha, los Merry Fellows que no habían llegado al puente antes de que saltara, no vacilaron en arrojar al río para cruzarlo a nado.

En un instante la explanada estuvo desierta y, salvo las explosiones que continuaban estallando a intervalos regulares, un gran silencio siguió a aquel desquicio. Los sitiados se encontraban asombrados, sin saber qué hacer, cuando de pronto un ángulo del propio Palacio se desmoronó.

Coronando su obra destructiva. Marcel Camaret empezaba a atacar la insostenible plaza. Había que huir.

Los sitiados se precipitaron a la explanada y, deseosos de conocer las causas del pánico de los Merry Fellows, acudieron a su vez a la brecha del muro. No habían llegado a ella cuando los sonos de un clarín resonaron del lado de afuera, del otro lado de la muralla parcialmente en pie.

Sin dar crédito a la liberación que aquellos sonos les anunciaban, se quedaron clavados en donde se encontraban y lo mismo ocurrió con los que habían buscado refugio en el muelle, quienes también acudían hasta la brecha.

Fue entonces en el medio de la explanada donde el capitán Marcenay, pues de él se trataba como fácil es de suponer y cuya intervención fue precedida por los cañonazos y el toque de clarín, vio reunidos a aquellos desdichados, lívidos, adelgazados, deshechos, doblegados por el cansancio y la inanición.

Cuando los tiradores aparecieron por la brecha, los cautivos quisieron correr a su encuentro pero era tan grande la debilidad y la emoción de aquella pobre gente que sólo pudieron tender los brazos hacia sus salvadores y varios cayeron al suelo donde quedaron inanimados.

Tal fue el lamentable espectáculo que el capitán Marcenay tuvo ante sí cuando, a la cabeza de sus hombres, llegó a la explanada. Al otro lado del río, una enorme extensión de ruinas de la que escapaban columnas de humo; a izquierda y derecha, dos imponentes construcciones medio destruidas, ambas coronadas por sendas torres que aún estaban intactas. Ante él, una amplia plaza sembrada por centenares de cuerpos, unos inmóviles para siempre, otros reunidos en compacto grupo del que surgían gemidos y quejas.

Hacia ese grupo se dirigió el capitán Marcenay, ya que sólo en él había sobrevivientes. ¿Le sería concedida al menos la felicidad de encontrar allí a la que buscaba, a quien quería salvar antes que a nadie?

Pronto se tranquilizó. Al ver al capitán Marcenay, Jane Buxton, en un despliegue insospechable de energía, se incorporó y avanzó hacia él. Apenas pudo el capitán reconocer en aquella pobre criatura de semblante lívido, mejillas hundidas, ojos brillantes de fiebre, a quien había abandonado menos de tres meses antes tan resplandeciente de fuerza y salud. Se apresuró a llegar adonde se encontraba la joven y logró recibir su cuerpo desvanecido en los brazos.

Mientras se afanaba en socorrerla, dos terribles explosiones conmovieron el piso a ambos lados de la explanada. La Usina y el Palacio se habían derrumbado al mismo tiempo. Sobre las ruinas se levantaban únicamente las dos torres, altas, sólidas, intactas.

En la cúspide de la del Palacio se veía a William Ferney, a los ocho consejeros, a los nueve criados negros y a los cinco integrantes de la Guardia Negra, en total veintitrés personas, inclinadas sobre el parapeto con todo el aspecto de estar reclamando socorro.

En la cúspide de la otra había un solo hombre. Tres veces consecutivas aquel hombre recorrió la plataforma dirigiendo al horizonte un incomprensible discurso que acompañó con grandes gestos. No obstante, debía de estar gritando aquel discurso ya que, a pesar de la distancia, pudieron oírse por dos veces estas palabras nítidamente pronunciadas:

—¡Maldita!... ¡Maldita Blackland!...

Esas palabras debieron llegar a oídos de William Ferney, pues se le vio hacer un movimiento de furioso arrebato, tomar un fusil y disparar, sin tomar puntería, en dirección de la torre de la Usina de la que lo separaban cerca de cuatrocientos metros.

Aunque enviada al azar, la bala debió, sin embargo, haber alcanzado algún objetivo. Efectivamente, Marcel Camaret se llevó las manos al pecho y desapareció, tambaleándose, dentro de la torre.

Casi de inmediato se oyó una doble explosión, más violenta que ninguna de las precedentes, y simultáneamente las dos torres desaparecieron bajo sus propias ruinas.

El ruido ensordecedor fue seguido por un profundo silencio.

Los aterrorizados espectadores de la catástrofe continuaban mirando cuando ya no había nada para mirar y escuchaban cuando ya no había nada más para escuchar.

Ahora todo había terminado. Blackland, destruida totalmente por quien la había creado, no era más que un montón de ruinas y escombros. De la obra admirable pero nefasta de Marcel Camaret no quedaba nada.

CONCLUSIÓN

Así sucumbieron Marcel Camaret y William Ferney, alias Harry Killer. Así sucumbieron igualmente aquella sorprendente ciudad de Blackland, que había nacido y vivido en medio del desconocimiento del mundo, y los maravillosos inventos que contenía.

De una y de otros no quedaba más que un montón de ruinas que no demorarían en desaparecer bajo un sudario de arena. Las nubes dejarían de derramar la bienhechora lluvia, el Red River se secaría transformándose en una tierra árida incapaz de proporcionar la menor gota de agua, los campos se secarían, y el desierto, recobrando su imperio, tomaría por asalto aquella creación de los hombres de la que pronto desaparecería hasta la última huella.

Por voluntad de su autor, la obra de Camaret estaba completamente muerta y nada transmitiría a las generaciones futuras el nombre del inventor genial y demente.

El capitán Marcenay abrevió todo cuanto pudo la permanencia en aquellos desolados lugares. Sin embargo, transcurrió más de un mes antes de que estuvieran en condiciones de emprender el regreso. Fue preciso inhumar centenares de cadáveres, curar los heridos, esperar que estuvieran en condiciones de realizar el viaje y dar tiempo a que recobraran fuerzas los que habían sido liberados en el último minuto, si es que así puede decirse.

Muchos integrantes del personal de la Usina no volverían a ver sus patrias. Unos veinte obreros, tres mujeres y dos niños habían sido víctimas fatales de los Merry Fellows. Pero el destino había protegido a los integrantes oficiales y oficiosos de la misión Barsac. Excepto Amédée Florence, que presentaba una herida insignificante, todos habían resultado indemnes, incluidos Tongané y Malik quienes habían reanudado su idilio, que consistía en darse recíprocamente unos buenos porrazos y luego reírse a mandíbula batiente.

Mientras los sitiados se reponían de sus aventuras, mientras las heridas cicatrizaban, el capitán Marcenay procedió a dar caza a la dispersa población de Blackland. A los blancos que resistían, las balas los hacían entrar en razón y a los demás se los apresaba ya que ulteriormente se resolvería sobre su suerte. Con respecto a los ex esclavos, poco a poco se consiguió calmarlos y reunirlos. Devueltos al Níger, se dispersaron de acuerdo con su voluntad de modo que cada uno volviera a su aldea y a su familia.

Recién el 10 de junio pudo ponerse en movimiento la columna, bien provista con los víveres que en gran abundancia habían encontrado entre las minas de la ciudad y en los campos circundantes. Algunos heridos, los más graves, que aún no estaban en condiciones de caminar, fueron llevados en angarillas. Ya era tiempo de ponerse en marcha. Llegaba la estación de las lluvias, que en Sudán se llama invernación por más que coincida con el verano astronómico. Por una y otra razón el tren de marcha iba a ser muy lento.

No seguiremos etapa por etapa el viaje de regreso que si bien a veces fue penoso, al menos se llevó a cabo sin incidentes graves ni peligros verdaderamente serios. Seis semanas después de abandonar las ruinas de Blackland llegaba a Tombuctú la columna comandada por el capitán Marcenay. Dos meses después, los héroes de estas dramáticas aventuras desembarcaban en Europa, unos en Inglaterra, otros en Francia.

Bastarán pocas palabras para informar al lector sobre lo que ocurrió con ellos a partir de entonces.

A todo señor, todo honor. El señor Poncin regresó a su ministerio y se entregó, como antes, a los placeres de la estadística. De tanto en tanto continuó descubriendo cosas verdaderamente asombrosas. La cantidad promedio de cabellos en las distintas razas del mundo y el crecimiento medio de las uñas, por año, mes, hora y segundo, en las diversas estaciones del año, constituyeron sus últimos hallazgos.

El señor Poncin se siente feliz y lo seguirá estando en tanto haya sobre la tierra algo para contar.

Un punto negro, sin embargo, en su existencia: aún no ha podido resolver el problema que le formuló Amédée Florence. Pero, como se sabe, en esta tierra no hay nada perfecto.

El doctor Châtonnay continuó atendiendo en su consultorio y se encontró con sus pacientes cuya salud comenzaba a insolentarse. Ahora que cuentan con su terapeuta, todo se halla en orden, pueden darse el lujo de estar enfermos según el gusto de cada cual, aunque ahora con mayor provecho ya que es el médico quien ordena ir, venir, guardar ya sea cama o habitación.

El señor diputado Barsac ha guardado Cámara, con mayúscula.

Si bien la cuestión del electorado de los negros quedó enterrada por mucho tiempo, la derrota de la teoría sostenida por el diputado del Midi no perjudicó a su autor. Por el contrario, pareció como si las experiencias afrontadas y los peligros corridos le dieran derecho a una compensación.

En consecuencia su situación es más sólida que nunca y se comienza a mencionar su nombre como próximo ministro de colonias.

Malik y Tongané se fueron de África. Acompañaron a su ama a Inglaterra, donde se casaron. En suelo británico prospera actualmente una colección de negritos bastante linda, de los cuales los primeros ya son grandes.

Saint-Bérain... Saint-Bérain no tiene historia. Pesca, caza, le dice «Señora» a los interlocutores bigotudos y «Señor» a los del sexo opuesto. Ésas son sus principales ocupaciones. Además, la historia de Saint-Bérain es la misma de Jane Buxton y como la de Jane Buxton está íntimamente ligada a la de su hermano Lewis y al capitán Marcenay, la suerte de estos cuatro personajes puede ser reseñada al mismo tiempo.

Como es de suponer, apenas regresó a Tombuctú, el capitán Marcenay pidió una licencia al coronel Allègre, quien esta vez se la concedió sin dificultades, por lo que el capitán acompañó a Jane Buxton, Lewis y Saint-Bérain a Inglaterra.

Durante el mes pasado en las minas de Blackland había tenido tiempo más que suficiente para contar a quien ahora era su prometida mediante qué maravilloso prodigio había llegado, a través del imponderable éter, el despacho de Marcel Camaret, la gestión que de inmediato hizo ante el coronel Allègre y cuáles habían sido sus angustias al chocar con la categórica negativa de éste. Afortunadamente al día siguiente habían recibido la respuesta del coronel Saint-Auban. No sólo declaró que la orden del sedicente teniente Lacour era falsa, sino que además ordenaba que de inmediato se brindara ayuda al señor diputado Barsac, sobre cuya suerte tenía las más fundadas inquietudes. De inmediato fue organizada la expedición y, bajando primero el Níger hasta Gao, atravesó luego el desierto; como llevaba consigo un cañón de campaña, lo que le ocasionó enormes dificultades, el capitán Marcenay había llegado a Blackland cumpliendo marchas forzadas.

Apenas desembarcó en Inglaterra, Jane Buxton, en compañía de su hermano, del capitán Marcenay y de Saint-Bérain, se dirigió por los medios más rápidos al castillo de Glenor, adonde la había precedido un telegrama comunicando su llegada. Había pasado cerca de un año desde que lo abandonara. Regresaba luego de triunfar en su empresa y restaurar *ad-integrum* el honor de su familia.

¿Cómo encontraría a su padre? ¿El anciano, entonces de ochenta y cuatro años, habría tenido la fuerza de soportar la ausencia de su hija y la nueva vergüenza que el saqueo de la Agencia del Central Bank había hecho caer sobre su segundo hijo? Claro que los periódicos, luego de hacer el mal, se habían esforzado en repararlo. Por oficios de Amédée Florence, apenas tuvo posibilidad de comunicarse con Europa, habían proclamado *urbi et orbi* la inocencia de George y Lewis Buxton. Pero, ¿lord Glenor había leído esos periódicos?, ¿y la gran felicidad no habría llegado demasiado tarde? Jane Buxton no ignoraba en qué estado se encontraba su padre luego del drama del Central Bank. Por mayor que fuera su pena, no menor era su apuro en volver a verlo.

Finalmente llegó y pudo arrodillarse a la cabecera del anciano condenado a inmovilidad definitiva. Sin embargo, sus ojos en los que brillaba la inteligencia, demostraban que la lucidez del cerebro estaba intacta.

Jane Buxton, rodeada por Lewis, Saint-Bérain y el capitán Marcenay, cuyo desempeño explicó, hizo un completo relato del viaje al padre. Nombró a aquellos cuyo testimonio poseía y mostró el informe redactado junto a la tumba de Kubo. Reveló lo que los periódicos habían llamado hasta entonces, el odio que el miserable William Ferney había profesado a la familia Buxton y mediante qué horribles procedimientos lo había satisfecho.

Todo coincidía. Lord Glenor no podía tener ninguna duda. Si bien uno de sus hijos estaba muerto, el honor de todos se hallaba a salvo.

Con la mirada fija en su hija, el anciano había escuchado atentamente. Cuando ella terminó, algunos colores subieron a sus mejillas, sus labios temblaron y un estremecimiento lo recorrió de la cabeza a los pies. Evidentemente su voluntad luchaba contra el peso de las cadenas que aherrojaban implacablemente su cuerpo agotado.

Quienes presenciaban aquel trágico combate experimentaron una indescriptible emoción. La voluntad, más fuerte, triunfaba. Por primera vez, después de tantos meses, lord Glenor hacía un movimiento. ¡Hablaba!

Su transfigurado rostro se volvió hacia Jane y mientras su temblorosa mano buscaba la de la animosa hija tan devota para con él, murmuró:

—¡Gracias!

Luego, como si a partir de aquel momento hubiera perdido toda razón de vivir, exhaló un profundo suspiro, cerró los ojos y dejó de respirar.

Inútilmente trataron de prestarle ayuda. Lord Buxton Glenor había entrado a la paz eterna como quien entra al sueño de cada noche. Había muerto suavemente, como quien se duerme.

Aquí termina esta historia.

Ahora se conoce la suerte de todos los personajes: Barsac, futuro ministro; el señor Poncin, ebrio de estadísticas; el doctor Châtonnay, de vuelta con sus enfermos; Saint-Bérain, feliz cerca de su tía-sobrina y ésta, feliz esposa del capitán Marcenay; Lewis Buxton, en el sitial supremo del Central Bank; Malik y Tongané, madre y padre de una halagadora progenie.

En cuanto a mí...

¡Bueno!... Digamos que estoy prendiendo la mecha antes de tiempo... Digamos, mejor, que Amédée Florence retomó sus funciones en *L'Expansion française*, donde publicó el relato de sus aventuras, que el director valoró en treinta centavos la línea. A los efectos de aumentar su peculio, al reportero, que no es rico, se le ocurrió la idea de matar dos pájaros con el mismo tiro y con el mismo tema trató de hacer una novela.

¿Una novela, dice?... ¿Qué novela?...

Bueno, esta misma, amigos lectores, la que acaban de leer de cabo a rabo, si es que han llegado a estas líneas. Como buen psicólogo que es, Amédée Florence pensó juiciosamente que si contaba lisa y llanamente los hechos tal como habían ocurrido sólo conseguiría bostezos de esos que desencajan la mandíbula; por el contrario, pensó que si contaba esos mismos hechos bajo el velo de la ficción, tal vez tuvieran la suerte de distraer al lector por un momento. El mundo es así. La Historia con mayúscula nos aburre. Sólo las historias nos divierten... ¡a veces! ¡Qué se le va hacer! En Francia no somos muy serios que digamos.

En consecuencia, con esas aventuras desdichadamente auténticas, y no sin antes disimular su propia personalidad con una habilidad a la que es el primero en rendir homenaje, Amédée Florence las camufló en novela de la que espera vender un respetable número de ediciones.

Por eso, el procedimiento de pasar de un artículo periodístico a notas redactadas día por día, luego a un relato en forma impersonal esa malicia de simular un estilo algo audaz y tratarse de valiente e ingenioso joven, esos golpecitos en el hombro, esos montoncitos de incienso, tantos lazos, trucos, vericuetos, artificios literarios... todo era para ocultar del mejor modo posible al verdadero autor.

Pero he aquí que también él ha llegado al fin del trabajo. Bueno o malo, divertido o aburrido, éste es el libro. Sin inconvenientes ni peligros, el incógnito puede ser develado ahora, la historia puede ser considerada como verdadera y quien la redactó, vuestro humilde y respetuoso servidor, puede firmarla con su nombre: Amédée Florence, reportero de *L'Expansion française*, no sin antes escribir la gran palabra, la palabra sublime, la reina de las palabras, la palabra:

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El asunto del Central Bank
Un viaje de estudio
Lord Buxton Glenor
Un artículo de *L'Expansion Française*
Segundo artículo del señor Amédée Florence
Tercer artículo del señor Amédée Florence
En Sikasso
Moriliré
Por orden superior
La nueva escolta
¿Qué hacer?
Una tumba, osamenta

SEGUNDA PARTE

Blackland
A toda velocidad
Un déspota
Del 26 de marzo al 8 de abril
Nueva prisión
Marcel Camaret.
La usina de Blackland
Un llamado del espacio
Un desastre
Una idea de Amédée Florence
Lo que había detrás de la puerta
Harry Killer
Noche de sangre
El fin de Blackland
Conclusión